

**BILL S. BALLINGER**

# LA MUJER DEL PELIRROJO

(The Wife of the Red-Haired Man)



**La obra maestra de un clásico  
en torno a un tema clásico:  
la pareja fugitiva**

Tales son  
Mercy, la  
que tiene  
toda su fo  
mar la ini  
da de am

...ED NEL DEL IDRO

Lectulandia

«El resto del mundo, la gente, la policía, todos pueden esperar a que llegue mañana. Nosotros, no».

Tales son las reflexiones de Mercy, la mujer del pelirrojo, que tiene que hacer acopio de toda su fortaleza interior y tomar la iniciativa en plena huida de ambos. Como en otras de sus novelas, Bill S. Ballinger enfoca la acción desde más de un punto de vista: aquí se alternan el de la pareja fugitiva y el de un detective de la policía que duda sobre la ética de su misión.

La obra de Bill S. Ballinger a lo largo de los años cincuenta (época a la que pertenece *La mujer del pelirrojo*) se inscribe en una tendencia al lirismo que acogió también a escritores de novela negra tan sobresalientes como Kenneth Fearing, Fredric Brown y Stanley Ellin. Más adicto al realismo crítico que estos colegas, Ballinger se adentraba en un análisis moral de la sociedad mediante el entrecruzamiento de las perspectivas personales y de los tiempos del relato. A esas coordenadas respondieron, en mayor o menor medida, las novelas *Retrato en humo*, *La puerta oscura*, *Rafferty*, *El diente y la uña*, *El segundo más largo*, y especialmente la obra maestra del autor, *La mujer del pelirrojo*, cuyo clima trágico y romántico puede quedar sintetizado por las siguientes frases de la protagonista: «Antes pensaba que hubiese sido inútil seguir matando, pero ahora me doy cuenta de mi error. Porque es lo único que nos permitirá sobrevivir. Solo podemos ya medir nuestro tiempo día a día. Cualquier cosa que hagamos ahora estará justificada si nos lleva a mañana».

**Lectulandia**

Bill S. Ballinger

# **La mujer del pelirrojo**

ePub r1.0

Titivillus 03.12.16

Título original: *The Wife of the Red-Haired Man*

Bill S. Ballinger, 1957

Traducción: J. Ferrer Aleu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## TIEMPO DE ARENA E INFINITO

Según muy lúcidamente piensa Mercy, la mujer del pelirrojo, el tiempo que les queda a los dos, en su huida de la Policía, es tiempo de reloj de arena y el frágil cristal de este ha de quebrarse pronto. Los fugitivos no tienen otra posibilidad que ganar días, semanas, «quizás un año», para recuperar lo que perdieron cuando el injusto curso del mundo los separó. Pero, y aquí interviene la decisiva visión poética de Bill S. Ballinger en *La mujer del pelirrojo*, el tiempo que Mercy conquista para ella y Hugh es tiempo recobrado a la muerte: la protagonista había pensado, durante años, que su marido había fallecido en la guerra, y a tenor de la prolongada desaparición logró el divorcio y se casó con otro individuo; el regreso de Hugh Rohan significa la oportunidad de vivir el *amour fou* que ambos solo pudieron, antaño, iniciar, y la intensidad de los sentimientos ahora liberados y factibles rebasa con mucho la medida del tiempo y se adentra en un mágico infinito.

El onirismo subyacente fue uno de los factores clave para el formidable ciclo de novelas ballingerianas en los años cincuenta, de *Retrato de humo* a la que compone este volumen, con *Rafferty, teniente de Homicidios*, *El diente y la uña* y *El segundo más largo*, cronológicamente entre una y otra. Ballinger había aportado anteriormente dos obras en la tradición de la narrativa violenta con detective privado y bella compañía femenina, *The Body in the Bed* (1948) y *The Body Beautiful* (1949), ambas protagonizadas por el investigador Barr Breed. Su cambio de signo se inscribiría en un enfoque lírico de la novela negra que William Irish había llevado a una cima expresiva y al que se adhirieron escritores como Kenneth Fearing, Fredric Brown y Stanley Ellin. Entre 1950 y 1957 Ballinger creó la mejor parte de su obra, con complejas estructuras de narración en las que destacaba su personal método de entrecruzar los tiempos del relato y las perspectivas personales de los figurantes, así como un aliento lírico que propiciaba sugerencias fantásticas.

Después de *La mujer del pelirrojo*, su obra maestra (publicada en 1957), la creatividad del autor amainó. Tal vez tuviera influencia en ello su progresiva dedicación a escribir guiones para telefilmes, que comportó contribuciones a las series *Alfred Hitchcock Presents*, *I Spy*, *Mike Hammer*, *Ironside* y *Cannon*. Una de estas, *I Spy*, determinó posiblemente que Ballinger se especializase durante un tiempo en novelas de espionaje; los telefilmes (en torno a dos agentes norteamericanos, camuflados respectivamente de as del tenis y entrenador) comenzaron a emitirse, vía NBC, en septiembre de 1965, el mismo año en que aparecían tres novelas ballingerianas con protagonismo del espía Hawks, *The Chinese Mask*, *The Spy in Bangkok*, *The Spy in the Jungle*. El ciclo de este agente de la CIA con sangre hispanoindia se extendió a dos novelas más en 1966 (*The Spy at Angkor Wat* y *The Spy in the lava Sea*) y supuso una claudicación del autor, alejado de sus ambiciones literarias de otrora. Entre sus otras obras de los años sesenta y setenta cabe recordar las publicadas en nuestro país *El cuarto en la eternidad* (1963, *The Fourth of*

*Forever*), *En el silencio de la noche* (1965, *Not I, Said the Vixen*), *Cazadores de herederas* (1966, *The Heir Hunters*), *Aixeca'm més amunt* (título catalán, 1969, *Heist Me Higher*) y *El corso* (1974, *The Corsican*). Durante aquellas décadas Ballinger coqueteó con el oportunismo temático y económico, y esta actitud repercutiría en alguna tentativa de enlace con su inspirada etapa anterior.

*La mujer del pelirrojo* es el ejemplo más representativo del talento de Bill S. Ballinger en su momento cumbre. La novela se desarrolla en dos niveles paralelos: los capítulos impares, en tercera persona, contemplan a la pareja Mercy-Hugh a partir de su reencuentro y durante la fuga, desde Nueva York a Nueva Orleans, y de ahí al otro lado del Atlántico; los capítulos pares, en primera persona, ofrecen desde el punto de vista de un detective policial la descripción de las indagaciones en torno a los fugitivos y de la persecución de los mismos. A estos, característicos en Ballinger, entrecruzamientos de perspectivas personales y de tiempos de la acción se suman los inscritos en la propia progresión del relato, puesto que numerosas personas informan a la Policía sobre el pasado y el presente de Hugh y Mercy, mientras la pareja comenta su pretérito y reflexiona acerca de lo sucedido. De acuerdo, por tanto, con un rumbo clásico de la escuela lírica en la novela negra, hechos acaecidos a lo largo de un considerable período de tiempo se entremezclan en desorden cronológico pero con el orden narrativo de un puzle construido para producir la máxima emotividad.

A caballo de la paulatina aparición de las piezas del puzle, asoma la postura crítica de Ballinger, quien insinúa la problemática del racismo con una estrategia no lejana del MacGuffin hitchcockiano, adjudica una muy poco ética personalidad al causante de las desgracias de la pareja, inserta motivaciones políticas en la presión policial para capturar a los protagonistas, y trata un contexto general de prejuicios e injusticias sociales como determinante de las fatalidades que se abocan sobre lo que decididamente queda dibujado como una trágica historia de amor.

Pero resulta, además, que el detective encargado de la caza descubre poco a poco, en el curso de sus investigaciones, un positivo comportamiento de los fugitivos en el pasado, y empieza a experimentar gradual fascinación ante sus personalidades, hasta el punto de que le asaltan dudas de conciencia, y ya no está seguro de que su misión sea moralmente justificable. Cuando se aproxima finalmente a la presa, piensa de este modo sobre Hugh Rohan: *Ya no podía considerarle simplemente como a un criminal al que se debe atrapar. Sabía que a pesar de su arma y la mía, de su pelo rojo y el mío negro, éramos hermanos.* Y en esta reflexión late, complementariamente, la táctica a lo MacGuffin, que enriquece el sentido último de la obra, solo en sus líneas terminales desvelado por completo.

Al compás de la paulatina recapitación moral del policía, se amplían las dimensiones del romanticismo que alimenta a los perseguidos, y se proyectan a una zona aislada del Universo donde no existe otra consideración ética que la que se refiera al bien de cada uno y desde donde la organización social de los hombres parece inútil, injusta e indecente. El tiempo humano del reloj de arena muere

entonces porque comienza el tiempo infinito de un amor que vence,  
maravillosamente, a la muerte.

JAVIER COMA

*A Laura*

*Pero el día funesto llegará,  
Se hendirán montes y puertos;  
Al sol la espesa niebla cubrirá  
Enviada por las negras nubes;  
El mar se secará,  
La Tierra vestirá de luto  
y entonces él a gritos llorará  
Por la esposa del hombre pelirrojo.*

Última estrofa de *La Esposa del Hombre Rojo*, Poema irlandés de autor desconocido, traducido al inglés por Douglas Hyde.

# CAPÍTULO I

El viento azotaba la noche, lanzando las punzantes gotas de lluvia contra su cara. Rohan estaba acurrucado en el suelo del pesado camión descubierto, que rodaba en la oscuridad, ocultándose de los hombres que estaban en la cabina, delante de él. El suelo del camión vibraba con las sacudidas de este, haciéndole cosquillas en los pies, tirándole de los músculos de la cara y contrayéndole la piel de la frente.

El frío de la noche de finales de otoño había excedido, hacía rato, a la protección de los empapados pantalones y la camisa de algodón, y la fuerza del viento hacía que la posición encogida fuese casi insoportable. Durante dos días y dos noches había estado huyendo, haciendo autostop, desde Canadá hacia Nueva York. El miedo a ser capturado nuevamente le había mantenido alejado de las ciudades y villas, e incluso de los ocasionales restaurantes y tabernas de la autopista. Estaba débil y mareado por el hambre, febril a causa del frío y la lluvia.

El camión consumía los kilómetros, en la noche, y en la carretera 22, cerca de Pawling, Nueva York, redujo la marcha y se detuvo en un cruce. Rohan se puso en pie tambaleándose y se dirigió a la parte de atrás del camión. Al ponerse este de nuevo en marcha, lentamente, subió por encima de la puerta trasera, y bajó a la autopista, repicando los pies en el cemento al correr hacia delante para conservar el equilibrio. Desde un lado de la carretera observó cómo desaparecían las luces rojas del camión, y entonces empezó a andar despacio, pero sin detenerse, hacia la ciudad.

No llevaba reloj, pero calculó que debían ser aproximadamente las once de la noche. Al acercarse a las afueras de Pawling, se adentró más en las sombras de la carretera; aunque ya no podía pensar claramente, se daba cuenta de que debía tener cuidado, pues el peligro podía acechar en cualquier población. También sabía que tenía que encontrar un sitio donde descansar e, igualmente importante, comer algo, o no podría seguir adelante. El viento aumentó de intensidad, y le empapó de lluvia la cara, dándole la impresión de que volvía a viajar en aquel camión, con el grueso muro de la noche golpeándole el rostro.

Caminando lentamente hacia el centro de la población, dio un rodeo de sombra en sombra a las oscuras y silenciosas calles. Delante de sí vio una casa; era sencilla y había una luz encendida sobre la puerta. La luz atrajo su atención. Durante muchos minutos estuvo de pie junto a un árbol, pegándose tanto a él que llegó a confundirse con el tronco, observando la luz. Por fin apartó la mirada, siguiendo la confusa circunferencia de resplandor que se extendía más allá de los peldaños y se adentraba en la noche. La casa contigua a la de la luz estaba oscura y en silencio.

Al principio, miró la casa oscura, sin interés; su fatigada mente hacía que los ojos no captasen los objetos que había delante de esta. Pero al fin reconoció vagamente los periódicos tirados delante de la puerta principal, cuatro de ellos desparramados sobre los peldaños. Tardó otro medio minuto en darse cuenta del significado, de la importancia de lo que veía; pero, cuando lo comprendió, se apartó del árbol y avanzó

en la oscuridad, evitando cuidadosamente la casa iluminada.

Al llegar a la puerta en sombras recogió cuidadosamente los periódicos y se los acercó a los ojos para leer las fechas. Eran diarios de la mañana y de la tarde, de la ciudad de Nueva York: el más viejo, de dos días antes.

Volvió a colocarlos cuidadosamente en la misma posición que los había encontrado, y se dirigió a la parte de atrás de la casa.

Había un pequeño porche de tela metálica delante de la puerta de la cocina. El porche no estaba cerrado con llave y él lo abrió y pasó, sin hacer ruido, sobre las tablas del porche. Probó el tirador de la puerta de la cocina, pero esta estaba cerrada con llave. Haciendo pantalla con las manos y apretándolas contra el cristal cuadrado, trató de ver el interior de la cocina, pero la oscuridad total que reinaba en ella hizo inútil su esfuerzo. Durante un momento, se quedó quieto y escuchó atentamente, pero no oyó ningún ruido dentro de la casa. Después, se echó atrás y examinó atentamente la puerta. Al lado del tirador descubrió el botón de un timbre. Lo apretó con un dedo y oyó el metálico zumbido dentro de la casa. Mantuvo el dedo apretando durante largo rato, hasta que no tuvo duda de que nadie lo oía y de que nadie contestaría. Como última precaución, salió del porche y se acercó al garaje. Abrió la puerta, entró en él y comprobó que estaba vacío.

Volvió al porche y cerró por dentro, con llave, la puerta metálica de este. Se quitó rápidamente la camisa y, envolviéndose una mano con ella, dio un puñetazo sobre el cristal de la puerta de la cocina. El ruido fue muy débil, pero el tintineo de los cristales al caer, sonó fuerte en los temerosos oídos de Rohan. Cuidadosamente, introdujo el brazo, levantó el pestillo y, retirando la mano, abrió la puerta y entró en la cocina.

Encendió una cerilla resguardando la llama con la mano, y abrió el frigorífico. En ese momento se encendió una luz en su interior, y el hombre dio un respingo de sorpresa. Después, sonriendo irónicamente, tiró la cerilla al suelo y comenzó a vaciarlo de la escasa cantidad de comida que contenía.

Por la mañana se despertó con las primeras luces del amanecer. Saltando de la cama se puso de pie, desnudo y temblando en medio de la fría habitación. Sus empapadas prendas de algodón estaban amontonadas en el suelo. Se acercó a un armario, abrió la puerta y volvió a cerrarla; en el lado opuesto del dormitorio había otro armario y, al mirar en su interior, vio corbatas y varios trajes de hombre. Se probó uno de ellos y vio que le estaba holgado. Se recogió la cintura del pantalón ciñéndola con el cinturón y frunciendo la tela de manera que pudiese quedar disimulada por la americana. Entonces buscó rápidamente una camisa en la cómoda, se quitó la americana, se puso aquella y anudó una corbata al cuello.

No encontró ninguna navaja en el cuarto de baño, pero sí unas tijeras de manicura, con las que trató de cortar los pelos de la barba incipiente. Le llevó bastante rato y el resultado no fue muy satisfactorio. Cuando hubo terminado, se puso polvos de talco en la cara.

La luz del día entraba ya en la casa, cuando él bajó la escalera hacia la puerta principal. En las alacenas de la cocina descubrió una lata de sopa y una caja de galletas. Calentó la sopa en la cocina, la vertió en una taza, la engulló ávidamente y se comió toda la caja de galletas. Después, empezó a registrar metódicamente la casa, esta era pequeña, estaba vulgarmente amueblada, y saltaba a la vista que sus ocupantes no eran ricos. Rohan no cogió nada de los cajones, desdeñando los pequeños objetos baratos, hasta que encontró una hucha de porcelana en un estante. La rompió y vio que estaba llena, en parte, de billetes y monedas de plata. En total, dieciséis dólares y cuarenta centavos. Con una maliciosa sonrisa de disculpa, se metió el dinero en el bolsillo y salió por la puerta de atrás de la casa.

Llegó a la ciudad de Nueva York poco antes del mediodía, después de haber viajado en tren desde Pawling. En la estación Grand Central entró en una cabina telefónica y llamó a un pueblo de Connecticut. Cuando contestaron al teléfono, dijo:

—Hola, ¿puedo hablar con Mercedes, por favor? —Una expresión de sorpresa se pintó en su semblante al oír la respuesta. Entonces aquella se convirtió rápidamente en consternación, en contrariedad y, finalmente, en rencor. Esforzándose por mantener serena la voz, dijo—: No, no, nosotros no lo sabíamos. Yo me llamo Grant..., Howard Grant, y estoy casado con una antigua compañera de colegio de Mercedes. Prometí a Mary, mi esposa, que le telefonaría y la saludaría después de tanto tiempo, aprovechando mi estancia en Nueva York. ¿Puede decirme su nombre de casada?

Escuchó con toda atención, y después asintió con la cabeza y dio cortésmente las gracias a su informador.

Colgó el teléfono, salió de la cabina y hojeó una guía telefónica de Manhattan. Aprendió de memoria el número de teléfono que figuraba detrás del nombre de Albert Turner, 345 East Vanders Place. Entrando de nuevo en la cabina, marcó aquel número.

—¿Puedo hablar con *Mrs.* Turner? —preguntó. Esperó, sosteniendo el auricular junto al oído; al cabo de unos momentos, habló una voz. Rohan se quedó como petrificado, tenso el cuerpo, la atención concentrada en la voz que le hablaba. Después, despacio, muy despacio y sin replicar, colgó el aparato.

A las diez y media de aquella noche, sonó el timbre de la puerta en el apartamento de Albert Turner. Mercedes Turner abrió la puerta. Durante un instante miró fijamente a aquel hombre alto, demacrado, con una mata de cabellos rojos. La cara de delicadas facciones pareció pasmada y los labios se entreabrieron; se llevó una mano a la garganta y la sostuvo allí, como para sostener el aliento.

El pelirrojo estaba en pie, desmañadamente vestido con el traje mal sujeto.

—Mercedes... —dijo, con voz entrecortada, medio murmurando y medio suspirando.

Mercedes Turner caminó lentamente hacia atrás, mirándole con incredulidad.

—Hugh —jadeó—. Hugh..., Hugh...

Él entró en el apartamento, y la emoción contenida durante años estalló súbitamente. La tomó en sus brazos, hundiendo la cara en la suave curva del cuello y el hombro de ella.

—¡Querida! —dijo, con voz inaudible.

Detrás de Rohan, en el oscuro pasillo, una voz cínica preguntó:

—¿La vuelta del nativo?

La mujer se desprendió suavemente de los brazos del pelirrojo dando un paso atrás. Volvió la cabeza, firme y duro el perfil como un camafeo.

—Más que esto, Albert —dijo—. Es el retorno del muerto.

—Entonces, hazle pasar —replicó Turner—, y hablemos con el fantasma.

El hombre se dirigió al fondo del recibidor, que daba a un espacioso cuarto de estar. La mujer vaciló durante un momento, pero después hizo una seña a Rohan, con la cabeza, y siguió a su marido. El pelirrojo caminó en silencio detrás de ella.

Cuando Rohan entró en la estancia, Turner se había sentado detrás de una elegante mesa. Una pequeña lámpara, con la figura metálica de un guerrero griego como base, proyectaba parcialmente su luz hacia arriba, sobre la cara de Turner; acentuando los hoyos debajo de los pómulos de este, y dándole a sus ojos, de párpados gruesos, una expresión de cinismo oriental. La nariz arqueada y afilada parecía el pico de un ave de rapiña. Se retrepó en el sillón, como el prototipo de una elegancia decadente.

—Siéntese, Fantasma —dijo, señalando un sillón con un gesto de la mano. Después, volviéndose a su esposa...—: Podrías presentarnos, querida.

—Puedo presentarme yo mismo —replicó el pelirrojo—. Me llamo Hugh Rohan.

Turner ladeó la cabeza, como pensando.

—Lo siento —dijo, haciendo una breve pausa para dar un tono sutilmente insultante a su respuesta—, pero estoy seguro de que nunca había oído este nombre.

—Después, como apresurándose a remediar un desliz no intencionado, añadió—: Pero probablemente hay muchas personas famosas cuyos nombres no recordaría.

—Yo no soy famoso —dijo Rohan.

La mujer permanecía en pie, medio oculta por las sombras de la estancia, cruzando los brazos sobre el pecho. Un rayo aislado de luz teñía de oro sus cabellos.

—Hugh... es... un viejo amigo —explicó a media voz—. Creía... que había muerto en la guerra.

—Ah, sí. —Los labios de Turner casi no se movieron—. Me parece que ahora lo recuerdo..., pero el nombre se me escapó de momento. —Inclinó la cabeza en dirección a Rohan, como disculpándose—. El marinero.

—Marino mercante —le corrigió Rohan.

—Seguro que Mercedes debe estar..., eh..., encantada de volver a verle. Desde luego, yo no puedo sentirme tan... feliz, pero es porque no le conozco tan bien. —Turner sonrió irónicamente—. Debe haber una razón —prosiguió— para que nos visite a hora tan tardía de la noche y sin avisarnos. ¿Sería impertinente —y levantó

los ojos, el blanco de los cuales tenía un brillo de porcelana, hacia Mercedes— que preguntase cuál es?

—No —dijo Rohan. Su cara aparecía surcada de arrugas, macilenta en la penumbra de la habitación. Solo los cabellos parecían animados. Eran del color rojo de sangre de la capa de los cardenales y tenían el brillo de la laca china—. La última vez que vi a Mercedes, ¡era mi esposa!

Un silencio, una quietud envolvieron como un manto a Turner. El fino labio superior y el grueso labio inferior, se cerraron en una tensa y fina línea, asumiendo el color de la piel, desapareciendo, excepción hecha de una ligera sombra en el semblante. Por último, exhaló el aliento con un sonido lento y prolongado.

—Muy interesante —dijo suavemente—. Desde luego, yo no lo sabía. Debe disculparme —añadió, insinuante—, si nuestra esposa no me lo ha contado todo, y resulto ser un ignorante.

La mujer se agitó inquieta, apretando más los brazos cruzados. Su voz adquirió una nueva dignidad al hablar. Sus palabras fueron declaraciones, no explicaciones.

—Pensaba decírtelo algún día, Albert. Pero sabía que no serviría de nada. Te habría encantado zaherirme por ello. Creía que Hugh estaba muerto y yo esperaba que las cosas quedaran así.

Turner se echó a reír; una risa baja, ronca, irritante.

—Siempre ocurre así, ¿verdad, querida? Los planes mejor urdidos, y demás, y ahora resulta que eres bígama.

—No —replicó Mercedes—, se declaró su presunción de muerte antes de que tú y yo nos casáramos.

Turner se volvió hacia Rohan.

—Bueno, viejo amigo —dijo ligeramente—, esto lo aclara todo. A fin de cuentas, ella no es nuestra esposa. Es mi esposa. —Se encogió de hombros, en un gesto de compasión sintética—. Pero estos son los azares del amor, ¿no cree?

—No —respondió Rohan, con voz grave—. Si ella todavía me ama y quiere venir conmigo..., puede divorciarse y volveremos a casarnos.

—¿Qué dices tú, querida? —dijo Turner, mirando interrogativamente a Mercedes.

—Ya sabes lo que siento por ti —respondió firmemente ella—. ¡Te odio!

—Ah, bien —replicó Turner, con indiferencia—, y, a fin de cuentas, hemos sido el uno para el otro. —Su voz adquirió un tono divertido—. ¿Amas todavía a ese... marinero?

—Siempre lo he amado —respondió simplemente ella—, y cuando creí que había muerto... —Miró despectivamente a Turner—. De otra manera, ¡nunca me habría casado contigo!

Turner no pareció escucharla. Sus ojos escrutaron reflexivamente la cara de Rohan. La mujer salió de la sombra y se acercó al sillón donde estaba sentado el pelirrojo. Suavemente, como tratando de buscar un apoyo, puso una mano en el hombro de él.

—Si Hugh me quiere, me casaré con él.

—Esto es muy conmovedor —dijo Turner—, pero, ya sabes..., mi ética, mis creencias... —Sus labios se torcieron, con silencioso regocijo—. No puedo avenirme a concederte el divorcio. Ya te lo he dicho otras veces.

—Entonces, me iré a vivir con él de todos modos.

—Desde luego —dijo Turner—, esto me ocasionaría muchas molestias... Mi posición social, mis asociados... —Levantó las cejas, finas y estrechas, que se curvaban altas en la frente—. Por favor, no hagas eso. Mira, si así fuera, tendría que hacerte detener por adulterio. No para iniciar una acción de divorcio, sino solamente por persecución criminal. Me temo, querida, que no te gustaría el tiempo que tendrías que pasar en la cárcel. —Bruscamente, se inclinó sobre la mesa sin dejar de mirar a Rohan—. Creo que tu amigo podría contarte algo acerca de esto.

La mano de la mujer se cerró sobre el hombro de Rohan.

—No sé de qué estás hablando.

La fina nariz de Turner se frunció con un gesto de disgusto.

—Un expresidiario —dijo el hombre—. Tiene todas las marcas que deja la cárcel.

—¡Miente!

Rohan se desprendió suavemente de la mano de Mercedes y se puso en pie. Su semblante era frío, inexpresivo, como de mármol amarillo.

—Posiblemente —convino afablemente Turner—. Pero ese traje le sienta de un modo extraño, su corte de pelo no acreditaría a ningún peluquero, los zapatos que calza son de los que se usan en las prisiones..., lo sé, puede creerme. Y por último, a menos que sea tuberculoso, ¡yo diría que no ha visto el sol en diez años!

—Está loco —dijo Rohan, pero su respiración era jadeante e irregular—. Este es el corte de pelo que se hacen los marinos unos a otros..., y en cuanto a los zapatos..., son excedentes del Ejército... ¡Los compré en Europa!

—Me parece que protesta demasiado —replicó tranquilamente Turner—. Además..., ¿tiene una coartada para esa tez cremosa de muchacha? —Bruscamente, sacó la mano de debajo de la mesa. Empuñaba un revólver—. ¿De dónde ha venido? Creo que tengo el deber de informar a la Policía de su presencia. Sé que esto afligirá a *Mrs.* Turner..., pero, sinceramente, me remordería mi conciencia de buen ciudadano si no lo hiciese.

De pronto, la voz de la mujer se hizo suplicante.

—Albert..., no lo hagas.

—No te preocupes, querida —replicó Turner, bajando compasivamente los párpados—. Si no está reclamado por la Policía..., solo se habrá cometido un lamentable error. Me disculparé... humildemente ante *Mr.* Rohan. —Inclinó cortésmente la cabeza, mirando al pelirrojo—. Aceptaría mis disculpas, ¿verdad, señor?

—¡No haga esa llamada! —le advirtió Rohan.

—Pero, *Mr.* Rohan —Turner pareció asombrado—, me ha dicho usted que no es

un presidiario... Si no le busca la Policía, no tiene de qué preocuparse, ¿verdad?

El revólver de Turner apuntaba directamente al estómago del pelirrojo.

Rohan dio un paso hacia la mesa, apartando el sillón donde había estado sentado y haciendo a la mujer a un lado.

—¡Deténgase! —le ordenó Turner.

Rohan se detuvo.

—¡No haga esa llamada! —dijo.

—¡Ahhhh! —Turner sonrió ampliamente—. Parece que algo le inquieta. Bueno, acabemos de una vez.

Sin apartar los ojos de su visitante, alargó la mano izquierda hacia el teléfono. Cuidadosamente, descolgó el aparato y empezó a marcar; pero, al llegar al tercer número, su dedo resbaló y él miró instintivamente al teléfono.

En el mismo instante, Rohan se movió, inclinándose a un lado. Este movimiento hizo que Turner disparase su revólver. La detonación resonó en la sala.

Rohan no sacó su arma del bolsillo. Cuando respondió, la detonación fue amortiguada en parte por la tela de la americana. Un pequeño y limpio agujero apareció directamente por encima del corazón de Turner.

## CAPÍTULO II

East Vanders Place es una calle corta, de solo dos manzanas, situada en las 50 y con vistas al East River de la ciudad de Nueva York. La calle se compone, principalmente, de pequeñas casas pueblerinas que han sido convertidas en caros apartamentos. Vivir en East Vanders Place, o morir en ella, cuesta muchísimo dinero.

Yo soy detective del Distrito Diecinueve, y East Vanders Place está dentro de nuestra jurisdicción. Cuando llegó el informe a mi mesa, me dirigí en seguida hacia allí. En la escena del crimen la calle estaba bloqueada por dos «RMP», y allí me encontré con el detective de la Brigada de Homicidios de Manhattan East. Se llamaba Skors.

Bueno, no sé si ustedes lo saben, pero creo que debo explicar que no todos los detectives que trabajan en un caso de asesinato en la ciudad de Nueva York, pertenecen a la Brigada de Homicidios..., de Manhattan East o West. También interviene un detective de la Comisaría correspondiente al lugar donde se ha cometido el crimen. Estos dos detectives trabajan juntos desde el principio, aunque pueden añadirse otros en caso necesario. Yo era de la Comisaría del Distrito Diecinueve, que está situada en la Calle 67, entre Park y Lexington. La única razón de que indique esto aquí es la de que más tarde fui designado para continuar con el caso, porque era el detective del distrito; esta designación, que se hizo por cuestión de rutina, resulta importante por todo lo que ocurrió más tarde.

Hay aproximadamente 22 000 policías en Nueva York, los cuales son blancos, negros, morenos, amarillos o rojos, que además son protestantes, católicos, judíos o mahometanos. Algunos de ellos van a caballo o en motocicleta, viajan en aviones o helicópteros, pilotan lanchas o conducen ambulancias, camiones y coches; los hay que hablan francés, español, italiano, chino, alemán, árabe... y casi todas las otras lenguas que existen bajo el sol. Entre todos estos hombres, apareció mi número como cuestión rutinaria del servicio. El Departamento de Policía opera siempre según normas estrictas de procedimiento. Es importante recordar esto porque, una vez me hubieron asignado este, no podía ser excluido del mismo, salvo en caso de incompetencia manifiesta. Para muchos policías, esto no habría significado demasiado.

## CAPÍTULO III

A las seis y media de la mañana, el despertador interrumpió el sueño de Mercedes Turner. Esta abrió inmediatamente los ojos y, por un momento, estuvo contemplando el techo mientras desfilaban a gran velocidad por su mente los acontecimientos de la noche anterior. La atenazó el horror y tembló violentamente; apartando la mirada del sitio en el que la había fijado, se obligó a salir del refugio de la cama. Cuando se hubo levantado recobró lentamente el control de sí misma y, con manos que ahora solo temblaban ligeramente, abrió los grifos de la bañera.

Mientras esta se llenaba, ella se envolvió en una bata y se dirigió apresuradamente a la cocina. Se acercó a la puerta de la doncella y escuchó atentamente por si oía algún ruido en el cuarto y, al no oír ninguno, abrió cautelosamente la puerta para mirar al interior.

Thelma Jordan no había regresado aún. Con una débil sonrisa de gratitud la mujer abrió el frigorífico y sacó dos naranjas. Mientras sorbía el zumo fue recobrando la serenidad con más firmeza. La noche pasada se había enfrentado con los problemas suscitados por la muerte de Albert Turner. Los años de pasado adiestramiento en tomar decisiones, le habían servido de mucho. Inmediatamente se había dado cuenta de que sería ella quien debería decidir lo que había que hacer; Rohan ya no era capaz de hacerlo.

Al repasar los sucesos, decidió que había actuado bien. Hasta mucho después de salir Rohan del apartamento, y de irse ella a la cama, había conseguido parecer tranquila. El pelirrojo no había reconocido las oleadas de pánico que la habían acometido, ni su terrible reacción ante el asesinato de Turner. Este había disparado primero, pero Rohan nunca podría alegar defensa propia. Como preso evadido que era, sería acusado de asesinato premeditado.

Aunque había odiado y detestado a Albert Turner, ella lamentaba que este hubiese muerto. Lo lamentaba porque odiaba la violencia y la muerte. Había amado a Rohan..., siempre le había amado..., y la acción de él no cambiaba este hecho. Solo le planteaba la cuestión de qué podía hacer ella para ayudarlo. Nadie podía ayudar a Turner; era Hugh Rohan quien la necesitaba ahora.

Suspiró, dejó el vaso en el fregadero y volvió al cuarto de baño.

Esa mañana se bañó y se vistió de prisa. Después de ponerse el vestido, hizo lo propio con un abrigo ligero de pelo de camello que cogió del armario, descolgó de una percha el de visón y lo dobló para llevarlo al brazo. Luego recogió el bolso y comprobó cuidadosamente lo que llevaba en él: las llaves de la caja de seguridad, el talonario de cheques, y los pasaportes. Recorrió la habitación con la mirada, haciendo inventario de lo que había en ella, intentando recordar lo que tenía que hacer para asegurarse de que no olvidaba nada. Corrió a la cocina y escribió rápidamente una nota para la doncella, dejando el papel sobre el fogón, de manera que Thelma Jordan la encontrase.

Saliendo por la puerta de servicio, caminó hasta el rellano de la entrada principal, y tomó el ascensor hasta la planta baja. Se miró la muñeca; el pequeño reloj de pulsera marcaba las ocho y cinco minutos.

Era un día templado de primeros de otoño, y pensó que podía resultar sospechosa con dos abrigos. En la Primera Avenida cogió un taxi hasta el «Hamilton Plaza Hotel», un hotel donde no era conocida, y dejó los abrigos en el guardarropa. Desayunó en la cafetería del mismo, y después volvió al vestíbulo, donde compró un diario. Durante un rato permaneció sentada, tratando de leerlo..., como una mujer hermosa y elegante, que se encontraba como en su casa en aquel hotel de lujo. Pero sus ojos no veían nada del diario que pretendía leer, y su mente se negaba a registrar las noticias impresas en este. Arrastraba con resignación el tiroteo en lo más profundo de su ser, y le pesaba como una tragedia que hubiese ocurrido meses antes, y no la noche pasada. Aceptando el hecho de que no había manera de escapar de la tragedia ni de sus consecuencias, no mantenía la esperanza de una libertad indefinida. Más bien se aferraba a la expectativa de posponer las consecuencias finales.

A las nueve y media, salió del hotel y caminó a lo largo de unas pocas manzanas, al sur de la Quinta Avenida, hacia la «New Amsterdam Trust Company».

En la parte de atrás del Banco había un pequeño ascensor, revestido con paneles de madera, y lo cogió hasta el sótano. Gravemente sereno el semblante, se detuvo delante de la pesada puerta enrejada de la sección de cajas de seguridad y, al zumbar la cerradura eléctrica, empujó aquella y entró. Sacó la llave de su caja y, escribiendo su número en un impreso y firmándolo, entregó aquella, junto con el papel, a un empleado. El hombre la condujo a través de una maciza puerta redonda, y se detuvo ante el número de Mercedes. Insertó una llave maestra y la hizo girar una vez; introdujo después la llave de ella en una segunda cerradura, y la pequeña puerta oblonga se abrió con un chasquido.

El empleado, llevando la caja de Mercedes, condujo a esta hasta una serie de pequeñas habitaciones, en cada una de las cuales había una mesa, una silla, un calendario, una pluma y una lámpara. Al llegar a la puerta de una de ellas, el hombre se apartó a un lado y la mujer entró. Él dejó la caja sobre la mesa y preguntó:

—¿Desea algo más?

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias.

El hombre salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda. Mercedes Turner abrió la caja y sacó de ella un rollo de grueso terciopelo rojo, forrado de seda blanca y sujeto con un cordón, también de terciopelo. Al desenrollarlo, aparecieron en el forro de seda una serie de bolsitas, cada una de ellas cerrada con una solapa que se abrochaba con un broche de metal. Deliberadamente, ella abrió las bolsitas, introduciendo cuidadosamente los dedos en ellas y sacando una joya de cada una: un alfiler de solapa con pedrería, unos pendientes, varios brazaletes de diamantes, uno con rubíes, otro con esmeraldas, un collar de hermosas perlas orientales, un pequeño

broche de brillantes y otro collar, antiguo, que había pertenecido a su propia abuela.

Primero envolvió cada pieza en papel fino y después en un gran pañuelo de seda, atando luego las cuatro puntas de este para formar un paquetito compacto, que introdujo en el bolso. Volvió a colocar el rollo de terciopelo en la caja de seguridad, la cerró, se levantó y abrió la puerta. El empleado volvió a llevar la caja a su compartimiento, y devolvió la llave a Mercedes. Esta sonrió, le dio las gracias y subió en el ascensor a la planta principal.

Sin vacilar, se acercó a una larga hilera de escritorios situados a uno de los lados del Banco. Detrás de aquellos hallábase sentados unos hombres de simpático semblante, ataviados con trajes clásicos. En cada escritorio, una pequeña placa de metal anunciaba el nombre de su ocupante. Ella se acercó al hombre sentado en el segundo escritorio de la primera fila. Se llamaba Forrest y su placa le identificaba como primer vicepresidente. Junto a su mesa había un cómodo sillón de cuero, ligeramente vuelto de espaldas a la ventana, para proteger del resplandor de esta a las personas que lo ocupasen. Al acercarse ella a su mesa, Forrest se levantó.

—Buenos días, *Mrs.* Turner.

—*Mr.* Forrest —respondió amablemente ella—, me alegro mucho de volver a verle.

—*Mr.* Turner estuvo aquí el otro día... Tengo entendido que han pasado unas vacaciones magníficas.

—¡Oh, espléndidas! Lástima que tuviésemos que volver tan pronto.

—Así son las cosas —dijo él, sonriendo—. Las vacaciones siempre parecen demasiado cortas.

Ella asintió con la cabeza y se dejó caer en el sillón frente a él; hermosa, serena, natural. Sacó el talonario del bolsillo. Albert Turner había abierto una cuenta indistinta, para atender a los gastos personales y a los mantenimientos de la casa. Mercedes no abrió el talonario, sino que solo lo sostuvo en sus manos, y preguntó:

—¿Podría darme el saldo actual de mi cuenta?

—Desde luego. —Forrest descolgó el teléfono que tenía encima de la mesa, y marcó el número del departamento de contabilidad. Habló brevemente para pedir la información y, después, colgó—. Me llamarán dentro de un momento —dijo.

Ella encendió un cigarrillo.

—Tengo anotado el saldo, pero quiero estar segura. —Sonrió tranquilamente a Forrest—. Albert va a pensar que estoy loca..., pero es algo que deseo ardientemente, y he decidido hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó él, siguiendo la conversación, mientras esperaban.

—Comprar un coche —respondió distraídamente ella—. Una amiga mía tiene un hermoso coche deportivo italiano que compró el año pasado. Pagó once mil por él y está dispuesta a vendérmelo barato. —Sonrió con aire confidencial—. Me encanta..., ¡es realmente espléndido! Así que voy a comprarlo.

—¿Sí? —respondió cortésmente él.

Entonces sonó discretamente el teléfono y el hombre lo levantó. Anotó delicadamente el saldo en un bloc de grueso papel: 4339,28 \$. Colgó de nuevo el teléfono y dijo:

—Su saldo es de 4339,28 dólares.

—¡Oh, muy bien! —exclamó ella—. Solamente necesito cuatro mil.

Sacó su talonario de cheques, eligió una pluma estilográfica entre las varias que había sobre la mesa de Forrest, y extendió tranquilamente el cheque.

—¿Recuerda usted si tiene algún cheque importante en circulación, *Mrs. Turner*? —preguntó Forrest.

—Ninguno importante —dijo ella, y añadió—: De todos modos, diré a Albert que ingrese en seguida más dinero.

—¿Quiere que le certifiquemos este? —preguntó Forrest.

—No..., Marian lo quiere en efectivo. Todavía no desea que su marido se entere de que vende el coche.

Forrest asintió con la cabeza. Esto le tenía sin cuidado.

—¿Cómo lo quiere? ¿En billetes grandes..., o pequeños?

La mujer lo pensó durante un momento.

—Deme mil en billetes de cien; mil en billetes de cincuenta..., y dos mil en billetes de veinte —respondió con indiferencia.

Forrest hizo una seña a un guardia uniformado, que se acercó a la mesa. El vicepresidente puso sus iniciales en el ángulo superior izquierdo del cheque. Se lo tendió al guardia y le explicó lo que quería. El guardia se dirigió a la parte de atrás del Banco, y entró por una puerta pequeña al área donde estaban las ventanillas de los cajeros. Se detuvo y entregó el cheque a uno de estos. Varios minutos después, volvió a la mesa de Forrest y le entregó cuatro paquetes de billetes, cada uno de ellos con una faja de papel castaño en la que figuraba inscrita la cifra \$ 1000,00.

La mujer se sorprendió al ver lo pequeños que eran los paquetes. Nunca había manejado antes una cantidad tan importante de dinero en efectivo, pues siempre había librado cheques cuando había necesitado hacer cualquier gasto. Forrest introdujo los cuatro paquetes en un sobre de color castaño, y le entregó este. Ella lo tomó y se lo guardó en su bolso.

—Tenga cuidado con su nuevo automóvil —dijo sonriendo él.

—Algún día vendré aquí con él —replicó ligeramente ella—, y lo aparcaré delante de su Banco.

—Si lo hace, tenga cuidado con el guardia de la esquina —le aconsejó él, con fingida seriedad—. Le encanta poner multas.

Ella se levantó y se quedó un momento de pie, delante de la mesa.

—Eso me convertiría en una especie de delincuente, ¿no?

Sonrió al banquero, con su cara adorable a la luz de la mañana.

## CAPÍTULO IV

Una doncella llamada Thelma Jordan descubrió el cadáver de Albert Turner y llamó a la Policía. Pero, durante la primera media hora en East Vanders Place, ni Skors ni yo tocamos nada. Solo observamos hasta que llegaron el médico forense y el resto del equipo de la Oficina de Servicios Técnicos. Thelma Jordan estaba a punto de explotar, por lo que la dejamos tranquila hasta que el doctor pudiese calmada un poco. Mientras esperábamos, Skors y yo nos hicimos una buena idea del apartamento de Turner, el cual ocupaba toda la segunda planta de una casa transformada. Esta tenía cuatro pisos, y un apartamento en cada uno de ellos. El edificio tenía dos ascensores; uno en la parte de delante, para los inquilinos y los visitantes, y otro, de servicio, en la parte de atrás.

El piso de los Turner tenía cinco habitaciones, una cocina y tres cuartos de baño. El salón no era exactamente grande, aunque sí bastante amplio, de techo alto y decorado a estilo antiguo, y con una chimenea de mármol con adornos esculpidos. Estaba amueblado con una combinación de estilos diferentes: piezas modernas y antiguas, claras y oscuras, viejas y nuevas, todo mezclado. Yo no había visto nunca nada parecido, y me gustó. Detrás del salón había un pequeño comedor con una araña de cristal, una mesa y unas sillas delicadamente talladas. Caminé por un corto pasillo que conducía del comedor a la parte de atrás del apartamento. Dos dormitorios, cada uno de ellos con su cuarto de baño, se abrían sobre el corredor; este terminaba en la cocina. Detrás de la cocina había un cuarto para la doncella, con su baño, y la puerta de la cocina daba a un patio exterior, junto al ascensor de servicio.

Thelma Jordan se recobró de su nerviosismo lo bastante como para que pudiésemos hablar con ella. El médico le había administrado un sedante suave, junto con un buen sermón que probablemente fue tan eficaz como las píldoras. A los médicos esto les da resultado, a los policías no. Skors y yo empezamos a hablar con ella en la cocina, mientras el forense hacía su trabajo en el dormitorio donde había sido encontrado el cadáver.

Había una cafetera sobre el fogón, en el cual yo calenté y serví café en sendas tazas para los tres. Thelma Jordan no bebió la suya, pero esta dio algo que hacer a sus manos, que le dieron vueltas con los dedos mientras hablábamos. Skors bebió de la suya y yo hice lo propio.

Compadecimos durante un rato a la doncella, reconociendo que encontrar un cadáver significaba un duro golpe, y ciertamente no era algo que les ocurriera cada día a las doncellas..., y en especial a Thelma Jordan. Por último, Skors se decidió a preguntar:

—¿A qué hora le encontró?

Ella pareció un poco confusa en las respuestas, un poco lenta en captar las preguntas. Tal vez era a causa del sedante, por lo que no la apremiamos, sino que procuramos que estuviese tranquila. De todos modos, acabó diciendo que fue

alrededor del mediodía cuando encontré a Albert Turner. Por consiguiente, yo le pregunté:

—¿Oyó el disparo?

—No hubo ningún disparo..., al menos, mientras yo estuve aquí —dijo ella.

—¿Oyó algo la noche pasada?

—La noche pasada yo no estaba aquí; me marché después de lavar los platos de la cena.

—¿A qué hora volvió?

—No he vuelto hasta esta mañana, puesto que ayer tenía la noche libre.

—¿Dónde estuvo? —preguntó Skors.

—Con unos amigos míos, en el Bronx.

Dio el nombre de la pareja y la dirección de la misma.

Según la doncella, habían ido a una fiesta de caridad en el barrio y, después, se había quedado a pasar la noche con ellos. Naturalmente, lo comprobaríamos.

Skors me hizo un gesto con la cabeza y yo continué el interrogatorio.

—¿A qué hora ha venido usted esta mañana?

—Un poco después de las ocho. Así tendría tiempo sobrado para preparar el desayuno, si me lo pedían.

—¿Dónde estaba *Mrs.* Turner, cuando usted llegó?

—No lo sé —respondió ella—. Ante todo, fui a mi habitación para ponerme el uniforme. Después, cuando empecé a trajar en la cocina, encontré esta nota sobre el fogón.

Metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó una hoja de papel, la desplegó y me la tendió. Skors y yo la leímos juntos:

*Thelma:*

*No prepares desayuno esta mañana. Voy a salir temprano. No digas nada a Mr. Turner, a menos que él te llame, y no le molestes si alguien le llama por teléfono.*

*Mrs. TURNER.*

—¿Qué la indujo, finalmente, a mirar en la habitación de *Mr.* Turner? —preguntó Skors.

La doncella se agitó nerviosamente en su silla. Su codo tropezó con la mesa, haciendo que se derramase un poco de café de su taza. Empezó a secarlo con una esponja amarilla de goma.

—Bueno, en toda la mañana no oí ningún ruido en su habitación. Pensé que estaba durmiendo y no quise molestarle. Pero a eso del mediodía..., empecé a pensar que tal vez le gustaría tomar un tazón de sopa o alguna otra cosa. Llamé a su puerta y, al no obtener respuesta, llamé más fuerte. Sabía que tenía que oírme, y, al ver que no

contestaba, pensé que podía estar muy enfermo, y me asusté. Abrí la puerta y vi que estaba en la cama, con la colcha subida hasta el cuello. Le llamé desde la puerta y, como él no se movió, me acerqué y le juro a usted que tenía la apariencia de estar durmiendo..., nada más. —Lloriqueó un poco y repitió—: Solo durmiendo..., nada más. Yo..., esperé un poco, tratando de decidir lo que tenía que hacer..., y le toqué la cabeza con los dedos...

Ahora empezó a sollozar, inclinada sobre la mesa.

—¿Comprendió que estaba muerto? —le pregunté yo.

—Sí..., su frente estaba fría..., pero con una frialdad y un tacto diferentes de cuanto yo había tocado hasta entonces.

—¿Tiene alguna idea de dónde está *Mrs. Turner*? —le preguntó Skors.

Thelma Jordan sacudió la cabeza.

—No... —dijo.

La dejamos sentada a la mesa de la cocina, sollozando, y fuimos al dormitorio donde estaba el cadáver. El forense señaló la cama donde se hallaba el cuerpo de Albert Turner, completamente cubierto con la sábana.

—Un disparo en el corazón —nos dijo.

El médico se llamaba Branch.

—¿Solo un disparo? —le pregunté.

—Creo que esto es todo. Un disparo habría sido suficiente, pero lo comprobaré en la autopsia.

Skors se frotó el mentón con la palma de la mano.

—No parece que le hayan disparado estando en la cama —observó—. No hay suficiente sangre.

—Una herida como esa produce la muerte instantánea. Es un orificio pequeño y sangra muy poco. Pero, de todos modos, tiene razón. Le dispararon estando en otra parte, probablemente en este apartamento. Los técnicos están tratando de descubrir dónde.

El médico forense apartó la sábana, y Skors y yo echamos una mirada. Turner yacía como si estuviese durmiendo, con los ojos cerrados.

—¿Le ha cerrado usted los ojos? —pregunté a Branch.

—No. Lo encontré así.

Miré a Skors.

—La doncella ha dicho que parecía dormir cuando ella lo vio. La persona que le mató debió cerrarle los ojos.

Skors se mostró de acuerdo. Nos quedamos observando reflexivamente el cadáver. El difunto Turner llevaba un traje oscuro, gris carbón. El doctor le había desabotonado la camisa, que tenía una mancha roja, aproximadamente del tamaño de mi mano. Aparte de esto, Turner estaba completamente vestido e incluso calzado. Consideré que debía tener unos treinta y cinco años; de mediana estatura, probablemente un metro setenta y ocho, y unos setenta y cinco kilos de peso. Sin

embargo, es difícil calcular la complejidad de un hombre cuando no está de pie. Tenía el cabello espeso, grueso, que empezaba a volverse gris en las sienes. Ya habíamos visto bastante. Branch volvió a cubrir el cadáver con la sábana.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto? —le pregunté.

—Al menos doce horas —respondió Branch.

—Esto indica que la muerte debió producirse alrededor de la medianoche de ayer —dijo Skors, y Branch asintió con la cabeza.

—¿Antes de la medianoche? —pregunté yo.

—Es muy posible. No puedo decirles mucho más hasta que me meta en el laboratorio. A propósito. ¿Cenó el muerto en casa la noche pasada?

Skors respondió:

—Tengo la impresión de que sí, por lo que ha dicho la doncella. Nos ha dicho que no salió del apartamento hasta que hubo terminado de lavar los platos de la cena.

—Bien. —Branch empezó a recoger sus instrumentos—. Si ella me dice a qué hora cenó él y qué comió, podré fijar con bastante exactitud la hora a la que le mataron. —Se dirigió al cuarto de baño contiguo—. Lo único que se necesita ahora es técnica, y la emplearé. —Se lavó las manos—. Hablaré con la doncella al salir.

—¿Cuándo recibiremos su informe? —le pregunté.

—En cuanto pueda enviárselo —respondió Branch. Los técnicos lo revisaron todo..., tomando fotografías, recogiendo huellas, examinando los muebles y las alfombras.

—Quisiera saber dónde estará *Mrs. Turner* —dije a Skors.

—También yo —respondió él.

Observamos a los técnicos durante unos minutos, y después volvimos a la cocina. Branch acababa de hablar con Thelma Jordan. Nos saludó con la cabeza y salió por la puerta de servicio. Yo pregunté a la doncella:

—¿Qué cree que puede haber entretenido a *Mrs. Turner*?

—No lo sé..., pero a veces se pasa todo el día en el centro de la ciudad. Tal vez habrá ido de compras y volverá a la hora de la cena.

—¿Suele marcharse antes de las ocho de la mañana? —preguntó Skors.

Thelma Jordan sacudió la cabeza.

—No —respondió—, la mayoría de las tiendas no abren hasta las nueve y media. —Entonces se iluminó su semblante—. ¡Tal vez le habían dado hora en la peluquería!

—Pero, aun así, me parece muy temprano —dije yo.

—No, si tienen mucho trabajo —explicó la doncella—. Si no pueden hacerlo en las horas normales, a veces, atienden a sus clientes muy temprano o muy tarde.

—¿Sabe usted a qué peluquería va? —preguntó Skors.

—Tiene una lista de todos los lugares a los que va..., los números de teléfono y direcciones. Están en un pequeño memorándum, en el cajón de su mesita de noche.

—Lo encontraremos —dije yo.

Echamos a andar por el estrecho pasillo y tuvimos que detenernos. Estaban

sacando el cuerpo de Turner, en una caja oblonga, cubierta con una lona. Los tres volvimos a la cocina para que el féretro pudiese pasar. Thelma Jordan tenía los ojos húmedos e hinchados, y temía que empezase a sollozar nuevamente. Sin embargo, al desaparecer la caja a través de la puerta de servicio, y tan pronto estuvo fuera de la vista, ella recobró el dominio de sí misma. Volvimos al pasillo y yo me dirigí a la habitación de Turner. La doncella me detuvo.

—No —explicó—, esta es la de *Mr.* Turner. La de *Mrs.* Turner es esa, al otro lado del pasillo.

Dimos media vuelta y entramos en el segundo dormitorio. Era exactamente igual, en forma y dimensiones, a aquel en el que habíamos encontrado a Turner, pero aquí terminaba el parecido. La habitación de la esposa estaba decorada en blanco y marfil, en oro y azul ciruela oscuro. Era indiscutible que pertenecía a una mujer. Una cama con altas columnas blancas rematadas con bellotas doradas, estaba flanqueada, a ambos lados, por ornamentadas mesitas con la parte superior de mármol. Sobre una de ellas había un teléfono de marfil. Thelma Jordan sacó una libreta encuadernada en cuero de un cajón de la mesa, debajo del teléfono, y se la tendió a Skors. Este empezó a hojearla con curiosidad.

—¿Durmió *Mrs.* Turner en su cama la noche pasada? —pregunté a la doncella.

—Sí —me respondió—. Esta mañana estaba revuelta y he tenido que hacerla.

Llegados a este punto, Skors y yo nos enfrentamos con un problema. Miré mi reloj. Era poco más de las dos y media. La situación todavía no estaba clara. Existía la posibilidad de que Turner se hubiese suicidado, aunque no se había encontrado aún el arma, y era seguro que el cadáver había sido trasladado a la cama. Por otra parte, si había sido asesinado, *Mrs.* Turner sería muy sospechosa.

En aquel momento no teníamos nada firme en lo que apoyarnos. Es correr un riesgo lanzarse demasiado aprisa, hasta que no se sabe a dónde se va a llegar. O, al menos, se cree saberlo.

Levantando la mirada de su libreta, Skors dijo a Thelma Jordan:

—¿Es este el peluquero de *Mrs.* Turner? —Leyó en voz alta un nombre. La doncella dijo que sí y Skors marcó el número. Preguntó por *Mrs.* Turner, hizo unas pocas preguntas más y colgó—. Hoy no ha estado allí —me dijo—. Tampoco había pedido hora.

Asentí con la cabeza. Skors volvió a mirar la libreta.

Los técnicos habían registrado a fondo el dormitorio, buscando el arma que había matado a Turner. Delante de la cama había una cómoda magníficamente tallada, con un gran espejo de marco dorado encima. Adosado a la tercera pared había un pequeño y delicado tocador. Registré ambos muebles. La cómoda contenía ropa blanca, blusas, camisones y medias. El tocador estaba lleno de bisutería y de productos de belleza.

Mientras yo estaba mirando todo esto, Skors empleaba el teléfono tratando inútilmente de localizar a *Mrs.* Turner. Hice una seña a Thelma Jordan, que estaba sentada sobre un lado de la cama, y la doncella se acercó al tocador.

—¿Conoce las cosas de *Mrs. Turner*? —le pregunté—. ¿La ropa... y las joyas?

—Un poco...

—Mire aquí y vea si falta algo.

En el tocador había dos cajones muy anchos pero muy poco profundos. La doncella miró dentro de ellos y dijo:

—El joyero no está aquí.

Skors dejó el teléfono en su sitio y nos escuchó.

—¿Qué había en el joyero? ¿Joyas auténticas, o imitaciones..., bisutería? —le pregunté.

—Oh, eran joyas de verdad —respondió ella—. No guardaba muchas en el apartamento, pero las que tenía aquí eran auténticas.

—¿Tenía más? ¿Dónde guardaba las otras?

—En una caja de seguridad del Banco.

—¿Tenía muchas?

—Creo que sí —dijo ella.

Tuve una impresión extraña, como si alguien me estuviese estrujando el estómago con una mano. Miré a Skors y estuve seguro de que pensaba lo mismo que yo. Abruptamente, el nombre de Turner..., Albert Turner, adquirió un significado. Dije a Skors:

—Albert Turner. Estaba pensando que... este va a ser un caso muy sonado.

Él asintió con la cabeza y volvió a descolgar el teléfono. Esta vez llamó al capitán.

Hice una seña a Thelma Jordan para que me siguiese hasta el armario ropero, y abrí la puerta de este. Era un armario grande, muy grande, de madera de cedro. Vestidos y abrigos colgaban en ordenadas hileras. En la parte de arriba había estantes con cajas de sombreros que hacían juego con aquellos; unas cajas grises, con tapa negra, y un cordón también negro para, llevarlas. En un extremo del armario había muchos pares de zapatos en sus soportes.

—¿Están aquí todos los vestidos de *Mrs. Turner*? —pregunté.

La doncella entró en el ropero y miró a su alrededor. Permaneció de pie durante un momento, sin decir nada.

—Tal vez algunas de sus cosas están en la lavandería —dijo al fin.

—¿Qué es lo que falta..., esté donde esté?

Después de empujar los vestidos a un lado y a otro, y de encontrar una percha vacía aquí y otra allá, dijo:

—Bueno..., un traje negro y uno de *tweed*..., y uno gris, liso... —Siguió mirando despacio a su alrededor, y añadió—: Y algunos vestidos..., uno beige de lana..., y uno azul de punto. —Después de una pausa, exclamó—: Si se los llevó, ¡también debió llevarse zapatos! —Empezó a contar los pares—. *Mrs. Turner* guarda siempre quince pares de zapatos..., y tira los viejos. Contó los zapatos; allí había nueve pares.

—Entonces, faltan seis pares —dije yo—. ¿Y qué me dice de los abrigos?

Esta vez, la doncella respondió rápidamente:

—El de pelo de camello..., y el de visón.

No podía imaginarme que una persona pudiese andar por la ciudad llevando abrigos, vestidos y zapatos en los brazos.

—¿Dónde guardaba *Mrs.* Turner sus maletas? —pregunté.

—Hay un depósito en el sótano, donde guardan sus equipajes todos los vecinos.

—Vayamos a echar una mirada —dije.

La doncella me acompañó, y bajamos al sótano en el ascensor de servicio. Al fondo estaba la caldera de la calefacción, pero cerca de la entrada y junto a unas ventanas, había cuatro compartimientos de madera con puertas individuales y candados. En cada puerta había un número pintado. Nos detuvimos delante de la puerta número dos.

—¿Tiene la llave? —pregunté a la doncella.

Ella sacudió la cabeza. Saqué el revólver del bolsillo y descargué un fuerte golpe por encima del ojo del candado, el cual quedó abierto.

Entré y tiré del cordón de una lámpara de techo. Había toda una serie de baúles, maletas y cajas de sombreros de todas clases. Todo ello cubierto por una fina capa de polvo. En el suelo, cerca de la puerta, había las dos claras huellas del sitio en que habían estado muy recientemente dos maletas. Señalé y pregunté:

—¿Sabe qué maletas estaban aquí?

—No —dijo la doncella—, no puedo recordar cómo eran.

—De todos modos —le dije—, lo importante es que sabemos que han desaparecido.

Arriba, le conté todo esto a Skors.

—Parece que se largó por las buenas —dijo él.

—Supongo que sí. Si alguien la hubiese secuestrado o sacado de aquí por la fuerza, dudo que ella hubiese podido empaquetar todo eso.

Skors, pensativamente, se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió.

—Será mejor que obtengamos una orden de busca y captura —dijo—. Acabo de hablar con Hertzman.

Hertzman era el capitán de mi distrito.

—¿Y qué ha dicho Hertzman?

—Viene hacia aquí.

Entramos en el salón; los técnicos estaban agrupados alrededor de una zona de la alfombra próxima a la mesa. Un sillón había sido apartado a un lado, y uno de los policías estaba de rodillas, recortando algo de la alfombra y metiéndolo en un sobre. Skors y yo nos acercamos a él.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Skors.

El técnico que estaba recortando dijo:

—Creo que hemos encontrado una mancha de sangre.

Miré por encima de su hombro. De momento era difícil verla, porque se

confundía con el color y el dibujo de la alfombra. Y no era una mancha muy grande.

—¿Estaba aquel sillón encima de ella? —pregunté, señalando un gran sillón blanco.

—Sí —respondió el técnico—. Habría podido pasamos fácilmente inadvertida, si no hubiésemos estado examinando la alfombra palmo a palmo.

Skors y yo volvimos a la cocina. Thelma Jordan estaba en su dormitorio. No hacía el menor ruido.

—Si Turner recibió el disparo en el cuarto de estar, no pudo ir andando hasta el dormitorio con una bala en el corazón —dije.

—No —convino Skors—, es imposible.

—Ni pudo librarse del arma.

—No.

—Y *Mrs.* Turner ha desaparecido..., después de dejar una nota para ganar tiempo, llevándose sus cosas y sus joyas.

—Todo está muy claro —dijo Skors.

—No sé... —dije yo.

Skors arqueó las cejas.

—¿Qué te preocupa?

—¿Por qué había de huir *Mrs.* Turner, antes de saber si se sospechaba de ella?

—Tal vez el pánico.

—¿Después de pasar aquí toda la noche? —Sacudí la cabeza.

—No te parece lógico, ¿verdad? —preguntó Skors.

—No, no me lo parece —respondí.

Entonces llegó el capitán Hartzman.

## CAPÍTULO V

El pelirrojo estaba de pie junto a la ventana del apartamento del tercer piso, contemplando fijamente la calle. Era una de las Calles 40, en la parte oeste de Nueva York, cerca de la Quinta Avenida, y estaba flanqueada por coches y camiones aparcados en doble fila. Escrutó la acera con la mirada, pero no encontró la figura que buscaba. «¿Por qué no viene? —pensó desesperadamente—. ¿Qué la retiene?». Se apartó de la ventana, dejó caer la sucia cortina de malla y aplastó el cigarrillo en un cenicero ya repleto de cerillas de papel y de colillas. Encendió inmediatamente otro. En el centro de la destartalada habitación había dos costosas maletas de mujer.

Se acercó a un sillón y se dejó caer en él; a su lado, en el suelo, había varios periódicos de la mañana. Al cabo de unos minutos se levantó inquieto, encendió la radio de cubierta plástica, y sintonizó una emisora que radiaba música clásica. Pasándose una mano por los cabellos rojos, escuchó la música, con irritación. Se apartó y empezó a pasear arriba y abajo. ¿Había ocurrido algo?, se preguntó. ¿Había sido descubierto Turner? Otra idea asaltó su mente: «¡Tal vez ella ha decidido no venir, a fin de cuentas!». La música se interrumpió y la voz del locutor anunció la emisora de radio y la hora. Eran las diez y media.

Turner llevaba solamente unas once horas muerto. Pensó durante un momento en Turner..., con indiferencia. Trató de evocar el momento en el que había disparado, pero los sucesos habían empezado ya a disolverse en la irrealidad. En las distancias resonantes de la memoria, oyó el chasquido de la pistola. La mujer que permanecía inmóvil, en la sombra, se agitó ligeramente. Suspiró y dijo:

—¡Que Dios nos valga! Está muerto.

—Tenía que hacerlo —dijo él, sacudiendo la cabeza y haciendo oscilar la mata de cabellos rojos como la sangre. Un sinfín de ideas se atropellaron en su mente, y las descartó una tras otra para buscar la solución—. Él disparó primero..., iba a matarme.

Como si leyese su mente, la mujer respondió:

—Ahora no hay solución...

Salió de entre las sombras de la habitación y se acercó a él. De pie a su lado, era casi tan alta como él, con los cabellos brillantes como el oro. La luz jugó sobre sus figuras inmóviles, como encendiendo dos llamas sobre las cabezas, la una carmesí y la otra dorada.

—Era mi marido —dijo ella—. Ahora no hay esperanza..., ninguna esperanza. Todo el mundo se volverá contra nosotros...

—Yo fui tu marido antes —replicó el pelirrojo. Se volvió y le rodeó la cintura con un brazo. Ella permaneció quieta, sin hacer el menor esfuerzo para apartarse, y el brazo de él continuó asiéndola durante unos instantes; después lo retiró del cuerpo inmóvil de ella. Bruscamente, su voz se hizo despiadada, con un matiz de alegre despreocupación.

—Al cabo de un tiempo lo olvidarán.

—No. No lo olvidarán —le contradijo ella.

Él se retiró un paso y después volvió hacia ella, esta vez más cerca, y sus cuerpos se tocaron. Ella contuvo el aliento y él sujetó cada uno de los codos con una mano, como tratando de equilibrarlos, y la miró a los ojos. Los de él eran castaños, de un castaño casi negro, y escrutaron los de ella.

—¿Huiremos juntos? —le preguntó.

Una lágrima brilló en las pestañas de la mujer y, de no haber sido por la luz que se reflejaba en esta, él no habría sabido que ella estaba llorando, tan profunda era la sombra de sus ojos.

Rohan deslizó las manos desde los codos a la parte superior de los brazos de Mercedes, y les dio unas palmadas cariñosas, casi como las que daría un niño en el brazo de su madre, para llamarle la atención.

—Por favor, ven conmigo... —Y su voz se extinguió.

Ella inclinó la cabeza, lentamente, y él bajó las manos y se apartó.

—¡Sí!

—Pensé que dirías eso —canturreó la voz de él.

Ella le impuso delicadamente silencio con la mano, y se quedó mirando más allá de él, como a través de las paredes de la estancia, hacia un mundo que pronto caería sobre ellos.

—Tengo que irme contigo —dijo a media voz—, por muchas razones. —Levantó pensativamente la cara y lo besó en los labios—. Sí —respondió—, nos iremos juntos... No hay nada que me retenga aquí. Nos alejaremos todo lo que podamos. Pero primero debemos tener los medios.

Ahora los recuerdos del hombre huyeron del pasado, y él volvió a encontrarse en su propia habitación. «Si no viene —pensó—, me iré solo». Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña pistola, sosteniéndola como para sentirse más seguro. Al oír una débil llamada a la puerta, volvió a meterse rápidamente el arma en el bolsillo de la americana, y giró en redondo. De unas pocas zancadas llegó a la puerta; descorrió el cerrojo y la abrió. Mercedes estaba allí.

Él la estrechó rápidamente entre los brazos, casi asfixiándola con su salvaje entusiasmo.

—¿Estabas pensando que no vendría? —preguntó, sonriendo, ella.

Él la besó en la mejilla y en el cuello, y dijo:

—Sí... Estaba preocupado. Pensé que habría ocurrido algo...

Mercedes se retorció ligeramente para desprenderse de sus brazos.

—Ayúdame con estos abrigo —dijo, y él tomó inmediatamente el que llevaba ella al brazo—. Este abrigo tan pesado me preocupa —dijo, mirando el brillante visón—. Resultará extraño andar con él por ahí..., tendremos que hacer algo al respecto.

—¿Te parece que baje al *drugstore* y compre una de esas bolsas de lona...? Ya sabes...

—Las que tienen correas de vinilo —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Sí,

podría ser adecuada. Asegúrate de que sea lo bastante grande.

Él salió y ella oyó repicar sus zapatos en la escalera.

Mercedes recorrió el apartamento con la mirada. Lo veía por primera vez. Rohan lo había alquilado el día anterior, en el momento de llegar. Había en él muy pocas cosas y no era más que una habitación ruinoso con un diván que podía convertirse en cama. Había una cocina pequeña y un cuarto de baño todavía más pequeño.

Al oír las pisadas de él, se volvió a mirar hacia la puerta y le vio entrar con una bolsa grande de lona.

—Aquí está —dijo alegremente Rohan—. Creo que es lo bastante grande.

Ella plegó cuidadosamente el abrigo de piel y lo metió en la bolsa. Cuando hubo terminado, cerró la cremallera.

—¿Estás lista? —preguntó él.

—Sí..., vámonos.

Él tomó las maletas y se encaminó hacia la puerta.

—Espera —dijo ella—. ¿No llevas abrigo ni sombrero?

—No. ¿Adónde vamos? —preguntó él.

—Primero —respondió ella—, a Penn Station, y allí te compraremos un sombrero. Después, tomaremos el tren subterráneo hacia Jersey...

—¿Y desde allí?

—Este es un mundo ancho, muy ancho —dijo ella. Sonrió, pero sentía un peso en el corazón que sabía que no podría quitarse nunca.

## CAPÍTULO VI

Se dictó la orden de busca y captura contra Mercedes Turner. Teníamos prisa, pero lo más importante era que queríamos que se mantuviese en movimiento. Si le dábamos oportunidad de detenerse y esconderse, podrían pasar meses antes de que la encontrásemos. En la ciudad de Nueva York, un delincuente puede esconderse para siempre, si sabe hacerlo correctamente.

Yo requisé un coche para ir a Connecticut a hablar con la familia de la señora Turner. Su apellido de soltera era Clinton. Skors se quedó en Nueva York para ver lo que podía averiguar en la oficina de Turner. Yo, como oficial, no tenía autoridad en Connecticut, y teóricamente no podía obligar a la familia a responder a mis preguntas. En realidad, si hubiese habido algún problema real para hablar con *Mr. Clinton*, habríamos podido apelar a la colaboración del Gobierno Federal para llevar a cabo alguna clase de acción interestatal. El pueblo de Argyle, donde vivía la familia Clinton, era muy pequeño y no tenía Policía propia; todos los problemas policiales eran solucionados a través de la villa de Mountain Forge, que tenía una fuerza de tres hombres y estaba situada a unos seis kilómetros de Argyle. Telefoneé a Mountain Forge y hablé con el jefe de Policía, un hombre llamado Novak. Aunque parezca extraño, en ciertas partes de Nueva Inglaterra se encuentran muchos apellidos polacos, mezclados con los antiguos yanquis. En Mountain Forge, todas las fuerzas policíacas eran de origen polaco: el jefe Novak se mostró cauteloso por teléfono, ya que su cargo era otorgado por los concejales de la villa, y, en aquel sector, la población local desconfiaba de cualquiera que procediese de Nueva York. Sin embargo, el jefe de Policía convino en llevarme a ver a los Clinton, aunque me dijo que no debía comportarme rudamente. Quedamos en encontrarnos en su despacho en cuanto yo llegase. Novak me dijo que eran unas tres horas de viaje.

—Llegué a Mountain Forge, más allá de Kent y Cornwall, en Connecticut; una población de unos seis mil habitantes. Está construida alrededor de una plaza. La Comisaría de Policía estaba situada frente a la estación del ferrocarril, al otro lado de la calle, la cual se llamaba, naturalmente, Railroad Street. Novak me estaba esperando.

Pareció más bien molesto cuando yo entré y le mostré mis credenciales. Gruñó, pero en seguida se rehizo y trató de mostrarse cortés.

—¿Ha cenado ya? —me preguntó. Le dije que no—. Yo tampoco —dijo él—. Subiremos a «Boody's» y comeremos un poco. *Mr. Clinton* no nos espera hasta un poco más tarde.

—Caminamos a lo largo de una manzana, calle abajo, hasta un restaurante que era además tienda de tabaco y puesto de venta de periódicos, con los diarios de Nueva York y Connecticut amontonados delante.

El jefe me condujo deliberadamente al fondo del salón, y eligió un compartimiento aislado. Se sentó, se quitó el raído sombrero gris y lo dejó sobre el

asiento, a su lado. Novak tenía poco menos de sesenta años, era bajo e iba camino de ser gordo. Llevaba un pantalón militar, descolorido, camisa deportiva azul abotonada al cuello, y una americana marrón y deformada, parte de un traje comprado hacía mucho tiempo. Un chico adolescente, se acercó al compartimiento para preguntar lo que queríamos. No había menú.

—Buenas noches, jefe —saludó a Novak.

Este levantó los desvaídos ojos azules y movió la cabeza.

—Hola, Elton —dijo—. ¿Cómo está tu padre, estos días?

—Así, así —respondió Elton, con indiferencia.

—¿Qué tenéis esta noche para cenar? ¿Lo mismo?

—Lo mismo.

—Creo que tomaré cocido, café y pastel.

—¿Qué clase de pastel?

—De manzana.

Elton me miró.

—Para mí, lo mismo —le dije.

Desapareció en la cocina.

—Un buen muchacho —murmuró Novak—. Conozco a su padre desde hace años; compró la granja de Pease, más allá de Beacon; me refiero al padre del muchacho.

—¿Conocía a Mercedes Clinton? —le pregunté.

—Desde luego; la conozco desde que era pequeña.

—¿Cómo era?

—También una buena chica. Muy bonita y vivaz. Cabellos rubios y unos grandes ojos azules...

—¿Tuvo alguna vez problemas por aquí?

Novak sacudió la cabeza.

—No. Por supuesto que Spodnick y yo le poníamos una multa, de vez en cuando por exceso de velocidad. Lyman Clinton, es decir, el padre, le regaló un cochecito amarillo cuando ella empezó a estudiar fuera de aquí. Durante las vacaciones corría siempre de un lado para otro, con la capota siempre bajada, lloviese o hiciese sol, y a veces conducía realmente a gran velocidad.

Elton se acercó trayendo enormes platos de comida. Los dejó sobre la mesa y, al cabo de un momento, volvió con el café, los pasteles y la cuenta. Dejó esta a mi derecha.

—Parece que los Clinton eran gente acomodada —dije.

—Creo que ahora no andan tan holgados de dinero como antes —respondió despacio Novak—, pero nunca han tenido que preocuparse por la comida.

—¿Son una familia antigua en esta región?

—Regular..., cuatro o cinco generaciones. Creo que procedían de New Hampshire. El primer Clinton tuvo por aquí una pequeña fábrica de pólvora durante

la Guerra Civil. Más tarde, otro Clinton compró parte de una lavandería próxima al río, en algún lugar de New Milford.

—¿Funciona todavía la fábrica?

—No. La fábrica de pólvora se cerró hace tal vez cincuenta años. Pero la lavandería todavía está funcionando.

—¿Es Mercedes hija única?

—Sí, la única. Lyman Clinton estaba muy orgulloso de ella. Tal vez demasiado.

—¿Por qué?

Novak no respondió inmediatamente. Echó tres cucharadas de azúcar en su taza, y bebió café de un solo y largo trago.

—Tal vez se imaginaba que nada era bastante para ella —dijo al fin—. Como si él supiese qué era lo mejor, sin prestar atención a lo que ella pudiera desear. —Me miró directamente a los ojos; de pronto, los suyos ya no parecían descoloridos—. ¿Están ustedes seguros de que ella mató a su propio marido? —preguntó.

—Nadie puede estar positivamente seguro ahora mismo, pero todo parece apuntar en su dirección. —Hice una pausa y, después, le pregunté sin ambages—: ¿Hay algo que le haga pensar que ella no lo hizo?

—No —respondió francamente él—. Me imagino que, si Mercedes lo hubiese deseado con fuerza, habría tenido agallas para hacerlo. Siempre tuvo mucho orgullo y mucha energía. Si él la sacó realmente de quicio, pudo ser capaz de hacerlo. —Sacó un cigarro barato del bolsillo, y lamió la punta antes de cortarla con los dientes. Lo encendió y exhaló una gran nube de humo, volviendo delicadamente la cabeza para expulsarlo fuera del compartimiento—. Pero hay una cosa —añadió reflexivamente— que no concuerda con lo que sé de Mercedes Clinton.

—¿Qué es?

—Por qué no se presentó a ustedes y les entregó el arma. Mercedes recibió una buena educación y tiene conciencia. Sabe distinguir perfectamente el bien del mal. Tal vez se enfureció y mató a su marido. Tal vez tenía, incluso, buenas razones para hacerlo. Pero si ella le hubiese matado, habría sabido lo que había hecho, y se habría entregado para purgar su culpa. Lo que a mí me desconcierta es que haya huido.

Pagué la cuenta y volvimos a mi coche, el cual estaba aparcado delante de la estación.

—Sí, será mejor que vayamos en el suyo —sugirió Novak—. Me parece ilógico gastar gasolina del pueblo para un asunto que no es de nuestra competencia.

Los pueblos de Connecticut suelen tener dos cosas en común: pocos habitantes, y enormes lindes siempre en expansión. Los límites del pueblo encierran terreno suficiente como para albergar un número de habitantes veinte o treinta veces mayor. Argyle no era una excepción. Novak y yo cogimos una abrupta carretera, monte arriba, y a medio camino de bajada encontramos un rótulo que decía: PUEBLO DE ARGYLE. FUNDADO EN 1707. No había señales de casas ni de gente..., ni de nada. A unos tres kilómetros, carretera abajo, el único carril se ensanchaba y discurría

entre una serie de casas dispersas, todas ellas viejas, las más recientes de un chillón estilo victoriano, y las otras de los estilos más serios de Nueva Inglaterra. En un cruce había dos iglesias, una de ellas anglicana y la otra congregacionista, un almacén general, un cuartel de bomberos voluntarios en la planta baja del Ayuntamiento, un sindicato de agricultores y una pequeña escuela pública. Más allá, y a lo largo de la carretera, podían verse una veintena de casas espaciadas a intervalos regulares. Novak me dijo que girase a la izquierda en la intersección, y seguimos la nueva carretera durante aproximadamente un kilómetro.

La residencia de los Clinton era una casa de campo de Nueva Inglaterra, vieja, grande, destartada, cuya forma cuadrada original había sido modificada por la adición de dos alas, una a cada lado de la vivienda. Estaba apartada unos quinientos metros de la carretera, y se llegaba a ella por un serpenteante camino de grava. Grandes y viejos árboles extendían sus ramas sobre la casa, como una especie de sombrilla frondosa. Detrás de esta, pude ver un viejo granero rojo, completamente cubierto de hiedra, y un segundo edificio, más pequeño, que había sido convertido en garaje. La casa estaba pulcramente pintada de blanco, pero los otros edificios estaban descuidados.

Detuve el coche delante de la puerta, y Novak y yo subimos los bajos peldaños de la escalinata, pero antes de que el jefe pudiese emplear el gran picaporte de bronce, la puerta se abrió. Un hombre anciano, alto, delgado y ligeramente encorvado, apareció en el umbral.

—Buenas noches, Novak —dijo.

—Buenas noches, *Mr. Clinton*. —Novak se quitó el sombrero y movió la cabeza hacia mí—. Este es el oficial de Nueva York, del que le hablé por teléfono —explicó.

Clinton me miró, sin mostrar emoción alguna.

—Muy bien —dijo al fin—. Pasen.

Entramos y él cerró la puerta. Pasó por nuestro lado y nos condujo por un ancho pasillo, a través de un enorme salón, hasta un pequeño estudio. Había en este un anticuado escritorio de roble, de tapa corrediza. Media docena de sillas de cuero negro, brillantes por el uso, estaban repartidas por la estancia y las librerías, que llegaban desde el suelo hasta el techo, estaban llenas de libros. Había una lámpara de pie curvo sobre el escritorio, y Clinton encendió la luz del techo al sentarnos nosotros.

Clinton tenía una cara larga y delgada, con profundas arrugas que iban desde las mejillas hasta la nariz. La frente era alta y los ralos cabellos hacían que lo pareciese todavía más. Los que le quedaban eran casi tan blancos como la nieve. Sacó unas gafas de un estuche y se las puso. Volviéndose a mí, dijo:

—El jefe Novak me ha dicho que quería usted hablarme de... mi hija.

Calló y se pasó los largos y delicados dedos por la cabeza. Aunque había eliminado cuidadosamente toda animosidad del tono de su voz, la percibí en sus ojos.

—Es verdad, *Mr. Clinton* —le respondí—, y le agradezco que haya querido

recibirme.

Bajó la mano.

—Antes de empezar, quiero que sepa que no tengo la menor idea de dónde está mi hija..., y que, si lo supiese, creo que no se lo diría. —Yo asentí con la cabeza—. Además —añadió—, nunca creeré que Mercedes haya matado a Albert Turner.

—¿Tenía algún motivo para hacerlo? —le pregunté.

—Ninguno, que yo sepa.

—¿Podía tener motivos para hacerlo alguna otra persona?

Creí que vacilaba un momento, y posiblemente fue así, mientras trataba de recordar. Pero respondió:

—No sé de ninguna.

—¿Podría tener la señora Clinton alguna información?

—Estoy seguro de que no. Está muerta.

Novak se apresuró a explicar:

—*Mrs.* Clinton murió hace... unos cinco años. Tal vez más.

Clinton no replicó. Guardó silencio, como abstraído.

—Yo no sabía... —me disculpé—. ¿Cuándo vio a su hija por última vez?

—Hace varias semanas. Estuve durante todo un día en Nueva York, y la vi allí.

—¿Ha venido a menudo a Argyle, a verle a usted, desde su matrimonio?

—Sí. —Asintió lentamente con la cabeza, y, por un momento, pensé que no diría más. Entonces, añadió de pronto—: Mi hija y yo... estábamos... muy unidos. Yo iba a verla siempre que podía, y ella venía en su coche, a intervalos regulares, sobre todo desde que murió su madre. —Novak asintió con la cabeza. El anciano miró distraídamente a través de la oscura ventana, hacia la noche—. Yo pensaba a veces... que en mi vejez...

Su voz se endureció súbitamente, y él dejó de hablar.

—¿Cuándo se casó su hija con Albert Turner?

—En mil novecientos cincuenta..., unos seis meses después de la muerte de su madre.

—¿Tiene alguna fotografía de su boda? —le pregunté.

—No. Ninguna.

Comprendí que mentía deliberadamente.

—Entonces, *Mr.* Clinton, tal vez tiene alguna otra..., incluso más reciente.

—No. Nunca me han gustado las fotografías.

Una de su esposa estaba sobre la mesa. Al lado de la fotografía enmarcada de la mujer, había unas líneas sobre la mesa, indicadoras del lugar en el que había estado otro marco. Sus ojos las evitaron cuidadosamente.

Sin duda tenía fotografías de su hija, si estaba tan loco por ella como decía Novak. Pero yo no podía registrar la casa en busca de las mismas. A estas alturas, yo ya me había dado cuenta de que solo su orgullo le había inducido a decirle a Novak que me recibiría; no tenía intención de decirme nada. Me levanté y Novak se puso

también en pie. Clinton se levantó despacio.

—Gracias, *Mr. Clinton* —dije—, tal vez las cosas se resuelvan mejor de lo que esperamos.

—Posiblemente...

Pero no había conformidad en su voz. Fríamente cortés, nos acompañó hasta la puerta.

Mientras volvíamos en el coche a Mountain Forge, le dije a Novak:

—No hemos sacado gran cosa.

—¿Le censura?

—No —le respondí—, no le censuro. La sangre será siempre más espesa que cualquier otra cosa en el mundo. Debería ver la fuerza que tiene en los barrios bajos..., en la ciudad. —Conduciendo el coche con una mano, saqué un cigarrillo y lo encendí—. Pero no comprendo por qué usted tampoco habla.

Él miró a través del parabrisas. Por fin dijo:

—Ya he hablado.

—Ha hablado, pero no me ha dicho mucho. Hay un móvil para el asesinato..., en alguna parte..., en el pasado. ¿Cuál es?

—No lo sé —respondió. Pareció irritado, con una irritación un poco exagerada y demasiado rápida para ser auténtica, pensé. Después, dijo—: A fin de cuentas, todas las personas de por aquí son amigas mías. ¡Lo que pasó en Nueva York no me interesa!

—Un asesinato interesa a todo el mundo —repliqué—, y en particular a los agentes de la Autoridad.

Él siguió mirando tercamente al frente.

—Usted quiso hablar con Lyman Clinton y yo colaboré. He cumplido con mi deber.

—¿Qué sucede? —le pregunté—. ¿Tiene usted miedo de Clinton? ¿Tiene él mucho poder en estos andurriales?

—No me da miedo Lyman Clinton —respondió Novak—. Ha sido primer teniente de alcalde, pero ya no lo es.

—Pero probablemente es viejo amigo del primer teniente de alcalde —insistí—, y también de los otros concejales.

—Debe tener cuidado en no hincharse tanto que no quepa en sus pantalones —replicó Novak.

Tuve que esforzarme en dominar mi cólera. Con voz serena, dije:

—Veo que me sientan bien. Pero, si es necesario, puedo hacerlos arreglar en Washington.

—Olvídelo —dijo Novak—, no quise ser grosero.

Lo acepté como una disculpa. Novak guardó silencio hasta que llegamos a las afueras de Mountain Forge. Entonces, dijo:

—Había una chica llamada Clara Coldwater, que era muy amiga de Mercedes.

Vivió en Argyle durante un tiempo.

—¿Dónde está ahora?

—Vive en Mountain Forge. Está casada con Henry Battles. Henry trabaja en la fundición.

—¿Cree que podría hablar con ella?

—Podría intentarlo. Pero por su cuenta; yo no voy a meterme en esto.

Comprendí que Novak, o tenía miedo de las relaciones de Clinton con el Ayuntamiento, o era viejo amigo de la familia. No sabía cuál de las dos cosas. Posiblemente una combinación de ambas. Él sabía que yo podía volver con ayuda de la Policía del Estado de Connecticut, o a través del Gobierno federal, y averiguar por la fuerza lo que quería saber, en caso necesario. Ahora Novak me estaba dando algo con lo que entretenerme. Una antigua amiga de Mercedes. Tal vez ella tampoco querría hablar, pero, ya que tenía oportunidad de hacerlo, hablaría con Clara Coldwater. El acercamiento de Novak había sido en línea oblicua, pero vi en él un ofrecimiento de paz. Pasamos por delante de la casa de Clara Coldwater Battles, en Mountain Forge, un *bungalow* vulgar y corriente. Novak se quedó en el coche, hundido en el asiento, mientras yo me dirigía al porche y llamaba a la puerta. Mrs. Battles no me esperaba, y me miró con vacilación y recelo. Dos niñas pequeñas, de menos de cinco años, se reunieron detrás de ella y miraron desde los lados de su falda. No parecía posible que se hubiese enterado ya del asesinato.

Me presenté, le mostré mis credenciales y dije, casualmente, que el jefe Novak me esperaba en el coche. Esto pareció tranquilizarla. Entonces le pregunté si querría darme alguna información sobre Mercedes Clinton Turner. Inmediatamente, el recelo que había visto en su semblante se convirtió en franca desconfianza.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué quiere saber algo acerca de Mercedes?

—Porque ha desaparecido —le expliqué—. Tal vez le ha ocurrido algo.

—¿Quiere decir que solo... se ha ido?

—Algo así.

—Tal vez padece amnesia..., ¡y no puede acordarse de nada!

—Posiblemente —convine—. Pero estamos hablando con todas las amigas de ella que podemos encontrar, buscando información. Tengo entendido que usted ha sido íntima amiga suya.

Cierto orgullo se reflejó en sus ojos al oír mencionar su amistad, y su cara, nada atractiva, se tranquilizó ligeramente.

—No he visto a Mercy desde que éramos niñas..., o adolescentes. —Miró por encima de mi hombro, recordando los viejos tiempos—. Entonces vivía yo en Argyle. Cuando mi familia se trasladó aquí, aquella amistad dejó de ser tan íntima.

—De todas maneras, ¿querrá tener la bondad de hablarme de ella? —le pedí.

Se apartó a un lado de la puerta, empujando a sus hijas hacia atrás.

—Bueno, si quiere entrar un momento —accedió.

El pequeño cuarto de estar era inmaculadamente pulcro; aunque los muebles eran

de los más baratos, resplandecían encerados.

—*Mr. Battles* está en la fundición, pero llegará pronto —dijo.

Yo asentí con la cabeza. No sabía si era la explicación de que me dejara entrar en su casa. Se sentó en el borde del sofá; las dos niñas se pegaron a sus rodillas y me miraron fijamente.

No creo que nadie hubiese nunca llamado atractiva a *Mrs. Battles*. Con sus duras facciones, sus ojos pequeños y muy juntos, sus labios finos y fruncidos, y sus cabellos poco abundantes y peinados de cualquier manera, tenía pocos elementos de belleza. El vestido que llevaba estaba limpio y almidonado, y las mangas cortas dejaban al descubierto la parte superior de sus brazos, que se estaban volviendo gruesos y fofos. Me pareció extraño que pudiese haber sido íntima amiga de Mercedes Clinton, que, según Novak, había sido una joven excepcionalmente hermosa. Y entonces se me ocurrió pensar que Clara Coldwater había sido una lapa, una de esas muchachas sumamente vulgares, lastimosas e impopulares, que se ponen a remolque de la belleza local. Se humillan y adulan, y se afanan, buscando la posición de confidentes, consejeras y confesoras. Indirectamente viven de la popularidad, el brillo y la excitación que rodea a la belleza, recogiendo las migajas consoladoras de una invitación ocasional, producto de la devoción y la fidelidad declaradas.

Este, pensé, era el lazo entre Clara y Mercedes; pero sospeché también que la protesta de amistad de Clara no era sincera. Después de todos aquellos años, Clara seguía envidiando a Mercedes Clinton y teniendo celos de ella.

—Tiene usted una casa encantadora, *Mrs. Battles*. Y unas hijas muy bien educadas.

Ella miró complacida a su alrededor y después a las silenciosas niñas que estaban a su lado.

—Una casa sencilla —dijo—, y tengo mis propias ideas sobre la educación de los hijos. Algunas personas no las comparten, pero Henry y yo estamos contentos con el resultado.

—Ciertamente, muchas personas la envidiarían —le dije—. Dígame, ¿le gustaban los niños a Mercedes Clinton?

—No lo sé —respondió ella—; al menos, nunca los ha tenido. Ha estado casada bastante tiempo con un rico neoyorquino..., por lo que supongo que, si hubiese deseado tener hijos, los habría tenido. —Me miró, tratando de disimular su curiosidad—. ¿Conoce usted a su marido?

—¿A Albert Turner?

—Sí. Este es su nombre. ¿Le conoce?

—Le he visto un par de veces.

—¿Qué clase de hombre es?

—Bueno —le dije—, estuvo muy callado cuando yo le vi.

—Poco hablador, ¿eh? ¿De los que rumian las cosas?

—En realidad, no lo sé —le dije—. ¿Por qué? ¿Tenía algún motivo de preocupación en lo tocante a Mercedes?

—Tal vez... —Sus ojos opacos brillaron durante un instante—. Incluso aquí arriba se oyen historias de vez en cuando...

—¿Qué clase de historias?

—Nada malo..., desde luego. Pero antes de casarse con ese..., ¿cómo se llama...?, Turner, creo que se divirtió bastante. Un buen empleo..., mucho dinero, y viviendo sola en Nueva York...

—¿Qué clase de empleo tenía?

—Muy bueno..., realmente importante. Lo dejó cuando se casó. Después, según he oído decir, quiso volver a trabajar, pero, que yo sepa, no llegó a hacerlo.

—Y aquel empleo, ¿en qué consistía?

—Era... algún tipo de cargo ejecutivo en una compañía de fundición de acero. Empezó a trabajar allí durante la guerra, y fue ascendiendo.

—¿Cuál era el nombre de la compañía?

—No lo sé. —Se inclinó hacia delante y quitó de la boca, a la niña más pequeña, el puño que esta se estaba chupando—. ¿Cree usted, realmente, que Mercy está en dificultades? ¿En graves apuros?

—Sí. Le aseguro que sí.

—¿Lo bastante graves para que una persona falte a su palabra?

Me miró fijamente, apretando los finos labios.

—Dadas las circunstancias —le dije seriamente—, creo, sinceramente, que si sabe usted algo..., cualquier cosa..., debería decírmelo.

—Mercy me hizo jurar..., quiero decir jurar en serio, sobre la Biblia, que nunca se lo diría a nadie. Incluso después de que su padre lo descubrió y puso punto final al asunto, ella me dijo que yo tenía que cumplir aún con mi promesa.

—Yo asumo la responsabilidad por todo lo que usted me cuente.

Ella respiró hondo, vacilando para hacerme creer que se resistía a hablar, pero ansiosa por hacerlo de la reina destronada.

—No sé —empezó diciendo—, pero creo que, aparte de mí y de los Clinton, nadie sabe nada acerca de esto. ¡Pero Mercy estuvo casada anteriormente!

—Algo que yo no sabía. ¿Cree usted que lo sabía..., que lo sabe Albert Turner?

—Lo ignoro —dijo, sacudiendo la cabeza. Después, prosiguió—: Cuando terminó la cosa, traté de hacer que Mercedes me dijese lo que había ocurrido. Pero ella no quiso decirme una palabra..., ni una palabra.

—¿Cuándo se casó la primera vez?

—Oh..., hace muchos años..., justo antes de que empezase la guerra, en mil novecientos cuarenta y uno. Mercy tenía solo dieciséis años...

Se abrieron las compuertas y las palabras de Clara fluyeron a raudales. Aquel año, Lyman Clinton matriculó a Mercedes en el «Bently Collegiate Institute», un distinguido colegio para muchachas, en Prester, a unos cuarenta kilómetros de

Mountain Forge. Clinton regaló a su hija un dos plazas amarillo, para que pudiese venir los fines de semana a ver a sus padres. En enero (la guerra había sido declarada en diciembre), a finales de enero, recordó Clara, Mercedes había venido a casa un fin de semana y visitado a Clara. Mercedes le había dicho que la semana próxima pensaba ir a Elkton, Maryland, la Gretna Green de tiempo de guerra, para casarse. Después de hacerle jurar que guardaría el secreto, le dijo que quería que asistiese a la boda como testigo. Las dos jóvenes trazaron complicados planes, pero los de Clara fracasaron cuando sus padres le negaron el permiso para una presunta visita a unos parientes de Massachusetts. Por consiguiente, Clara no asistió.

—¿Con quién se casó?

—Yo no llegué a conocerle —respondió Clara—, pero era un muchacho al que había conocido en Preston.

—¿Estudiaba él en aquella población?

—No sabría decírselo..., han pasado muchos años. Solo recuerdo que Mercedes me dijo que era muy joven y muy pobre, pero que estaban terriblemente enamorados. Iban a casarse, sin decírselo a nadie. Ella seguiría yendo al colegio, para poder verle y estar juntos.

—¿Y se casaron realmente? —le pregunté.

—Sí. Se casaron. Yo no estuve, pero sé que lo hicieron.

—¿Cómo se llamaba el novio?

—Se apellidaba Rohan. Creo que nunca supe su nombre de pila... Mercy le llamaba siempre el Carde.

—¿Carde? —Me intrigó el nombre—. ¿Por qué el Carde?

—Porque —explicó Clara— tenía el cabello rojo..., rojo como ese pájaro al que llaman cardenal.

Inmediatamente después de salir de la casa de los Battles, recorrí en coche los cuarenta kilómetros hasta Prester, Connecticut. Eran casi las diez cuando llegué a casa del doctor White, director del «Bently».

El «Bently Collegiate Institute» era un gran inmueble de ladrillos rojos, con torrecillas góticas, y puertas y ventanas en punta. El edificio principal, llamado «Bently Hall», estaba rodeado de varias estructuras más pequeñas..., la mayoría de ellas también de ladrillos, y todas considerablemente más nuevas que el viejo «Hall» original. Los senderos que conducían a los edificios individuales, se juntaban en «Bently Hall» como los radios de una rueda. Gruesos y viejos árboles salpicaban el campus. El director era un tal doctor White, y pronto me enteré de que el «Bently Collegiate Institute» era un colegio exclusivamente de muchachas.

También descubrí que el doctor White me resultaría completamente inútil como fuente de información. Meticulosamente cortés, respondió a mis preguntas con monosílabos, siempre que le era posible. Sí, recordaba a Mercedes Clinton. No, no recordaba nada acerca de ella. Sí, había sido una estudiante regular. No, nunca había tenido problemas con ella. Al insistir yo, pareció recordar que tenía permiso para ir a

casa los fines de semana.

—Mire usted —me explicó fríamente—, hace mucho tiempo de eso, y hemos tenido muchas jóvenes desde entonces. «Bently» celebró su centenario hace dos años. Solemos perder de vista a nuestras muchachas en cuanto se gradúan, a menos que hagan algo excepcional.

—Si Mercedes Turner mató a su marido, hizo algo bastante excepcional —le indiqué.

Su rostro se puso rígido.

—Es lamentable —dijo fríamente—, pero no se ha dado otro caso así entre las jóvenes de «Bently».

Me levanté, disponiéndome a marchar. El doctor White saludó cortésmente con la cabeza, pero no se levantó. Al llegar a la puerta, me volví y le pregunté:

—¿Recuerda a un muchacho pelirrojo, llamado Rohan, que vivía en Prester?

—Nunca oí hablar de él.

Le creí y crucé el campus hasta la carretera, donde había aparcado mi coche. Prester era una población de unos dos mil habitantes, se extendía en el campo y sus calles estaban flanqueadas de árboles. «Bently Collegiate Institute» estaba en un extremo del pueblo, y en el otro extremo había una pequeña fábrica de muebles. Di varias vueltas por la población, conduciendo despacio y tratando de pensar en lo que podía hacer ahora.

Yo creía que era aquí donde Mercedes Clinton había conocido a un muchacho pelirrojo llamado Rohan. Me detuve en una estación de gasolina y, mientras me llenaban el depósito, entré en la oficina y hojeé la pequeña guía telefónica, que incluía Prester y cuatro pueblos cercanos, muy pequeños. En ella no figuraba ningún Rohan. Mientras pagaba al operario, le pregunté si conocía a una familia con aquel apellido. No la conocía. Después me enteré de que el alguacil del pueblo se llamaba Fullbright, y era también dueño del taller local. Volví a la calle principal y encontré un pequeño edificio de madera pintado de blanco, en el que había unos cuantos automóviles averiados. En el interior, Fullbright estaba trabajando.

—No —me dijo—, nunca tuve noticias de alguien llamado Rohan en estos andurriales. Hubo una familia irlandesa llamada Rohan, que estuvo algún tiempo cultivando la tierra cerca de Naquog, pero se marchó.

—¿Era pelirrojo algún miembro de la familia?

El hombre lo pensó.

—No —dijo al fin—, el viejo era calvo, y su esposa y su hija... —pensó de nuevo—, me parece que tenían el cabello oscuro.

—¿No tenían más familia?

—No. Solo eran ellos tres.

Nada que hacer en esta dirección.

—¿Ha tenido alguna vez algún problema con las estudiantes de «Bently»? —le pregunté.

—Las muchachas no suelen causarlos —dijo él—. Si fuese un colegio de chicos, darían mucho más trabajo. Las chicas de «Bently» viven bastante recluidas —dijo—. No bajan a menudo al pueblo.

—Entonces, ¿qué hacen? Deben tener algún lugar adonde ir.

—Hay un lugar llamado «Snack Bar», a dos kilómetros yendo por esta carretera, pero solamente a medio kilómetro, si se va campo a través desde el campus. Las chicas pueden ir allí. Es de un viejo llamado Beatty, y su esposa hace años que lleva el negocio.

El «Snack Bar» era una vieja casa de madera transformada. En la planta baja había un porche con grandes ventanas de cristales, que daban a una gran habitación con un sólido suelo de linóleo; había una máquina de discos en el rincón más lejano, una barra con taburetes y una serie de pequeños compartimientos. Estaba limpiísimo y había en las paredes unos banderines con una «B» amarilla sobre campo azul marino. Serpentinaz azules y amarillas colgaban desde el centro del techo hasta todos los rincones del salón. Era un lugar alegre, lleno de color y de juventud. Como eran las once de la noche, el local estaba vacío, excepción hecha de dos muchachas que estudiaban en uno de los compartimientos. Cuando entré, me miraron y volvieron a sus libros. Un hombre anciano, bajito, de cara redonda y arrugada, y llevando un delantal blanco, estaba preparando malta detrás de la barra. Lo hacía con mucho cuidado y, cuando hubo terminado, puso sobre el líquido una gruesa capa de crema batida.

—Hacía años que no veía eso —le dije.

Él sonrió complacido.

—A los chicos les gusta así —explicó.

—¿Es usted *Mr. Beatty*? —le pregunté.

—Sí. ¿Me buscaba?

Se dirigió al compartimiento y depositó la leche malteada junto a una de las muchachas.

Cuando volvió a la barra, le dije:

—En cierto modo... Me pregunto si conoció usted alguna vez a alguien llamado Rohan. Tendría que ser hace quince o dieciséis años..., tal vez antes de la guerra.

—¿Un muchacho pelirrojo? —preguntó.

—Sí.

Esperé pacientemente, mientras él consideraba la pregunta. La había contestado ya, en cierto modo, al identificar al pelirrojo, pero tal vez me diría algo más.

—Creo recordar el nombre —prosiguió, hablando despacio—. ¿Por qué le interesa encontrarle?

—Solo trato de ponerme en contacto con él —dije casualmente.

Él me miró fijamente, estudiando mi cara. Sonreí y pareció que esto le tranquilizaba. Pasó una suave esponja de goma roja sobre la ya limpia barra.

—Bueno —dijo—, recuerdo al muchacho..., pero ahora que lo pienso, debe ser

un hombre, ¿no? —Asentí con la cabeza—. Sí, tiene que ser muy mayor. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo!

—Ciertamente —convine.

—Bueno, le diré... Hugh estuvo aquí aproximadamente un año..., quiero decir un año escolar, nueve meses, para ser más exacto. Trabajó para mi mujer y para mí. —Se volvió y llamó desde la puerta de la cocina—: Madre..., ven aquí.

Al cabo de un momento, se reunió con él una mujer pequeñita, como un pajarito, con los blancos cabellos peinados tirantes hacia atrás y recogidos en un moño. Llevaba gafas con montura de oro. Me saludó amablemente, pero con una ligera reserva. Su marido señaló con la cabeza en mi dirección y dijo:

—Madre siempre recuerda las cosas mejor que yo.

Ella demostró que era verdad.

—Hugh vino aquí en el otoño de 1941, y trabajó hasta finales de la primavera de 1942. Era un buen chico, y tanto mi marido como yo lamentamos que se fuese.

—¿Por qué se marchó? —pregunté.

—La guerra... —dijo el viejo—. Supongo que se sintió inquieto y se fue. Todo el mundo parecía marcharse en aquellos tiempos.

—Era un chico muy guapo —dijo *Mrs. Beatty*—. Era una lástima que un cutis y unos cabellos como aquellos se hubiesen desperdiciado en un muchacho. Una chica habría dado cualquier cosa por tenerlos.

—¿Vivía su familia por aquí? —pregunté.

—No..., no que yo recuerde. —El viejo se volvió hacia su esposa—. ¿Recuerdas de dónde vino Hugh?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Pero me parece que era de algún lugar del Oeste. —Rebuscó gravemente en su memoria y añadió—: Si no recuerdo mal, a mí me pareció que no hablaba como el característico de Nueva Inglaterra o de Nueva York.

—Desde luego, madre y yo estamos acostumbrados a oír hablar a todas estas chicas y no prestamos mucha atención. También ellas vienen de muchas partes diferentes.

—¿Cómo ocurrió que Hugh Rohan comenzase a trabajar para ustedes?

—Vino en busca de trabajo desde Royal. Pensaba asistir al «Annixter College», allí. Yo había pedido al secretario del registro civil que me enviase un buen muchacho, un chico digno para ayudarnos a madre y a mí.

La anciana asintió enérgicamente con la cabeza.

—Ahora voy recordando —dijo con firmeza—. Sabía que vendría a mi memoria si le daba un poco de tiempo. Hughie procedía del Oeste.

—Recuerdo que a él no le gustaba que le llamasen Hughie —dijo su marido.

—Me parecía natural llamarle así, pero yo era la única a quien él no le protestaba si lo hacía. Venía de alguna pequeña población del Oeste, pero recuerdo que no tenía bastantes influencias como para ingresar en «Annixter». Para conseguirlo, tenía que

cursar ciertos estudios y, después, examinarse.

—¿Por qué vendría de tan lejos para estudiar en «Annixter»? —pregunté.

—Bueno —respondió orgullosamente la anciana, como si estuviese hablando de su propio hijo—, el muchacho quería ser médico y aspiraba a lo mejor. «Annixter» tiene fama de poseer una de las mejores escuelas preparatorias para la carrera de Medicina.

*Mr. Beatty* añadió:

—Muchas chicas de «Bently» se casan con médicos que estudiaron en «Annixter».

La anciana lo confirmó, asintiendo con la cabeza.

—Pero no había contado con que tendría que gastar mucho, y él tenía muy poco dinero. Por consiguiente, vino aquí para ganarlo.

—No tenía que trabajar mucho..., tenía todo el día libre para estudiar. Solo cuando terminaban las clases en «Bently» y por la noche, cuidaba del mostrador y servía en los compartimientos cuando venían las chicas.

—Nosotros le dábamos habitación, una pequeña habitación muy bonita en el piso de arriba, y todas las comidas..., y diez dólares a la semana —dijo *Mrs. Beatty*—. Era una gran ayuda para el muchacho y, si no hubiese estallado la guerra, habría ingresado en «Annixter».

—¿Qué clase de chico era? —pregunté.

—Un buen chico. Bueno y amable para *Mr. Beatty* y para mí, y trabajaba sin parar. Hughie estaba siempre leyendo y trazando planes de alguna clase.

—Pero también tenía su genio —añadió el viejo—, no crea usted que no. Aquellos cabellos rojos no habían sido puestos en vano sobre su cabeza. Recuerdo una vez en que dos muchachos..., chicos del pueblo..., estaban molestando a un par de chicas delante de esta casa, y Hugh se quitó el delantal y salió corriendo. —El viejo rio entre dientes, celebrando el recuerdo—. Se lanzó contra ellos como un aguilucho, y les dio tal paliza que tuve que intervenir para ponerle fin.

—Mientras Rohan estuvo aquí —pregunté—, ¿recuerdan ustedes a una niña rubia llamada Mercedes Clinton? Conducía un dos plazas amarillo.

Los dos viejos se miraron. *Mrs. Beatty* sacudió la cabeza.

—No..., no la recuerdo. —Como disculpándose ante su marido, explicó—: ¡Dios mío! Todas las chicas parecen rubias hoy en día, y todas tienen coche.

Un joven alto y flaco, llevando un suéter marrón y tres letras blancas en la manga izquierda, asomó la cabeza en la puerta de la cocina.

—Ya me he hartado de estudiar esta noche —gritó—. Si no manda lo contrario, creo que me iré a la cama.

Sus ojos brillantes miraron por encima de mí a *Mrs. Beatty*.

—Me parece muy bien, Johnny —respondió la anciana.

—Es Johnny Windecker, nuestro nuevo mozo, del «Royal» este año —dijo *Mr. Beatty*.

—Un buen muchacho —añadió *Mrs. Beatty*—, muy bueno.

Cuando volví a Nueva York, eran casi las tres de la madrugada. Ya era bastante para un día.

## CAPÍTULO VII

Estaban en Jersey City, e incluso a las doce del mediodía de un tibio otoño, la calle parecía desolada y pobre. Estaba flanqueada de depósitos de coches usados, talleres, almacenes de accesorios del automóvil y tiendas de vulcanización de neumáticos, que se extendían sin interrupción en ambas direcciones, pregonando sus actividades con feos rótulos de colores chillones pero desteñidos. En una esquina había un modesto restaurante que imitaba el de un ferrocarril, y sus adornos de cromo estaban empañados y medio corroídos por el hollín y el humo de la ciudad.

—Compremos un coche aquí —dijo Mercedes—, y así no tendremos que viajar en tren o en autobús. Será menos probable que alguien nos reconozca.

Rohan se metió las manos en los bolsillos y miró calle abajo.

—No creo que encontremos algún coche que valga la pena —replicó él.

—Será suficiente. No conduciremos de prisa por que no podemos arriesgarnos a que nos detengan por exceso de velocidad.

—¿Tienes dinero? —Y al responder ella afirmativamente, prosiguió—: Veré lo que puedo encontrar.

—No —dijo ella—. Lo compraré yo. Podrían reconocerte más fácilmente que a mí. Tú ve a aquel restaurante y espérame. No te quites el sombrero. Me reuniré contigo en cuanto pueda.

Él asintió de mala gana y echó a andar calle abajo, en dirección al pequeño restaurante. La mujer le observó alejarse; después sacó un pañuelo de papel del bolso y se quitó la pintura de los labios y parte del maquillaje de la cara. En un momento, sus facciones perdieron vivacidad y parecieron, de pronto, completamente vulgares. Empezó a andar despacio, pasando por delante de los diferentes solares donde había coches alineados, cada cual con su precio pintado en blanco en el parabrisas. Por fin se detuvo delante de un rótulo que anunciaba: JERSEY JACK – EL MERCADER DEMONIO. El rótulo era de un rojo descolorido, con letras blancas cubiertas de polvo, y abarcaba todo el ancho de la entrada del solar, colocado en lo alto de unos postes pintados, como un arco de triunfo. Al entrar ella, un hombre que llevaba una chaqueta deportiva de pata de gallo, con bolsillos repletos de libretas, facturas, impresos de pedidos, circulares, plumas y bolígrafos, salió a su encuentro. Se acercó ansiosamente, aunque adoptando un aire de indiferencia.

—Hermoso día —dijo, con una sonrisa lobuna de bienvenida—. Apuesto a que está buscando un coche.

Estimó cuidadosamente el aspecto de ella, sin duda indeciso sobre sus posibilidades financieras, desorientado por la elegancia de su ropa y la vulgaridad del semblante sin maquillaje.

—Solo estoy mirando —respondió deliberadamente ella.

—Pase —replicó él, con poco entusiasmo—. Tenemos algunas maravillas, las mejores oportunidades de Jersey.

«Debo tener cuidado —pensó la mujer— en no hacer nada que él pueda recordar; debo hacerle creer que me vende el coche a pesar de que yo no pretendía comprarlo». Sujetando su bolso, miró a su alrededor. A la derecha había un largo y resplandeciente «Cadillac» convertible, de un año de antigüedad..., y evidentemente el orgullo de la empresa. Ella lo miró fijamente, poniendo un destello de codicia en sus ojos. El vendedor vio su mirada y dijo:

—Señora, esa es... ¡una magnífica compra! ¡Una verdadera ganga!

—¿Cuánto cuesta? —Cuando él se lo dijo, se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. Es mucho más de lo que puedo gastar —respondió.

—No, si considera los kilómetros que ha corrido —replicó él rápidamente—. ¡Tiene cuerda para otros cien mil!

Ella fingió que iba a marcharse.

—No —dijo—, es demasiado. A fin de cuentas, solo estaba mirando.

Él se puso ansiosamente a su lado, para apartarla de la salida, y habló rápidamente.

—Bueno, tenemos muchos más; ya que está aquí, puede echarles un vistazo.

Con aparente mala gana, ella permitió que él la llevase hacia el centro del solar, pasando entre espesas hileras de coches usados.

—Sí —convino prudentemente ella—, creo que no perderé nada haciéndome una idea.

Media hora más tarde, se decidió a comprar un «Chevrolet»; tenía cuatro años y estaba pintado de un gris indefinido, igual en estilo, edad y aspecto, a miles de coches similares que circulan por las autopistas. Llevaba matrícula de Nueva Jersey.

Mercedes insistió en la transmisión inmediata del título, dando el nombre de *Mrs. Walter Brewer*, y una dirección en Trenton, Nueva Jersey. Guardó la factura y el título en el bolso. Al salir del solar con su automóvil, dio prudentemente la vuelta a la manzana para llegar al restaurante desde la dirección opuesta. Vio que Rohan estaba sentado a una mesa junto a la ventana. Él la reconoció inmediatamente y salió a toda prisa para reunirse con ella. Ocupó el asiento a su lado, y ella condujo hacia la estación donde habían dejado su equipaje.

Aquella noche la pasaron en Delaware, en Rehoboth Beach, una población de veraneo, desierta en otoño. Los grandes hoteles estaban cerrados, y la arena volaba solitaria por encima de los paseos turísticos. Después de cenar, hicieron el largo trayecto de vuelta a Wilmington para comprar los periódicos de Nueva York, pero las primeras ediciones no daban ninguna noticia sobre Albert Turner. En una perfumería, Mercedes compró un tinte para los cabellos de Rohan y aquella noche, de regreso en su habitación de hotel, lo aplicó cuidadosamente, convirtiendo el rojo natural en un castaño mate. Salieron de Rehoboth por la mañana temprano, después de ir Rohan a buscar el coche, mientras Mercedes pagaba la cuenta para que nadie advirtiera el cambio de color de los cabellos de él.

Volvieron a Wilmington y, ahora, los periódicos de Nueva York publicaban la

noticia de la muerte de Albert Turner. Todavía no aparecían fotografías de ella, ni se mencionaba al pelirrojo. Los reportajes especulaban vagamente, de forma cuidadosamente indefinida, sobre la desaparición de Mercedes Turner, fundándose en declaraciones hechas por la Policía. De momento no se formulaban acusaciones contra ella, y solamente se la requería para interrogarla.

Llenaron el depósito del «Chevy» y, después de desayunar, emprendieron el viaje cruzando Baltimore, dejando atrás Washington D. C., Y entrando en Virginia. En Fredericksburg, pidieron una licencia de matrimonio, usando los nombres de Walter Brewer y Martha Choate, y se casaron.

## CAPÍTULO VIII

Por la mañana, de vuelta en Nueva York, vi que habían llegado algunos informes del despacho del forense, y del equipo técnico. Albert Turner había recibido un solo disparo, y la bala era del calibre 32, posiblemente de una «S. & W.». Las manchas de la alfombra del salón eran de sangre, cuyas características coincidían con las de Albert Turner: grupo sanguíneo B, tipo MN, Rh1, Rh2 positivos. No es un grupo demasiado frecuente. Había muerto entre las diez y las doce de la noche, probablemente alrededor de las once.

Las huellas dactilares encontradas en el apartamento habían sido identificadas en su mayoría como pertenecientes al interfecto, a su esposa y a la doncella. Otras huellas no se habían podido identificar y se creía que correspondían a invitados que, según Thelma Jordan, asistían frecuentemente a la casa. Ninguna de estas huellas figuraba en los registros policiales.

Una hebra corta de cabellos había sido encontrada al barrer el salón. Su longitud y su textura indicaban que había pertenecido probablemente a un varón. La doncella no recordaba a ningún visitante de los Turner que tuviese el cabello rojo.

Telefoneé a Mountain Forge y, cuando *Mrs. Battles* se puso al aparato, me identifiqué. Su voz era sumamente fría.

—He visto los periódicos —dijo, en tono acusador—. ¿Usted no me dijo que sospechaba de Mercedes!

—Nosotros sospechamos de todo el mundo —le respondí—, hasta que descubrimos al culpable. ¿Le importaría contestar a otra pregunta?

—No lo sé... No quisiera poner a Mercedes en más dificultades.

—Usted dijo que, al descubrir *Mr. Clinton* que Mercedes se había casado con Rohan, «puso punto final al asunto». ¿Qué hizo?

—Hizo anular el matrimonio.

—¿Y qué fue de Rohan?

—No lo sé. —Y añadió, bruscamente—: Mercedes nunca hablaba de él. Tal vez se fue a la guerra.

—¿A los diecisiete años?

—Tal vez tenía dieciocho. —Hizo una breve pausa, y después prosiguió—: No sabría decir por qué, pero estoy casi segura de que estaba en el frente de guerra... Creo recordarlo.

—¿Supo después algo más acerca de él? ¿Sabe si le mataron?

—No volví a oír nada acerca de él.

Le di las gracias y colgué. Skors entró mientras yo estaba escribiendo mi informe. Le dije lo que sabía. Él me puso al corriente de sus averiguaciones.

—La esposa lo hizo, desde luego —dijo—; todo el mundo lo cree.

—¿Qué encontraron en el despacho de Turner?

—Muchas cosas. El tal Turner era todo un especulador; estaba metido en una

cantidad enorme de chanchullos. Tenía un *holding* llamado «Turner Enterprises, Inc.».

—¿A qué se dedicaban?

—A todo lo que pudiese representar una ganancia rápida, aunque estrictamente dentro de la legalidad. Una de sus compañías se dedicaba a créditos personales, a base de pagarés por duplicado, y devengando el diez por ciento mensual de interés..., esas operaciones de «paga, mamón, si no quieres que te rompan la cara». También tenía una empresa de alquiler diario de taxis, a conductores que habían sido echados de todas las demás compañías de taxis de la ciudad. Treinta y cinco pavos al día, pagaderos por anticipado. Trabajando dieciocho horas, el conductor podía pagar el alquiler y ganar un par de dólares.

—¿Esto es todo? —pregunté—. Turner parece un pájaro de cuenta.

Skors me miró inquieto.

—No —dijo—, Turner tenía otras muchas cosas en marcha. Era dueño de una compañía de seguros de accidentes y de entierros, la cual operaba a través de una compañía de cobertura en Harlem. Diez centavos por los accidentes y veinte por los entierros..., ambas cosas por treinta centavos a la semana. Uno de esos contratos en que uno había de sufrir el daño o morir, exactamente según lo acordado..., y ni siquiera entonces podía cobrar la indemnización.

Sentí crecer mi indignación.

—Sí —dije—, he visto operar a esa clase de gente. Familias pobres les están pagando durante toda la vida y luego acaban en la fosa común.

—Bueno —dijo Skors—, esto te dará una idea. Pero lo curioso es que el tal Turner iba siempre acompañado de una serie de gorriones..., y también de personas decentes. Supongo que podía portarse como un caballero cuando le convenía.

—¿Tenía Turner algún seguro de vida?

—Sí, aunque tal vez no tan importante como cabía esperar. Veinticinco de los grandes.

—Dadas las circunstancias, no parece ser un móvil lo bastante convincente. Además, si su esposa estuviese pensando en cobrarlo, no se habría marchado.

—Sí —convino Skors—, pero hay algo más..., y un poco más interesante. Turner guardaba todas las pólizas de seguros en su despacho. Parece que había una, sobre las joyas de su mujer.

—¿Por cuánto?

—Están aseguradas por cincuenta mil y, probablemente, valen más.

—¿Se las llevó ella?

—Sí. Ayer por la mañana, en cuanto abrió el Banco, fue a recogerlas de su caja de seguridad. El fiscal del distrito obtuvo un mandamiento judicial para abrir la caja y echarle un vistazo. Cuando la abrimos, todas las joyas habían desaparecido.

—Será mejor que comprobemos ese «DD 60» —le dije.

—Un ejecutivo del Banco tuvo que estar presente cuando abrimos la caja. Era un

hombre llamado Forrest, y nos dijo que aquella misma mañana ella había cobrado un cheque. Casi había dejado limpia la cuenta..., que era indistinta. Nos mostró el cheque..., y era por cuatro de los grandes.

—Una bonita cifra redonda —dije.

—Desde luego —dijo Skors—, suficiente para pagar un largo viaje...

Reflexioné sobre todo esto. Si las joyas estaban aseguradas por cincuenta mil dólares, Mercedes Turner no podría empeñarlas por más de diez o doce mil.

—¿Tienes una descripción de las joyas? —pregunté a Skors.

—Había una descripción bastante buena en la póliza de seguros. —Skors se palpó los bolsillos—. La tengo en alguna parte y cuidaré de cotejarla con el «DD 60».

Esto es un registro que se lleva en la Oficina de Objetos Perdidos, sobre cosas perdidas, robadas o encontradas. Todas las casas de empeño y tiendas de artículos de segunda mano están obligadas, por la ley, en Nueva York, a remitir listas de todas sus compras y ventas.

Mostré a Skors una fotografía que había encontrado. Era de Mercedes Turner vestida de pastora, llevando un largo cayado con un gran lazo de seda. La había encontrado en el departamento de publicidad de la «Children's League» de Nueva York. Había sido tomada en el baile anual de beneficencia, poco después de casarse Mercedes Turner. No era una foto muy buena, porque había sido tomada con *flash* y la luz había borrado muchos detalles de la cara. Llevaba los cabellos recogidos debajo de un sombrero ancho, y sonreía. Sus dientes eran blancos, contrastando con el borde oscuro de los labios, y tenía entornados los párpados a causa del súbito destello de luz. Era una mujer bonita, muy atractiva, pero el fotógrafo le había hecho perder su individualidad, y no parecía diferente de cientos de otras mujeres.

—Esto no nos servirá de mucho —dijo Skors—. ¿Es todo lo que tenemos?

—Sí —le dije—. A Turner no le gustaba la publicidad, tanto para él como para su esposa, como es fácil comprender.

Volví a guardar la foto en el bolsillo.

—Ah, sí —dijo Skors—, hay algo más. —Sacó una hoja de papel con una lista de nombres y direcciones—. Aquí están los nombres de algunos amigos de los Turner. —Empujó la lista sobre la mesa, y yo copié media docena de nombres, empezando por el último—. Yo me encargaré de los seis últimos —le dije. Le devolví la lista y él asintió con la cabeza—. A propósito —le pregunté—, ¿Turner había sido fichado alguna vez?

Skors sacudió la cabeza.

—No —dijo—, nunca fue detenido, aunque seguro que lo merecía.

Terminé mi informe y después salí para hablar con algunas personas de la lista que había copiado de la de Skors. No tuve mucha suerte; todas parecían haber salido. Pero a las cinco de la tarde encontré a alguien que volvía a casa. Se llamaba Gresham, *Mrs. William Hudnut Gresham*. Vivía en Beekman Place, que está un poco más allá de East Vanders. Me dijo que solo podía dedicarme unos minutos, ya que

tenía que vestirse e ir a encontrarse con su marido en el centro de la ciudad, para un cóctel.

—Lo cierto es —declaró— que estoy agotada... completamente agotada... ¡He estado literalmente corriendo durante todo el día! Tendré que beber algo mientras hablamos.

No me invitó a hacerlo, aunque de todos modos lo habría rechazado. Pero me puso en mi sitio. Llamó a una doncella, le pidió un «Martini» y, al cabo de un momento, volvió aquella con un vaso helado. La boca se me hizo agua al verlo. Después de un sorbo, dijo ella:

—¡Dios mío..., es espantoso! ¡Mercedes y Albert! Lo he leído todo sobre el pobre Albert. Terrible. Terrible. ¿Quién habría pensado que Mercedes era capaz de hacer una cosa así?

—No sé..., tal vez no lo hizo ella —repliqué.

—¡Oh, tuvo que ser ella! —dijo *Mrs. Gresham*, brillándole los ojos—. ¿Por qué, si no, habría tenido que huir?

—Eso es lo que todos quisiéramos saber. ¿Tenía ella algún amigo masculino del que usted tuviera conocimiento?

—¿Quiere usted decir si Mercedes tenía un romance? —*Mrs. Gresham* saboreó el «Martini»—. Bueno, no lo sé... Realmente, no lo sé. Aunque no se lo habría censurado.

—¿Por qué dice esto?

—Por Albert. Era el individuo más asqueroso que yo haya visto jamás..., a pesar de todo su dinero.

—Entonces, ¿por qué se casó ella con él?

*Mrs. Gresham* pareció encontrar graciosa mi estupidez.

—Oh, Albert podía ser fascinador con las mujeres..., hasta que se le conocía demasiado bien. Tenía modales encantadores, había viajado mucho y era divertido. Y, además, tenía montañas de dinero.

—¿Sabía Mercedes Turner cómo era cuando se casó con él?

La mujer se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! Albert era probablemente diferente de todos los hombres a quienes ella había conocido y, desde luego, tal vez se había cansado de su empleo.

—¿Dónde trabajaba?

—En una compañía siderúrgica... «Eastern Coastal» y algo más.

—Tengo entendido que era un empleo muy bueno.

—Oh, sí. Algo muy propio de una mujer ejecutiva..., decisiones y crisis todos los días..., memorándums..., lo normal en una empresa.

—¿Tenía *Mrs. Turner* dificultades..., discusiones o malentendidos con su marido?

—¿Acaso no los tiene todo el mundo? —preguntó ella. Y después, muy seriamente—: Albert Turner era la clase de hombre... que gusta de hacer daño a la

gente, de tener a todo el mundo en un puño. Y no creo que Mercedes estuviese dispuesta a aguantarle, si podía evitarlo.

—¿Salía Albert Turner con otras mujeres?

*Mrs. Gresham* se echó a reír.

—¿Albert? ¡Desde luego! —Después, añadió rápidamente—: Pero yo no podría darle pruebas de ello. Ni yo, ni nadie. Albert llevaba sus aventuras muy a escondidas, con el máximo secreto. No quería proporcionarle a Mercedes nada que ella pudiese emplear legalmente contra él, en particular si quería divorciarse.

—¿Cree que ella quería divorciarse?

—Sí. Desde hacía varios años, pero nada podía hacer, a menos que él estuviese de acuerdo. Y, conociendo a Albert, dudo que quisiera acceder, a menos que él lo deseara también.

—¿Por qué cree usted que *Mrs. Turner* no estaba interesada en alguien más?

*Mrs. Gresham* terminó su «Martini» y dijo:

—¡Voy a tomar otro! —Llamó a la doncella y le tendió el vaso sin decir palabra. Un momento después, tenía otro. Haciendo caso omiso de la doncella, dijo—: No quiero que nadie crea que soy maliciosa..., porque lo soy. Siempre aprecié mucho a Mercedes, pero es bastante..., bueno, tal vez indiferente sea la palabra adecuada, en lo tocante a los hombres. Autosuficiente. Sin verdadero calor. —Tomó un sorbo del segundo vaso—. Tal vez esto la hacía simpática a los ojos de todas las mujeres. Se sentían completamente seguras en lo tocante a sus maridos.

—Entonces, ¿era *Mrs. Turner* popular?

La risa de *Mrs. Gresham* tintineó como cubitos de hielo en un vaso.

—Mucho... Tenía millones de amigos; todo el mundo la adoraba. —Y añadió—: No puedo decir lo mismo de Albert Turner. Eran invitados a todas partes, pero solo a causa de ella.

—¿No amaba a Albert Turner?

—¡Qué cosa más rara de decir! —exclamó *Mrs. Gresham*.

—¿Mencionó alguna vez a un hombre llamado Rohan?

*Mrs. Gresham* cogió la diminuta cebollita del «Martini» con la punta de la lengua.

—Siempre como primero las cebollitas —explicó—. No puedo soportar verlas mirándome como el ojo de un pez. —Sacudió la cabeza—. ¿Rohan? No, no lo mencionó nunca. —Su rostro se iluminó con súbita curiosidad—. ¿Por qué? ¿Tenía ella... un hombre llamado Rohan?

—No era más que un nombre que me surgió —dijo casualmente, y ella pareció desilusionada—. ¿Mencionó Mercedes Turner alguna vez otra casa..., una cabaña oculta..., cualquier otro lugar?

—¿Donde poder esconderse?

—Podría estar empleándolo para vivir ahora —asentí—, pero, cuando lo mencionó, podía ser simplemente algo que había visto, o que le había gustado.

—No. —*Mrs. Gresham* miró su reloj y exclamó—: ¡Dios mío! ¡Qué tarde es!

Positivamente, voy a llegar con retraso. Debo salir pitando. ¿Me disculpa? —Se había puesto en pie y corría ya hacia el fondo del apartamento—. Adiós.

—Adiós.

Salí del apartamento y me dirigí a East Vanders Place. Todavía había un policía de guardia en el piso de los Turner, y me franqueó la entrada. En la cocina, Thelma Jordan estaba preparando su cena. Me senté a la mesa.

—¿Tomaría un poco de café? —me preguntó Thelma. Acepté.

—Dígame, Thelma, ¿cree usted que *Mrs.* Turner mató a su marido?

Ella me sirvió el café y volvió a dejar la cafetera sobre la cocina.

—Debió ser ella —respondió—. ¿Quién más pudo hacerlo?

—¿Cree que eran desgraciados?

—No sé lo que entiende usted por desgraciados. Ambos eran todavía muy jóvenes. Y tenían muchísimo dinero. Podían hacer casi todo lo que querían. —Su cara vulgar y cansada se volvió interrogadoramente en mi dirección—. ¿Por qué no habían de ser felices?

—Yo no lo sé. Por eso se lo pregunto.

—Con todo el dinero de ellos, yo sería feliz —dijo sencillamente la doncella.

—Pero *Mrs.* Turner no lo era, ¿verdad? —insistí.

—Tal vez..., no realmente feliz —dijo ella, a la defensiva.

—Entonces, ¿contenta?

—Ella nunca se quejaba; hacía lo que era natural que ella y *Mr.* Turner hiciesen.

—No se encontró ninguna fotografía en ningún sitio de este apartamento —dije—. Esto es bastante extraño, porque casi todas las familias tienen fotos de alguna clase.

—Había un gran álbum de ellas —me dijo la doncella—, pero las fotografías han desaparecido. Solo quedan las cubiertas. —Pensó durante un momento, y después añadió—: Hablando de fotografías, acabo de recordar algo. Ocurrió poco después de empezar yo a trabajar aquí. *Mrs.* Turner tenía una fotografía. *Mr.* Turner la encontró. Y los dos se pelearon.

—¿Cómo era la fotografía?

—Yo nunca la vi. Solo oí que discutían acerca de ella. Era una foto de un soldado, que *Mrs.* Turner tenía guardada.

—¿Y qué ocurrió?

—No gran cosa. *Mr.* Turner se enfadó, la rompió... Y la tiró.

—¿Quién era el soldado?

—Solo un soldado, que yo sepa... Alguien a quien *Mrs.* Turner había conocido durante la guerra.

—¿Puede recordar algo de lo que dijeron, por insignificante que le parezca?

—Nada, salvo que *Mrs.* Turner dijo algo acerca de dejar que los muertos descansasen en paz.

—¿Oyó algo que la indujese a pensar que el soldado tenía el cabello rojo?

—No..., nada.

Terminé el café y pasé al salón, donde se hallaba sentado el policía, leyendo un periódico. Debía llevar una lista de todos los que acudiesen al apartamento, o llamasen por teléfono.

—¿Algo nuevo? —le pregunté.

Él dejó el periódico.

—Nada de particular; las llamadas que pueden recibirse en todas las casas.

Me tendió una lista. La miré y no pude encontrar nada importante en ella. Se había investigado en la casa y en la vecindad, con la esperanza de encontrar a alguien que hubiese visto entrar o salir a un desconocido de la casa, solo o acompañado de Mercedes Turner. No se había encontrado ningún testigo.

Yo no había hablado nunca con los inquilinos que vivían en el piso de arriba. Habían sido interrogados por Skors, o por los otros polis que intervenían en el caso. Yo había visto los informes. Decidí subir a hablar con ellos de todos modos. La familia se llamaba Leighton. Una doncella abrió la puerta y llamó a *Mr. Leighton*, que era un hombre muy agradable, y me invitó a entrar. La distribución del piso era exactamente igual a la de los Turner. En el cuarto de estar, conocí a *Mrs. Leighton*.

—No quisiera molestarles a la hora de la cena —me disculpé.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo *Mr. Leighton*—, no cenamos hasta las ocho.

—Lo de los Turner ha sido una tragedia horrible —dijo *Mrs. Leighton*—. Supongo que es esta la razón de su visita.

—Sí. ¿Les conocían ustedes?

—Solo superficialmente. A veces nos encontrábamos en el ascensor..., y hablábamos del tiempo —respondió ella.

Era lo que yo esperaba. En Nueva York, es posible vivir durante veinte años en un apartamento, y solo hablar del tiempo con los vecinos de al lado.

—*Mrs. Turner* era, sin duda, una chica muy hermosa —observó *Mr. Leighton*.

*Mrs. Leighton* asintió, y miró complacida a su marido. «Está segura de él —pensé—; llevan demasiado tiempo casados para que esté celosa».

—¿Estaban ustedes en casa la noche en que fue asesinado *Mr. Turner*? —pregunté. Ambos asintieron con la cabeza—. Le mataron alrededor de las once y cuarto. ¿Oyeron ustedes el disparo?

—No —respondió *Mr. Leighton*—, no oímos nada.

—Contrariamente a lo que se cree generalmente —les expliqué—, un disparo de pistola no se parece en nada al ruido del tubo de escape de un automóvil, o de una bombilla al romperse..., o a cualquier otro ruido que no sea lo que es: un disparo de pistola. Es un chasquido, bastante sordo, y dentro de un espacio cerrado, como una habitación, produce un tipo único de vibración. Si ustedes lo han oído..., y el sonido se eleva, lo cual quiere decir que el ruido en el salón de los Turner subiría hasta este..., no pudieron confundirlo con otro.

Leighton señaló un complicado fonógrafo de alta fidelidad, lo bastante grande

como para contener un altavoz de treinta y seis pulgadas.

—Utilizamos mucho eso —dijo—, y cuando lo hacemos lo ponemos fuerte para obtener la mejor calidad posible de sonido. Cuando lo compramos, insonorizamos esta habitación lo máximo posible sin tener que hacer reconstrucciones u otras cosas por el estilo.

—¿Estaban escuchando música cuando dispararon contra Albert Turner?

—Lo habíamos estado haciendo durante toda la velada, pero no recuerdo si estábamos aún en ello a las once y cuarto de la noche. De todos modos, no creo que esto importe, pues en ningún caso habríamos oído el disparo. Escuche. —Levantó la mano y la habitación quedó en silencio; no se oía, procedente del exterior, ninguno de los ruidos normales de la ciudad—. ¿Lo ve? —preguntó amablemente—. No es una insonorización perfecta, pero, a menos que se abran las ventanas, es bastante buena.

Asentí.

—Supongo que los otros detectives les habrán preguntado ya si vieron a algún desconocido en la casa. El día del crimen, o algunos días antes.

—Los desconocidos son desconocidos —replicó *Mrs. Leighton*—. Una persona ve cientos de desconocidos todos los días por la calle. Yo veo todos los días en Vanders, personas a las que no había visto jamás. ¿Cómo puedo recordarlas?

Su marido estuvo de acuerdo con ella.

—A menos que actúen de manera sospechosa —dije yo.

—No vi a nadie que actuase de manera sospechosa.

—Está bien. Ahora permítanme una última pregunta. ¿Han visto alguna vez..., quiero decir recientemente..., a algún pelirrojo en el vecindario? Me refiero a una persona de cabellos realmente rojos, muy rojos.

—Pues sí —respondió *Mrs. Leighton*—, recuerdo que vi un hombre pelirrojo aquel día, a hora más temprana. Debió ser a eso de las seis de la tarde. Sus cabellos me llamaron la atención.

—¿Qué estaba haciendo? —pregunté.

—Solamente caminaba por East Vanders. Simplemente eso..., caminando, y mirando a su alrededor, como si estuviese buscando el número de una casa.

## CAPÍTULO IX

Se alojaron en una posada, fuera de los límites de la ciudad de Williamsburg, Virginia. En la habitación Rohan besó a Mercedes, su primer beso desde que habían salido de Nueva York. La noche anterior, en Rehoboth Beach, habían permanecido, separados, aislados por los profundos, secretos y temerosos pensamientos. El futuro les parecía demasiado horrible para contemplarlo. Detrás de ellos, los poderes punitivos se agitaban y unían sus fuerzas, preparándose para descargar el golpe. Pero todavía no lo habían hecho y la incertidumbre había resultado insoportable.

Sin embargo, con el descubrimiento del cuerpo de Turner y la publicación de la noticia en los periódicos, pareció que había pasado lo peor. Había terminado la espera; había sido tolerada, después de todo, no dejando marcas en ellos. En Fredericksburg, el matrimonio les había unido de nuevo y, con esto, había desaparecido la indecisión. Ahora, y para siempre, estaban ligados por el matrimonio..., y por la muerte de Albert Turner. Para ninguno de los dos había sido el casamiento otra cosa que una solemnidad. Pero Mercedes había insistido en ello por otra razón, una razón que no reveló a Rohan. Ella era testigo del asesino; como esposa de Rohan, no podían obligarla a declarar contra él.

Con la dirección de East Vanders Place a muchos kilómetros de distancia, con el recuerdo de aquella noche en un pasado de bastantes horas, se volvieron nuevamente el uno hacia el otro. Rohan besó a Mercedes. La estrechó en sus brazos y hundió la cara en el cabello de ella.

—Te amo —dijo—, te he amado siempre.

—Hubo años en que no fue así —murmuró Mercedes—, demasiados años de soledad.

—Unos años que no pude evitar —dijo él—. Fueron años de mi vida en que no vivía. Solo empecé a vivir cuando te encontré de nuevo.

Ella se estremeció y sintió sobre su pecho los latidos de la sangre en el pecho de él. La invadió un sentimiento de ternura y de piedad, y le acarició dulcemente la cara con los dedos.

—En un mundo inmoral —murmuró intrigada—, es extraño que hayamos sido tan morales. No hemos tenido aventuras amorosas ilícitas, solamente hemos sido el uno del otro en el matrimonio. Y ahora —añadió, conteniendo el aliento—, también en el homicidio.

Él se apoyó sobre un codo, mirándola fijamente a la cara.

—¡Nunca volverán a separarnos!

—Lo harán —dijo ella—. Sí, lo harán.

Sacudió desesperadamente la cabeza sobre la almohada.

—¡Antes me mataré! ¡Nunca me prenderán!

Pero su voz era cavernosa.

—Nunca podremos justificar lo que hemos hecho. Solo podremos pagar por ello,

cuando llegue la hora.

Lo besó y él se relajó, tendido a su lado. Después, la abrazó de nuevo, lentamente.

Por la mañana, decidieron quedarse cerca de Williamsburg, una población en la que no era probable que la Policía sospechase que se escondían. Williamsburg, aunque pequeña, contenía una Universidad autónoma, que junto con los parajes y los edificios históricos, atraían a viajeros y turistas durante todo el año. Los visitantes no llamaban la atención ni eran mirados con recelo por los vecinos, y la presencia de desconocidos no provocaba comentarios.

El día era fresco y el aire resultaba estimulante, ligeramente cortante y animador, bajo un cielo claro y sin nubes. Recorrieron en el coche la breve distancia hasta la bahía, donde el agua lamía la blanca arena con sus pequeñas lenguas azules con brillantes en las puntas. Los árboles de hoja perenne, que cubrían la mayor parte de la zona, llevaban sus inmutables mantos verdeazules, mientras los arces hacían gala de raros y sencillos ornatos, compitiendo entre sí en rojos y bermellones, amarillos, anaranjados y marrón-cacao.

La corta calle Mayor de la población, las tiendas construidas de acuerdo con la tradicional arquitectura primitiva de la colonia, los jardines y el palacio del gobernador, llegaron a serles tan familiares como los pueblos de sus propias regiones. El anacronismo de la ciudad, su estilo de vida, eran apaciguadores y envolvían a los dos en capas de aislamiento protector.

Pero el efecto soporífero de la vida en Williamsburg, era causa de preocupación para la mujer. Sabía que no podía continuar para siempre. La ciudad estaba todavía demasiado cerca de Nueva York para ser completamente segura, y existía el peligro cotidiano de ser identificados por conocidos de ella que pasaran por allí al trasladarse de Nueva York a Florida. Pero todo lo demás les había infundido nueva confianza, y Mercedes dijo a Rohan:

—Creo que deberíamos seguir nuestro camino. Ahora aún es seguro..., y tendríamos que conseguir más dinero.

El hombre se sorprendió.

—¡Pero tenemos mucho!

—Estamos gastando nuestro dinero en efectivo —dijo ella—. Deberíamos conservar todo el que podamos, y empezar a vender nuestras joyas.

—A mí me gusta estar aquí. ¿A ti no?

—Muchísimo. Y aborrezco que tengamos que marcharnos. —Lo miró cariñosamente—. ¿No lo comprendes, querido? Siempre tendrá que ser así. No podemos permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Encontraremos lugares..., lugares buenos y lugares malos, y viviremos en todos ellos.

Él asintió con la cabeza.

—¿Cuándo quieres que marchemos?

—Mañana.

En Richmond, Virginia, Hugh Rohan se quedó en el coche mientras Mercedes

Turner entraba en la tienda. Era la «Dixie Jewellery Company», en el centro de la ciudad, junto a Broad Street. Un pequeño rótulo permanente en el escaparate anunciaba: «COMPRAMOS, VENDEMOS Y CAMBIAMOS JOYAS ANTIGUAS». Al cruzar ella la puerta, un hombre alto y delgado, que llevaba unas gafas sumamente gruesas, dejó de examinar un reloj y levantó la cabeza. Una lupa de joyero estaba sujeta a la lente derecha de sus gafas, la cual apartó hacia un lado y hacia arriba al ponerse de pie. Acercándose al mostrador ante el que esperaba la mujer, saludó cortésmente con la cabeza y le preguntó, con ligerísimo acento del Sur, en qué podía servirla.

—Bueno —dijo vivamente ella—, tengo unos pendientes que pensaba vender. He visto el rótulo de su escaparate.

Abrió el bolso, sacó los pendientes envueltos en papel de seda y los dejó sobre él mostrador. El joyero los cogió con ágiles y finos dedos, y se acercó a la parte de delante de la tienda. De pie detrás del escaparate, bajó de nuevo la lupa y examinó atentamente cada uno de los pendientes. Cuando hubo terminado su inspección, volvió donde estaba la mujer y dijo:

—Parecen ser relativamente modernos. Nosotros compramos generalmente joyas más antiguas, menos valiosas.

—Yo hace pocos años que los tengo —replicó ella—; me los regalaron.

—La piedra más grande es muy buena; es probablemente de un kilate coma setenta y cinco. Las pequeñas de alrededor no son tan valiosas.

—¿Cuánto puede darme por ellos?

El hombre se encogió de hombros, como disculpándose.

—Quinientos dólares.

—¡Quinientos dólares! —repitió ella, con incredulidad—. Pero..., ¡si la compañía de seguros los valoró en tres mil doscientos dólares en la póliza!

—No lo dudo, señora —dijo cortésmente él—. Esta sería una valoración justa para su venta al público.

—Entonces, ¿por qué no puede darme más?

—Bueno, señora —explicó él—, tal como están ahora los pendientes, estos son muy caros. Lo más probable es que no podamos venderlos durante muchos años..., tal vez nunca. Tendríamos que conservarlos en almacén. Si los desmontamos para hacer anillos, o colocar sus piedras en otras joyas, tendremos que sufragar primero todo el gasto. Y si los vendiésemos a otro mayorista, no nos daría mucho más de quinientos dólares. Ya lo ve, no podemos pagar mucho. —La miró amablemente, agrandados los ojos por los gruesos cristales—. Le aconsejo, señora, que los guarde; son más valiosos para usted que para cualquier otra persona.

—Pero..., necesito el dinero. Acabo de trasladarme al Sur y aquí la vida está más cara de lo que esperaba.

Discutieron el asunto y, después de varios minutos, el joyero accedió amablemente a pagarle quinientos setenta y cinco dólares.

Siempre en tono de disculpa, dijo:

—Lo siento, señora, pero tengo que pedirle algún documento de identidad. La ley lo exige.

Ella pensó rápidamente, calculando los posibles riesgos que podía correr. Quería el dinero, para sumarlo a su menguante capital y tenerlo disponible para cualquier emergencia. También debía vender el resto de sus joyas lo antes posible. No les habían seguido la pista hasta Williamsburg, menos aún hasta Richmond, y decidió que actualmente había poco peligro, aunque una voz interior le decía que anduviese con cuidado. Sonriendo, sacó del bolso la factura de compra del coche.

—Vivíamos en Nueva Jersey antes de trasladarnos —explicó—. Tengo aquí la factura de compra de nuestro automóvil. —Después de una ligerísima vacilación, mostró la factura de Williamsburg—. Ahora vivimos en Williamsburg de modo permanente —dijo—, en la «Old Stone Inn».

Fingió que buscaba otros documentos en su bolso, pero el joyero sonrió y le dijo:

—Esto será suficiente, *Mrs. Brewer*. No es más que una formalidad. —Tomó unas notas en un bloc—. No tengo tanto dinero a mano —prosiguió—, por lo que tendré que darle un cheque. El Banco está detrás de la esquina. Les telefonaré y podrá cobrarlo inmediatamente.

—Me parece muy bien —convino ella.

Después de cobrar el cheque, salió del Banco y volvió al coche, donde le esperaba Rohan. Se sentó a su lado y él puso el coche en marcha, dirigiéndose hacia las afueras de la ciudad.

—¿Has tenido alguna dificultad? —preguntó.

—Ninguna —respondió ella, aunque no se sentía del todo satisfecha—. Estoy inquieta por la venta de los pendientes —explicó, reflexivamente—, aunque no sé cómo podrían seguirles la pista. No creo que un informe de Richmond vaya a parar a Nueva York.

—Tal vez tendríamos que esperar un poco más antes de tratar de vender más —replicó Rohan.

—No podemos esperar —arguyó Mercedes—. Tenemos que tener una reserva importante de dinero..., y para ello necesitamos liquidar las joyas lo antes posible. ¡Todas!

—Y, después, ¿qué?

—No tendremos bastante para que nos dure siempre. Tendremos que encontrar un lugar donde podamos estirarlo..., donde podamos hacer que dure mucho tiempo.

—¿México?

—No. En México llamaríamos demasiado la atención. Más pronto o más tarde, nos pillarían..., seguro. No hablamos español... —Y movió significativamente los hombros—. Seríamos extranjeros dondequiera que fuésemos.

El hombre apartó una mano del volante y le dio unas palmadas cariñosas en el brazo.

—Nos tendremos siempre el uno al otro —dijo, tímidamente.

Ella le miró y él apartó los ojos de la carretera para sonreírle, y su cara pareció extrañamente joven.

—Esto es lo único realmente importante para ti, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí. Mientras estemos juntos. —Volvió a apoyar la mano en el volante y a mirar la autopista—. Es lo único que siempre ha tenido importancia.

Pero, al mirar la autopista que se deslizaba silenciosamente debajo del coche, su cara ya no pareció joven. Era, más bien, la cara de un hombre cansado; las arrugas alrededor de su boca no eran producto de la risa, sino de años de chuparse amargamente las mejillas.

—¿Crees que todo acabará bien? —preguntó de pronto.

La energía le había abandonado, y su voz era perpleja y confusa.

Las emociones de la mujer fueron retorcidas por la compasión y el amor, pero el desaliento y la debilidad del hombre la aterrorizaban.

—¿Por qué lo preguntas? ¿No estás seguro?

—Ya no estoy seguro de nada —respondió gravemente él—. Ya no tengo confianza. La he perdido a lo largo de todos estos años. Oigas lo que oigas o leas lo que leas, ellos te la quitan y nada puede devolvértela. Un hombre puede volverse taimado y astuto, pero nunca confiado.

Ella se volvió en su asiento, pasó un brazo sobre la espalda de él y le acarició la nuca con las puntas de los dedos, metiéndolos entre el pelo mate y castaño.

—Todo irá bien —le aseguró, en tono tranquilizador—, saldremos adelante, querido. Posiblemente, durante mucho tiempo... —Luchó un momento consigo misma, tratando de templar su amor con la verdad, pero la cara turbada de él la hizo desistir. Vivamente, le dio una firme palmada en el cuello y, retirando el brazo, encendió un cigarrillo y se lo dio.

—Pero nunca se sabe —dijo—. Finalmente...

—¡Nunca volveré allí! —dijo él, temblándole la voz de miedo—. ¡Antes me mataría!

Ella no dijo nada durante un largo rato. Sus ojos permanecieron reflexivamente fijos en la autopista, cuya larga raya en el centro no apuntaba a parte alguna.

## CAPÍTULO X

Pronto tuvimos un golpe de suerte. Cuando se expidió el mandamiento de busca y captura de Mercedes Turner, hicimos vigilar todos los aeropuertos, estaciones de autobuses y de ferrocarril, y muelles. Además, establecimos, naturalmente, una continua vigilancia sobre los coches robados y todos los automóviles vendidos. Los Estados de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut colaboraron estrechamente en transmitir rápidamente la información sobre los vehículos, habida cuenta del intenso tráfico de coches robados que cruza continuamente las fronteras de los tres Estados.

La «Jersey Jack Auto Sales Company», de Jersey City, había vendido un sedán de dos puertas, de 1952, pintado en gris, a una tal *Mrs. Walter Brewer*, del 1769 de Bixley Street, Trenton, Nueva Jersey. La información incluía los números de serie, de motor y de la matrícula. El coche había sido vendido por Holland Beale, vendedor de la compañía, que había entregado también los títulos de propiedad, y rellenado el documento de transferencia a favor de la compradora. Sin embargo, no figuraba nadie con aquel nombre, ni existía aquella dirección en Trenton. Esto significaba una falsedad en la transferencia, y la información fue automáticamente transmitida a Nueva York. Tomando mi sombrero y abrochándome el abrigo, decidí ir a Jersey para sostener una charla no oficial con Holland Beale. La descripción que dio el vendedor coincidía, en términos generales, con la de Mercedes Turner, aunque no pudo identificarla positivamente con la pastora de la fotografía.

—Esta niña de la foto es mucho más joven o mucho más bonita que la mujer que entró en el solar —dijo.

Sin embargo, yo tuve la impresión de que había aún muchas posibilidades de que fuese la Turner quien había comprado el coche. Una mujer puede alterar su aspecto con mucha más facilidad que un hombre. Envié un teletipo referente al asunto, y recibí información de las autoridades del puente del Estado de Delaware, diciendo que un coche de aquellas características había cruzado el puente por la barrera de peaje de Jersey, antes de entrar en Delaware. Después de esto perdimos la pista, pero la dirección indicaba que el coche se dirigía a Delaware, a Maryland o a Virginia. Mientras tanto, continué recogiendo toda la información que pude encontrar sobre Hugh Rohan.

Decidí volver a Connecticut y visitar el «Annixter College», de Royal. Cuando, dos días antes, había salido de Prester y regresado a Nueva York, era muy tarde y por esto no había podido detenerme en aquella Universidad autónoma.

El registro estaba a cargo de una tal *Miss Hoffman*, cuya cara parecía aproximadamente del mismo material que los viejos edificios de granito. Sin embargo, mostró grandes deseos de colaborar.

—No recuerdo al estudiante a quien se refiere usted —me dijo, hablando con voz nasal—, pero indudablemente tendremos antecedentes de él. Tenga la bondad de sentarse.

Me senté en un banco de madera, paralelo a un largo mostrador, y encendí un cigarrillo. *Miss Hoffman* sacudió enérgicamente la cabeza y me señaló un letrero de «Prohibido fumar». Apagué el cigarrillo, sintiéndome un novato. Al cabo de unos minutos, volvió ella con varias hojas de papel escrito.

Las miró y dijo:

—Hugh Rohan solicitó el ingreso en «Annixter» en el verano de 1941. Sus credenciales fueron enviadas desde el Instituto de Germaine, Illinois. —Eché una mirada a una segunda hoja y prosiguió—: Sus notas eran excelentes, y había sido un estudiante distinguido en el instituto. Sin embargo, el Comité de Admisión encontró que le faltaba un curso de Latín y otro de Química. —*Miss Hoffman* explicó—: Esto ocurre a menudo, particularmente en casos de estudiantes que vienen de institutos muy poco importantes. La Universidad exige tres años de Latín y tres de Química para la escuela preparatoria de Medicina, y muchos de los pequeños institutos solo ofrecen dos años.

—¿Qué hacen entonces los estudiantes? —le pregunté.

—La mayoría de ellos aprenden aquí. Algunos profesores dan cursos especiales para ellos. Entonces se permite al estudiante someterse a un examen especial y, si aprueba, es admitido como si tuviese las notas requeridas.

—¿Quién le habría dado lecciones a Hugh Rohan?

*Miss Hoffman* no lo sabía.

—Cualquiera de los profesores de Latín o de Química. Pero hace tanto tiempo, que es dudoso que alguno de ellos continúe aquí.

—¿Podría alguien informarme?

*Miss Hoffman* me dio los nombres de dos profesores, de Latín y Química, que estaban en «Annixter» desde antes de la guerra. Hablé con ellos durante los intervalos entre clases. Solo uno, un profesor de Latín llamado Biggott, había dado lecciones a los aspirantes en aquella época. No recordaba a Hugh Rohan. Volví al coche y regresé a Nueva York.

Skors me dijo:

—Los técnicos cometieron una pifia en lo tocante al arma con la que dispararon contra Turner. Ahora no creen que fuese una «Smith and Wesson».

—¿Qué creen que era?

—Una «Astra». Era del calibre treinta y dos, sí, pero creen que era una «Astra» modelo tres mil.

La «Astra» es una pistola de fabricación española; no hay muchas en los Estados Unidos. Generalmente son traídas a este país tras ser compradas en América del Sur, Europa o Canadá.

—Pero no pueden estar seguros —dije—. Aquella única bala no es concluyente...

Skors se encogió de hombros.

—No es concluyente, pero generalmente los técnicos no se equivocan, y ahora no creen que fuese una «Smith and Wesson».

Reflexioné sobre esto. *Mrs.* Turner había viajado mucho, había estado en América del Sur y en Europa, y no una vez, sino varias. Podía haber comprado una «Astra» y regresado con ella. Por otra parte, una pistola no es algo que suela comprar una mujer, como regalo o como recuerdo, y traerlo a su vuelta de un viaje. Me pregunté dónde la habría conseguido y si realmente le pertenecía.

El arma —«Astra» o «S. & W.»— había desaparecido; también había desaparecido Mercedes Turner. No podía revolver los hechos de manera que se acoplasen a mi mente. ¿Por qué había huido Mercedes Turner? Si hubiera acudido a la Policía y denunciado el suceso como un suicidio o un accidente, habría sido casi imposible demostrar lo contrario. Si hubiese disparado contra Turner, y después se hubiese mantenido en sus trece, nos habría puesto en un aprieto, tanto por falta de un móvil, como porque ella habría podido contratar a los mejores abogados. Por otra parte, si no había matado a Turner, pero lo había hecho Rohan, ¿por qué se habría escapado con él? No podía ayudarle a él, y sí perjudicarse ella misma.

Pregunté a Skors:

—¿Averiguaste algo más en la compañía donde trabajaba Mercedes Turner antes de casarse?

—Sí —respondió Skors—, ahora se está redactando un informe sobre eso. Pero te diré lo que averiguamos: empezó a trabajar en la «Eastern Coastal Steel Corporation», en 1943, cuando abandonó los estudios para hacer un trabajo relacionado con la guerra. Trabajó en las oficinas del departamento de envíos; en aquellos tiempos había tanta necesidad de hierro y de acero, que tenían que trabajar todo el día para cubrirla. Ya sabes, incluso compraban bañeras viejas. La joven Turner resultó ser muy buena en el oficio; leía periódicos de toda la nación, y descubría toda clase de noticias locales que pudiesen conducir a la recuperación de trozos de metal.

»En realidad, solo se ocupaba de su trabajo; no andaba por ahí ni se interesaba en los muchachos. Los jóvenes del departamento fueron gradualmente reclutados o buscaron empleos mejor pagados, y así, eventualmente, ascendió a ayudante del jefe del departamento.

—Debía ser muy competente —dije yo.

—Lo era —convino Skors—. Su antiguo jefe dijo que dejaba en sus manos la mayor parte del trabajo del departamento. Cuando se despidió para casarse, le ofreció un sustancioso aumento; pero ella se marchó a pesar de todo.

Los periódicos habían conseguido averiguar muchos datos acerca de Albert Turner y sus actividades, y estaban haciendo mucho ruido con el asesinato. Turner había estado metido en muchas cosas, incluida la política. En alguna parte habían encontrado fotografías de él, pero no tenían ninguna de Mercedes Turner. Yo sabía dónde estaba Turner, pero no dónde podía estar *Mrs.* Turner.

Recogí a Thelma Jordan y fuimos a ver a un artista de Greenwich Village, conocido mío. Era un buen pintor de retratos, y le mostré la fotografía de Mercedes

Turner con el disfraz de pastora. Le dije lo que quería. Maurry se volvió hacia Thelma Jordan.

—¿Se parece esta foto a *Mrs.* Turner, tal como la vio usted la última vez?

—No mucho; solo en rasgos generales —dijo la doncella—. *Mrs.* Turner no lleva nunca un sombrero como ese..., y el aspecto de la cara es un poco diferente.

—Vayamos primero al cabello —replicó el artista. Thelma Jordan explicó cómo solía llevar el cabello Mercedes Turner, y el artista empezó a dibujar con un carboncillo. Ocasionalmente se interrumpía y borraba con un trozo de goma. La doncella le observaba y, de vez en cuando, decía: «Sí, así está bien». O: «No, no es exactamente esto». Al cabo de unos minutos, exclamó:

—¡Esto es! ¡Es exactamente así como llevaba el pelo!

Entonces empezó Maurry con la cara, la cual solo había esbozado como una especie de óvalo en blanco.

—*Mrs.* Turner tiene la cara más delgada de lo que parece en la fotografía —le dijo Thelma Jordan.

Trabajaron en esto durante un rato y, cuando Maurry hubo satisfecho a la doncella, empezó a dibujar los ojos. Esto le costó bastante más. En la fotografía, estaban entornados a causa del *flash*, pero la doncella sostuvo que generalmente los mantenía completamente abiertos, aunque los tenía ligeramente sesgados hacia arriba en el extremo externo de los párpados. Por fin, dijo ella:

—Sí, ahora los ojos se parecen mucho. Pero no son exactamente iguales. No sabría explicarlo... Generalmente parecían muy despiertos, pero algo perezosos al mismo tiempo, si es que me entiende. No es que ella fuese perezosa, sino más bien que nada le importaba.

Maurry decidió dejar los ojos como estaban. En cuanto a la nariz y la boca, las terminó rápidamente.

—¿Qué tal está? —pregunté a la doncella—. ¿Se parece a *Mrs.* Turner?

—¡Oh, sí! Yo la reconocería inmediatamente —dijo.

Maurry tomó un frasco de fijador y pulverizó el dibujo al carbón.

—Tenga cuidado —me dijo—, podría tiznarse.

Le di las gracias y le pregunté cuánto costaba su trabajo.

—¿Va a pagarlo de su bolsillo? —me preguntó.

Le dije que sí.

—Olvídelo —dijo él—, la casa me debe un homicidio de balde.

Todos los gastos de un policía debe sufragarlos él mismo, a menos que estén autorizados de antemano. Nosotros tenemos nuestros propios artistas, y nunca me habrían dado dinero para pagar a un extraño. Sin embargo, Maurry es mejor que todos los que tenemos nosotros, y yo había querido que el retrato de *Mrs.* Turner fuese lo más perfecto posible.

Envié el dibujo al departamento de fotografía, e hice que sacaran varias copias que pudiese llevar y mostrar sin que se corriese el lápiz carbón. Contemplé durante

largo rato la cara de Mercedes Turner. ¿Por qué, me pregunté, había empleado tanto tiempo con Hugh Rohan? Esta era la mujer acusada de asesinar a su marido. ¿Era Rohan un producto de mi exagerado afán, existente solamente en mi imaginación? En lo tocante a él, no tenía nada en qué apoyarme; nada definido. Podía haber estado a diez mil kilómetros de distancia en el momento del crimen, o podía haber muerto en los quince años transcurridos desde su boda de adolescente incontrolado. Lo único que tenía era el hecho de que las personas que conocían a Mercedes Turner no podían comprender por qué había huido esta. Al mirar su cara, tampoco yo podía comprenderlo.

Dos hechos nimios me pasaron por la mente: un solo cabello rojo en la alfombra, y un pelirrojo pasando un día por la calle.

Sonó el teléfono y me dijeron que me presentase en el despacho del jefe de detectives, en Centre Street.

Se retrepó en su sillón al entrar yo, y me prestó toda su atención.

—¿Es usted el detective que se ocupa de la muerte de Turner? —me preguntó. Le dije que sí—. ¿Cómo van las cosas? —dijo.

—Estamos recibiendo toda la ayuda necesaria —respondí—, pero todavía no hemos progresado mucho.

—¿Por qué?

—La mujer ha desaparecido. No podemos encontrar ninguna pista que nos conduzca a ella.

—¿Tiene alguna idea?

—No muchas. Todo lo que sé está en mis informes.

—Dígamelo —dijo él.

—Bueno..., no puedo acostumbrarme a la idea de que fue la mujer quien disparó. Todo apunta en este sentido, pero no puedo convencerme. Al menos, todavía no.

—Si ella no mató a su marido, ¿quién lo hizo?

—No lo sé —confesé francamente.

No se pueden gastar bromas con el jefe de detectives. Uno da lo que tiene y debe atenerse a los resultados.

Él hizo dar media vuelta a su sillón y miró por la ventana. Una bandada de palomas grises, con cuellos verde botella y azul brillante, voló alrededor del edificio y aterrizó, sobre sus delicadas y rosadas patas, precisamente en el alféizar de la ventana.

—¿Qué es? ¿Solo una intuición? —preguntó.

—Sí —dije—. Una intuición que se remonta a mucho tiempo atrás. Creo que la primera presión sobre aquel gatillo empezó hace quince o dieciséis años. Pero el arma no se disparó hasta la semana pasada. Y fue disparada por un hombre.

—¿Alguna idea sobre el hombre?

—Solamente una. Puedo estar completamente equivocado, pero me gustaría encontrarle.

—¿Cómo se llama?

—Rohan..., Hugh Rohan —le dije—. Es pelirrojo y estuvo casado con Mercedes Turner.

El jefe de detectives se volvió en redondo.

—Voy a confiarle una misión especial —dijo.

—¿Va a retirarme de los otros trabajos?

—Sí. A partir de ahora. Lo arreglaré con su capitán. —Abrió un cajón, sacó un cigarro y me ofreció otro. Lo tomé. No porque los fume, sino porque era la primera vez que recibía uno del jefe, no de un capitán. Él encendió el suyo y yo el mío—. De ahora en adelante —dijo—, se dedicará exclusivamente al caso Turner. Aunque tarde cinco años, seguirá con él.

—¿Y qué me dice de los gastos? —pregunté.

—Todo lo que necesite. Envíeme directamente sus peticiones de fondos. Tenemos que solucionar esto; la cosa está que arde.

—¿Albany? —le pregunté.

—Sí. El Capitolio se está metiendo en esto. —Juntó las puntas de los dedos de ambas manos y los miró fijamente. El humo de su cigarro trazó volutas sobre su mesa—. Turner contribuyó con sumas importantes a la campaña para recolectar fondos —dijo—, y ellos piensan todavía en el año de las elecciones.

—¿Es algo personal, o político? —pregunté.

—Ambas cosas. El partido está inquieto por lo que dicen los periódicos. Estos insinúan ya que alguien ha cobrado para dejar huir a la mujer.

—¡Esto no es cierto!

—No —convino él—. Pero es una buena arma para la oposición. Turner muerto por su esposa..., y la esposa ayudada a huir y esconderse..., con el fin de evitar un escándalo. —Separó los dedos y se quitó el cigarro de la boca—. Podría ser un asunto muy sucio. De todos modos —respiró profundamente, y su voz fue casi como un suspiro—, tenemos el camino libre. Encárguese de esto y continúe con ello. —Tomó unos papeles de encima de la mesa y esto fue señal de que había terminado. Al llegar yo a la puerta, añadió—: Siempre que necesite algo, hágamelo saber.

Asentí con la cabeza y salí, cerrando la puerta.

Aquella noche tomé un avión hacia Chicago. Dormí allí y por la mañana tomé un tren hacia Dubuque, Iowa, situado a orillas del Mississippi, en la confluencia de los Estados de Iowa, Wisconsin e Illinois. Dubuque era la ciudad importante más próxima, en la línea principal del ferrocarril de Germaine. En Dubuque alquilé un automóvil para ir en él hasta Germaine, que está situada río abajo, en el lado de Illinois, a unos sesenta kilómetros. Llegué allí temprano, por la tarde.

Descubrí que Germaine no estaba realmente a orillas del Mississippi, sino a varios kilómetros tierra adentro, en un valle profundo entre los montes que flanquean el río. La calle Mayor de la población estaba al nivel relativamente bajo del fondo del valle. Calles paralelas discurrían a lo largo de las escarpadas laderas, y las verticales

ascendían en ángulos inverosímiles. La parte central de la ciudad estaba compuesta de edificios de madera de dos plantas, deteriorados por el tiempo, y alguno de ladrillo, de tres plantas. Muchas de las casas antiguas tenían falsas fachadas y habían permanecido tal como eran a mediados del siglo pasado, con un aspecto cada año más lastimoso.

A lo largo de las calles residenciales, sobre las que formaban arcos los altos y viejos olmos, había casas tranquilas y respetables que habían muerto un poco con el paso de cada generación. En tiempos pasados, Germaine había sido próspera, como muchas de las pequeñas ciudades próximas al Mississippi, y su fortuna había dependido de las minas de plomo. Las vetas de plomo se habían agotado en la década de 1870, y la ciudad se había vuelto hacia el campo, dedicándose a la explotación agrícola para sobrevivir. Había conseguido mantenerse gracias a que la mayoría de los jóvenes de las generaciones sucesivas, se habían ido marchando, dejando cada vez menos gente en Germaine, de manera que los que quedaban podían ganarse la vida con los productos del campo.

La población tenía un policía que también actuaba como jefe del cuerpo de bomberos voluntarios, y le encontré sentado a la puerta del cuartel. Estaba leyendo una revista y, al presentarme yo, echó la silla hacia atrás.

—Si viene usted de tan lejos como Nueva York —murmuró—, debe ser algo importante.

Era un hombre de mediana estatura y complexión robusta, con una cara alegre y redonda. Calculé que tendría treinta y pico de años, más o menos la edad de Rohan. Se lo pregunté y me dijo que tenía treinta y siete. Después, sonrió y me preguntó:

—No hay ninguna ley en Nueva York contra los hombres de treinta y siete años, ¿verdad?

—No, no la hay. —Reí y le ofrecí un cigarrillo—. Estoy buscando alguna información sobre un hombre de aproximadamente su edad. Es posible que usted le conozca.

—¿Quién?

—Hugh Rohan. Tiene treinta y tres o treinta y cuatro años, y es pelirrojo. Se graduó en el Instituto de Germaine en la primavera de 1941.

Él encendió el cigarrillo, arrojó la cerilla y la pisó para apagar la llama.

—No —respondió—, no le conozco. Yo llegué aquí después de la guerra. En realidad, fue en el año cuarenta y seis. Me licenciaron y me dieron este empleo en el cuarenta y siete.

—¿Cómo vino a parar aquí? —le pregunté—. Usted no nació en Germaine.

—Nací en Wisconsin, Mauston arriba. Pero cuando acabó la guerra yo ya había visto lo suficiente del mundo como para hartarme. —Me hizo un guiño—. Esto me gusta..., es bonito y tranquilo.

—También lo es Nueva York —le dije—, si se puede encontrar un pozo seco donde meterse.

Se levantó y dijo:

—Entremos en el cuartel de los bomberos. Tengo allí una botella. Siempre había deseado poder presumir de haber intervenido en un caso con un detective de Nueva York.

Su tono era amistoso. No trataba de dárselas de listo; solo quería bromear un poco. Le seguí al interior del estrecho garaje de madera. Había allí un camión «Ford» de gran tamaño, pintado de rojo, con una manguera y una escala. Sacó una botella que había estado oculta en una bota negra, la cual, junto con la otra, estaba colocada sobre el estribo del camión. Una empinada escalera conducía al piso superior. Señaló en dirección a esta.

—Yo duermo ahí arriba —me explicó—. También lo empleo como puesto de Policía desde que vendieron el antiguo.

Desenroscó el tapón metálico de la botella, llenó un vasito de hojalata y me lo tendió. Echó un largo trago directamente de la botella, y volvió a guardar esta donde estaba antes.

—¿Quién cree que podría ayudarme? —le pregunté.

—Estaba pensando en eso —respondió—. *Miss Parker* es probablemente la persona a quien usted debería ver. Tiene casi ochenta años y ha sido directora del Instituto durante cerca de cincuenta.

Esto me sorprendió.

—¿Quiere decir que sigue siendo la directora? Sacudí la cabeza.

—No; se retiró en el cuarenta y cinco, más o menos. Pero está viva y coleando, y es todavía muy inteligente. —Me indicó cómo podía encontrar a *Miss Parker*, guiñó de nuevo un ojo y, al despedirme yo, dijo—: ¡Que me aspen! ¡Un poli de Nueva York!

La casa de la antigua directora estaba en una de las calles verticales y reposaba precariamente sobre unos altos cimientos de ladrillo construidos en la falda del monte. La casa era pequeña y cuadrada, y estaba pintada de color castaño claro. Un estrecho porche, sostenido por delgados postes, se extendía alrededor de tres de los lados. En cada uno de los costados de la escalera de cemento de la entrada, habían sido colocadas unas macetas verdes, cuyas flores estaban secas y muertas ahora, en el presente otoño. Un cuadro de césped en el jardín delantero había sido cuidadosamente marcado con conchas de almeja, y los esqueletos de unos arbustos pardos se alineaban delante del porche.

*Miss Parker* abrió la puerta. Salió al porche, pero no me invitó a entrar. Era una mujer alta y demacrada, de grandes manos nudosas, y grandes pies calzados con sólidos y pesados zapatos negros. Llevaba los cabellos, grises y muy finos, cuidadosamente peinados, tirantes hacia atrás, y, a través de ellos, pude ver el cuero cabelludo sonrosado. Usaba gafas, y me observó con ojos miopes, mientras se abotonaba una gruesa chaqueta masculina de lana. El aire era frío y la mujer miró arriba y abajo de la calle, observando y escuchando, antes de prestarme atención.

—Esta es la época del año que siempre recuerdo mejor —dijo, con voz notablemente firme para su edad—. Los niños se muestran siempre muy juguetones y ahora están todavía relajados después del verano. —Hizo una pausa y prosiguió, en tono docente—: Pero después de Navidad ya están cansados del invierno..., y les fastidia estar encerrados. Entonces es cuando los buenos maestros tienen que hacer que la enseñanza les resulte interesante.

—Usted fue profesora durante mucho tiempo, *Miss Parker* —dije amablemente.

—Toda mi vida —dijo simplemente ella, sin expresar pesar en su voz de anciana.

—¿Recuerda a un muchacho pelirrojo llamado Hugh Rohan?

—Claro que recuerdo a Hugh —respondió ella—, y no hacía falta citar sus cabellos rojos para que me acordase de él. Fue uno de los mejores alumnos que tuve jamás. —Se volvió, mirando la calle desierta—. Recuerdo que quería ser médico. ¿Cómo está Hugh?

No tuve valor para contarle mis sospechas. Solo le dije:

—Está bien.

—Es un buen muchacho.

—¿Vive aquí su familia?

—No. —Retrocedió en el tiempo, recordando al joven pelirrojo que había asistido a su pequeño Instituto—. Vivía con un hermano mayor...; no recuerdo su nombre, pero estaba casado, y arrendó una finca en la dirección de Garnetville. Me parece que el hermano mayor se marchó de aquí durante la guerra. Renunció a la agricultura.

—Pero Hugh fue a su Instituto.

—Sí, durante los cuatro cursos. Solía montar por la mañana en un camión de la leche para venir, pero, al terminar la clase, tenía que volver andando a casa. Una larga caminata..., de seis kilómetros. Estaba absolutamente resuelto a convertirse en médico.

—¿Qué clase de muchacho era?

—Yo le quería mucho —dijo *Miss Parker*—. Una maestra no puede dejar de querer a los buenos alumnos. Estos no abundan, ¿sabe? Solo de vez en cuando, en el curso de los años, se encuentra uno..., joven..., y, bueno, brillante. Son despiertos y curiosos, y todo lo que se les puede mostrar o enseñar lo absorben como un desierto absorbe el agua. Y una piensa que tal vez este... será el que haga que todo el trabajo valga la pena; será... —De pronto, pareció cohibida—. No me gusta decirlo porque suena a teatral, pero es verdad. La palabra es «grande». Una piensa que posiblemente este estudiante será grande..., y si lo es, una piensa que esa es la razón por la que una fue destinada aquí como maestra.

Yo guardaba silencio. Estábamos de pie en el pequeño porche, mirando calle abajo por encima de las copas de los viejos árboles, hacia la mísera ciudad del fondo del valle. Por fin, pregunté:

—¿Cree que Hugh Rohan era feliz? ¿Le trataba bien su hermano?

—Creo que se sentía solo —respondió sin vacilar *Miss Parker*—. No conocí a su

hermano, que debía ser mucho mayor que él. Creo que tuvo que esforzarse mucho para vivir de la finca; probablemente fue un gran sacrificio para él dejar que Hugh pasara el tiempo estudiando. —Hizo una pausa y se ajustó la chaqueta de lana sobre los delgados hombros—. Un muchacho no puede querer a un hermano como quiere al padre o a la madre. Supongo que el hermano de Hugh era todo lo bueno que podía ser para él, pero tenía sus propios problemas.

Asentí con la cabeza.

—¿Y en el Instituto? ¿Tenía muchos amigos?

Miss Parker sacudió la cabeza.

—No, que yo recuerde. Era muy reservado; no impopular, ni nada parecido. Solo..., bueno, un poco aislado, demasiado atareado para dedicarse a cosas frívolas, por así decirlo. Estudiaba y leía todo el tiempo que podía y, en cuanto acababan las horas de clase, tenía que emprender el camino de vuelta a casa. Debía tardar una hora o dos en llegar a ella, y supongo que tenía que ayudar a su hermano en el trabajo, en cuanto regresaba. —Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo pulcramente doblado que sacó del bolsillo de la chaqueta—. Durante su último curso venía continuamente a mi despacho, para hablarme de las diferentes Universidades, tratando de decidir a cuál de ellas asistiría. —Volvió a calarse las gafas y me miró a la cara—. Yo le hablé de una pequeña Universidad autónoma que había cerca de mi antiguo hogar en Massachusetts. Mi abuelo había ido allí para estudiar Medicina. Hugh no tenía dinero; tenía que trabajar para pagarse los estudios. Pensé que le sería más fácil en una población pequeña y en una pequeña Universidad, donde cada cual podía encontrarse como en su casa.

—¿«Annixter»? —le pregunté.

—Sí. Salió hacia allí aquel verano, después de graduarse. Al principio, me escribía de vez en cuando; solo unas palabras sobre sus progresos. Por último, una de mis cartas me fue devuelta. Se había marchado, sin dejar señas.

—¿Nunca volvió a saber de él?

—No. —Pensé que su vieja cara parecía de pronto un poco dolida, un poco desconcertada al recordar. Volvió su rostro arrugado, mirando fijamente calle abajo—. Ya es hora —dijo— de que los niños salgan de la escuela.

En mi viaje de regreso a Nueva York, no pude librarme de una extraña impresión, que crecía dentro de mí, acerca de Rohan. Era casi como si nos hubiésemos conocido en otra vida. Podía ver al muchacho pelirrojo volviendo del Instituto, campo a través, como había andado yo a lo largo de kilómetros de acera de hormigón, al volver a casa desde el colegio, porque no tenía dinero para ir en Metro. Cinco centavos. Rohan había querido a Miss Parker, la cual le había animado y ayudado; yo había tenido a Mrs. Johnson, que había suplicado a mi viejo que me dejase tratar de conseguir una beca en Columbia. Rohan no ingresó en «Annixter»; yo no fui a Columbia..., hasta años más tarde. Rohan y yo habíamos vivido juntos en un desierto intelectual, y ambos habíamos estado sedientos..., sedientos de educación.

## CAPÍTULO XI

El cielo había sido, durante todo el día, de un sucio color gris; en ocasiones el viento producía ligeros desgarrones en las nubes, a través de los cuales asomaba un pálido sol. Al hacerse de noche, se detuvieron en un motel al lado de la autopista, y Rohan dio los nombres de *Mr.* y *Mrs.* Walter Brewer. Fueron en el coche, por un lado del patio destinado a los automóviles, hasta un pequeño *cottage* construido en forma de una casa colonial en miniatura, con pequeñas columnas y diminutos postigos verdes. Dentro, había una cama, un tocador, dos sillas tapizadas en tela de algodón estampado y una alfombra de nudo, ovalada, en el suelo. Junto a aquella única habitación, había un cuarto de baño en el que todo estaba apretujado. El *cottage* tenía el aire impersonal de un armario alquilado y, a finales de otoño, ofrecía poco más que una comodidad superficial.

El hombre y la mujer se lavaron la cara, y Rohan vertió licor en un grueso vaso de agua que encontró en el cuarto de baño. Probaron el *whisky*, lo bebieron sin encontrar satisfacción en ello y, volviendo al coche, fueron en busca de un lugar donde comer. Al fin encontraron una taberna de carretera y se detuvieron. La comida estaba mal preparada y la consumieron a disgusto, aunque pasaron el mayor tiempo posible cenando, para retrasar el inevitable regreso a la triste cabaña.

Hablando poco, volvieron al motel para pasar la noche. Rohan se tumbó en la cama y observó a Mercedes, mientras esta se cepillaba cuidadosamente los cabellos. Por último, dijo:

—¿Te arrepientes de haber venido, Mercy?

Ella interrumpió lo que estaba haciendo, suspendido momentáneamente el cepillo a un lado de su cara; después reanudó delicadamente el rítmico movimiento del cepillo.

—No me arrepiento —respondió—, tenía que venir. No hay que arrepentirse de lo que se tiene que hacer.

Una pequeña lámpara, pegada al techo, proyectaba una luz fuerte que producía oscuras sombras debajo de sus ojos.

—Podrías haberte quedado —dijo él.

—No. Si lo hubiese hecho, no habría podido ayudar a Albert. En cambio, viniendo, podía ayudarte a ti.

Él se levantó de la cama y se acercó a la ventana, mirando a la noche. Pareció que estaba escuchando y al cabo de un momento, empezó a abotonarse la chaqueta, así como el cuello de su camisa blanca. Se volvió y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

Él se detuvo.

—Fuera... Tengo una corazonada. —Bruscamente, preguntó—: ¿Crees tú que existe la percepción extrasensorial?

—Me parece que no —dijo ella—, y creo que no hay pruebas de que exista.

—Tal vez las palabras no son adecuadas; tal vez no expresan la idea correcta. Pero capté el sentido..., vino a mí como surgido de la noche. —Ella lo observó en silencio, estudiando el tono de su voz—. Hace un momento, sentí algo —prosiguió lentamente, sopesando las palabras—. Una peculiar..., extraña... intuición. Casi era como si una voz me dijese que al fin había empezado la persecución.

—Empezó en Nueva York —replicó ella.

Él se impacientó.

—No. Lo que quiero decir es que ellos saben que ahora estoy contigo. Hasta hoy no lo sabían..., o al menos no estaban seguros. De ahora en adelante no buscarán solamente a una mujer; buscarán a una pareja.

—Esto no puedes saberlo —dijo pausadamente ella.

—Lo he sentido —replicó él, sin hacerle caso—. Es el instinto del... perseguido. Los presos solían hablar de ello en Beaudeau, y yo no lo creía. Pero ahora lo creo.

Se miró las manos.

Ella vaciló, sin saber si tenía que reír o llorar.

—¿El cazador... y la pieza?

—Sí. Es casi como una telepatía, como si alguna mente estuviese transmitiendo ideas y yo las recibiese. —Sacudió la cabeza, con irritación—. No todas ellas... Yo..., ¡caray!, lo puedo oír de vez en cuando..., solo un poco..., cuando presto atención.

Abrió la puerta y salió a la noche. La mujer terminó su *toilette* y estaba ya en la cama cuando él regresó.

—¿Qué has ido a hacer? —preguntó.

—He cogido las placas de la matrícula de un coche de Michigan y las he escondido debajo de la alfombra de nuestro «Chevrolet». Mañana, cuando salgamos de aquí, las pondré y tiraremos las de Nueva Jersey.

En la oscuridad de la habitación, se estrecharon con fuerza. La mujer podía sentir la tensión, la inquietud del hombre que yacía a su lado. Permaneció rígidamente despierta, perseguida por los recuerdos de aquella noche en Nueva York. Desde que habían huido, los había expulsado resueltamente de su mente; pero esta noche ya no podía hacerlo aunque, subconscientemente, las compuertas de la memoria se negaban a abrirse del todo...

—De prisa —había dicho el pelirrojo—, debemos darnos prisa.

—Sí —había convenido la mujer—, pero cada cosa a su tiempo. —Pasó despacio del salón al dormitorio de Albert Turner. Volvió con un par de guantes blancos de algodón, unos guantes de hombre. Se los tendió a Rohan—. Póntelos —dijo— y no te los quites. No te los quites bajo ninguna circunstancia mientras estés en este apartamento. —Él se los puso y los contempló sonriendo, pero sin alegría, ante la incongruencia de la elegancia de estos con la tosca chaqueta—. Ahora —dijo la mujer, busca un trapo y, empezando con la puerta por la que entraste, limpia todo lo que puedes haber tocado.

Él siguió sus instrucciones sin discutir, pasivo y frío el semblante. Con un trapo de la cocina empezó a borrar las huellas de su presencia. Al cabo de un rato empezó a silbar, muy suavemente y entre dientes, mientras trabajaba.

La mujer estaba sentada en silencio en un sillón. Miró el pequeño reloj francés que estaba sobre la repisa de la chimenea. Las agujas marcaban las once y veinte; faltaban cuarenta minutos para la medianoche. «Debo pensar —se dijo—, pensar en todo lo que hay que hacer. Todo lo que pensemos ahora puede significar un mes de libertad..., o posiblemente incluso un año». Tomó un paquete de cigarrillos y, al encontrarlo vacío, lo volvió a dejar.

—Tienes que estar fuera de aquí a las doce —dijo al hombre—; la doncella suele volver poco después de esta hora.

Él interrumpió un momento la limpieza.

—Supongo —dijo débilmente— que podríamos poner la pistola en su mano, y decir tú que se ha suicidado, ¿no?

El tono vacío de su voz la asombró, hasta que se dio cuenta de que él se negaba todavía a reconocer la realidad.

—No —dijo con firmeza—, sería demasiado problemático. Tal vez alguien te vio entrar..., o podrían verte salir. —Y añadió gravemente—: Si pudiéramos estar seguros..., pero no tenemos manera de saberlo.

El pelirrojo no dijo nada.

—Puede haberte visto alguien... —Mercedes sacudió resueltamente la cabeza—. Sin duda cometeríamos algún desliz, la Policía lo descubriría y entonces sería demasiado tarde para tratar de huir.

—Si te detienen —dijo el pelirrojo—, me entregaré y confesaré.

—Eso nos culparía a los dos —replicó ella—. De esta manera tendremos tiempo..., al menos un poco de tiempo.

—Estaremos juntos —dijo él— y volveremos a ser felices. No temas.

La mujer no respondió. Se puso en pie.

—Debo ir al sótano a recoger unas maletas —explicó—. Mientras tanto, lleva..., —se le quebró la voz—, por favor, lleva... a Albert... a su dormitorio. Ponlo en la cama y cúbrelo con la colcha. —Vio que el pelirrojo vacilaba, y entonces ella dio a su voz un tono autoritario, recobrando su aprendida actitud de mando. Su mente trabajaba claramente y sin vacilación cuando tenía que tomar decisiones—. Debes hacerlo tú. Yo no puedo ayudarte.

Se interrumpió y volvió la cara. «Yo no podría tocarle», pensó, y luchó contra la debilidad que de pronto había empezado a apoderarse de ella.

El pelirrojo dejó el trapo. Poco a poco, se acercó al cadáver y, al iluminarle la luz de la lámpara, sus cabellos parecieron inflamarse. Separó los labios de los dientes, en una involuntaria mueca de repugnancia.

—Voy a buscar unas maletas —dijo ella—. Volveré dentro de pocos minutos.

Cuando volvió, él estaba continuando su labor de limpieza.

—Ya está en la cama —dijo—, y cualquiera pensaría que duerme.

Ella no dijo nada y entró en su propio dormitorio. Examinó rápidamente el armario, eligiendo unos pocos vestidos y unos pares de zapatos. Sacó apresuradamente alguna ropa interior del tocador, y la guardó con cuidado en una de las maletas. Por último, tomó del tocador un pequeño joyero y lo introdujo entre la ropa blanca. Después cerró con llave las dos maletas, y volvió con ellas al salón. El reloj de encima de la chimenea marcaba las doce menos cinco.

—Debes marcharte —dijo al pelirrojo—. Vete en seguida, pero llévate mis maletas.

El hombre perdió su máscara de impasibilidad.

—¿Te vas a quedar aquí..., esta noche? ¿En este apartamento? —preguntó él, pasmado.

—Sí —respondió rápidamente ella—. Es necesario..., y desagradable..., y repugnante. Pero debo disponer las cosas de manera que tengamos un poco más de tiempo por la mañana. Si la doncella me llamase por teléfono..., o —ahora le tembló la voz— cuando Albert no aparezca por la mañana... —No terminó la frase—. Esta noche, cuando te vayas —explicó con firmeza—, recoge tus cosas; solo lo más necesario, lo que puedas llevar fácilmente.

—Mis cosas —dijo él— puedo llevarlas en los bolsillos.

—¿Tienes dinero?

—¡Esto! —Le mostró un pequeño fajo de billetes y unas monedas—. Es como en los viejos tiempos —dijo tristemente él.

Ella hizo caso omiso del comentario.

—Destruyelo todo en tu habitación. Fotografías..., sobre todo las fotografías. ¿Tienes alguna?

—No —dijo él, sonriendo forzadamente—, y tampoco otras cosas.

—¡Bien! Ahora date prisa y no cojas un taxi. Ve andando hasta la Calle 59 y coge allí un autobús.

—¿Cuándo nos encontraremos? —preguntó él.

—Mañana por la mañana, en cuanto haya hecho todo lo que tengo que hacer. ¿Dónde te alojas?

Él se lo dijo. Después tomó las maletas y permaneció un instante en silencio, sosteniéndolas torpemente.

—Bésame —dijo, con voz suplicante—. Dame un beso de buenas noches.

Ella acercó brevemente la cara a la de él, y después le empujó hacia la puerta, pero él no quería que le echasen tan de prisa.

—Te amo —dijo—, te he amado siempre durante todos estos años.

La besó de nuevo, afanosamente, como levantando un muro para impedir que ella se escapase.

—Reservemos nuestros besos para más adelante —dijo rotundamente ella—. Dentro de poco tiempo, será lo único que tendremos.

Levantó una mano, la pasó por los cabellos rojos de él, y su expresión se suavizó.

De pie junto a la puerta, él se volvió de nuevo hacia ella.

—Mercy —dijo, y el empleo de este nombre especial resonó en su memoria a través de los años perdidos—, Mercy..., yo... —balbució, tratando de sonreír. Ella sacudió la cabeza y cerró la puerta.

Cuando él se hubo marchado, ella se sobrepuso, dominando los nervios con su fuerza de voluntad. Buscó en la mesa del cuarto de estar, y encontró su pasaporte y el de Albert Turner, el talonario de cheques de su cuenta indistinta, y la llave de la caja de seguridad. Guardó todo ello en el bolso y llevó este al dormitorio. Entonces recordó algo, volvió rápidamente a la mesa escritorio y buscó inútilmente. Entonces se acercó a una librería y repasó atentamente las hileras de libros hasta que encontró un álbum grande y plano, encuadernado en cuero. Lo tomó, miró brevemente las fotografías, retratos de boda e instantáneas tomadas durante las vacaciones. Entonces volvió a dejar el álbum vacío en su sitio, y llevó las fotos a su dormitorio. Las quemó cuidadosamente, una a una, y arrojó las cenizas al retrete.

Fue como si esta tarea hubiese agotado sus últimas fuerzas. Se sentó, fatigada, en la cama, la cabeza caída sobre el pecho y cruzadas las manos sobre la falda. Tardó largos minutos en moverse. Después se puso en pie, tambaleándose, y salió al pasillo para mirar la puerta de Albert Turner. Estaba cerrada, pero aguzó la mirada como si pudiese ver a través de esta, más allá de la madera. Por último, agotada, volvió a su cama. Cogió un frasquito de píldoras somníferas de la mesita de noche. Echó un par de ellas en una mano, tapó el frasco y lo dejó. Había sobre el tocador un despertador de esfera delicadamente pintada, con saetas doradas. Lo puso a las seis y media. Se levantó nuevamente, se quitó los zapatos y el vestido en casi un solo movimiento, y se tumbó en la cama. Se llevó las píldoras a la boca y las tragó, demasiado cansada para ir en busca de un vaso de agua.

Se durmió, pero las luces quedaron encendidas en su habitación.

## CAPÍTULO XII

Yo no estaba seguro de cómo entraba en escena el pelirrojo. Había solamente aquel único cabello para indicar la posibilidad de su intervención, y esto no podría ser considerado nunca como una prueba concluyente ante un Tribunal. Sin embargo, algo, una corazonada, un presentimiento instintivo, llamadlo como queráis, me decía que Rohan estaba metido en esto. Me lo decía una y otra vez, y no podía librarme de esta idea. Cuando volví a Nueva York desde Germaine, consulté con nuestro departamento de huellas dactilares y con el FBI, pero no tenían antecedentes sobre un tal Hugh Rohan.

Daba la impresión de que me hallaba en un callejón sin salida pero, cuanto más imposible parecía la cosa, más convencido estaba de que se me había pasado algo por alto.

Naturalmente, estaba buscando también a Mercedes Turner. Transmití los últimos datos por el teletipo de la Policía, que abarca los cinco distritos de la ciudad de Nueva York, y, además, trece Estados, y envié el retrato robot de la mujer por telefoto. Esta actividad me recordó lo que había olvidado.

Al principio del caso Turner, en cuanto había empezado a interesarme por Rohan, había examinado sistemáticamente las informaciones y descripciones de todos los pelirrojos fichados por la Policía. Pero las pocas pistas seguidas en base a esto, no me habían llevado a parte alguna. Ahora me senté y empecé a leer todos los mensajes recibidos en la Comisaría, procedentes de la Oficina de Correspondencia de Nueva York. Dichos mensajes eran enviados a cada Comisaría por la Oficina de Correspondencia central, situada en Centre Street, Manhattan. Os sorprendería la enorme cantidad de información que llega a través de este conducto, cada día; literalmente, miles de mensajes cada año. Se presume que cada detective de Comisaría tiene que leerlo todo, y recordarlo. Sin embargo, esto es físicamente imposible.

Copias de los mensajes por teletipo son cuidadosamente archivados en gruesas y negras carpetas. Empecé a buscar en ellas hacia atrás, a partir del día de la muerte de Turner. Fechado cuatro días antes de esta, lo encontré.

A TODAS LAS BRIGADAS, COMISARIAS y DETECTIVES:  
LA FISCALÍA DE LA CORONA, OFICINA DEL FISCAL GENERAL, MONTREAL, CANADÁ,  
SOLICITA LA BUSCA Y CAPTURA DE TRES FUGITIVOS QUE ESCAPARON HOY DE LA  
PRISIÓN DE BEAUDEAUX. ES POSIBLE QUE SE DIRIJAN A LOS ESTADOS UNIDOS. SUS  
DESCRIPCIONES Y CLASIFICACIÓN DE HUELLAS DACTILARES SE ESPECIFICAN A  
CONTINUACIÓN.  
(FIRMADO), JEFE OFICINA CORRESPONDENCIA.

Dos de las descripciones carecían de interés. La tercera decía así:

NOMBRE: ALIAS JOHN CARGILL; NOMBRE VERDADERO, DESCONOCIDO. MARINO

MERCANTE QUE EMPLEÓ FALSOS DOCUMENTOS DE IDENTIDAD DURANTE LA GUERRA. CONVICTO DE TRANSMITIR CLANDESTINAMENTE INFORMACIÓN ÚTIL PARA EL ENEMIGO.

ESTATURA: UN METRO OCHENTA Y TRES CENTÍMETROS.

PESO: OCHENTA KILOS.

EDAD: ENTRE TREINTA Y TREINTA Y CINCO AÑOS.

TEZ: MUY BLANCA.

CABELLO: ROJO VIVO.

OJOS: CASTAÑOS.

SEÑALES PECULIARES: NINGUNA. NINGUNA CICATRIZ.

CLASIFICACIÓN HUELLAS DACTILARES: 20 MIU 101 10 LIU 101

FOTO: SE ACOMPAÑA.

Desde luego, varios puntos eran obvios. El color del fugitivo era distintivo; tanto su piel como sus cabellos coincidían con lo poco que yo sabía de Rohan. La edad coincidía también. Recordé lo que me había contado Thelma Jordan, acerca de la fotografía del soldado que había dado pie a una discusión entre Turner y su esposa.

Descolgué el teléfono y llamé a la doncella. Esta ya no residía en el apartamento de los Turner, pues había encontrado un nuevo empleo. Nos había informado de su traslado, y dejado la nueva dirección y el número de teléfono. Cuando se puso al aparato, le pregunté si recordaba aquel relato que me había hecho. Me dijo que sí.

—¿Vio alguna vez la fotografía? —proseguí.

—No. Nunca la vi.

—¿Cómo sabe que era de un soldado?

—Bueno..., tuve la impresión de que lo era.

—¿Dijeron *Mr.* o *Mrs.* Turner que era un soldado?

Lo pensó, y hubo una pausa en el teléfono. Por fin respondió:

—No; no recuerdo que ninguno de ellos dijese que era un soldado, pero yo tengo la idea de que lo era.

—¿Pudo uno de ellos decir algo sobre un uniforme?

—Sí —convino ella—, ¡eso es!

—Mire —le expliqué—, no quiero apuntarle las respuestas. No diga que sí, si no está segura.

—No puedo estar absolutamente segura —respondió—. Hace tanto tiempo, que casi he olvidado todos los detalles. Pero, pensándolo bien, tuve la impresión de que el hombre de la fotografía era muy guapo..., y era soldado..., o al menos llevaba uniforme.

Esto fue todo lo que pude sacarle. No descartaba la posibilidad de que el hombre de la fotografía fuese Hugh Rohan, en uniforme de la Marina mercante. El uniforme de marino mercante podía corresponder al fugitivo Cargill. Cargill podía ser Rohan. Pero ¿era lógico que un muchacho como Rohan, poco más que un chiquillo en aquella época, fuese condenado por pasar información clandestina durante la guerra, en realidad un delito muy grave?

Descolgando de nuevo el teléfono, llamé a la oficina de la Guardia Costera de los

Estados Unidos. Durante la guerra, la Guardia Costera tomó las huellas dactilares de todos los marineros y oficiales de la Marina mercante. Les di la clasificación de las huellas dactilares de Cargill y también el nombre de Rohan. La Guardia Costera me dijo que lo buscarían y me dirían algo.

Me puse el sombrero y bajé al 240 de Centre Street, que está en el camino del centro de Manhattan. Allí pregunté en la Oficina de Correspondencia y me mostraron la telefoto de John Cargill, que les había sido enviada desde Montreal.

A pesar de la mala calidad de la foto policial, de frente y de perfil, pude darme cuenta de que era un hombre guapo. Sus facciones eran regulares y correctas. La boca era sensible y de labios gruesos, pero las bocas sensibles pueden ser a veces engañosas. En ocasiones, los labios pueden ser finos y crueles, y esta boca era a un tiempo enérgica y débil. Los ojos estaban muy separados y reflejaban, me pareció, una mezcla de astucia y miedo. Era una cara marcada por el histerismo, pero hermosa.

Pedí que me hicieran copias, de la foto y volví a la Diecinueve. Sobre mi mesa había un mensaje diciéndome que llamase a la Guardia Costera.

—Hemos encontrado las huellas —me dijo el oficial—. Corresponden a un marino mercante llamado Hugh Rohan. También tenemos la ficha de un tal John Cargill.

—¿Son el mismo hombre? —pregunté.

—No. Las huellas dactilares de John Cargill no coinciden con las de Hugh Rohan.

—¿Tienen una descripción de Cargill?

—Sí. Aquí está. ¿Quiere que se la lea?

—Por favor —le dije.

—John Cargill, natural de Lexington, Kentucky. Estatura, uno setenta; peso, setenta; edad, treinta y dos...

—¡Alto! —le pedí—. Dice usted que Cargill tenía treinta y dos años..., ¿en qué año?

Pude oír un crujido de papeles al examinar el oficial los documentos.

—Cargill tenía treinta y dos años... en 1943 —dijo.

—Por lo que ahora tendría cuarenta y nueve —dije.

—Sí —convino el oficial de la Guardia Costera—, pero presumimos que está muerto.

—¿Por qué?

—Desapareció en Beirut y no hemos vuelto a tener noticias de él.

—¿Se hundió su barco?

—No. Él desapareció en tierra. Fue denunciado como desertor al zarpar su barco. Desde luego, no podía volver a los Estados Unidos sin sus documentos, y, desde entonces, no se ha vuelto a saber de él.

—Muchos marineros fueron atacados, robados y muertos en aquellos tiempos.

—Pudo ocurrir cualquier cosa.

—¿Qué le ocurrió a Rohan? ¿Algún dato acerca de él? —pregunté.

—Consta que también abandonó su barco.

—¿En el Líbano?

—No. En Canadá. —De nuevo un crujido de papeles—. Antes de la guerra, no tiene antecedentes como marinero. Probablemente desertó de su barco en Canadá, volvió a los Estados Unidos y estuvo escondido hasta que terminó la guerra.

Se me ocurrió una idea.

—¿Sirvieron Cargill y Rohan en el mismo barco? ¿Navegaban juntos cuando se supo de ellos por última vez?

—Estuvieron ambos a bordo del Saragossa Keys, en el año cuarenta y tres. Cargill desertó en Beirut; Rohan, en Montreal.

—¿Qué edad tenía Rohan en 1943?

—Diecinueve años —me respondió.

—Esto coincide bastante —dije.

Le di las gracias y colgué. Puse una hoja de papel en la máquina de escribir, redacté una petición de más datos sobre John Cargill e hice que la transmitiesen por telégrafo a la oficina del jefe de Policía de Montreal.

Skors entró y se sentó, echándose el sombrero hacia atrás.

—Bueno, compañero —me preguntó—, ¿algo nuevo?

Le dije lo que había descubierto acerca de Rohan, gracias al mensaje por teletipo y a la Guardia Costera. Se frotó reflexivamente la barbilla durante unos momentos.

—Interesante —dijo—, pero todavía no veo ninguna relación directa entre Rohan y el asesinato de Turner. Todo lo que sabemos con seguridad es que la esposa de Turner ha desaparecido. Parece muy probable que lo hiciese ella, y ni siquiera sabemos si el hombre estaba en los Estados Unidos cuando ocurrió el suceso.

—Recuerda —dije— que se casaron cuando eran muy jóvenes, ese Rohan y la muchacha Clinton. El padre de ella hizo anular el matrimonio. Pero creo que ella todavía le amaba, que guardó una fotografía de él durante la guerra..., e incluso después de casarse con Turner. Ahora sabemos que Rohan se fugó de la cárcel en Canadá y regresó a Nueva York.

—¡No! —Discrepó Skors—. No puedes estar seguro de esto. Allí no había huellas dactilares tuyas..., y no hemos encontrado un solo testigo que le relacione con el apartamento.

—Había aquel cabello rojo en el apartamento de ella.

—Sí, pero esto no es prueba suficiente. Ahora las mujeres pelirrojas están de moda. El cabello pudo estar allí desde hace años, o habría podido traerlo alguien prendido en el vestido.

—Esta es la única prueba que tenemos ahora —tuve que reconocer—, pero obtendremos más.

Skors encendió un cigarrillo y se levantó. Arrojó una copia de una lista de cosas sobre la mesa.

—La oficina del fiscal del Distrito envió esto —dijo—. Es lo que encontraron en la caja de seguridad de Mercedes Turner. Todo menos las joyas, que no estaban allí, ha sido entregado al abogado de los Clinton. Lo he revisado y no he encontrado nada interesante —concluyó, y se fue.

Cuando se hubo marchado, estudié la lista. No había gran cosa: dos pólizas de seguro de vida de ella misma. Una, de cinco mil dólares, a favor de su padre; la otra, de ocho mil, a favor de su marido. Había también el estuche vacío donde habían estado guardadas las joyas; el título de propiedad de un cupé deportivo, de un año de antigüedad, que los Turner guardaban en su casita veraniega próxima a Easthampton; el título de propiedad de la propia casa a nombre de Albert Turner y Mercedes Turner; pólizas de seguros de incendios y robo del apartamento y de la casa de veraneo; un título de propiedad de la sepultura de la familia Clinton en el cementerio de Argyle; cierto número de cartas y recibos diversos y viejos, incluido un sobre vacío con una dirección de remitente en Chambers Street.

Esta era la lista. Completa, como exigía la ley, y expresando todo el contenido de la caja, que había sido abierta en presencia de testigos de la oficina del fiscal del Distrito y del Banco, y de representantes de las familias Turner y Clinton.

Todo había sido realizado como cuestión de rutina. Aunque guardé la lista en mi escritorio y cerré el cajón, seguí dándole vueltas en mi cabeza. Solo una pequeña cuestión me preocupaba: ¿Por qué habría de guardar Mercedes Turner un sobre vacío en su caja de seguridad? Podía haber sido un descuido; después de extraer la carta había arrojado simplemente el sobre en la caja. Pero había otra alternativa. Posiblemente, había guardado el sobre para conservar la dirección del remite como un recuerdo permanente.

Un recuerdo permanente, ¿de qué?

Telefoneé a la oficina del fiscal del Distrito y pregunté por Bob Banners, un ayudante del fiscal que había estado presente cuando se había abierto la caja. Conocía superficialmente a Banners, pues había trabajado con él en varios casos. Cuando se puso al aparato, le pregunté el nombre y la dirección del remitente que figuraban en el sobre.

—«Sawyer and Bates» —me dijo, y me dio la dirección—. Era un bufete de abogados, poco importante, y que en ocasiones hacía alguna operación en Wall Street.

—¿Se han puesto en contacto con ellos?

—Sí. Lo hizo uno de nuestros investigadores. Ya no están en el bufete con tal nombre. El socio principal, Sawyer, murió hace varios años. Bates, el socio más joven, creyó que no valía la pena conservar el nombre antiguo. Se trasladó a un lugar más céntrico y empezó a trabajar por su cuenta.

—¿Qué dijo Bates que les había encargado Mercedes Turner?

—Bates no dijo nada. Estaba fuera de la ciudad por sus asuntos y no creo que haya sido interrogado después de su regreso.

—Entonces, ¿no sabemos lo que quería ella?

—Sí que lo sabemos —respondió Banners—. Lo sabemos todo acerca de esto. Su padre nos lo dijo. La madre de Mercedes Turner murió en 1950, y le dejó a ella un poco de dinero. No mucho..., unos pocos miles de un seguro de vida. La joven Clinton quería reinvertirlo, Y acudió a «Sawyer and Bates» para que la representaran.

—Ya. —Pensé un poco y al fin dije—: ¿Dónde está ahora Bates? —Banners me dijo que estaba en Madison Avenue, cerca de la Calle 52—. ¿Algún inconveniente, si voy a ver a Bates?

—Ninguno.

La relación entre Bates y Mercedes Clinton parecía bastante lógica, y si la oficina del fiscal del Distrito se daba por satisfecha, yo debía aceptarla también. Sin embargo, había otra relación con la mujer, y pensé que no debía hacer caso omiso de ella. Probablemente una entrevista no conduciría a parte alguna, pero telefoneé al despacho de Bates y concerté una cita para el día siguiente.

El despacho de D. Agnew Bates, abogado, no era muy impresionante. Estaba situado en uno de los edificios más pequeños y antiguos que abundan a lo largo de Madison Avenue, cerca de la Grand Central Station. Bates era un hombre de edad mediana, y vestía traje oscuro y arrugado. Había una secretaria en una salita de espera, en comunicación directa con el despacho de Bates. El despacho tenía dos ventanas que daban a la calle y a otras hileras de ventanas, y la habitación tenía un aire de forzada respetabilidad. Bates se levantó de su sillón y permaneció con los dedos apoyados encima de la mesa cuando yo entré. No hizo nada para darme la mano. Me presenté, le mostré mis credenciales y él me dijo entonces que tomase asiento. Estaba enterado del caso Turner, pero, según me dijo, no lo había relacionado con su antigua cliente, a la que había conocido como Mercedes Clinton.

—¿Es verdad que representó usted a Mercedes Turner, entonces Mercedes Clinton, en 1950? —le pregunté.

—Ciertamente —asintió en seguida—. En aquella época éramos «Sawyer and Bates», y teníamos el bufete en Chambers Street.

—¿La representaron en ciertas actividades financieras?

—Sí.

—¿No ha sabido nada de *Mrs.* Turner desde que esta emprendió la huida?

—No.

—¿No la representa usted ahora?

—No.

Bates respondía a mis preguntas sin la menor reserva, pero no me daba ninguna información que no le fuese pedida. Si tenía alguna para darme, yo tendría que apretarle las clavijas.

—¿Había algo de naturaleza secreta o confidencial en las actividades financieras de su cliente, en aquella época?

Pensé que parecía aliviado el oír mi pregunta.

—No —respondió, frunciendo los labios—, no, que yo recuerde. Había heredado recientemente una pequeña suma de dinero, y nosotros nos limitamos a asesorarla en su reinversión en algunos préstamos hipotecarios sólidos.

—¿Eran estos asuntos de conocimiento público?

—Sí.

—*Mr. Bates*, ¿llevó usted otros asuntos, o actividades de Mercedes Clinton, que fuesen también de conocimiento público, pero que no tuviesen nada que ver con inversiones financieras?

Nada que pueda ser considerado como de conocimiento público puede ser alegado como confidencial por un abogado, ni este puede ampararse en el secreto profesional ante los tribunales. Naturalmente, Bates sabía esto y, de pronto, lamenté no haberme hecho acompañar por un abogado de la oficina del fiscal del Distrito. No podía discutir sobre cuestiones legales con Bates. Él era abogado y yo no.

Bates consideró mi pregunta.

—El tema es demasiado general —dijo.

—*Mr. Bates* —le dije cortésmente—, yo no estoy capacitado para discutir con usted. Lo único que puedo hacer es llamar a la oficina del fiscal del Distrito, y pedirles que envíen a alguien que pueda hacerlo. En definitiva, el resultado será el mismo que si usted hablara conmigo ahora. Usted sabe todo lo que puede y no puede decir.

—No me gusta hacer comentarios sobre mis clientes —dijo.

—*Mrs. Turner* hace años que no es cliente suya. Como abogado, usted ha jurado también defender al Estado de Nueva York y a sus autoridades y representantes. Como ciudadano particular, tiene la obligación moral de ayudarme en la investigación de un asesinato, si es que puede hacerlo. Es todo lo que le pido.

—No creo que mis relaciones con *Mrs. Turner*..., con *Miss Clinton*, tengan relación alguna con su caso.

—Todo lo relacionado con Mercedes Turner puede ser importante. Ahora, permítame que le haga una pregunta concreta. ¿Conoce el nombre de Hugh Rohan?

No contestó pero, al cabo de unos momentos, se levantó de su mesa y, cruzando el despacho, observó una serie de ficheros metálicos. Por último, se detuvo y abrió un cajón. Sacó de él una carpeta y volvió a su mesa. Abrió aquella y miró varios documentos que parecían oficiales. Carraspeó.

—Sí —dijo—, este es el nombre. Representé a Mercedes Clinton Rohan en una actuación judicial por declaración oficial de la muerte de Hugh Rohan, en 1950.

—¿Se le declaró oficialmente muerto?

—Sí.

—¿Le importaría decirme todo lo referente a esto? Hojeó de nuevo los documentos, echándoles un vistazo para refrescar la memoria.

—Se lo diré —respondió—, porque todo consta en documentos públicos. Mercedes Clinton se casó con Hugh Rohan en 1943. En aquella época, Rohan servía

en la Marina mercante. No vivieron públicamente juntos, como marido y mujer, después del matrimonio, sino que mantuvieron este secreto a causa de ciertos prejuicios de los padres de la esposa. Rohan partió hacia un puerto cuyo nombre no se hizo constar, debido a las restricciones de tiempo de guerra, en la primavera de aquel año. Mercedes Rohan nunca volvió a saber de él.

—¿Se celebró el matrimonio en 1943? —le pregunté—. ¿Está seguro de que no fue en 1942?

—Según declaró *Mrs. Rohan*, se casó con Hugh en 1943.

Mercedes se había casado dos veces con el pelirrojo. El primer matrimonio había sido anulado; el segundo, fue secreto.

—¿Debo entender que ella deseaba que el expediente de presunción de muerte se tramitase con la mayor reserva posible?

—Sí. Se sabía que su barco había sido hundido, aunque no había confirmación oficial de su muerte. Sin embargo, no se necesitaron muchas pruebas más. No se habían tenido noticias de Rohan durante siete años; durante este tiempo no había establecido contacto alguno con su esposa, ni había contribuido a su manutención.

—Pudo ser un caso de abandono —dije.

—No en Nueva York. El expediente de presunción de muerte era más sencillo. Particularmente, cuando la esposa deseaba la mínima publicidad posible. Le preocupaba, sobre todo, que sus padres se enterasen de este matrimonio. Cuando murió su madre, me trajo una pequeña cantidad de dinero para invertirla en nombre de ella, y siguió empleando esto como excusa para una correspondencia entre nosotros. Después de la muerte de su madre, estaba más empeñada que nunca en que su padre no supiese nada del asunto. —Cerró la carpeta sobre la mesa—. En realidad —siguió diciendo—, me pidió que guardase yo el auto de declaración oficial de muerte, para que nadie pudiese encontrarlo. Está aquí, en esta carpeta.

Di las gracias a Bates y salí de su despacho. Mientras andaba por la calle, tenía mucho en que pensar. El pelirrojo. El pelirrojo. ¿Era una tragedia? ¿Era cosa del Destino? ¿Qué era? ¿Qué les había impulsado a juntarse..., inevitablemente y sin esperanza de escapar?

## CAPÍTULO XIII

—¡Ay, amor mío, encanto, cariño!

Rohan se metió las manos en los bolsillos del pantalón y empezó a andar arriba y abajo por la habitación, muy excitado. Estaba alegre, de buen humor, y hablaba y caminaba con la exageración de un muchacho. Desde la noche pasada en el motel, junto a la carretera de Virginia, había pasado alternativamente por estados de regocijo y de depresión. Su convicción de que la Policía estaba enterada ahora de su presencia en el momento de la muerte de Albert Turner, había desatado sus pasiones. Era como si desafiara a la posibilidad de que lo encontrasen, y estuviese ansioso de que las cosas siguiesen su curso. Durante el día parecía contento, aunque por la noche volvían el miedo y la incertidumbre. Durante las horas de luz, se atrafagaba urdiendo planes extraños e ilógicos para escapar. Mercedes los escuchaba sin hacer comentarios, pero sabía que el curso que había trazado ella era aquel en el que radicaba su única posibilidad de salvación.

Rohan se dejó caer en el sillón, se agitó en él y se le clavó la pistola que llevaba en el bolsillo. La sacó y la sostuvo en la mano, contemplándola.

—Todo lo que queda de Beaudeau —dijo a media voz, levantando la pistola.

—Debemos desprendemos de ella —le dijo la mujer—; es un indicio directo..., una prueba...

Rohan no estuvo de acuerdo.

—No —dijo—. La conservaré. Se ha convertido para mí en una vieja amiga. Y, además, será muy difícil encontrar otra.

—Pero, si nos detienen y la encuentran...

No terminó la frase.

Rohan se echó a reír.

—Si me la encuentran encima —le aseguró—, será demasiado tarde para que les sirva de algo.

Ella apartó delicadamente la mirada, pero siguió pensando. Dudaba de si sería incapaz de volver el arma contra sí mismo.

No sabía qué sucesos le habían transformado y torcido, desde que se habían amado por primera vez. Le recordaba tal como había sido entonces: joven, esbelto, con los cabellos de un rojo de escudo heráldico; tímido y ansioso, incómodo en el nuevo medio en que se hallaba, impulsado por la ambición.

El día en que se habían conocido, los ojos de él la habían encontrado en un salón donde charlaban confiadamente unas chicas. Con inquieta seriedad, había preguntado qué deseaba y se lo había servido, y de algún modo había tocado una cuerda sensible en Mercedes. Aquel día lejano, ella le había hablado con una amabilidad y una madurez extrañas en una mujer tan joven. Para su propia sorpresa, había vuelto una y otra vez para verle, entre cada clase, cuando el bar estaba casi desierto, ansiosa de verle, de sentirle cerca de ella.

Lo había invitado al baile del Día de Acción de Gracias, que se celebraba cada otoño en «Bently», y él se había excusado. Al principio se había enfadado con él, hasta que se había dado cuenta de que la negativa había sido dictada por la timidez y el orgullo, y entonces, buscando el motivo en su propia situación, posiblemente por primera vez en su vida, había descubierto que su invitación no había sido ofrecida en condición de igualdad, sino más bien como un acto caritativo. Contrita, había renunciado a la fiesta, y en lugar de a esta, habían ido los dos, en su pequeño dos plazas, a hacer una excursión nocturna, deteniéndose en Massachusetts para tomar hamburguesas y café..., pagados por él. Habían hablado en la noche brumosa y negra azulada: de Nueva Inglaterra, con una gran luna plateada moldeando los Berkshires en grietas y pliegues de ónix.

Él había sido un joven solitario, y siguiendo la verdadera pauta en la vida de los seres solitarios, una vez le hubo ofrecido su amor, había permanecido constante y firme. En él, había encontrado ella fuerza para compensar sus flaquezas. Los súbitos accesos de cólera de Hugh eran rápidamente seguidos de un doloroso remordimiento, y su terquedad, de temblorosa indecisión. Era presa de sus propias emociones, que le tenían encadenado, y no podía escapar a su propia impotencia y confusión, salvo haciéndolas estallar en grandes furiosos explosivos.

Sus celos eran terribles. Eran ciegos, irrazonables, ilógicos, y, sin embargo, aunque pareciese extraño, la muchacha se resignaba a ellos. Escuchaba sus furiosas acusaciones y las aceptaba sin rencor, a pesar de que eran injustas y falsas. Aunque le amaba con una intensidad emocional que era nueva para ella, este hecho no la sorprendía, porque su eterno instinto de mujer no se impresionaba ni ofendía por el carácter posesivo de él y, en el fondo de su corazón, no habría cambiado en modo alguno sus acciones.

Y sin embargo, en la complejidad de su carácter, él era también tímido y amable, con una sensibilidad y una percepción ajenas a la mayoría de los hombres. El solo contacto de sus manos la hacían temblar, y la presión de sus labios la inflamaba, anulándole la razón y la resistencia. La cordura, la crianza, la moral, no eran protección contra aquel amor, y ella no hizo el menor esfuerzo para protegerse, sino que se rindió a la necesidad de él. Y, como dos chiquillos sorprendidos y pasmados por las fuerzas que habían desencadenado, se aferraron el uno al otro, miedosos e inocentes.

Cuando estuvieron separados ella recobró el control de su perspectiva, se dio perfecta cuenta de su poder sobre él y asumió la responsabilidad. Sabía que su capacidad de protegerlo era tan necesaria como su habilidad para excitarlo.

Esto había sido mucho tiempo atrás. Durante los años de su matrimonio con Albert Turner, había pensado que su amor por Rohan estaba extinguido. Había creído sinceramente que él estaba muerto. Pero la noche en que había reaparecido procedente de las tinieblas, de un pasado de trece años, fue como si él nunca hubiera estado ausente. En el mismo momento que la había reclamado, la había recuperado.

Ahora lo miró, en la habitación de hotel de Kansas City, y se dio cuenta de que ya no estaba segura de todos los pensamientos y emociones de Hugh. En los largos años que les habían sido robados a los dos, Rohan había perdido la confianza, el poder de decisión. Y en aquellos mismos años, ella había encontrado lo que el pelirrojo había perdido. El balance entre las fuerzas y flaquezas de los dos ya no estaba equilibrado; ahora era ella la fuerza, y Rohan era la flaqueza. Al mirarlo, desapasionadamente, se dijo que, si él tuviese la fuerza, el valor, ella no tendría ya que preocuparse.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —La voz de Rohan interrumpió sus pensamientos—. Tengo miedo..., deberíamos seguir en movimiento.

—Creo que aquí estaremos seguros durante un tiempo.

—¡Debemos salir del país lo antes posible!

—Lo haremos. Pero, para poder marcharnos, tenemos que hacer muchas cosas. —Hizo una pausa, encendió un cigarrillo, y arrojó la cerilla a un cenicero con la marca de «Arnhurst Hotel»—. Tendríamos que intentar vender aquí unas cuantas joyas más. En vez de tratar de venderlas en una casa de empeños, voy a hacer otra cosa. Obtendremos más dinero si publico un pequeño anuncio en el periódico y las vendo de particular a particular.

Rohan se alarmó.

—¿No será peligroso?

—Creo que no. Al menos, no será tan peligroso como tener que identificarme ante un comerciante de joyas. Tendré cuidado, y cada vez que venda algo nos trasladaremos a otro hotel y usaremos otro nombre.

El hombre quedó convencido a medias.

—Bueno, no sé...

—Probemos —dijo Mercedes—, y si no tenemos éxito la primera semana, podemos dejar de hacerlo. Kansas City debe de ser lo bastante grande para que no llamemos la atención a la Policía, y sacaremos mucho más dinero de estas cosas si las vendemos a particulares.

—Podríamos esperar hasta que lleguemos a California.

—Creo que sería más peligroso en California que aquí. La Policía podría estar esperándonos en California..., no sé. Tal vez no deberíamos ir allí.

Rohan se encogió de hombros con indiferencia. A ella le pareció que su atención se distraía cada día con más facilidad, perdiendo rápidamente el interés, como lo perdería un chiquillo.

—Está bien —convino él.

Mercedes cambió de tema.

—Debemos pensar en nuestros pasaportes —dijo—. Tenemos que arreglarlos de algún modo.

—Eso no será fácil.

—¿No conoces... a alguien? —preguntó ella, con voz confusa y vacilante.

Rohan volvió a prestarle atención. La miró fijamente.

—¿Quieres decir..., si conozco a algún falsificador? ¿Si tengo relaciones con el hampa?

—Sí —dijo ella a media voz.

La de él sonó ronca por la irritación.

—Es lo que pensé que querías decir.

La cólera encendió la piel blanca de su cara.

El tono de la mujer dejó de ser confuso. Ahora fue práctico, medido.

—Querido —replicó—, te guste o no te guste, debemos encontrar ayuda. ¿Hay alguien..., en alguna parte..., que pueda ayudarnos? ¡Sé razonable!

Poco a poco, se desvaneció la cólera del hombre.

—Yo solo quería cumplir mi condena y ocuparme de mis asuntos. Nunca me hice amigo de nadie, porque no quería tener contactos que pudiesen perjudicarme cuando saliese. Nadie sabía quién era yo..., y así quería yo que continuaran las cosas.

—¿Y los que se fugaron contigo? ¿No eran amigos tuyos?

Él sacudió la cabeza.

—¡No! Apenas les conocía. Habían urdido un plan y me necesitaban. Acepté su ofrecimiento.

—¿Por qué?

—Porque había renunciado a toda esperanza. Había comparecido tres veces ante la Junta de libertad condicional..., y las tres veces me habían rechazado. Había observado buena conducta..., perfecta..., pero ¡maldita sea!, los ingleses son muy duros con las sentencias en tiempo de guerra. No olvidan. —Hizo una pausa y tragó saliva—. No pude soportarlo más, y por esto me fugué con LeRoi y Rouse.

—¿Dónde están ahora?

—No lo sé. Nos separamos en cuanto pisamos las calles de Montreal.

—¿Por qué delitos os habían condenado?

—¿Qué importa eso?

—Supongo que nada —dijo ella—. Pero dime, por favor, ¿por qué te metieron a ti en la cárcel? ¿Fue por mi causa?

Hacía varios días que se había enterado de su condena, pero desconocía todos los detalles. Rohan se había negado a hablar del asunto, pero ella sentía que ya no podía continuar así. Tenía que saberlo.

—Sí —dijo él, de mala gana—, por tu causa..., o por nuestra causa.

Ella aceptó en silencio esta declaración. Después, dijo:

—¿Pensaste en ello durante mucho tiempo?

—Sí. —Pero cambió de idea—. ¡No! —Se volvió y añadió—: No lo sé... Realmente, no lo sé. Una cosa condujo a otra. ¿A quién le importa ahora?

—A mí —dijo amablemente ella—. Me gustaría saber cómo ocurrió. Debo saberlo.

Él se levantó de su sillón y entró en el cuarto de baño en busca de un vaso de agua. Cuando volvió, se quedó en pie, apoyado en la puerta.

—Cuando partimos en el Saragossa Keys, el año cuarenta y tres, zarpamos en convoy, sin saber nuestro destino..., el lugar adonde íbamos. A bordo del barco había un marinero llamado Cargill; era listo, tenía una buena educación y habría podido conseguir fácilmente el grado de oficial. Pero prefirió seguir siendo marinero. Llegué a conocerle muy bien y, al cabo de un tiempo, descubrí por qué se contentaba con ser un marinero capacitado, en vez de procurar ser oficial.

—¿Hacía contrabando? —preguntó ella.

—Sí. Drogas..., o algo parecido. Era bastante mayor, tendría unos treinta y cinco años, había sido marinero durante mucho tiempo y tenía relaciones en muchos puertos diferentes. Cuando el convoy estuvo en alta mar y se abrió la plica con instrucciones para la navegación, se filtró entre la tripulación la noticia de que nuestro destino era Beirut. Cargill me preguntó si tenía algún dinero y quería participar en una buena operación. Yo tenía unos seiscientos dólares.

Bajó de pronto los ojos y dejó de mirar a la mujer.

—Lo recuerdo —dijo ella—. Cuando nos casamos, vendí mi viejo coche amarillo. En aquella época cualquier coche valía una fortuna.

—Sí —convino él, con amargura, al recordarlo—, vendiste tu coche y empleamos parte del dinero para que yo fuera tirando y pudiese ir a verte mientras estuve en tierra. Cuando embarqué, insististe en que guardase lo que quedaba.

—Valió la pena, ¿verdad? —dijo ella, sonriendo—. Aquella pequeña suma de dinero nos dio mucha felicidad.

Rohan guardó silencio durante unos momentos antes de continuar.

—El caso fue que Cargill sabía dónde podía comprar diamantes en bruto, procedentes de África, en Beirut. Me dijo que, si yo quería poner mis seiscientos dólares, él pondría la diferencia hasta dos mil para comprar diamantes. De regreso en los Estados Unidos, podía venderlos directamente a un mayorista por diez mil.

—Y tú recibirías tres mil dólares, ¿eh?

—Sí, por mi participación. Al principio no quise saber nada de ello..., pero, después, pensé lo bien que podría venirnos aquel dinero. Significaba que, cuando terminase la guerra, podríamos enfrentarnos con tus padres, y yo podría volver a estudiar.

Ahora volvió a pensar en las noches en que Cargill y él habían discutido el asunto, sobre la oscilante cubierta del viejo carguero. Delante de ellos, detrás de ellos y a cada lado de ellos, se desplegaban las silenciosas y fantásticas siluetas del convoy, cabeceando en la enorme artesa del mar, jadeando en la oscuridad. El mundo había parecido tan irreal entonces, que sus sueños habían sido la realidad.

—Cargill —prosiguió— me dijo que probablemente podría revender legalmente la mercancía. Durante la guerra, era casi imposible comprar diamantes; incluso los baratos estaban reservados para el uso industrial. De todas maneras, me convenció. —Miró a la silenciosa mujer, esperando su juicio. Ella se negó a mirarlo, y él continuó—: Algún convoy había perdido hasta el cincuenta por ciento de su tonelaje.

En nuestro viaje al Líbano, perdimos aproximadamente un treinta. Morían hombres en todo el mundo, por una paga de unos pocos dólares al mes; otros ganaban millones en casa. Cargill dijo que el dinero que ganásemos lo reinvertiríamos en el próximo viaje..., y así sucesivamente. Cuando terminase la guerra, habríamos ganado una fortuna. Estábamos arriesgando la vida cada día, y podíamos, por tanto, arriesgarnos un poco más. Él había hecho esto muchas veces, y nunca le habían pillado. Bueno — y Rohan se encogió de hombros, a la defensiva—, al fin dije que sí.

—¿Qué fue de Cargill? ¿Escapó y dejó que te prendiesen?

—¡Sí! —Rio con fuerza, y fue como si se burlase de sí mismo—. Escapó..., pero no de la manera que tú te imaginas. Le apuñalaron en Beirut. Aquella noche había ido a tierra a comprar diamantes, y me dijo que le esperase en el muelle.

Mentalmente, vio nuevamente las montañas surgiendo del mar, al otro lado de la bahía; montañas hendidas por gargantas, y pobladas de bosquecillos visibles bajo el brillo irreal de la luz de la luna. Las colinas, al pie de las montañas, eran redondeadas y suavizadas por los árboles de los huertos, y las puntas de la bahía se encorvaban como dos grandes cuernos. Detrás de él se extendía la población amurallada, de rojos tejados, y en la cresta de las colinas se apiñaban las tiendas, las posadas y los hoteles requisados por los militares.

—En aquellos días —explicó—, la ciudad estaba llena de ingleses y franceses, sirios, persas, judíos, libaneses y árabes. ¡Caray! Parecían estar allí todas las razas del mundo. Esperé a Cargill; tardaba en volver. Esperé y esperé..., y al fin llegó hasta mí, tambaleándose.

»Le habían dado varias cuchilladas; graves, pero no mortales. Tenía un brazo y un hombro hechos trizas..., y también estaba herido en otros sitios. Permanecimos allí, en la oscuridad, bajo la sombra proyectada por un cobertizo, cerca del muelle. Con su mano ilesa, sacó Cargill un paquetito del bolsillo. Me lo tendió y me dijo que lo abriese. La envoltura era un trozo de papel castaño, apretado alrededor del contenido. Dentro, había dos piedras grandes y opacas. Cargill me explicó que eran diamantes en bruto, sin tallar. “Te daré el nombre de un perista en Montreal —me dijo—. Llévale esto y él te dará la pasta. Yo te buscaré más tarde en Nueva York, y nos la partiremos”.

»“¿No vas a volver conmigo?”, le pregunté.

»“No —me dijo—. Estoy hecho un desastre y las medidas de seguridad son aquí muy severas. Podrían sospechar. Permaneceré escondido hasta que me remienden y embarcaré después”.

»Entonces Cargill cogió un trozo de lápiz y dibujó un tosco triángulo con una media luna en el centro, en el papel castaño que envolvía los diamantes. Me dijo que, sobre todo, entregase los diamantes envueltos en aquel mismo papel, para que el perista reconociese la señal y supiese que los enviaba Cargill. Después añadió que, solo para el caso de que el perista siguiese recelando, era mejor que me llevase sus documentos de identidad y se los mostrase.

»“¿Y qué documentos tendrás tú?”, le pregunté. Cargill se echó a reír y me dijo que no me preocupase, que ya obtendría otros.

La mujer suspiró, y aquel sonido resonó con fuerza en la habitación.

—Cargill me entregó el paquete y los papeles, y me dijo en voz baja el nombre y la dirección del perista de Montreal. Después, desapareció en la sombra más oscura del cobertizo. Yo guardé en el bolsillo los diamantes y los documentos de identidad. Como no sabía qué hacer, volví al barco.

—¿No sospecharon, la Policía y los militares, cuando él no se presentó?

—No. Cargill fue dado por desertor cuando zarpamos, dos días más tarde. Tal vez se hizo alguna investigación, pero yo no me enteré. En Montreal, fui a la dirección que me había dado Cargill para entregar los diamantes, y me arrestaron. Era un mensaje secreto para una red de espionaje, y el Servicio de Información Militar canadiense estaba al acecho.

—Pero los diamantes —dijo la mujer..., no podían ser secretos militares.

Rohan se echó a reír, amargamente.

—Los diamantes eran poco más que pedazos de carbón. Eran diamantes amarillos de la más baja calidad, y no valían ni cien dólares cada uno. Pero lo importante era el papel castaño en el que estaban envueltos. Cuando fue tratado en el laboratorio, se vio que estaba escrito y contenía mucha información naval. Aunque nunca supe cuál era esta. Cargill estaba interesado en que el papel llegase a Montreal; por esto se tomó el trabajo de escribir señales de identificación en él.

La mujer no dijo nada.

—Afortunadamente —prosiguió Rohan—, cuando me detuvieron, había sido lo bastante listo como para esconder de antemano mis propios documentos de identidad, y llevaba los de Cargill. Me negué a hablar de mí mismo, y el Saragossa Keys había ya zarpado. Pero esta vez, la vieja bañera fue hundida. No había manera de demostrar quién era yo..., ni qué era. Las autoridades canadienses sabían que llevaba documentos falsos, por la diferencia entre mi edad y la que constaba en aquellos. Yo era todavía un chiquillo; tenía diecinueve años. Supongo que fue por eso por lo que no me ahorcaron. —Sonrió amargamente—. Pero me lo hicieron pagar caro. Yo me aferré al nombre de John Cargill y sostuve que era australiano. Me juzgaron y condenaron bajo aquel nombre.

Se acercó a ella y se sentó en el brazo de su sillón, rodeándola con un brazo y levantándole la cara.

—Lo comprendes, ¿no? —preguntó, en tono vacilante—. No podía escribirte ni arriesgarme a enviarte un mensaje porque, si lo hubiese hecho, habrían podido identificarme. Y no quería que esto ocurriese; esta es también la principal razón de que no tratase de pedir la revisión del juicio y explicar lo ocurrido en realidad, porque entonces me habrían condenado por contrabando. Quería estar libre cuando volviese a ti..., que nadie supiese que había cumplido condena en la cárcel. Solo quería que nosotros dos pudiésemos empezar otra vez..., enteramente libres.

—Lo comprendo..., ahora —dijo ella, en voz tan baja, que él apenas pudo oír lo que decía—. Pero si hubiese podido comprenderlo entonces, Albert Turner no habría existido para mí.

## CAPÍTULO XIV

Montreal me telegrafió detalles sobre Cargill-Rohan. No añadieron nada nuevo a lo que ya sabíamos, salvo un informe adicional sobre la conducta del pelirrojo. Esta había sido perfecta, y había trabajado en el departamento de mantenimiento de la prisión, como encargado. De los dos hombres que habían escapado con él, Rouse había sido capturado en Canadá occidental; LeRoi estaba aún libre.

Skors entró sonriendo.

—Bueno, compañero —dijo—, has tenido suerte otra vez. ¿Sabes la última noticia sobre el caso Turner? —Le dije que no—. Me han llamado hace un rato de la Oficina de Objetos Perdidos —explicó—. Creo que a ti te han llamado también, pero no estabas aquí. Telefonéales.

Al mirar encima de mi mesa descubrí que habían tomado una nota de llamada y la habían dejado a un lado. Skors dijo:

—Eficacia..., eficacia... —Y salió.

Llamé a la OOP por teléfono.

—Sí —me dijo un sargento llamado Morgan—. La «Empire Jewellery Company» nos envió una lista de joyas que había comprado. Parece que tienen los pendientes de la señora Turner.

—¿Qué es la «Empire Jewellery Company»? —pregunté.

—Una empresa de Manhattan que recorre el país comprando a mayoristas y a casas de empeños. Aquí, en la ciudad, actúan tanto de mayoristas como de minoristas.

—¿Dónde ha comprado la «Empire» los pendientes?

—En una pequeña tienda de Richmond, Virginia.

Si estos eran los pendientes de la Turner, eran lo que yo estaba esperando. La descripción fundada en la póliza de seguros rezaba así:

*Dos pendientes gemelos montados en platino.*

*Piedras centrales, 2, de 1,75 kilates; talla moderna; engarce de 6 patas.*

*11 piedras pequeñas alrededor, de 20 puntos cada una; talla europea; engarce de 4 patas.*

Esto daba varios datos para la identificación. En primer lugar, un diamante de talla moderna tiene más grande la faceta superior que los de talla europea u «Old Mine». La talla moderna es más ancha en la cima y menos profunda que la europea. Pero, en el caso de los pendientes Turner, el hecho de que se hubiese empleado la talla europea para las piedras circundantes, significaba que se habrían podido incluir más piedras en cada círculo. Y con la correspondiente mayor profundidad, permitían una montura más segura.

El brillante central, de un kilate setenta y cinco, estaba sujeto con seis patas en

vez de cuatro, que era lo más corriente, posiblemente por la gran anchura de la superficie de aquel, y su relativamente escaso grosor.

La última circunstancia digna de tener en cuenta era el número de once piedras que rodeaban el brillante central. Normalmente, estas piedras se montaban en número par: ocho, diez, doce. Empleando la talla europea podían montarse once en vez de las clásicas diez.

Estos tres detalles técnicos diferenciaban a los pendientes Turner de los muchos cientos de otros, similares en aspecto, artesanía y valor.

La «Empire Jewellery Company» nos entregó los pendientes, y yo traté de identificarlos por medio de Thelma Jordan. Esta solo pudo decirme:

—Parecen los que llevaba *Mrs.* Turner.

No era bastante, aunque yo lo había ya esperado, y había teleografiado a Richmond para investigar la compra original de los pendientes por la «Dixie Jewellery Company», compuesta de dos socios, Towne y Huston, que las habían adquirido y revendido a «Empire». Debido a la extrema urgencia del caso, dada la posibilidad de que Mercedes Turner estuviese todavía en Richmond, aunque yo lo dudaba, telefoneé a la Jefatura de Policía de Richmond, en el anexo del Ayuntamiento, en cuanto volví de hablar con Thelma Jordan acerca de la identificación.

Un detective de Richmond, llamado Spears, había sido encargado de hablar con Towne; Spears estaba fuera cuando yo llamé, pero le localizaron y correspondió a mi llamada al cabo de unos veinte minutos.

—Sí —me dijo—. Hablé con Towne. Fue él quien vendió los pendientes a «Empire». Los compró a una señora.

—¿Le pidió que se identificase?

—Naturalmente. Se llamaba *Mrs.* Walter Brewer y se alojaba en la Old Stone Inn, de Williamsburg. Dijo que antes había vivido en Trenton, Nueva Jersey.

—¡Ah! —No pude dominar el sentimiento de satisfacción que se apoderó de mí—. ¿Anotó Towne la dirección de Trenton?

—La tengo aquí. 1769 Bixley Street, Trenton.

—¿Cuál fue el documento de identificación?

—La factura de un coche que compró.

—¿Iba un hombre con ella?

—No, que yo sepa. Towne no mencionó que fuese alguien con ella.

—Mire —dije—, ¿no le importa que llame a Towne y hable con él?

—No. El dinero es suyo y puede gastarlo como quiera.

Cuando Towne se puso al aparato, confirmó la información que me había dado Spears. Le pedí una descripción de *Mrs.* Brewer y dijo:

—Bueno..., era una dama de aspecto distinguido. Rubia...

—Esta noche —le dije—, le enviaré por correo una copia de un retrato robot. Vea si puede reconocerlo como el de la mujer que estuvo en su tienda. Tenga la bondad de responderme inmediatamente por telégrafo. —Él dijo que así lo haría—. Además —

proseguí—, quiero hacerle otra pregunta. ¿Iba sola *Mrs. Brewer* cuando fue a vender sus pendientes?

—Sí. No iba nadie con ella.

—¿No advirtió a un hombre que la esperase, posiblemente delante de la tienda?

—No recuerdo a ningún hombre.

—Está bien. Ahora, tenga la bondad de pensarlo bien. ¿Puede recordar de qué hablaron?

—De nada, salvo de que ella quería vender los pendientes.

—¿Le dijo dónde los había obtenido?

—Creo que dijo que eran un regalo.

—¿Dijo algo más?

—No.

—¿Puede recordar alguna otra cosa..., cómo iba vestida..., una palabra casual..., algo?

—Nada especial. Solo que era una dama muy simpática.

Probé de nuevo. Tenía que haber algo en alguna parte.

—Dígame, *Mr. Towne* —le pregunté, pero sin apremiarle—, ¿estaba ansiosa o inquieta? ¿Parecía asustada?

—Ni inquieta ni asustada. En absoluto. Aunque podríamos decir que estaba un poco ansiosa por vender los pendientes. Probablemente necesitaba el dinero...

—¿Por qué dice eso?

—Yo no podía pagarle mucho por los pendientes. Compréndalo. No son de esas joyas fáciles de vender; demasiado caras para mis clientes. Se lo explique y ella pareció disgustada por el precio que le ofrecía. Lo cierto es que le aconseje que no los vendiese. Pero ella decidió hacerlo a pesar de todo.

Reflexioné un momento sobre esto.

—¿Dice usted que estaba disgustada por el precio? ¿Realmente disgustada?

La voz de *Towne* se volvió inmediatamente dura.

—Le pagué un precio justo... Ningún joyero o prestamista le habría pagado más, a menos que tuviese posibilidad inmediata de revenderlos.

—Lo sé, *Mr. Towne* —le tranquilicé—. Solo estaba tratando de determinar si, en el caso de tener más joyas, procuraría venderlas de la misma manera.

—No podría decírselo.

Su voz era todavía un poco áspera.

—Me ha sido de gran ayuda —le dije.

Su voz se hizo más amistosa.

—A propósito, *Mrs. Brewer* endosó un cheque que le di. ¿Le sería esto de utilidad?

—Ciertamente —le dije—. Así podré comparar la escritura. ¿Le importaría enviármelo?

—En absoluto —me aseguró.

Le di las gracias y colgamos.  
Las cosas iban por buen camino.

## CAPÍTULO XV

Habían llegado a Kansas City no siguiendo un plan, sino simplemente para alejarse de Virginia hacia el Oeste. Los planes concernientes a su salida de los Estados Unidos dependían de muchos factores que la mujer no había podido, todavía, resolver en su totalidad. Aguijoneada por la necesidad de poner la mayor distancia posible entre ellos y sus perseguidores, así como por el temor de permanecer en el mismo lugar, Mercedes se había dirigido instintivamente al corazón del continente. El tiempo invernal envolvía a Missouri en su frío manto, aunque la ciudad trataba de alegrarse con adornos de fiesta, hileras de luces y escaparates llamativos, desde la plaza hasta el centro de la ciudad.

Sin embargo, Rohan no podía vencer su miedo. Su esperanza, rayana en obsesión, era escapar del país. Estaba ansioso por seguir adelante y correr; la mujer, por su parte, estaba resuelta a ejecutar sus planes con el máximo cuidado. Los discutían a menudo y el pelirrojo acababa siempre diciendo que, a pesar de todo, quería seguir adelante.

—Hasta ahora hemos tenido suerte y hemos conseguido vender aquí algunas joyas. Cuando vendamos el abrigo, nos pondremos en marcha.

El hombre asintió con la cabeza.

—Creo que debería buscar otras placas de matrícula. Y he estado pensando que, ya que estamos aquí, podría hacer pintar el coche.

—De azul —dijo ella—, hazlo pintar de azul oscuro.

Se dirigió a la mesa escritorio, se sentó y escribió en una hoja de papel del hotel:

*Particular vendería abrigo de visón por 8000 dólares. Solo tiene un año.  
Aceptaría la mejor oferta. Telefonar Jefferson Hotel, habitación 1417.*

Introdujo el anuncio en un sobre dejándolo sin cerrar, y lo entregó al hombre.

—Lleva esto al periódico —le dijo—. Que lo publiquen el sábado y el domingo de esta semana.

Rohan se metió el sobre en el bolsillo.

—Entonces, ¿nos marcharemos la semana próxima?

—Sí.

—¿A California? ¿A México?

—No —replicó ella con firmeza—. Allí es donde nos estarían esperando.

Rohan encendió un cigarrillo.

—¿Sabes? —dijo—. Había un tipo en Beaudeau que procedía de Nueva Orleans. —Mercedes levantó la cabeza, interesada—. Se llamaba Crosley, Bert Crosley. Era un truhán de poca monta, pero se jactaba de tener un hermano metido en el negocio de las máquinas tragaperras en Nueva Orleans.

—¿Está todavía en Beaudeaux?

—No. Le soltaron hace varios años. Puede haber vuelto allí..., o ido a parar a otro lugar —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿dices que vivía en Nueva Orleans?

—Sí. —Rohan asintió ligeramente con la cabeza y exhaló el humo del cigarrillo antes de continuar—. La mayoría de los presos de Beaudeaux eran canadienses. Había algunos estadounidenses, pero no muchos. He tratado de recordarlos, pero Crosley es el único que me viene a la memoria.

—Al menos es un punto de partida, si es que está todavía en Nueva Orleans. Podemos esperar que sea capaz de ponerte en contacto con alguien para solucionar el asunto de los pasaportes.

—Lo haría por dinero —dijo Rohan.

—Nosotros tenemos dinero —le dijo ella, con aplomo.

Rohan dio una vuelta por la habitación, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Qué vamos a hacer esta tarde? —preguntó.

—No lo sé —dijo ella, en tono más suave—. ¿Te gustaría ir a ver una película?

—Estoy harto de ellas —respondió él.

—Bueno, ¿y si fuésemos de nuevo al museo?

Él aplastó el cigarrillo en el alféizar de la ventana.

—¡Ya hemos estado una docena de veces!

—No tantas —dijo ella—, pero también estoy harta de esto.

—Este hotel me deprime.

—Solo llevamos unos pocos días en él.

—Pero son todos iguales —dijo él, con irritación.

—Sí —convino ella—, todos son iguales. Pero es donde debe desarrollarse nuestra vida... —Un hotel, una casa de huéspedes, un motel, ¿qué importa? Todos son iguales, y serán nuestro hogar durante un tiempo. Hasta que...

Su voz se extinguió.

—¿Qué?

—Oh..., hasta que encontremos un sitio donde vivir.

—Esto no es lo que ibas a decir. En realidad, ibas a decir: hasta que nos prendan.

Ella no respondió de momento. Por fin, dijo:

—Y podremos tener muy pocos amigos. Conocidos, tal vez sí..., pero pocos amigos. Ya no tenemos tiempo, y hemos perdido toda la base para hacer amistades. Las amistades tienen que crecer poco a poco. No podemos ingresar en ningún club o grupo, porque algún día podríamos tener que dar explicaciones..., quiénes somos, de dónde venimos. Ahora dependemos solamente de nosotros, querido, y solo podemos contar con nosotros en el futuro.

—No me importa —dijo él—. Nunca he necesitado amigos.

Ella le contradijo amablemente.

—Esto podía ser verdad cuando podías andar de un lado a otro a tu antojo. Pero

ahora ya no eres libre. —Bajó la cabeza—. Tú y yo estamos aún encarcelados, como si estuviésemos en Beaudeau.

Él sacudió la cabeza, con irritación.

—¡No! —dijo—. Pero no me importa confesar que estoy aburrido..., ¡terriblemente aburrido!

—Tal vez estaremos mejor cuando vayamos a Nueva Orleans.

—¿Y adónde iremos después? —preguntó él.

—Debemos encontrar un lugar fuera de este país —dijo lentamente ella—, donde podamos permanecer. No ocultarnos, sino permanecer.

—No te comprendo.

—Si tratásemos de ocultarnos, seríamos rápidamente descubiertos. Dos norteamericanos no pueden esconderse en Francia..., o en España, o en Italia. Mira..., la Policía francesa, por ejemplo, podría detenernos en veinticuatro horas, si se siguiese nuestra pista hasta Francia. Seríamos extranjeros en Francia, o en cualquier país donde no hablen inglés. Y los extranjeros siempre llaman la atención.

—¿Inglaterra? —preguntó él—. ¿Estás pensando en Inglaterra?

—Posiblemente —respondió ella—, pero he oído hablar de la Policía británica. Son demasiado eficaces.

—¿Y qué me dices de Australia, o de África? Una de las posesiones británicas... Hay muchas de ellas.

—Lo he estado pensando una y otra vez —dijo ella—, pero no sé. Al menos, por ahora. Tenemos que buscar un lugar donde podamos permanecer sin llamar la atención; donde la Policía no sea demasiado eficaz ni demasiado curiosa.

Él se dirigió al armario y se puso el abrigo. Se detuvo y miró un momento a Mercedes, vacilando, y después le dijo torpemente:

—Necesito algún dinero para el anuncio.

Ella se levantó y abrió una maleta, de la que sacó un pesado sobre plano.

—El anuncio no costará mucho. ¿Cuánto necesitarás para pintar el coche?

—No lo sé exactamente. Supongo que entre setenta y cinco y cien dólares. No tendrán que hacer un trabajo esmerado..., solo pintarlo con pistola.

Ella le tendió un pequeño fajo de billetes.

—Esto debería ser bastante para todo.

Él se guardó el dinero en el bolsillo y salió del hotel. Después de llevar el anuncio al periódico y de pagar su importe, empezó a buscar un taller de pintura de automóviles. No quería una empresa importante y eficaz, que llevase un registro exacto de sus operaciones. Por último, encontró un pequeño taller donde dejó el «Chevrolet» gris para que lo pintasen de azul.

Al volver al hotel, pasó por delante de un gigantesco supermercado. En un escaparate, había un pequeño rótulo: SE NECESITAN EMPLEADOS. PARA TODA LA JORNADA O PARTE DE ELLA. Se detuvo delante del empañado escaparate; un fuerte viento, que soplaba en Baltimore Avenue, le azotó la espalda. Bruscamente,

giró sobre sus talones y entró en el establecimiento. Le indicaron un despacho en el entresuelo, y un hombre muy atareado, que llevaba gafas bifocales, le dijo:

—Sí, necesitamos algunos empleados más. Sobre todo para el almacén. ¿Cómo se llama usted?

—Tufts —le dijo Rohan, dando al jefe de personal una dirección que había visto cerca del Ayuntamiento en la Calle 12.

—Pagamos un dólar por hora para llenar los estantes. No es mucho, pero también hacemos un veinte por ciento de descuento en todos los artículos que quiera comprar aquí.

—Acepto —dijo Rohan.

—¿Cuál es su número de la Seguridad Social?

El jefe de personal sacó un breve impreso de solicitud de empleo. Rohan no había estado nunca inscrito en la Seguridad Social y, por consiguiente, no tenía ningún número. Por un instante, su mente estuvo en blanco, pero, en seguida, pronunció unos números al azar: «4-8-0-0-5-3-8-8». No tenía idea del número de cifras que debía poner. No dijo más.

El jefe de personal escribió los números en el impreso y después levantó los ojos detrás de los bifocales, en un gesto al parecer benévolo, pero con expresión un tanto desconcertada.

—Es un número extraño —dijo—. ¿Está seguro de que lo recuerda bien?

—¿Qué hay de extraño en él?

—Falta una cifra.

Rohan se inclinó sobre la mesa y simuló repasar atentamente los números.

—Oh —dijo—, tiene usted razón. Había olvidado un cero.

—¿Dónde? ¿Al final?

—No —respondió Rohan, sin tener idea de dónde debería ir el número, pero señalando deliberadamente un punto entre el 5 y el 3—. ¡Aquí!

El otro añadió la cifra.

—480-05-0388..., ¿es esto?

—Sí —dijo Rohan.

Rellenado el impreso, el jefe de personal condujo a Rohan al sótano del establecimiento. A primera vista, la gran nave de hormigón era un revoltijo de cajas de cartón, envolturas y montones de mercancías. Una escalera metálica se abría a un callejón, y los mozos de reparto pasaban continuamente por ella, mientras un ascensor subía y bajaba con más cajas de mercancías. Un viento frío penetraba por las puertas abiertas, soplando en la habitación y silbando en el hueco del ascensor. Pero los hombres y mujeres que trabajaban allí estaban sudando, y sus caras, bajo las luces con pantalla metálica que pendían del techo, estaban húmedas y brillantes.

Rohan fue enviado a un hombre nervudo y de rostro enrojecido: el director del almacén. Se llamaba Dave y estaba de pie junto a una mesa larga, comprobando facturas.

—¿Ha trabajado alguna vez en esta empresa? —preguntó a Rohan.

—No —respondió este.

—¿Va a hacerlo a jornada entera?

—No, solo parte de ella.

—Bien —dijo Dave—. Cuando llegue para el trabajo, marque en aquel reloj y tráigame la tarjeta. Yo pondré la conformidad. Cuando se marche, haga lo mismo. Entonces le entregaré el documento justificativo de las horas. Se lo llevará al cajero, en el piso de arriba, y este le pagará. De esta manera, recibirá su paga cada día que trabaje.

Rohan tomó su tarjeta y la marcó. Dave firmó con sus iniciales a continuación de la hora que figuraba en aquella.

—Ahora —dijo—, empezará usted por el departamento de juguetes. —Señaló una gran caja cuadrada de cartón—. Lleve aquella caja arriba. Verá que está marcada «J-3-2». Esto quiere decir «Juguetes, mostrador tres, sección dos». En aquella sección, ponga todos los juguetes que necesite para llenar el estante.

La caja era pesada. Rohan la levantó y subió la escalera del fondo del almacén. El mostrador tres, del departamento de juguetes, estaba dividido en cuatro secciones llenas, respectivamente, de camiones de metal, espadas flexibles de goma con grandes brillantes de vidrio en las empuñaduras, pistolas de juguete y pelotas de fútbol baratas, de plástico. Dejó la caja en el suelo y la abrió, delante de la sección dos. Estaba llena de pistolas de juguete, imitaciones de las anticuadas «Colt» de las películas del Oeste. Al empezar, a amontonarlas, se dio cuenta de lo que llevaba en el bolsillo, debajo de la holgada chaqueta.

## CAPÍTULO XVI

El capitán dijo que quería verme. Me presenté en su despacho del Distrito 19. Parecía cansado y, cuando entré, me indicó un sillón para que me sentase en él.

—¿Qué me cuenta? —preguntó.

—Con referencia al caso Turner, señor, hemos descubierto su pista en Richmond. Recibí una identificación positiva de un retrato robot de la señora Turner por parte de un joyero que le compró unos pendientes. Creemos que va acompañada de un hombre llamado Rohan, que se fugó de Beaudeaux, en Canadá. Fueron vistos, últimamente, conduciendo un «Chevrolet 1952» con matrícula de Nueva Jersey.

El capitán revolvió algunos papeles sobre su mesa con las puntas de los dedos y se movió nerviosamente en su sillón. Carraspeó y dijo:

—La noticia vino de la Sala 200.

La Sala 200 es la oficina del jefe de Policía. Yo no dije nada.

—Bueno —siguió diciendo el capitán (sin mirarme)—, creo que el jefe de detectives quería hablar con usted. —Levantó bruscamente la cabeza y me miró ahora fijamente—. Pero ¡maldita sea!, le dije que usted era uno de mis hombres, y muy bueno, por cierto, y que yo se lo diría.

Creí saber lo que iba a decirme; esperé.

—Desde luego, se da cuenta de que juegan muchos intereses en este caso. Esto significa que el gobernador del Estado y el alcalde de la ciudad están interesados. Solo hay un hombre que tenga autoridad sobre el jefe de Policía..., y usted sabe quién es.

—El alcalde —dije.

—El alcalde —convino él—. El jefe de Policía..., bueno..., cree que se deberían hacer... progresos más rápidos.

—¿Me está diciendo que quieren quitarme de en medio?

—¡No! —Sonó un teléfono y él se volvió en su sillón y lo descolgó. Escuchó durante un momento, y dijo—: Le llamaré más tarde; ahora estoy ocupado. —Y, dirigiéndose de nuevo a mí—: Sé lo que ha hecho, y también lo sabe el jefe de detectives. Usted es uno de mis hombres, y yo estoy con usted. Y como uno de mis hombres, es el primero en este caso..., y por Dios que seguirá siéndolo mientras haga su trabajo. ¡Nadie va a quitarle de en medio!

—Gracias, señor —le dije.

—Sin embargo, el jefe de detectives está sacando a Skors de sus funciones en el Este para que intervenga en este caso, y la oficina del fiscal del Distrito va a designar también un hombre para el mismo objetivo.

La oficina del fiscal del Distrito tiene una brigada que colabora con sus diversos departamentos, incluidos el de fraudes y el de homicidios. Estos hombres trabajan mucho en extradiciones y conocen todo el papeleo.

—Skors —dije— es muy bueno. Me gusta trabajar con él. ¿Quién es el hombre

de la brigada del fiscal del Distrito?

—Overton —respondió el capitán—, que precisamente vuelve de un pequeño descanso. —Esto quería decir que Overton había sido herido o lesionado, y había tenido que guardar cama por un tiempo—: Usted continuará apartado de los demás asuntos, como le dijo el jefe de detectives, y seguirá operando como lo hace ahora..., hasta nuevo aviso.

Me levanté y permanecí de pie delante de su mesa.

—¿Es esta la única razón, señor? ¿Más hombres..., para que tenga más ayuda?

El capitán respondió sin mirarme:

—Si la señora Turner ha ido a un sitio tan lejano como Richmond, usted necesitará más ayuda.

Comprendí lo que quería decir. No tenía que darme más explicaciones.

El miércoles bajé a la Oficina de Información de Centre Street. Tenía la teoría, fundada en la información recibida de Richmond, de que Mercedes Turner podía tratar de vender sus otras joyas por medios diferentes de las casas de empeño. Según el joyero de Richmond, le había disgustado el precio recibido por sus pendientes. Como les ocurre a la mayoría de las personas que tratan de vender diamantes a un joyero, o de empeñarlos. A pesar de lo que se le dice al público, los diamantes no son una buena inversión. El arte de las monturas no significa nada; solamente la cantidad de metal precioso empleado en ellas, generalmente muy pequeña, tiene valor. Las gemas nunca pueden empeñarse por más del veinte por ciento de su valor en venta al público, y, cuando se venden a compradores profesionales, raras veces se da tanto por ellas.

Pensé que la señora Turner podía intentar vender sus joyas a compradores particulares. Tenía dinero suficiente para ir tirando hasta que las vendiese, y disponía de tiempo para liquidarlas. Evidentemente, la mejor manera de hacerlo era anunciándolo en los periódicos. Si encontraba un comprador particular, podía obtener el cincuenta o el sesenta por ciento del valor de las piedras.

Mercedes Turner era una mujer muy inteligente, y yo no esperaba que actuase de manera notoria. Dudaba de que emplease cualquier nombre que pudiese ser remotamente familiar, como el de Brewer, que había empleado ya en Richmond. En realidad, presumí que no emplearía ningún nombre, sustituyéndolo probablemente por un número de teléfono o de apartado. También pensaba que elegiría una ciudad de mediana importancia, de más de ciento cincuenta o doscientos mil habitantes, pues en las ciudades grandes hay más personas con dinero interesadas en comprar joyas.

Creía que ella y Rohan se estaban dirigiendo hacia el Oeste, desde Virginia. Esto obligaba a cubrir una cantidad enorme de territorio, y yo podía prever su última meta: Los Ángeles, la Costa Oeste, México. En todo caso, parecía lógico que, para viajar hacia el Oeste desde Virginia, eligiese el camino más recto o, al menos, relativamente recto. En él, y previendo algunas alternativas, había bastantes ciudades importantes que podían servirle para sus fines, tales como Louisville, San Luis, Kansas City,

Oklahoma City, Dallas, Fort Worth, posiblemente Phoenix, y, sin duda alguna, la Costa Oeste. Por otra parte, si se desviaba hacia el Sur, estaban Nashville, Memphis, Atlanta, Birmingham, Nueva Orleans, y otras.

Por consiguiente, convine, a través de la Oficina de Información, que me fuesen enviados los recortes pertinentes de los periódicos correspondientes a las ciudades indicadas y a algunas otras, dieciocho en total. Debido a las distancias, era imposible recibir inmediatamente los recortes, y siempre llevábamos tres días de retraso.

Estaba pensando en esto mientras subía la escalera de la Jefatura. El edificio de Centre Street es viejo, de piedra gris y con una cúpula de cobre que se ha vuelto verde. Las ventanas del sótano tienen sólidas rejas de hierro pintadas de negro, y las de la planta baja están protegidas con barras curvas. Al llegar a la puerta, tropecé con Luis Álvarez, de la Brigada Treinta y Dos.

—*¿Cómo estás, amigo?* —me dijo.

—*Muy bien, gracias* —le respondí.

Se detuvo en el umbral, abrochándose el abrigo.

—*Hace tiempo que no te veía.*

—*He estado por ahí* —le contesté.

Tiró el cigarrillo y dijo:

—Tengo entendido que estás ahora en la Diecinueve.

—Sí.

Conocía a Álvarez de cuando estuvimos juntos en la Veintiocho. La Veintiocho y la Treinta y Dos, son brigadas correspondientes a los distritos hispanos y de Harlem. Álvarez había sido trasladado a la Treinta y Dos y, varios meses más tarde, pasé yo a la Diecinueve. Álvarez hablaba español como un nativo; había nacido y se había criado en un barrio puertorriqueño, y sus padres eran españoles. Yo tuve que aprender español en la Academia de Policía. En realidad lo necesitaba en la Veintiocho, pero nunca lo usaba en la Diecinueve.

—*¿Qué estás haciendo aquí?* —le pregunté.

Álvarez sonrió ampliamente.

—Viendo cómo vive el jefazo —dijo. Bajó despacio la escalinata, sujetándose el sombrero para que no se lo llevase el viento—. Tómalo con calma, amigo —añadió.

En la Oficina de Información recogí un abultado sobre de color castaño lleno de recortes de periódico. Volví a mi mesa de la Diecinueve y extendí aquellos sobre esta. Cada recorte había sido pegado en una hojita de papel de color rosa, con el nombre del periódico y el día de su publicación.

Los examiné rápidamente. La mayoría de ellos eran inútiles, pero algunos parecían interesantes. En uno de ellos, de San Luis, se ofrecía un collar de perlas auténticas, y en otro, de Louisville, un reloj de pulsera con brillantes. En ambos se daba un número de teléfono a los interesados. La compañía telefónica me dio los nombres y direcciones correspondientes a aquellos números, y al comprobarlos en las guías telefónicas de ambas ciudades me encontré con que ambos nombres figuraban

en ella. Evidentemente, la señora Turner no vivía bajo el nombre de Larkin en San Luis, ni bajo el de MacAndrews, en Louisville, un año atrás, que era cuando se habían publicado aquellas guías. Podía, pues, eliminar los dos anuncios.

Sin embargo, volví a examinar todos los recortes.

Había prestado tanta atención a las joyas, que había olvidado el hecho de que Mercedes Turner se había llevado también un abrigo de visón, el que me había descrito Thelma Jordan al principio de mi investigación, diciéndome que era muy valioso. El anuncio que ofrecía en venta un abrigo de visón citaba un número de habitación en el «Jefferson Hotel» de Kansas City, Missouri.

Descolgué el teléfono y llamé al operador de servicios especiales. No quería que mi llamada al «Jefferson Hotel» fuese anunciada como de larga distancia y desde Nueva York, con lo que habría podido poner sobre aviso a los fugitivos. Mientras esperaba, empecé a sentir una fuerte excitación. Chupé con impaciencia el cigarrillo, y por último lo aplasté sobre la mesa. Sentía que tenía húmedas las palmas de las manos y, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro, me quité la chaqueta. No podía explicar por qué estaba tan seguro de hallarme en la buena pista. He leído que hay indígenas en Australia que pueden seguir a gran velocidad una pista, sobre lechos de roca, que no puede ser vista y ni siquiera olida por los perros. He oído relatos de cazadores negros en África que, siguiendo una pista invisible hasta la orilla de un río, descienden dos o tres kilómetros por la corriente y vuelven a encontrar aquella en el lugar exacto de la orilla opuesta. Supongo que algo «se lo dice». Ahora, algo me lo estaba diciendo a mí.

Una voz me respondió claramente en el teléfono.

—«Jefferson Hotel» —dijo.

—Habitación mil cuatrocientos diecisiete —dije. Pude oír un zumbido metálico, seguido de otra voz al responder el ocupante de la habitación.

—Diga.

—¿Es usted la persona que ofrece en venta un abrigo de visón? —le pregunté.

—No —fue la brusca respuesta.

—Discúlpeme —repliqué—, pero había un anuncio en el periódico del domingo pasado referente a un abrigo de pieles...

—No sé nada de esto —me atajó la voz—. Tomé esta habitación la noche pasada. Y colgó.

Llamando de nuevo al operador, hice que volviese a ponerme con la centralita del hotel. Al contestar la telefonista, le pregunté:

—Parece que la pareja que estaba en la habitación mil cuatrocientos diecisiete, el domingo pasado, se marchó. ¿Es esto cierto?

—Espere un momento —dijo ella—. Le pondré con el recepcionista.

Hice a este la misma pregunta, y me dijo:

—Sí. Se marcharon ayer.

—¿Dejaron alguna dirección?

—No.

En vista de lo cual, telegrafíé al Departamento de Policía de Kansas City, Missouri, y pedí que buscasen toda la información posible sobre las personas que habían ocupado la habitación 1417 y me la transmitiesen lo antes posible.

A la mañana siguiente, recibí la respuesta:

HOMBRE Y MUJER REGISTRADOS COMO MR. Y MRS. J. K. HARTMAN, DETROIT, MICH., HOMBRE UN METRO OCHENTA Y TRES CENTÍMETROS, SETENTA Y NUEVE KILOS; CABELLOS Y OJOS CASTAÑOS; TREINTA Y CINCO AÑOS. MUJER ALTA; CABELLOS RUBIOS; OJOS AZULES. SIN MARCAS DISTINTIVAS, NI CICATRICES, NI PECULIARIDADES OBSERVABLES. NUMEROSAS LLAMADAS Y VISITANTES EL DOMINGO Y LUNES PASADOS, EN RESPUESTA ANUNCIO VENTA ABRIGO. ESTO ES TODO. DIGA SI QUIERE ALGO MÁS.

—Nada más —les dije.

Llamé a Overton, en la oficina del fiscal del Distrito; Skors y yo fuimos a verle. Cuando estuvimos reunidos, expliqué la situación a Overton. Skors había visto el teletipo.

—Les estamos pisando los talones —dije—. Creo que deberíamos ir a Kansas City.

—¿Por qué estás tan seguro de que es la Turner? —preguntó Overton.

—Todo coincide —le dije—: la descripción, el abrigo, el lugar, todo. He telegrafiado a Detroit para que busquen a J. K. Hartman, pero me jugaría un mes de sueldo a que no encuentran nada acerca de él.

—¿Crees que todavía están en Kansas City? —preguntó Skors.

—Podría ser.

Overton cambió de posición su pierna rígida.

—Si no están allí, ¿adónde crees que se habrán dirigido? ¿A México?

—No. Ella es demasiado lista para ir a México. Creo..., ¡por mil diablos!, no lo sé. —Me encogí de hombros—. Podrían dirigirse hacia el Norte, hacia el Este, hacia el Sur o hacia el Oeste. Tú puedes suponer tanto como yo. Pero, en alguna parte de Kansas City, encontraremos de nuevo su pista.

—Los polis de Kansas City no encontraron gran cosa —dijo Overton.

—Encontraron algo, pero no lo bastante.

—Cierto —convino Skors—. Descubrieron lo de la dirección en Michigan, y lo del coche.

—Es algo —dije—. Ahora sabemos que viajan en un «Chevrolet». Cuando estuvieron en Virginia emplearon las placas de una matrícula de Nueva Jersey que llevaba el coche. En Kansas City dieron una dirección en Detroit. ¿Por qué? Probablemente porque Rohan robó unas placas de Michigan, y por esto se inscribieron dando una dirección en Michigan.

—No puedes confiar en esto —dijo reflexivamente Skors—. Si van a marcharse de Kansas City, es posible que roben unas placas de Missouri.

—O de Kansas —añadí—. Kansas City, de Missouri, está al otro lado del río frente a Kansas City, de Kansas. Hay muchos coches que pasan de un Estado a otro podrían robar las placas correspondientes a uno cualquiera de esos dos Estados, pero apuesto a que escogerán las de Kansas.

—¿Por qué? —preguntó Overton.

Overton no era obtuso ni quería darse importancia.

No tenía los antecedentes del asunto que teníamos Skors y yo, y solo trataba de ambientarse.

—Porque es menos obvio —le dije—. Mercedes Turner es muy lista..., muy inteligente, y tratará de resolver todos los problemas. No estoy tan seguro en lo tocante a Rohan. —Me incliné hacia delante y encendí un cigarrillo, tratando de ordenar mis pensamientos para expresarlos mejor—. Desde el principio sentí su presencia. Sabía que estaba allí, antes de tener la menor prueba, incluso antes de saber qué aspecto tenía y cómo se llamaba. ¡Hugh Rohan es nuestra baza mejor!

—¿Por qué lo dices? —preguntó Overton.

—Porque lo que sé de él indica que es un hombre extrañamente complejo. También es listo, pero no emplea continuamente su inteligencia. Es terriblemente emotivo, pero generalmente no pierde el control sobre sí mismo..., aunque no creo que pueda continuar siempre así. Un hombre como él tiene que fallar, en definitiva. Para Mercedes Turner, él es más una carga que una ayuda.

—Rohan ha sido siempre tu favorito —me dijo Skors—. Pensaste en él desde el principio, aunque yo no lo veía entonces. En cuanto a la señora Turner, estoy también de acuerdo contigo. Es fría..., y realmente lista.

—Si Mercedes Turner actuase sola, sería otro cantar.

—Tenemos amplias facultades para hacer lo que tengamos que hacer. Pero si vamos a Kansas City, tendremos que justificarlo.

—El caso Turner es nuestro problema. Desde luego, Kansas City colaborará razonablemente, pero ellos tienen también problemas propios. No pueden dedicarse exclusivamente a esto, ni podemos nosotros esperar que lo hagan. Creo que deberíamos ir allí y averiguar cuanto podamos..., con su colaboración. Si estamos allí, conseguiremos que se hagan más cosas.

—Sí —convino Overton—, creo que tienes razón.

Skors se volvió al hombre del fiscal del Distrito y dijo:

—Ve tú con él, Overton, y toma las medidas pertinentes.

Yo sacudí la cabeza, al recordar la observación del capitán acerca de que el caso se estaba yendo muy lejos. Era posible que la situación se hiciese embarazosa.

—Tú has estado en esto tanto tiempo como yo —dije a Skors—. Ve tú en mi lugar.

—No iré —dijo Skors—. Irás tú.

Mantuve la voz muy serena.

—Sería mejor que fueses tú. Tendrás que pedir mucha colaboración de Missouri. Allí lo harás mejor que yo.

Overton nos observaba en silencio, sin decir nada. Skors se volvió a él, prescindiendo de lo que yo había dicho.

—Está molesto... Cree que soy estúpido. Quiere que yo viaje para educarme.

Overton me dijo:

—Haré todo lo que pueda para colaborar, lo sabe.

Se tocó suavemente la cadera, sobre la que llevaba el «45».

—Está bien —dije, de mala gana—. Está bien. Iré.

Skors me golpeó la espalda con uno de sus puños como mazas.

—Buen chico —dijo, sonriendo.

Overton y yo volamos a Kansas City el día siguiente. Durante el trayecto, se puso cómodo y dijo:

—Así es la vida. Venimos de un lugar donde me retorció de frío. Y ahora, ¡imagínese!, tendremos verano y vientos tropicales.

Bromeaba, desde luego, pero a todos los policías nos gusta viajar con los gastos pagados. Cuando llegamos a Kansas City, hacía allí tanto frío como en Nueva York.

Mientras estábamos en el avión, Overton y yo habíamos hablado de nuestros planes. En el centro de Kansas City nos separamos, aunque tal vez esto no era realmente necesario. No lo sé. Overton fue al Palacio de Justicia de Jackson County, en la Calle 12, y le mostró nuestros documentos al fiscal del Distrito. Desde allí, se dirigió a la Jefatura de Policía, también en la Calle 12, y recogió a un detective de Kansas City que había sido designado para trabajar con nosotros.

Cuando nos habíamos separado, Overton me había dicho que se alojaría en el «Moreland». Yo cargué con mi maleta y me dirigí a otro hotel que me había sido recomendado. Entonces fui al puesto de periódicos y repasé los números atrasados correspondientes a la última semana. Otros anuncios coincidían con lo que yo me imaginaba. Cada uno de ellos indicaba una habitación distinta en un hotel diferente. En uno se ofrecía un collar antiguo, en el segundo un reloj de pulsera con brillantes, y el tercero decía simplemente joyas personales. Hice una lista de los hoteles y me eché a la calle.

No mostré mis credenciales ni hice valer mi posición oficial. Overton se ocupaba del «Jefferson Hotel» con el detective de Kansas City; por consiguiente, le dejé que actuase por su cuenta y concentré mi actividad en los tres hoteles que yo había anotado. Empleé el pretexto de que había trabajado antaño para unas personas de Detroit, y había oído decir que estaban en la ciudad. ¿Eran estas las mismas personas? Los recepcionistas recordaban a la pareja, porque Mercedes les había dado buenas propinas para que hiciesen subir a su habitación a las personas que acudiesen, contestando al anuncio. Sin embargo, en un hotel, el recepcionista había enfermado y su sustituto se negó a buscar en el libro de registro. Tomé mentalmente nota de que el

detective de Kansas City le apretase un poco, si era importante. Los de los otros dos hoteles recordaban a la pareja como los señores Barnes en uno de ellos y los señores Lowell en el otro; pero, en ambos casos, la pareja había consignado que residía en Detroit, Michigan.

Yo estaba seguro, no solamente por las descripciones físicas, generales aunque indefinidas, de que era la pareja que buscaba. Comprendí que Rohan se había teñido los cabellos de castaño. El elemento tiempo era exactamente igual en cada hotel. La pareja había permanecido allí exactamente el tiempo suficiente para que fuese publicado su anuncio; además, la conexión con Michigan parecía segura en vista de la placa de la matrícula del automóvil.

Me imaginé que Mercedes Turner había vendido muchas cosas y tenía ahora dinero en abundancia.

Me reuní con Overton en el «Moreland». Él había estado en el «Jefferson», pero no había encontrado nada nuevo con referencia a los Hartman de Detroit. La Policía de Kansas City había iniciado una investigación, en los garajes del centro de la ciudad, buscando el «Chevrolet» gris con matrícula de Michigan. Sin embargo, había llegado al «Jefferson» una carta dirigida a *Mrs.* Hartman. En el sobre figuraba la dirección del remitente en Kansas City, y el encargado del correo del hotel no la había devuelto todavía. Overton y el detective de Kansas City habían ido a entrevistarse con el remitente de la carta, pero no habían encontrado a nadie en la casa. Decidieron que esto podía esperar hasta después de comer.

## CAPÍTULO XVII

—Mira —dijo Dave a Rohan—, tienes que llevar eso al mostrador catorce, pues lo están pidiendo a gritos. —Rohan asintió con la cabeza—. ¡Solo un día más! Mañana. Pasado mañana será Navidad. ¡Jesús! ¡Cuánto me alegraré!

No se daba cuenta de su humor blasfemo, mientras insertaba las facturas de color rosa en un largo pincho.

Rohan levantó fatigosamente una caja grande de cartón; pesaba mucho y estaba llena de frasquitos de perfume barato. Una chaqueta de tela rústica gris, proporcionada por la empresa, pendía flojamente de sus hombros. En la solapa izquierda aparecía bordado con hilo rojo el nombre de la cadena de almacenes: «Kurts». La voluminosa caja se balanceó en sus manos, desigualmente repartido el peso sobre sus antebrazos, haciendo que se contrajesen y temblasen los músculos. Inclinando la caja hacia arriba, apoyó uno de los bordes en la cadera, y la sostuvo agarrándola con ambas manos por el fondo. Fue hacia la parte de atrás del sótano, y empezó a subir la escalera que llevaba al salón de ventas.

En la planta baja el almacén estaba atestado de compradores, de luces y ruidos y olores. Farolillos rojos y verdes pendían en hileras a lo largo de las paredes, alternándose con caras gigantescas de Santa Claus.

Sobre la puerta principal, un gran trineo de cartón pintado de blanco y tirado por un reno dorado, estaba preparado para salir volando. Una nieve artificial, aplicada con un fijador, resplandecía delante de los mostradores. Una sección dedicada a la venta de discos baratos lanzaba al aire una algarabía de melodías navideñas: quejidos de precoces cantantes infantiles, conmovedoras voces de maduros barítonos melódicos, fraseo afectado de cantatrices populares, se mezclaban en una cacofonía de himnos, canciones de moda y piezas folklóricas. Del bar, delante del cual se apretujaban en triple hilera los hambrientos compradores para aplacar su hambre y su sed, salían olores de hamburguesas fritas, queso fundido, café hirviente y castañas asadas, que se combinaban para producir un superolor indescriptible, atractivo y repelente a la vez.

Rohan se abrió cuidadosamente paso a través de los corredores llenos de gente, dirigiéndose a la sección de perfumería situada entre la de chaquetas y la de ropa interior. Dejó la caja en el suelo y empezó a llenar una parte del mostrador de perfumes con los frascos, disponiéndolos en largas hileras regulares. El sudor le pegaba los cabellos a la cabeza y resbalaba por su cara al inclinarse él para sacar los frascos de la caja, sin erguirse nunca completamente delante del mostrador, al colocar aquellos sobre este.

De pronto, su cuerpo se quedó rígido e inmóvil en su posición agachada, con la cabeza baja como si estuviese escuchando. Después, levantó bruscamente los ojos, repasando los mostradores con la mirada, deteniéndose un momento en cada uno de ellos y pasando al siguiente. Después de haber observado así todo el departamento de

juguetes, volvió a fijar la mirada en el suelo.

Volviendo la cabeza y siempre medio agachado, recorrió velozmente el pasillo, mezclándose con el tropel de compradores. Se acercó a la escalera de atrás que llevaba al almacén, y bajó a toda prisa los peldaños metálicos.

En el sótano, se quitó la chaqueta, la dobló y la arrojó a un rincón, mientras corría hacia la puerta de servicio, en el extremo de la rampa. Un instante después estaba en el callejón. El frío le causó la sensación de un golpe, de un puñetazo en el estómago, pegando la mojada camisa a sus hombros, y secando la humedad de su cuello y de su boca.

La mujer estaba en la habitación del hotel, leyendo, cuando volvió él. Se sobresaltó al ver la expresión enloquecida de sus ojos, el miedo y la desesperación en sus modales, el temblor de sus brazos, la cara amoratada por el frío.

—¡Mercy! —exclamó él, con voz ronca por el miedo—. ¡Están aquí..., están aquí!

Ella se levantó rápidamente, dejando a un lado su revista.

—¿Qué sucede? —preguntó, en voz baja.

Rohan se acercó a la cama y se sentó en ella. Con voz entrecortada, dijo:

—Tenemos que damos prisa... Ellos están aquí, en Kansas City. —Poniéndose en pie de un salto, corrió al armario y sacó las maletas—. ¡No te estés ahí plantada! —gritó—. ¡Empieza a llenar las maletas!

Sacó camisas y calzoncillos del tocador y los arrojó sobre la cama.

—Está bien —dijo ella, manteniendo la voz pausada y serena—. Pero dime qué ha sucedido, por favor. —Empezó a descolgar sus vestidos de las perchas—. ¿Y qué ha sido de tu chaqueta y de tu abrigo?

Prescindiendo de la última parte de la pregunta, él respondió:

—Estaba en unos almacenes... Había entrado allí para comprar cigarrillos. Estaba lleno de personas que compraban... —Se irguió, rígido, sosteniendo una camisa y recordando la escena—. De pronto, fue como si... alguien me tocase. Ya sabes lo que se siente cuando alguien te está mirando y no sabes quién es. —Se acercó a la maleta y arrojó sus camisas en ella—. Había cerca de allí un mostrador con juguetes. Estaba lleno de cosas..., pelotas de fútbol, pistolas de juguete y otros trastos. Había mucha gente y entré por allí, mirando aquellas cosas. Sé que una de aquellas personas era policía. ¡O confidente de la Policía! ¡Una voz interior me dijo: «Ten cuidado»!

—¿Qué aspecto tenía?

Él sacudió la cabeza.

—No sé cuál de ellos era. Debía haber al menos una docena de hombres y otras tantas mujeres. Pero alguien de aquel grupo me reconoció..., y me estaba mirando. Cuando empecé a levantar los ojos, aquella persona desvió la mirada. Por lo que no puedo saber quién era. —Se volvió, implorante, hacia la mujer—. ¡De prisa! ¡Por el amor de Dios..., date prisa!

Ella dobló cuidadosamente sus vestidos y los puso en la maleta, mientras

preguntaba:

—¿Te siguió?

—Sí..., empezó a hacerlo, pero conseguí escabullirme. Bajé corriendo la escalera y salí por la puerta de atrás al callejón. No me detuve a mirar, pero estoy seguro de que me seguía... Tenía esa impresión. Había allí mucha gente..., y él no conocía el almacén.

—Pero nunca llegaste a verle, ¿verdad?

Volviéndose hacia la mujer, dijo él:

—Mercy..., por el amor de Dios..., ¿no creerás que me invento todo esto? ¡No estoy loco!

—Te creo —respondió pausadamente ella—. Creo que quien depende de su ingenio para vivir debe tener aguzados los sentidos. —Cerró su maleta—. Como todos los otros animales que corren para salvar la vida, nosotros desarrollamos instintos protectores contra nuestros enemigos. —Su semblante se suavizó al mirarle—. ¿Qué hora es?

—Casi las nueve —dijo él—. Si estás lista, iré a buscar el coche. —Maldijo en voz baja—. Ha sido ese maldito coche lo que principalmente nos ha detenido aquí... Si lo hubiesen pintado a tiempo, como habían prometido...

—Eso no ha sido culpa tuya —dijo ella—. De todos modos, tenemos tiempo suficiente antes de que salga la próxima edición con el anuncio.

Él contuvo el aliento; el miedo lo invadió de nuevo. Poniéndose rápidamente una chaqueta, dijo:

—Voy a buscar el coche. Está en un aparcamiento calle abajo. Le puse las placas de Kansas. —En la puerta, palpó su pistola para darse ánimos—. Nos encontraremos delante del hotel. Haz que bajen las maletas. Y paga la cuenta en recepción.

Cuando él hubo salido, Mercedes telefoneó a recepción y pidió que le enviaran un botones. Mientras esperaba, paseó inquieta por la habitación.

Él estaba asustado, pensó, terriblemente asustado. El terror le atenazaba hasta el punto de reducirle a la impotencia. ¿Qué sucedería cuando finalmente se viesan acorralados? ¿Qué sería de él cuando no pudiesen ya escapar, seguir corriendo? Sacudió la cabeza para borrar la imagen de su mente, pero el terrible problema permanecía. ¿Qué sería de Rohan? Creyó saberlo: quebrantado, moriría lentamente..., minuto a minuto, día a día..., en el viaje de vuelta con sus aprehensores, en el largo camino, y estaría medio muerto antes de llegar a la casa de la muerte.

Recordó que, en un alarde de falso orgullo, y desde la debilidad del terror, había dicho él que no le pillarían vivo. De pie en el limbo impersonal de la habitación del hotel, se enfrentó ella con su propia realidad..., reconociendo la verdad, comprendiendo lo que debía hacer, cómo podía todavía ayudar al hombre que era su marido, su amante, su propia juventud perdida. Cuando llegase el fin y se rompiese el frágil reloj de arena de su tiempo, ella debía darle su amor, su voluntad de lucha, de

modo que él todavía pudiese escapar. Sabía que ella nunca podría hacerlo; nunca había tenido esperanza de escapar..., y nunca la tendría.

La llamada a la puerta la sacó de su abstracción, y su mente volvió del futuro, a las necesidades del presente. Bajó en el ascensor al vestíbulo, sereno el semblante, tranquila la actitud. Pagó la cuenta y esperó delante del hotel con el rótulo de «Towridge» centelleando sobre su cabeza. El botones se estremeció a su lado, temblando de frío. Empezó a nevar con gruesos copos, no fuerte, sino a ráfagas, fundiéndose aquellos al caer al suelo, convirtiendo las calles en oscuros espejos que reflejaban las luces de los coches y de los autobuses. Recordó que sería mejor que el botones no viese el automóvil, por lo que se volvió y puso un dólar en su mano fría, sonriendo.

—No esperes —le dijo—. Mi marido puede tardar todavía un rato en llegar.

—No me importa, señora —dijo él.

—Pero vas a enfriarte, sin abrigo. No quiero que estés enfermo en Navidad.

Él sonrió, indeciso.

—Bueno...

—Vuelve al vestíbulo —insistió ella—. Mi marido pondrá las maletas sobre el asiento de atrás.

—Gracias. —Se tocó la frente con los dedos, en un breve saludo—. Feliz Navidad, señora.

Y volvió corriendo al calor del hotel.

Al cabo de pocos minutos, llegó Rohan. Había aparcado el coche a la vuelta de la esquina, y acarreó las maletas desde la entrada. El «Chevrolet» había sido pintado de azul oscuro, y resplandecía bajo la nieve fundida. Metió las maletas y subieron al coche.

Al sentarse ante el volante, preguntó Rohan:

—¿Hacia el Sur?

—Sí —respondió la mujer—. Hacia el Sur.

—Supongo que a Nueva Orleans, ¿eh?

—En definitiva, sí; pero no estoy segura de que debamos encaminarnos directamente hacia allí. Si la Policía nos ha localizado en Kansas City, no puede estar segura de qué camino tomaremos.

—Pensarán que Nueva Orleans es un destino posible —dijo Rohan.

Ella abrió la guantera y sacó varios mapas de carreteras.

—¿Dónde está el mapa de Luisiana? —preguntó. Rohan desvió un momento la mirada de la calzada—. Debería estar ahí.

—No lo encuentro.

—Bueno, tendremos que comprar otro.

—Me gustaría comprobar las ciudades. ¡Oh! —exclamó—. Ahora recuerdo que lo miré la semana pasada... Debí dejado en el hotel.

—De todos modos, ahora no lo necesitamos —replicó Rohan—. ¿Tienes el mapa

de Arkansas?

—Sí. —Ella abrió el mapa sobre las rodillas, mirándolo de cerca bajo las pálidas luces del tablero—. Pero creo que deberíamos ir recto hacia el Este, lo más recto posible, y entrar en Mississippi. Si presumen que vamos a Nueva Orleans, esperarán que vayamos a través de Arkansas. Podríamos ir por el Estado de Mississippi hacia el Sur, retrocediendo luego hacia el Oeste para llegar a Luisiana y Nueva Orleans.

Dejaron atrás la ciudad y, en la noche, el coche fue un mundo cálido y seguro para ellos. La nieve seguía cayendo, pero lejos de las calles y las casas parecía más rápida, corriendo a su encuentro en la luz de los faros. La mujer se acurrucó en su asiento, metiendo los pies debajo del cuerpo. Por último, dijo:

—¿Qué habrías hecho si el detective hubiese tratado esta noche de detenerte en el almacén?

—¡Le habría matado!

—¡Bien! —dijo ella, en voz baja.

Su respuesta sorprendió al hombre, que redujo la marcha al volver la cabeza para mirarla.

—Creí que estabas en contra de eso —dijo.

—Lo estaba..., al principio —respondió ella—. Pensaba que otra muerte sería inútil, insensata. Pero ahora sé que estaba equivocada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ahora es la única manera de que podamos sobrevivir. —En la oscuridad del coche, su voz sonó fría, lógica, explicativa, tranquilizadora—. Solo podemos medir nuestro tiempo día a día. Hoy todo está justificado para alargar este día hasta mañana. El resto del mundo, la gente, la Policía, todos..., pueden esperar simplemente que llegue el día de mañana. Nosotros no podemos.

—Créeme —dijo él, asintiendo con la cabeza—, ¡nunca me cogerán vivo!

—Si te detienen —replicó ella—, también me detendrán a mí. Una vida más puede significar otro año..., otros diez años para nosotros. Déjame ver el arma, por favor.

Su voz era tan tranquila como si le estuviese pidiendo un cigarrillo.

Rohan torció el cuerpo en el asiento y, llevándose la mano derecha a la espalda, sacó la pistola del bolsillo. Se la tendió: una corta y roma pistola del «32».

—Ten cuidado —le advirtió.

—Ya sé —respondió ella—. He manejado armas.

—Los rifles y las escopetas son diferentes de esto.

—La caza es la caza —replicó ella. Examinó la pistola comprobando el seguro, y extrajo el cargador—. ¿Cuántas balas contiene? —preguntó.

—Siete —dijo él—. Una en la recámara y seis en el cargador.

Ella volvió a introducir este y lo cerró.

—La llevaré en mi bolso —dijo— mientras tú conduces. Debe resultarte incómoda en el bolsillo.

—Solamente cuando me siento encima de ella —respondió irónicamente él.

—Bueno, me gusta tenerla. —Mercedes se inclinó hacia delante, mirando fijamente en la noche—. Reduce la marcha —dijo.

El hombre retiró el pie del acelerador y el coche avanzó más despacio. En el arcén había un viejo sedán marrón con las luces apagadas; el neumático derecho delantero estaba medio desprendido de la llanta. No había señales del conductor, ni nadie dentro del coche.

—Detente detrás de él —dijo la mujer, en tono apremiante—. No creo que haya nadie por aquí.

Rohan aparcó en el arcén, iluminando con sus faros la parte de atrás del viejo automóvil.

—Mira —exclamó ella—, ¡es de Nebraska!

Rohan se apeó del «Chevrolet» y se acercó cautelosamente al vehículo abandonado.

—No hay nadie dentro de él —dijo—, pero está cerrado. —Se acercó a la parte de delante del coche y miró reflexivamente el neumático reventado—. Probablemente, el conductor ha ido en busca de ayuda. Esto significa que hay alguna población cerca de aquí. Date prisa, quítale las placas de Nebraska y ponlas en nuestro coche.

Ella se apeó a su vez y ayudó a Rohan a quitar las placas de Kansas del «Chevrolet». Hicieron rápidamente el cambio.

—El dueño de este viejo coche no se dará cuenta hasta mañana de que las placas han sido cambiadas —dijo ella.

Volvieron a su coche. Rohan lo puso en marcha, y rodaron de nuevo por la carretera.

A los pocos minutos, pudieron ver las luces de una pequeña población delante de ellos.

—¿A qué distancia estamos de Kansas City? —preguntó ella.

—A unos treinta kilómetros.

—Estoy preocupada —dijo Mercedes—. Creo que deberíamos hacer algo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó él—. Solo seguir adelante.

Al reducir la marcha para pasar por la calle principal de la población, vieron un gran autocar «Greyhound» aparcado junto a la acera, delante de un pequeño café. Una anciana estaba de pie allí, arrebujada en un abrigo, esperando con impaciencia a que el conductor sacase su maleta del portaequipajes de atrás.

—Escucha, querido —dijo Mercedes—, déjame aquí..., a media manzana. —Rohan vaciló, mirándola asombrado. Ella le explicó, apresuradamente—: Tomaré aquel autobús... Se dirige hacia el Sur. ¡Párate aquí!

—¡Espera un momento! —protestó Rohan.

—No tenemos tiempo —dijo ella, poniéndole un fajo de billetes en la mano—. Reúnete conmigo en el mejor hotel de Tupelo, Mississippi. —El conductor del autobús había encontrado la maleta y se la tendía a la anciana—. Adiós, querido. —

Mercedes besó rápidamente a Rohan y se apeó del coche—. Hasta mañana..., o el día de Navidad, en Tupelo.

—Graham —le gritó él—. Emplea el nombre de Graham.

Ella asintió con la cabeza y corrió hacia el autocar, alcanzando al conductor en el momento en que este iba a subir de nuevo en el gran vehículo gris. Hablaron un momento y el chofer sacudió la cabeza; pero, ante la insistencia de la mujer, asintió al fin de mala gana. Se apartó a un lado y ella subió antes que él. Rohan permaneció aparcado junto a la acera hasta que el autocar, adquiriendo velocidad, se perdió en la noche. Después siguió despacio su camino.

El «Chevrolet» era ahora un vehículo solitario, y la noche estaba poblada de sombras extrañas. El coche ya no era un refugio seguro contra el mundo. La nieve había amainado, siendo sustituida por un frío creciente. La calefacción del coche era insuficiente y a Rohan empezaron a dolerle los pies. Entonces, después de una curva cerrada de la carretera, vio en el centro de esta un personaje que le hacía señal de que se detuviese, con una linterna. Había un coche patrulla aparcado a cada lado de la calzada, dejando solamente espacio para que pasara un coche. Era un puesto de control, y el miedo atenazó la garganta de Rohan. Buscó frenéticamente su pistola. El bolsillo estaba vacío. Entonces recordó que Mercedes había guardado el arma en su bolso.

Por un momento, pensó en la posibilidad de dar media vuelta e intentar volver atrás por donde había venido, pero comprendió que era imposible hacerlo sin detenerse y dar marcha atrás, y ser alcanzado antes de terminar la maniobra. El guardia se erguía ante él a pocos metros de distancia. Desesperadamente, Rohan detuvo el coche. El guardia iluminó con la linterna la placa de la matrícula y, después, se acercó cautelosamente a la ventanilla de Rohan. Otro guardia salió de la oscuridad e iluminó desde el otro lado el asiento de atrás del automóvil.

Rohan bajó el cristal de la ventanilla, y la súbita ráfaga de aire helado hizo que su aliento se condensase en una nubecilla.

—De Nebraska, ¿eh? —preguntó el guardia, enfocando su linterna a la cara de Rohan.

—Sí —respondió este. Se volvió ligeramente en su asiento y apretó las manos sobre el volante para que no temblasen. Añadió—: De Omaha... Soy de Omaha.

—Muéstreme el permiso de conducir.

Rohan sintió pánico. No tenía permiso de conducir.

Haciendo un gran esfuerzo, dominó el instinto de abrir la portezuela y echar a correr en la noche. Mecánicamente, quitó las manos del volante y empezó a hurgar en los bolsillos.

—No hay nadie en la parte de atrás —gritó el segundo guardia, pasando por detrás del coche y acercándose al que estaba junto a la ventanilla de Rohan—. ¡No es este coche!

—¿A quién están buscando? —preguntó Rohan.

Y, con un aplomo fruto de la desesperación, interrumpió la fútil búsqueda del permiso inexistente. Y, sacando un paquete de cigarrillos, se llevó uno de estos a los labios.

El primer guardia hizo caso omiso de la pregunta, pero respondió a su compañero:

—Supongo que no. ¡Jesús! ¡Qué frío!

—Yo no aguanto más aquí —dijo el segundo, dirigiéndose a su coche—. Ese no coincide con la descripción.

—Es un «Chevy» del mismo año —dijo el otro, indeciso, frotándose las manos para calentarlas.

—Sí, pero nosotros buscamos un «Chevy» gris, con matrícula de Michigan, de Kansas o de Missouri..., y con una pareja en su interior.

Rohan asintió con la cabeza. Sonrió forzosamente.

—Me alegro de no haberme casado —dijo, y empezó a levantar el cristal de la ventanilla—. ¿Sigo?

El guardia se echó atrás, metiéndose las manos en los bolsillos, y la linterna que sujetaba bajo el brazo iluminó el suelo. Asintió con la cabeza e hizo seña a Rohan de que continuase su camino. Rohan respiró hondo y el coche arrancó.

Tardó largo rato en recuperar un aspecto sereno.

## CAPÍTULO XVIII

Al volver a mi hotel, pasé por delante de unos grandes almacenes en la esquina. En los escaparates se exhibían cosas de muchas clases, y me detuve a mirar unos revólveres de juguete. Los cañones estaban cuidadosamente grabados, y las culatas eran de marfil de imitación, con el nombre de «Kansas City» tallado en ellas. Eran imitaciones de los antiguos «Colt» de la frontera, con tambores de seis balas, y decidí comprar uno para llevarlo como regalo de Navidad a un chico que vive en la manzana de mi casa. Desde luego, armas de juguete iguales se venden en Nueva York, pero, para el chico en quien estaba pensando, el nombre de Kansas City significaría lo mismo que Dodge City o Tomstone: el lejano Oeste.

Entré en el almacén, que estaba lleno de compradores. La sección de juguetes, situada en el centro de la sala de ventas, estaba bastante cerca del fondo del local. Otros muchos compradores estaban mirando los juguetes. Alrededor del mostrador, sostenían los revólveres en una mano y agitaban el dinero en la otra, esperando a que las atareadas dependientes les atendiesen.

Hacía mucho calor en aquellos almacenes, y el ruido era muy fuerte. Los compradores que me rodeaban llevaban abrigos muy gruesos, húmedos a causa de la nieve. Llegaban hasta mí los olores de comida del bar, y los mozos que transportaban grandes cajas, vendedores y clientes se mezclaban en los pasillos. Mientras esperaba delante del mostrador, me fijé en un empleado de los almacenes. Estaba agachado y con la cara parcialmente vuelta hacia el otro lado; llevaba una tosca chaqueta de tela rústica que formaba pliegues sobre sus hombros, y estaba llenando un estante con frascos de perfume.

Había en la cara de aquel hombre algo familiar que no pude identificar al instante. Miré su perfil, parcialmente visible, esperando a que se volviese y para poder verlo con más claridad. Pero pareció sentir que le estaban observando, y miró inquieto a su alrededor. Desvié rápidamente la mirada; unos momentos después, cuando volví a mirarle, se estaba retirando apresuradamente por el pasillo, y acercándose a la escalera de atrás. ¡Fue en aquel instante cuando me di cuenta de que era Rohan!

Intenté abrirme paso rápidamente entre la muchedumbre, para perseguirle. Naturalmente, no podía emplear mi pistola en medio de tanta gente y sin tener autoridad en Missouri. Cuando llegué a la escalera, ya no pude verle. En el sótano, una rampa para el transporte de mercancías conducía a un callejón. Subí corriendo la rampa, delante de la cual estaban descargando un camión, y pregunté al conductor si acababa de salir alguien por allí.

—Sí —me dijo—, un hombre sin sombrero salió de allí hace un minuto. Echó a correr por el callejón.

El callejón estaba desierto y corrí hasta la esquina que desembocaba en una calle, pero no vi señales de Rohan.

Tomé un taxi y me hice llevar a toda prisa al hotel de Overton. Este abrió la

puerta de su habitación; solo llevaba un pantalón corto. Había echado hacia abajo la colcha de su cama y había un pijama encima de esta. Dos minutos más, y le habría encontrado acostado.

Me miró, sorprendido.

—Parece que hayas visto un fantasma —me dijo.

—He visto algo más que un fantasma —le dije—. He visto a Rohan. ¡La señora Turner y Rohan están todavía en Kansas City!

Le conté rápidamente lo ocurrido.

—¿Estás seguro de que era Rohan? —preguntó.

—¡Seguro! Al principio me desorientó porque tenía la cabeza baja y vuelta a un lado. Además, se ha teñido el pelo de castaño. Desde luego, yo no esperaba verle, y tardé unos minutos en darme cuenta de a quién estaba mirando. ¡Rohan lo sintió como un zorro!

—Bueno —dijo Overton—, si tú lo dices...

—En esto no me equivoco. No estaba seguro de que aún estuviesen aquí, pero ahora lo estoy. No creía que la mujer permaneciese aquí tanto tiempo, pero algo debió ocurrir que le hizo cambiar sus planes. —Una idea se estaba formando en mi cerebro y se me apareció de pronto. Golpeé con un puño la palma de la otra mano—. ¡Claro! ¡El anuncio! —Overton me estaba mirando, de pie en medio de la habitación y con los pantalones en la mano—. ¡Vístete! —le grité.

Asintió con la cabeza y yo descolgué el teléfono para llamar a las oficinas del periódico. No había tiempo que perder, y la centralita me puso en comunicación con uno de los directores de noche. Le pregunté cuándo saldría a la calle la edición de la mañana del sábado y me dijo que a las diez y media. Ahora eran las nueve y cuarto. Me temblaban las manos de excitación.

—Escuche —le dije—. Deben tener ustedes alguna galerada de los anuncios personales, ¿verdad? —Pareció un poco reacio a darme información. Me identifiqué, le expliqué la situación y le dije—: Tenga la bondad de buscarla en seguida. Puedo llamar a nuestro hombre en Kansas City... Se llama Burton y puedo hacer que le llame a usted para confirmar lo que le digo. ¡Pero perderíamos mucho tiempo!

—Está bien —dijo—. No se retire.

Overton se había vestido. Acabó de anudar los cordones de sus zapatos, se irguió y se puso el abrigo.

—Bajaré al vestíbulo y hablaré con Burton por teléfono. Permaneceremos en línea hasta saber de ti.

Salió corriendo de la habitación.

Al cabo de dos minutos, el hombre del periódico volvió a ponerse al aparato.

—Sí —me dijo, ahora en tono interesado—, creo que tenemos aquí lo que usted busca... Para mañana... Un anuncio de venta de joyas de un particular.

—¡Léalo! —le pedí.

Él lo hizo. El anuncio era parecido a los anteriores y daba como dirección la

habitación 927 del «Townbridge Hotel».

—¡Gracias!

Colgué el teléfono y salí corriendo al pasillo. Tuve que esperar un poco el ascensor, bufando de impaciencia. Cuando llegué al vestíbulo, miré a mí alrededor buscando a Overton. Estaba en una cabina telefónica, con la puerta abierta, y agitó una mano, llamándome.

—Tengo a Burton al teléfono —dijo—. ¿Qué le digo? O quizá será mejor que hables tú con él.

Cogí el teléfono.

—Están en el «Townbridge» —dijo—. Habitación novecientos veintisiete. —Eran las 9.22—. ¿Dónde está usted ahora?

—En la Comisaría. Me reuniré con ustedes delante del «Townbridge».

—Está bien.

Overton y yo salimos corriendo del hotel. Él le preguntó al portero la dirección del «Townbridge». Estaba a siete manzanas de distancia.

—¿Puede llamar a un taxi?

—Lo intentaré, pero con este tiempo...

El portero salió a la calle y empezó a tocar su silbato. Yo miraba continuamente mi reloj, mientras pasaban los preciosos minutos. Me volví a Overton y le dije:

—Tenemos que separarnos. Tú espera al taxi y, si llega primero allí, ya sabes lo que tienes que hacer. Yo iré a pie. Uno de los dos tiene que estar allí para encontrarse con Burton.

Overton estuvo de acuerdo, y yo eché a andar en la noche. Sentí que mis pasos se aceleraban gradualmente, hasta que empecé a correr, resbalando y patinando en el mojado pavimento. La gente que pasaba por las aceras me miraba con curiosidad, y recé para que ningún policía me detuviese como sospechoso y me hiciese perder tiempo con explicaciones. Entonces, calle abajo, vi el rótulo luminoso del «Townbridge», grande, blanco, eléctrico, resplandeciendo en la noche. Fijé en él la mirada, como si pudiese desaparecer, y mis pies repicaron en la acera. Esprinté en la última manzana. Un coche de la Policía estaba parado delante de la entrada, pero no había señales de Overton. Un hombre de paisano estaba sentado detrás del volante; otro detective, que llevaba un abrigo gris con el cuello levantado, salió del hotel y se acercó al coche. Al correr yo detrás de él, se volvió, receloso, y vi que tenía una pistola en la mano.

—¡Burton! —dije, jadeando—. ¿Es usted Burton?

Él observó mi cara con desconfianza.

—Sí.

Nunca nos habíamos visto.

—He venido con Overton —farfullé—, de Nueva York.

—¡Oh!

Se tranquilizó, aunque todavía estaba sorprendido.

—¿Están en el hotel? —le pregunté.

Se detuvo un taxi junto a la acera y Overton se apeó de él. Tropezó en la acera y se acercó tambaleándose a nosotros. Burton le saludó con la cabeza y señaló el vestíbulo del «Townbridge».

—Se han largado —dijo.

Sentí la punzada del fracaso en la boca del estómago.

—No te preocupes —me dijo Overton, en tono compasivo—, les pillaremos. — Se volvió hacia Burton—. Este amigo —le explicó— está entregado por entero a este caso... No piensa en otra cosa.

Una vez más, miré mi reloj. Marcaba el paso de los minutos desde su escapada.

—Quince minutos —dije.

Overton habló pausadamente:

—¿Por qué no te metes en el coche y fumas un cigarrillo? Estás resoplando como una marsopa. Burton y yo averiguaremos lo que podamos en recepción. Ya te informaremos.

—Desde luego —convino Burton, con indiferencia. Subí al coche y me senté al lado del conductor. Le ofrecí un cigarrillo y encendimos los dos. Overton y Burton entraron en el hotel en el momento en que llegaba corriendo un desconocido y miraba dentro del coche. Prescindió de mí y se fijó en el conductor.

—Oh —dijo el desconocido—, ¿cómo estás, Lewis?

—Bien —respondió el poli.

El desconocido señaló con la cabeza en mi dirección.

—¿Un detenido? —preguntó.

El conductor sonrió y dijo:

—¡Caray, no! —Entonces, volviéndose hacia mí, explicó, un poco confuso—: Es un reportero.

No dije nada. No me importaba. El reportero dijo:

—Me dijeron en la redacción que podía ocurrir algo esta noche en el «Townbridge».

—Nada —respondió el conductor—. Se escaparon. —Overton y Burton salían del hotel—. Pregúntale a Burton —añadió el conductor.

El reportero retiró la cabeza de la ventanilla y se volvió hacia los dos hombres. Estuvieron hablando unos minutos y yo permanecí en el coche, esperando que disminuyera mi irritación.

Finalmente, los dos detectives volvieron al coche y se acomodaron en el asiento de atrás. Overton dijo:

—Burton ha telefonado a la Comisaría para que diesen la alarma.

—Sí —dijo Burton—, tal vez podamos todavía atraparles antes de que se alejen demasiado de la ciudad. —Se subió el cuello del abrigo—. Una noche endiablada —añadió.

—Esta noche no podremos hacer nada más, a menos que los detengan —dijo

Overton—. Vayámonos a dormir. —Bostezó—. ¡Dios mío, qué cansado estoy!

—Les llevaremos al «Moreland» —ofreció Burton. El coche patrulla se metió en el tráfico, realizó un giro de ciento ochenta grados, y partió en la dirección contraria. Al llegar al hotel, nos apeamos los dos.

—¿Qué piensan hacer mañana? —preguntó Burton.

—A menos que se produzca antes alguna novedad, supongo que emprenderemos el regreso en avión, mañana por la tarde. Me gustaría pasar la Navidad en casa —dijo Overton, y se volvió hacia mí—. ¿Te parece bien?

—Desde luego —accedí—, pero me gustaría hablar con la mujer que escribió aquella carta.

—¿Qué les parece si les recojo aquí por la mañana? —ofreció Burton—. Lo primero que haremos será ir a verla.

Cuando se hubo alejado en el coche, volví a pie a mi hotel. No estaba lejos, y la nieve, húmeda y fría, producía un efecto sedante en mi cara. Estaba casi agotado y, en mi entumecimiento, tenía la impresión de que caminaba por una serpenteante, blanca y larga carretera. Delante de mí, fuera de mi alcance, Rohan conduciendo un automóvil, y la nieve chocaba contra su parabrisas y rebotaba en mi cara.

Sin embargo, ya había dejado de nevar cuando llegué al hotel. Justo antes de dormirme me pregunté: «¿Por qué estaba Rohan trabajando en aquellos almacenes, si Mercedes andaba sobrada de dinero?».

La mujer que escribió la carta era una tal *Mrs. Williams F. Arms*, y vivía en una bonita casa, aunque no era grande, en el distrito de Plaza. La casa estaba estucada, tenía columnas blancas de madera y una gran chimenea de granito. No habíamos avisado a *Mrs. Arms* de nuestra llegada porque si tenía algo entre ceja y ceja, no queríamos darle oportunidad de preparar sus respuestas.

No parecía demasiado dispuesta a recibirnos, pero Burton insistió cortésmente y ella nos invitó a entrar, aunque de no muy buena gana. Pasamos todos al salón.

*Mrs. Arms* era una mujer de rostro agradable, y cabellos rubios y grises mezclados. Educada y segura de sí misma, respondió fácilmente a las preguntas de Burton.

—*Mrs. Arms* —dijo este—, creo que escribió usted una carta a una tal *Mrs. Hartman*, alojada en el «Jefferson Hotel». ¿Es usted amiga suya?

—No —respondió *Mrs. Arms*—. Solo vi a *Mrs. Hartman* una vez, cuando fui a su hotel para ver un abrigo de pieles que ella deseaba vender.

—¿El abrigo que anunció ella en el periódico?

—Sí. Leí el anuncio y la telefoneé. Convinimos en que la visitaría para ver el abrigo.

—¿No lo compró?

—No. —Entonces, sonrió—. Pero lamento no haberlo hecho. —De pronto, se extinguió su sonrisa y miró con curiosidad a Burton—. ¿O tal vez fue una suerte para mí? ¿Había sido robado el abrigo?

—No, no había sido robado. Pertenecía a *Mrs. Hartman*.

Durante un breve instante, *Mrs. Arms* pareció contrariada, pero después se encogió cortésmente de hombros.

—¿Le importaría contarnos todo lo que sucedió? —preguntó Overton.

—Lo haré con mucho gusto —dijo *Mrs. Arms*—, aunque no hay mucho que contar. Hacía mucho tiempo que deseaba otro abrigo de visón. Mi marido me compró uno hace años, antes de que fuesen tan terriblemente caros, aunque ya entonces costaban bastante. Lo usé, se desgastó y, finalmente, me hice una estola con las pocas piezas que quedaban en buen estado. Sin embargo, siempre he querido otro abrigo largo, aunque ni mi marido ni yo queríamos gastar tanto dinero.

—Entonces, vio usted el anuncio de *Mrs. Hartman*, ¿no? —preguntó Overton.

—Sí. Había estado al tanto, esperando encontrar alguna ganga, y, cuando vi su anuncio, fui a ver el abrigo. *Mrs. Hartman* dijo que no quería fijar un precio, sino que lo vendería al mejor postor. Era un abrigo largo y realmente hermoso. Ella me dijo que había pagado ocho mil dólares por él, y la creí. Estaba en excelentes condiciones y solo lo tenía desde hacía un año. Pero una cosa me intrigó: la etiqueta había sido quitada del abrigo. *Mrs. Hartman* me aseguró que lo había comprado nuevo en Nueva York, pero no quiso decirme dónde.

»Desde luego, lo primero que pensé fue que el abrigo había sido robado, pero no podía imaginarme que *Mrs. Hartman* vendiese artículos robados. Era una persona tan simpática...

—¿Conoció usted a su marido? —le pregunté.

Mi pregunta interrumpió súbitamente el hilo de sus pensamientos, y la mujer me miró un momento con curiosidad, y respondió:

—No... No conocí a *Mr. Hartman*.

—Lamento haberla interrumpido —dije—. Continúe, por favor.

—No hay mucho más que contar. Dije a *Mrs. Hartman* que le daría dos mil dólares por el abrigo. —Sonrió tímidamente—. Ya saben cómo somos las mujeres..., buscando siempre gangas. Fui demasiado codiciosa y ahora me doy cuenta. *Mrs. Hartman* dijo que le habían ofrecido ya dos mil quinientos, y que creía que al menos conseguiría tres y posiblemente cuatro mil. Naturalmente, yo no podía saber si le habían ofrecido realmente aquella cantidad, por lo que decidí esperar un día, pensando que tal vez ella me llamaría. Le dejé mi número de teléfono. Cuando llegué a casa, pensé continuamente en el abrigo, deseándolo cada vez más. Al no telefonarme ella, decidí enviarle una nota, y así lo hice, ofreciéndole tres mil dólares.

—¿Por qué no la llamó por teléfono? —preguntó Overton.

—Bueno, pensé hacerlo, pero decidí que ella podría creer que yo estaba muy ansiosa de comprar el abrigo. Una nota sería menos... apremiante. Indicaría una actitud de lo toma o lo deja.

—¿Y no ha sabido nada más de *Mrs. Hartman*? —preguntó Burton.

—No. Ni una palabra.

—¿No le dijo ella que iba a marcharse?

—No —respondió *Mrs. Arms*—, pero, naturalmente..., viviendo en un hotel...

Burton nos miró a Overton y a mí.

—¿Alguna pregunta más? —dijo.

Overton sacudió la cabeza, pero yo dije:

—Sí. *Mrs. Arms*, por favor, ¿quiere usted tratar de recordar los momentos en que estuvo en la habitación del hotel? ¿Recuerda claramente la cara de *Mrs. Hartman*?

—Sí. La recuerdo perfectamente.

Le mostré el retrato robot.

—¿Ha visto alguna vez a esta mujer?

—Sí. Es *Mrs. Hartman*.

—Bien. Y en el vestíbulo o en las cercanías del hotel, ¿vio usted a un hombre parecido a este? —Le mostré la fotografía de Rohan, pero no pudo identificarlo—. ¿Mientras estuvo allí, vio en la habitación algún objeto que pareciese fuera de lugar?

—No comprendo —dijo.

—Bueno; aparte de los muebles del dormitorio, y de las cosas que suele haber en una habitación de hotel, ¿qué más recuerda haber visto?

*Mrs. Arms* entrecerró los ojos reflexivamente, y consideró mi pregunta durante unos largos minutos.

—Bueno..., cuando llamé, *Mrs. Hartman* me abrió la puerta. A la derecha de esta había un tocador y creo que; encima de este, había un espejo de mano, un peine y un cepillo. —Asentí con la cabeza—. Entonces ella dijo que le encantaría mostrarme el abrigo. Lo tomó de un armario, donde estaba colgado en una percha. —Hizo una pausa y prosiguió—: Estaba de pie delante de mí, sosteniendo el abrigo..., y creo que acariciándolo con la mano mientras me hablaba de él. Me sugirió que me lo probase, y yo dejé sobre la cama el abrigo que llevaba puesto.

—¿Nada más? —le pregunté—. ¿No llevaba usted guantes y bolso?

—Oh, sí. Primero me quité los guantes y dejé estos y el bolso sobre una mesita que estaba al lado de la cama. Una mesita para leer. Después me puse el abrigo de visón, lo examiné..., y le hice mi oferta. Entonces citó ella la que le habían hecho con anterioridad.

—Un momento, por favor. Cuando dejó usted el bolso y los guantes sobre la mesita, ¿había algo más en ella?

—No... ¡Sí! Un cenicero, y un poco de ceniza de cigarrillo. Lo recuerdo, porque tuve cuidado en no ensuciar mis guantes con la ceniza que había saltado del cenicero.

Asentí con la cabeza.

—Después de hablarle ella de la otra oferta, ¿qué hicieron?

—Recuerdo que me ayudó a quitarme el abrigo. Después sostuvo el mío para que me lo pusiese. Entonces tomé yo mi bolso y mis guantes, y me marché.

—*Mrs. Arms* —le dije, poniendo a prueba su memoria—, ha dicho usted que dejó

su número de teléfono a *Mrs. Hartman*. ¿Le dijo simplemente el número, o lo escribió?

—¡Ah! Había un escritorio en la habitación y me acerqué a él. Encima del escritorio había varias hojas de papel, el papel del hotel, y una pluma. En una de ellas escribí mi nombre y mi número de teléfono.

—¿Con los guantes puestos y llevando el bolso?

—¡Dios mío! —exclamó, casi riendo—. Da usted mucha importancia a los detalles. No; todavía no me había puesto los guantes. Llevaba estos y el bolso en la mano cuando me acerqué al escritorio. Los dejé encima de este para escribir la nota.

—¿Y dejó la nota sobre el escritorio?

—Sí —dijo ella.

—Y entonces recogió de nuevo sus guantes y su bolso, ¿no?

—Sí.

—¿Había algo más encima del escritorio, aparte del papel, la pluma, la nota que había escrito usted, los guantes y el bolso?

Ella pensó.

—No, nada importante. Recuerdo que había un mapa de carreteras doblado... —Siguió pensando y yo contuve el aliento—. El mapa tenía la cubierta roja, con letras azules y blancas. Decía... Era de... Luisiana.

Exhalé el aliento, y estoy seguro de que todos los que estaban en la habitación lo oyeron.

## CAPÍTULO XIX

Se reunieron el día de Navidad en Tupelo. Rohan llegó primero, en estado febril, y se inscribió en el hotel como *Mr. y Mrs. Graham*. Estaba al borde de una pulmonía, resultante de escapar de la Policía en Kansas City sin abrigo, y del largo viaje hasta Tupelo, población rural en el ángulo nordeste del Mississippi, también sin abrigo ni calefacción adecuada en el coche. El hotel estaba casi vacío en Navidad, y Rohan se metió en la cama, con la mente confusa y atolondrada por la fiebre. En el techo, sobre la cama, había un gran ventilador de madera que no funcionaba en invierno, pero sus cuatro aspas y las sombras que estas proyectaban, hacían que pareciese una monstruosa araña colgando sobre su cabeza.

Mercedes llegó a avanzadas horas de la tarde, y el hombre se levantó de la cama para recibirla. La tomó entre los brazos y la estrechó ansiosa y ávidamente. Ella se echó a reír, satisfecha del afán que mostraba él, y sin darse cuenta de que estaba enfermo.

—Parece que estás encantado de verme —dijo alegremente ella.

—¡Creí que nunca llegarías! —exclamó él, con voz confusa—. Estaba preocupado.

—Pues no nos preocupemos —dijo ella—. Hoy es fiesta y no debemos preocuparnos. Es Navidad. Deséame unas felices Navidades.

Él se dirigió al tocador, tambaleándose, y esto llamó la atención de la mujer.

—Querido —preguntó—, ¿estás enfermo?

—No..., no; es que aquí hace mucho calor. —Abrió el cajón del tocador y sacó una caja grande. Estaba envuelta en papel de regalo, blanco, con dibujos de muérdago en rojo y verde—. ¡Feliz Navidad! —dijo, sonriendo tontamente—. ¡Ah, sí! —Se volvió y arrojó sobre el tocador el fajo de billetes que ella le había dado—. Lo compré con mi dinero.

Mercedes bajó la cabeza, porque sus ojos se habían llenado repentinamente de lágrimas. Cuando volvió a mirarlo, ya había recobrado su sonrisa, aunque el brillo de sus ojos era ahora el de las lágrimas. Se sentó despacio en la cama y, con dedos nerviosos, desenvolvió el paquete. Era una caja grande, manchada en parte y forrada de rayón de color rosa. En numerosos y pequeños compartimientos, había frasquitos de forma extraña envueltos en celofán rojo, sales de baño, polvos, perfume, agua de colonia, pastillas de jabón muy perfumado, y una loción para la piel. Era un regalo de relumbrón, vulgar, de los que se venden en las cadenas de almacenes y en las tiendas de artículos baratos para las fiestas. Una desatinada serie de objetos ordinarios, notable solamente por el número y el bajo precio del contenido.

Ella se esforzó en disimular su desilusión, en mostrar entusiasmo, y exclamó:

—¡Qué bonito! ¿Dónde lo encontraste?

En tono tímido y ansioso al mismo tiempo, explicó él:

—Iba a comprar algo, otra cosa, en Kansas City..., pero ya sabes... —

Balbuzeando, prosiguió—: Lo compré mientras venía hacia aquí... No tenía tiempo para buscar demasiado en las tiendas. Y no lo compré con el dinero que tú me diste.

—¿No? —Ella levantó la mirada e hizo la pregunta que sabía que él estaba esperando—. ¿De dónde lo sacaste?

—Oh —dijo él—, no te lo había dicho. Conseguí un empleo por horas en Kansas City. Tú creías que había estado paseando, pero conseguí un trabajo.

—¿Para comprarme un regalo de Navidad? —pregunto ella suavemente.

—Sí.

Poco a poco, ella envolvió nuevamente la caja en el papel barato.

—Es el regalo más bonito que me hicieron jamás —dijo afectuosamente.

—El perfume no me gusta demasiado —le dijo él, con displicencia.

—¡Es estupendo! —Entonces se levantó, tomó su bolso y lo abrió. Sacó de él un pequeño estuche—. Feliz Navidad, querido —dijo. Le besó y le ofreció el regalo—. De... tu esposa.

Él abrió el estuche y examinó atentamente la pipa. Era un hermoso objeto. La cazoleta era de un castaño oscuro, de cuero cordobés, con un delicado dibujo en plata, incrustado.

—Espero que te guste —dijo ella—. La compré ayer en Memphis.

—¡Me gusta! —exclamó él, incapaz de decir más. Durante largo rato, sostuvo delicadamente las manos. Cuando habló al fin, dijo—: Con que te acordaste, ¿eh?

—Sí. Pensé que todavía querrías una.

—Siempre la había deseado.

Recuerdos de Royal y Argyle acudieron a su mente; de los días dorados en que estaba estudiando para ingresar en «Annixter». Había deseado una pipa como esta. Siempre había sido parte de sus primeros sueños: ser médico, un médico famoso, respetado, que fumaría en una pipa con una incrustación de plata. Entonces la pipa había sido un símbolo, la señal última del triunfo.

—Después de tantos años —prosiguió, en voz muy baja—, no has olvidado mi pipa de plata.

Ella se echó a reír, vibrando en su voz una alegría que no sentía.

—Después de las muchas veces que me habías descripto la pipa, ¿cómo podía olvidarla?

Él frotó suavemente la cazoleta de la pipa en la manga de su chaqueta.

—¿Por qué no quiso Dios dejarnos en paz? —preguntó.

—No digas eso, por favor... En un día como hoy.

—Pero es verdad —replicó pausadamente él—. Todo lo que he querido siempre ha sido tenerte a ti... Ser médico, y... —añadió irónicamente— mi pipa de plata. No era mucho pedir, ¿verdad?

—Me tienes a mí..., y tienes la pipa. Esto es más de lo que reciben la mayoría de las personas que piden cosas.

—En Beaudeau, el capellán solía hablar a los hombres; al menos a los que

querían escucharle. Le gustaba decir: «Salid, Salid en busca de Dios... ¡Buscadle hasta que lo encontréis!». Pero yo no creo que se pueda encontrar a Dios. ¡Creo que es Él el que le encuentra a uno! Tú no sabes dónde está Él..., pero Él sabe dónde estás tú. Cuando Él lo cree oportuno, te encuentra..., ¡y lo que hace a veces no es muy agradable!

Ella empezó a llorar en silencio, Y, volviéndose de espaldas, para que sus labios no la traicionasen, dijo:

—Nosotros éramos muy jóvenes. Muchos jóvenes tienen dificultades al principio..., muchas dificultades.

—Y ahora nos hallamos en un apuro del que nunca saldremos —dijo desesperadamente él.

Mercedes se dejó caer en la cama y él la imitó, sentándose a su lado. Ella le tomó la cabeza y la sostuvo suavemente sobre su pecho. Sintió el calor a través de la tela del vestido y, desalentada, le tocó la frente con la mano. La piel estaba ardiente y seca.

—Algún día... —empezó a decir, para tranquilizarle.

—No —la interrumpió él—, no habrá algún día. Nunca habrá algún día. —Levantó bruscamente la cabeza, apartándose de ella, y la habitación empezó a dar vueltas ante sus ojos—. Si te digo algo, ¿no te reirás de mí? —preguntó:

—¿Cómo podría reírme?

—¿Dónde fue? Casi he olvidado todos los lugares donde hemos estado... Un sitio sucede a otro, y todos parecen ser el mismo. Pero fue después de que saliésemos de Richmond. Aquella noche que nos detuvimos en un motel junto a una carretera. Te dije que sabía que la Policía andaba también detrás de mí. Antes de aquella no habían pensado que yo hubiese estado en tu apartamento. Y entonces, en Kansas City..., supe que los policías estaban allí.

—Sí —dijo ella—, lo sé.

Él tenía la cara colorada, fruncida a causa de su concentración, de manera que se destacaban líneas blancas de la piel enrojecida, alrededor de la nariz y de la boca. Tragó saliva, porque tenía entumecida la lengua y le costaba hablar.

—Bueno..., esta impresión..., este sentimiento extrasensorial, crece más y más cada semana... —Cada vez le costaba más encontrar las palabras—. Bueno..., es más intenso. A veces me parece que puedo percibir otra mente..., que está aquí, pegada a la mía. A menudo tengo la sensación de que el poseedor de esta otra mente, sea quien fuere, está escuchando mis pensamientos...

Su voz se extinguió. La mujer le miró ansiosamente.

—Querido —dijo—, estás enfermo..., será mejor que te acuestes. Mira, deja que te ayude.

Empezó a desabotonarle la camisa. Él trató de apartarle las manos.

—Es como... si mi mente... dejase rastros invisibles en el aire detrás de mí..., y entonces fuesen captados —tragó saliva— por esa otra mente. —Se interrumpió un

momento y respiró fatigadamente, absorbiendo el aire con la boca seca—. Cada uno de nosotros es parte del otro..., y como es así..., las dos partes acabarán juntándose.

—Cállate —le dijo ella en voz baja, sin discutir, tratando de calmar su miedo y su horror crecientes—. Solo tendremos que tener más cuidado. Más cuidado que nunca.

Trató de hacer que él volviese a reclinar la cabeza en la almohada.

—Sí —dijo él, sometiéndose—, pero él me encontrará..., igual que yo le encuentro a él. —De pronto, la empujó a un lado y se dirigió con dificultad hacia el tocador, donde recobró la pistola que guardaba ella en el bolso—. Cuando nos encontremos, le mataré..., porque, si no lo hago, nunca seré libre. Él vivirá conmigo, pegado a mí, ¡para siempre!

—Sí..., sí —convino ella suavemente, levantándose y abrazándole—. Ahora —dijo—, debes acostarte. Debes dormir.

Le llevó de nuevo a la cama, le quitó los zapatos y le aflojó la corbata.

—Él estará siempre escuchando mis pensamientos, siguiéndonos donde quiera que vayamos...

Calló. Se había dormido.

Suavemente, la mujer le cubrió con la ropa de la cama y se sentó a su lado. Mirando por la ventana hacia las calles desiertas de la pequeña y fea población, empezó a llorar. Ahora no tenía necesidad de disimular sus lágrimas. Lloró durante largo rato.

A eso de la medianoche, Rohan estuvo despierto unos minutos. En la oscuridad de la habitación, dijo:

—Mercy, ¿estás aquí?

—Sí —respondió ella, y le cogió la mano.

—¿Recuerdas aquel pequeño apartamento que tuvimos... en la Calle 49? —preguntó él.

—¿Aquel en que vivías antes de partir hacia Beirut?

—Sí. —Ella pudo oír cómo él tragaba saliva en el silencio de la habitación. Por último, él dijo—: Cuando estuvimos casados, tú venías allí desde el colegio, los fines de semana, y tratabas de actuar como una mujer casada, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—Compraba platos preparados en las tiendas italianas..., regateaba..., y siempre salía perdiendo.

Rio en voz baja.

—¿Y el hornillo de gas de un solo quemador que teníamos sobre la nevera? —murmuró el hombre—. Tú tratabas de cocinar mi cena, pero solo podías cocer un plato cada vez.

—No era buena cocinera —dijo ella—. Trataba de hacerlo para ti, querido, pero era horrible.

—Eras maravillosa —dijo él, y volvió a quedarse dormido.

Ella le puso la mano en la frente. Estaba húmeda de sudor. La fiebre había sido

vencida.

## CAPÍTULO XX

Overton volvió a Nueva York. Estaba ansioso por llegar a casa y reunirse con su familia para la Navidad. Yo no tenía familia. Además, decidí ir a Nueva Orleans, que era donde esperaba que se dirigiesen los fugitivos. Antes de coger el avión, Overton parecía preocupado, aunque trataba de disimularlo.

—Tendrás problemas —me dijo.

Le respondí que ya lo sabía.

—De todos modos, no puedo evitarlo. Tengo que ir allí. Pero iré estrictamente por mi cuenta, y por mi cuenta investigaré y trabajaré.

Overton pareció un poco sorprendido.

—¿No vas a presentarte a la Policía de Nueva Orleans?

—Ni siquiera sabrán que estoy allí.

—Podrías meterte en un follón de mil demonios —me dijo.

—No, si llevamos el asunto como es debido —le dije—. Cuando llegues a Nueva York, dile a Skors que mantenga todos los contactos, por telégrafo y teléfono, con las autoridades de Nueva Orleans. Cuando sea el momento oportuno para la detención, os lo haré saber y podréis seguir vosotros con el procedimiento aprobado.

—Ya... —Overton no pareció del todo convencido—. Pero ¿y tú?

Me miró fijamente a los ojos. Fingí no advertirlo.

—Si necesito alguna ayuda o alguna información, que no pueda obtener personalmente, telefonaré a Skors en Nueva York. Él podrá pedirla a las autoridades de Nueva Orleans y transmitírmela. Después, Skors y tú podréis venir a llevar a cabo la detención.

—¿Qué crees que podrás hacer tú solo? —preguntó Overton.

—Puedo intentarlo —le dije—. Ellos estarán dispuestos a hacer pronto su jugada. Quiero estar allí cuando la hagan.

—Bueno —dijo Overton—. Mantendré el fuego encendido, y lo propio hará Skors. Que tengas suerte.

Nos estrechamos la mano y él subió al avión.

Cuando llegué a Nueva Orleans, me puse unos pantalones viejos y una chaqueta raída y que no hacía juego con ellos. Me quité la corbata y desabotoné el cuello de la camisa. Después de guardar cuidadosamente mi traje, cargué con la maleta y recorrí las calles hasta encontrar una pensión.

Los pasillos eran húmedos y estaban sucios, y la pintura se desprendía de las paredes. En algunos sitios, el yeso se había caído y los listones quedaban al descubierto como huesos blancos ocultos en las paredes. La pensión no era mejor ni peor que las que pueden encontrarse en Nueva York. Lo sé porque, cuando era muchacho, había tenido que vivir en ellas. Al mirar mi habitación, me acordé de un profesor que había tenido en Columbia, a donde había ido inmediatamente después de la guerra, para asistir a una escuela nocturna, haciendo uso de mis derechos de

exsoldado. Llamaba «sarna de la Humanidad» a estos lugares. Entonces había yo pensado que, cuando se es muy pobre, la sarna es a veces preferible a una herida abierta. Pero a él no se lo dije.

Fui a una tienda y volví con una botella grande de desinfectante, y rocié con este las grietas de la habitación y el colchón lleno de bultos; después de lo cual solo pude esperar que fuese para bien.

Nueva Orleans es casi como una isla, situada entre el río Mississippi y el lago Pontchartrain. En la orilla este del río, estaciones terminales y muelles se extienden a lo largo de aproximadamente quince kilómetros. En la ciudad, el pardo Mississippi tiene quince kilómetros de ancho, y esta anchura y la profundidad son suficientes para que se mantengan a flote los buques de mayor calado. Desde Nueva Orleans, descienden cuatro mil barcos al año por el río hasta el golfo, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, para viajar a todos los puertos del mundo. De alguna parte de esta gran jungla fluvial, Rohan y Mercedes Turner tendrían que salir a la luz durante un minuto, corriendo para atrapar su oportunidad de huida.

Yo sabía que podría encontrar nuevamente su pista. Rohan era el tipo de hombre que insiste en huir corriendo, aunque vaya a parar directamente a manos de sus perseguidores. Si la mujer hubiese ido sola, se habría trasladado una sola vez, a alguna villa, a alguna ciudad; habría asumido un nuevo nombre, una nueva personalidad, y tal vez habría desaparecido para siempre. Pero, debido a su amor y a su piedad por Rohan, se sentía obligada a llevarle con ella. Y al llevarle a él, se perderían los dos.

Estaba convencido de que intentarían abandonar el país. Pero ¿adónde irían? Bueno, uno de los problemas que no comprenden la mayoría de los delincuentes es que nunca podrán hacer nada nuevo. Todo ha sido hecho antes; la Policía acaba por anticiparse a los problemas de los delincuentes. Otros criminales se han enfrentado a menudo con los mismos problemas con que tropezaban Rohan y Mercedes Turner.

Ninguno de los dos fugitivos hablaba un idioma extranjero, al menos no con fluidez. No hay país alguno, en parte alguna, que no tenga actualmente leyes de inmigración y fuerzas de Policía. Para ocultarse de las autoridades y escapar a los ojos y los oídos del público, el fugitivo debe pasar inadvertido. A menos que pueda hablar el idioma del país con la misma fluidez que un nativo, no puede permanecer oculto. Esto significaba que Rohan y Mercedes Turner tenían que ir a un lugar de lengua inglesa.

Por lo que pude calcular aproximadamente, fundándome en la venta de las joyas y las pieles, Mercedes Turner debía tener alrededor de diez mil dólares, además de los cuatro billetes grandes que había sacado del Banco. Con esto podrían mantenerse largo tiempo, si escogían el lugar adecuado.

Inglaterra, Escocia y Gales contaban con una Policía demasiado eficaz. El resto de la Commonwealth podía eliminarse por una razón u otra, si se trataba de delincuentes ordinarios. Pero los dos fugitivos no eran corrientes, pensé, y creí que

podían tratar de dirigirse a Australia o a Nueva Zelanda. Por consiguiente, concentré mi atención en estos dos países. La información acostumbrada pasó al Departamento de Estado; la Policía y las autoridades portuarias fueron alertadas en todos los puertos de la costa oriental y del golfo.

Yo deambulaba por los embarcaderos y los muelles, durante todo el día. Los barcos amarran paralelamente al Mississippi y, en un laberinto de transportadores, grúas, poleas, ganchos, cintas de transporte, redes y otros aparatos, desembarcan plátanos, azúcar, melaza, aluminio en bruto y barnices. Luego, embarcan maíz, harina de trigo, soja, algodón y azufre, y con grandes vientres de hierro sumergidos profundamente en el agua, parten de nuevo hacia sus interminables viajes transoceánicos. Gracias a los boletines del puerto, podía prever sus llegadas y salidas, así como sus lugares de destino.

La mayoría de los barcos eran cargueros y no tenían espacio para pasajeros regulares, pero era posible adquirir pasajes en ellos. Había que observar cada uno de ellos, valorarlo y, generalmente, descartarlo como posible barco para la huida. Los buques con destino a la Guayana, Australia o Nueva Zelanda eran estrechamente vigilados por las autoridades de inmigración y las portuarias, gracias a los esfuerzos de Skors desde Nueva York. Yo telefoneaba a Skors a larga distancia, dándole mi información, y él enviaba, por teletipo, las instrucciones a las autoridades de Nueva Orleans.

Rondando por los muelles, conocía y charlaba con los obreros portuarios, los estibadores, los mozos de cuerda y los miembros de las tripulaciones. Los retazos de información que recogía eran negativos, pero importantes, porque me ayudaban a eliminar investigaciones inútiles.

Por la noche, montaba guardia en el Vieux Carré, el recinto de la antigua y primitiva ciudad, el Barrio Francés. Estaba seguro de que Rohan tendría que establecer contacto con el hampa de Nueva Orleans para conseguir pasaportes falsos. Gracias a la señora Turner, tenía dinero para ello. Yo no sabía quién era su contacto, o dónde y cuándo podría ponerse al habla con él, ya que no habíamos podido descubrir delincuentes conocidos con quienes él tuviese amistad. Las autoridades canadienses tampoco habían podido ayudarnos en este sentido. Pero era razonable presumir que, durante su encierro en Beaudeaux, habría establecido relación con delincuentes, a los que pretendería utilizar ahora.

El Barrio Francés es el lugar donde se desarrolla la vida nocturna de Nueva Orleans. Es un laberinto de calles estrechas y serpenteantes, en las que se conservan muchas de las antiguas casas y edificios franceses y españoles, convertidos en cafés, restaurantes, clubes nocturnos y bares. Generalmente, un ligero viento del río sopla en las calles estrechas y a lo largo de los callejones, agitando las hojas secas de los plátanos en los patios cerrados, y haciendo repicar y crujir los postigos. Caminando por aquellas calles, escrutaba yo las caras que veía en las aceras, y me detenía para mirar a través de las iluminadas puertas de los cafés, bares y restaurantes, buscando

dos caras que ahora podía imaginar tan claramente como veía la mía en un espejo. Si estaban aquí los dos, creía que Rohan vendría para encontrarse con su contacto o para comer, al menos una vez, con la mujer.

Con frecuencia, al volver a mi pensión cerca del muelle, pasaba por el «Pirate's Alley», y las campanas de la catedral de St. Louis hacían su primer toque anunciando la primera misa, y Jackson Square, con sus mirtos rosa, bajo los cuales volvían a sentarse cada día ancianos con sus tableros de ajedrez, se iluminaba progresivamente.

Pero pasaban los días y las noches, y no encontraba rastro de los dos fugitivos. Empecé a impacientarme, y mi ansiedad creció al darme cuenta de que había dado un paso en falso. En primer lugar, había menospreciado a Mercedes Turner. Esta mujer era demasiado lista para dejarse ver en el Barrio Francés. Si Rohan hubiese estado solo, habría aparecido. Pero siendo aquel barrio la gran atracción de los turistas, estaba bien vigilado por la Policía; la mujer sabía que si iban por allí podrían ser fácilmente identificados.

Sin duda, Rohan había establecido su contacto fuera del Barrio Francés. Lo había establecido, y ahora ya se habrían marchado los dos. Pero no habían escapado en los barcos que habíamos estado observando. Estaba convencido de ello. Entonces, ¿en qué barco habían huido?

Contrariado y deprimido, busqué aquel antiguo sentimiento, la sensación de percepción ocasionada por la presencia de Rohan. También esta había desaparecido. Durante mis primeros días en Nueva Orleans, había sabido que Rohan estaba allí; la convicción de que estaba cerca, en alguna parte, me había acompañado constantemente. Pero esta sensación me había abandonado, y la pista invisible había desaparecido.

Sabía, en mi corazón, que el pelirrojo había escapado al fin.

Aquella noche compré una botella de *whisky* y volví a mi habitación. Empecé a beber. El licor calentó mi estómago, pero no pudo disolver los fríos, gélidos pensamientos en el interior de mi cabeza.

## CAPÍTULO XXI

—¡Cuánto te amo! —dijo él, riendo y estrechándola fuerte y cariñosamente.

Ella sonrió, relajándose en sus brazos, incitándole.

—Citas mal a tu Browning.

Él la estrechó más y, a través de la ventana, pudo ver el jardín con sus adelfas, glicinas y camelias.

—Sí —convino, alegremente—, y aunque diré «deja que cuente los caminos», nos despediremos de Elisabeth B., porque lo que yo tengo que contar, ella nunca lo tuvo. Te amo más que a mi libertad, ¡más que a mi vida! —Ella le besó y él se relajó, dejándose caer a su lado—. Te amé en Nueva Inglaterra —prosiguió suavemente—, cuando éramos muy jóvenes; en la costa de Beirut, en los días del desastre; en las grises décadas de Beaudeau, ¡nunca dejé de amarte!

Ella apretó la cara contra la mejilla de él.

—¡Ay! —le regañó, amorosamente—. Mi marido es tan ignorante, que olvida los textos: «El que da una pasionaria, siempre pide que se la devuelvan».

—Para tu información —dijo él, simulando reflexionar profundamente—, esto es de Grace Hazard Conkling, si no recuerdo mal.

La risa de ella resonó feliz en la habitación.

—Calla —dijo, pasando los dedos por entre los cabellos de él—, calla..., calla. Y ahora podrás jactarte de que me has amado en Nueva Orleans.

En Nueva Orleans habían encontrado una habitación grande y deliciosa en Metaire, un suburbio de la parroquia de Jefferson, compuesto de bellas casas y jardines. Había en ello una belleza tropical que alegraba sus corazones y calentaba sus cuerpos. En el jardín, cuando era la temporada, había macizos de petunias y amapolas, phlox, lirios, violetas y rosas..., y grandes adelfas, algunas rojas, otras blancas. Había clemátides y madreselvas, y enredaderas que trepaban por las paredes. Luciérnagas por la noche, a veces la voz lejana de un perro ladrando a la luna, sonidos nocturnos de cadenas de verja, chasquidos de ramas, una ardilla gris corriendo a lo largo de una rama..., y la luna elevándose, y un sinsonte volando desde la copa de un árbol.

Cuando llegaron a Nueva Orleans, el hombre estaba muy débil a causa de su reciente enfermedad, y tuvieron que pasar una noche en un motel, lejos del perímetro de la ciudad. El segundo día habían dado vueltas en el coche y advertido el pequeño rótulo en el poste de la verja, con esta sola palabra: PENSIÓN. Eran los únicos huéspedes, aparte de la anciana dueña, y era casi como si la casa fuese de ellos.

Se alegraban de no alejarse de la casa, caminando por el jardín que era mantenido, con el mínimo esfuerzo, por un jardinero que venía a trabajar en él medio día por semana. Cautelosamente, el hombre y la mujer evitaban la zona céntrica de la ciudad, prescindiendo de los famosos restaurantes y cafés, y contentándose con las comidas que servían en los restaurantes baratos del barrio.

Una noche fueron en el coche a las parroquias. Muy lejos, en el campo, delante de un llamativo casino de juego, Rohan aparcó el coche y entró en él para investigar acerca de Bert Crosley. Un hombre alto y delgado, duro y calvo como un poste de acero, le recibió en la puerta.

—Soy forastero —le dijo Rohan—, y trato de ponerme en contacto con un amigo mío.

El calvo entornó los párpados pero, cuando habló, su voz fue suave y cortés.

—Si puedo ayudarle... —murmuró, extendiendo ligeramente las manos—. Desde luego, no conozco a mucha gente.

Detrás de las puertas cerradas del lujoso vestíbulo, Rohan pudo oír las voces apagadas de los jugadores y el rumor ocasional de las ruletas al girar. No se percibía esfuerzo alguno para disimular la actividad; solo una educada y reservada calma. Rohan aceptó la evasiva del hombre.

—El amigo a quien trato de localizar se llama Bert Crosley. —El calvo no dio señales de conocerle—. Su nombre no figura en la guía telefónica —añadió Rohan, sonriendo con naturalidad, pero sin obtener respuesta a su sonrisa.

El jugador sacudió la cabeza.

—Crosley es un apellido corriente, pero estoy seguro de que no conozco a ningún Bert Crosley.

Rohan no podía estar tan seguro. Sin embargo, tuvo cuidado en no indicar sus dudas.

—Conocí a Bert en Canadá..., en un lugar llamado Beaudeaux.

El calvo le escuchó con indiferencia.

—¿Tal vez un club?

Rohan advirtió una nota de cinismo en la voz del jugador.

—Puede llamarlo así —respondió, siguiéndole el juego—. En todo caso, Bert afirmaba que procedía de esta región y que tenía un hermano..., que trabajaba por aquí.

—¿Qué hacía el hermano de *Mr. Crosley*, señor?

—Supongo que una especie de negocio de seguros. Calculaba porcentajes y probabilidades sobre el riesgo. —Rohan creyó advertir un destello divertido en los ojos del jugador—. La cuestión es que quisiera ponerme en contacto con Bert o con su hermano. Aunque solo fuese por teléfono.

—¿Tal vez para un negocio importante?

—Sí. Un buen negocio para cualquiera de los dos.

—Bueno, si me tropiezo con alguno de los Crosley —dijo el jugador—, le daré con mucho gusto su número de teléfono.

—No tengo teléfono..., de momento —replicó Rohan, no queriendo descubrir, por el momento, su escondite en Metaire—. Yo podría telefonar aquí cada noche y, si usted los viese, podrían darle a usted un número al que pudiese yo llamarles.

La mirada del jugador se endureció de pronto ante la evasiva de Rohan, pero su

voz continuó siendo suave.

—¿Cómo se llama usted, señor?

—Cargill —respondió Rohan—. Solamente dígame a Bert que Red Cargill quiere hablar con él.

El jugador miró los cabellos teñidos de castaño de Rohan. Se encogió de hombros y su mirada y su voz siguieron siendo impasibles.

—Si por casualidad... —murmuró.

Rohan volvió al coche.

La noche siguiente, y la siguiente, Rohan telefoneó al casino. No recibió información, ni siquiera tuvo la satisfacción de hablar con el jugador calvo. Pero la tercera noche, después de hacerle esperar un poco, el jugador se puso al aparato.

—Cargill —dijo—, por una extraña coincidencia, me tropecé con *Mr. Crosley*..., no Bert Crosley, sino su hermano..., el señor Whit Crosley. Este me dijo que le dijese que su hermano está... indispuerto..., que se marchó para una cura de reposo. Pero *Mr. Whit Crosley* dice que con mucho gusto hablará de negocios con usted. Me dejó este número para que le llame usted mañana, señor..., a las once de la mañana.

Dio el número a Rohan y este lo anotó.

Siguiendo las instrucciones, Rohan hizo la llamada. Le respondieron inmediatamente. Pudo oír un lejano ruido de voces y de pasos, y comprendió que era un teléfono público. Repitió a Whit Crosley que había conocido a Bert en Beaudeau. Whit Crosley fue muy escueto:

—Ahora no podemos hablar —dijo—, pero me veré con usted esta noche.

Rohan se encontró con Crosley en un bar, lejos del Vieux Carré. Era un lugar tranquilo y que no llamaba la atención, decorado con metal cromado y cuero, al estilo moderno, e iluminado con luz indirecta. Crosley le condujo al fondo del bar y, a través de un corto pasillo, a una pequeña habitación. Cerró la puerta a su espalda. Rohan miró a su alrededor y vio que estaba en un despacho con una mesa escritorio y varias sillas. El despacho era sencillo y limpio, práctico, y daba la impresión de ser muy utilizado. Sobre la mesa, estaba encendida una lámpara de pie flexible, y la pantalla reflejaba la luz sobre un papel secante verde y nuevo. Crosley se sentó detrás de la mesa.

Era un hombre bajo, rechoncho, de edad mediana, rígidos cabellos grises y ojos claros e inexpresivos. Llevaba un traje azul claro de franela y unos zapatos de ante azul oscuro, con delicadas perforaciones en las puntas. Crosley miró fijamente a Rohan durante un minuto, antes de hablar. Cuando lo hizo, su voz tuvo un marcado acento que no era del Sur. «Chicago —pensó Rohan—; debe ser uno de la antigua chusma de Chicago».

—Cargill —dijo Crosley—, para empezar, tengo que hacerle un par de preguntas. ¿Está en apuros?

—Sí —respondió Rohan—. Me fugué de Beaudeau.

—Ha llegado muy lejos. ¿Algo más?

Rohan pensó durante un momento, antes de responder:

—Podría haber algo más...

Crosley se examinó los dedos; tomó un cortapapeles y empezó a limpiarse cuidadosamente las uñas.

—Está bien —dijo—, supongo que podré hacer algo.

—Estoy seguro de que podrá.

—¿Qué quiere de mí, o de Bert?

—Quiero salir del país..., y con mi esposa.

—¿Va una moza con usted? —dijo Crosley, con expresión velada.

—Es mi esposa.

—Aquí no nos pasamos de la raya, a menos que sea necesario. No creo que usted sea necesario. Si le persiguen...; de cerca..., no quiero tener nada que ver con usted ni con su mujer.

—Es posible que me persigan —replicó pausadamente Rohan—, pero no aquí. Si me buscan, es en el Norte..., muy hacia el Norte, y no son los federales. Además, no pido ningún favor que no pueda pagar.

Crosley siguió prestando atención a sus uñas.

—¿Cuánta pasta tiene?

—La suficiente para amañar un par de pasaportes y pagar a alguien que nos haga pasar por la Aduana.

—Esto dependerá de lo que entienda por «suficiente» —replicó Crosley—. ¿Tiene ahora algún pasaporte?

—Mi esposa tiene dos.

—Ya es algo... Pueden ser arreglados. Ese trabajo le costará uno de los grandes por cada uno, más otros dos mil quinientos dólares por el tiempo y los trámites, y cinco billetes de cien para el capitán. Esto representa cinco mil redondos por todo el trabajo. ¿Los tiene?

Rohan asintió con la cabeza.

—¿Adónde quiere ir?

—A Australia.

Crosley se encogió de hombros.

—Ya veremos. No sé qué contactos vendrán aquí. A veces vienen..., pero puede que no vayan adonde quiere ir usted.

—Nos gustaría ir a Australia. Pero Nueva Zelanda también nos convendría. —Rohan observó la cara del otro por encima de la mesa—. En realidad, muchos de los otros países de habla inglesa.

—¿Inglaterra?

—No. Ni Inglaterra ni Canadá.

—Está bien. —Crosley se levantó—. Venga mañana y traiga los pasaportes..., ¡y la pasta! La cantidad completa. Haré que pongan manos a la obra. ¿Dónde puedo encontrarle?

Rohan le dio el número de teléfono de la casa de la anciana, en Metaire.

—No sé cuánto tiempo se necesitará —le dijo Crosley—, pero, cuando llegue el momento, tendrán que moverse de prisa. Después de mañana, no trate de volver aquí, no trate de ponerse en contacto conmigo. Esté a la espera en su teléfono y, cuando yo lo tenga todo a punto, le llamaré. ¿Entendido?

—Sí —dijo Rohan—. Entendido.

Rohan volvió, jubiloso, junto a Mercedes. Aquella noche compraron una botella de champaña y la bebieron, sentados en su habitación, con las luces apagadas y la luna iluminándoles a través de las ventanas.

Entonces siguieron dos días de espera, espera de la llamada de Crosley. Se alternaban para ir a comer, de manera que uno de los dos pudiese estar siempre junto al teléfono. Esperaban por las noches, atados a la casa, tensos de impaciencia. Y entonces, un día, dijo Rohan:

—Se está agotando nuestro tiempo.

—No —dijo Mercedes—; te estás poniendo nervioso... Es la espera.

—El policía —dijo tristemente Rohan—. Está aquí..., ahora está en Nueva Orleans.

—No.

—Sí. Sé que está aquí..., vigilando y esperando.

—Si está aquí, nunca nos encontrará. No puede registrar toda la ciudad y sus alrededores, casa por casa. ¡Tardaría años! Aquí estamos seguros. Lo único que tenemos que hacer es esperar a que Crosley nos llame.

Rohan sacudió la cabeza.

—Nos encontrarán. —Se mordió nerviosamente el labio. La mujer observó gravemente su semblante, y él se volvió a medias para disimular su agitación. Después empezó a hablar de nuevo, atropelladamente—: A veces me siento como un conejo corriendo por un prado. Y, al correr, veo la sombra negra de un halcón deslizándose silenciosamente a mi lado. Si me detengo para mirar al cielo, no veo ningún ave de rapiña, ningún halcón. Pero la sombra está a mi lado, ¡siempre a mi lado!

La mujer no replicó. No podía hacerlo.

Pero por la noche trató de animarle, de infundirle algo de optimismo. Dormían abrazados y, en el sueño, él se tranquilizaba a veces. Por las mañanas, permanecían en la cama hasta muy tarde, mirando hacia el jardín. Por último, él se levantaba y, cogiendo el coche, salía y volvía con café y panecillos para el desayuno. Y comenzaba un nuevo día y la interminable espera de la llamada de Crosley.

Una tarde, a hora avanzada, sonó el teléfono. Ambos estaban cerca de él, pero Mercedes se apartó a un lado para que respondiese Rohan. Era la voz de Crosley.

—Venga inmediatamente al centro de la ciudad. Partirá dentro de una hora. —Y añadió—: ¡Solo usted!

—¡Pero mi esposa...! —exclamó Rohan.

Al oír el tono de protesta de su voz, la mujer se acercó más y, pasándole un brazo por encima del hombro, compartió el auricular con él.

—Escuche —dijo Crosley—, no hay tiempo que perder. No he podido arreglar lo de Australia. Pero un barco al que conozco atracó hace una hora para desembarcar a un marinero para una operación quirúrgica de urgencia. Puedo arreglar el asunto con el capitán.

—¿Adónde va el barco?

—A Irlanda —dijo Crosley—. Será mejor que lo tome. El barco no está amarrado en el muelle, pero puedo llevarle a bordo en una lancha. Permanecerá un día en Miami y su esposa podrá embarcar allí.

Mercedes asintió con la cabeza.

—¡Cógelo! —murmuró, en tono apremiante—. Cógelo. ¡Es una buena idea!

—Está bien —dijo Rohan a Crosley—, me reuniré con usted en cuanto pueda. ¿Adónde tengo que ir?

—Venga al bar —dijo Crosley—. Creo que es mejor que traiga a su esposa. Mientras ellos le llevan a la lancha, yo le explicaré a ella lo de Miami.

Rohan metió rápidamente su maleta en el coche y cogió el abrigo y el sombrero.

—No te entretengas en recoger mis cosas —le apremió Mercedes—. Yo volveré a buscarlas.

Fueron al encuentro de Crosley. Este les introdujo en su despacho.

—Yo me quedaré aquí con su esposa —dijo a Rohan— y le daré los detalles. Usted irá con Miller. Este le llevará a bordo.

Miller llevaba un mono descolorido sobre la camisa, y una gorra oscura de marinero sin insignia alguna.

Movió la cabeza en dirección a Rohan.

—Vamos —dijo—, no tenemos mucho tiempo.

Mercedes abrazó a Rohan.

—Adiós, querido —dijo suavemente—. Me reuniré contigo en Miami.

Rohan la estrechó ansiosamente.

—Si ocurriese algo..., quiero decir, que si tú no estuvieses allí, desembarcaría y esperaría hasta que llegases.

—No pasará nada. ¡Estaré allí! —Le besó de nuevo y le dio unas palmadas en el brazo—. Date prisa, querido.

Miller y Rohan desaparecieron por el pasillo, hacia la parte de atrás del edificio. Pudo oír el silbido monótono de Miller, desvaneciéndose en el corredor. Al cabo de un momento, arrancó un coche y se los llevó. Crosley miró a Mercedes, inclinando ligeramente la cabeza a un lado.

—No le conviene —dijo— seguir huyendo continuamente. ¿Por qué no se queda aquí y deja que él se vaya?

—Tengo que ir con él.

—¿Por qué? ¿Le buscan a él por asesinato?

—Es a mí a quien buscan por asesinato —replicó simplemente ella.

Crosley encendió un cigarrillo y la miró a través del humo.

—Conque es esto, ¿eh? —La observó atentamente—. Estará mejor aquí —dijo al fin—. Tengo relaciones en Nueva Orleans. Mientras se comporte discretamente, no tendrá problemas —añadió, insinuante—. Se lo prometo.

Ella sacudió la cabeza.

—Es usted muy amable, pero debo ir con él. Lo he prometido. —Levantó la cabeza y le dirigió una breve sonrisa—. Pero aprecio su amabilidad. Ha sido muy bueno con nosotros.

—Podría serlo más —dijo él. Después se volvió y pasó detrás del escritorio—. Nunca hago dos veces un ofrecimiento —dijo, en tono vivo y práctico—. Si cambia usted de idea, no tiene más que llamarme.

—Lo recordaré —respondió ella—. Ahora, dígame cómo debo tomar ese barco en Miami.

—¿Cómo llegará hasta allí?

—Puedo ir en mi coche.

—Bien —dijo él—, así está la cosa. —Cuidadosamente, le dio instrucciones y un número de teléfono en Miami—. Solo tiene tres días para hacerlo —le explicó—. Cuando llegue allí, llame a este número y pregunte por Tommy. La estará esperando. Larsen, el capitán del barco, estará en contacto con él. La llevará a bordo. Cuando se separe de Tommy, dele las llaves de su coche. Él lo hará desaparecer, de manera que nadie pueda seguirle a usted la pista. —Se inclinó sobre la mesa y la observó fijamente—. Es un buen plan —le aseguró—. Su marido embarca en Nueva Orleans, y usted, en Miami. El Dirmuid no tiene anunciado hacer escala allí, por lo que la Policía no podrá preverlo.

—¡Oh, sí! —dijo ella, esforzándose en mostrarle su gratitud. Crosley se hinchó de satisfacción y vanidad—. Creo que ha urdido usted un plan perfecto. —Se puso graciosamente en pie y cogió su bolso—. Debo darme prisa —dijo—, aunque me gustaría seguir charlando un rato. Pero tengo que partir pronto hacia Miami.

—No olvide lo que le he dicho —dijo Crosley—. Si me necesita, llámeme.

Durante el trayecto hacia Miami, condujo con precaución, observando siempre los límites de velocidad, pero sus pensamientos iban lejos..., lejos, y estaban llenos de aprensión. Se daba cuenta de que, una vez hubiese zarpado el Dirmuid de los Estados Unidos, ella y Rohan se habrían embarcado en su último viaje. Si todo iba bien y tenían suerte, podrían permanecer ocultos durante años; si eran descubiertos, no tendrían otro sitio al que huir. Tal vez al continente, si tenían tiempo; pero, una vez en Europa, podrían aprehenderlos con facilidad. Sin embargo, si les daban tiempo, podrían establecerse en Irlanda e integrarse en el país. Rezó en silencio: «Tiempo, solo tiempo; por favor, danos un poco de tiempo».

Los dos pasaportes que había cogido en la huida, el suyo y el de Turner, habían sido hábilmente amañados. Los números de serie habían sido cambiados, así como

los nombres y las direcciones. La fotografía de Turner había sido cambiada por una de Rohan, y el sello de perforación, exactamente copiado en la misma. Incluso un visado, con la fecha de entrada, había sido transformado para Irlanda. El falsificador de Crosley había hecho un trabajo excelente.

Evitando a los agentes de Aduana y de Inmigración, tanto en los Estados Unidos como en Irlanda, no habría constancia de su salida ni de su entrada. Más tarde, con la fecha de entrada falsificada, podrían solicitar la residencia permanente.

Lo único que necesitaban, se repitió, ¡era tiempo! Pero mientras conducía, absorta en sus pensamientos y preocupaciones, sabía, de algún modo, que no lo tendrían. En Nueva York o en Nueva Orleans, un hombre invisible estaba arrancando los días y las semanas del calendario de sus vidas. Pronto llegaría al último día. Se estremeció. Cuando este llegase, haría lo que tenía que hacer por Rohan.

## CAPÍTULO XXII

Por la mañana no tuve resaca, no me sentí indispuesto por el licor. Mi desesperación de la noche anterior había cesado, aunque un vacío se había apoderado de mí. Sabía lo que tenía que hacer.

Mi preocupación, mi identificación con el pelirrojo, no era un antojo mío, sino un deber que me había impuesto a mí mismo. Una vez más me convertí en policía. Lo mismo daba. Si Rohan había disparado y matado a Turner, no podría, en su calidad de delincuente fugitivo, alegar defensa propia; si Mercedes Turner había matado a su marido, debía someterse a juicio.

Aquella tarde hablé con Skors por teléfono.

—Estoy seguro de que se han ido —le dije—, pero me quedaré aquí un poco más.

—Si se han largado, ¿qué más puedes hacer ahí?

—La pista está aquí. Volveré a encontrarla —le dije, sintiéndome seguro de ello, pero sin gran satisfacción.

Ya no tenía necesidad de pasar las noches en el Vieux Carré, y también empecé a pasar menos tiempo en las terminales y los muelles. En cambio, dediqué cada vez más horas a las salas de juego, y a los bares donde pasaban el tiempo los marineros. En uno de ellos, llamado «Hull», conocí a un delgado y nervudo negro de Jamaica. Hablaba inglés con un sorprendente acento británico. Entablé conversación con él y le invité a una copa.

—¡Salud! —me dijo. Engulló de un trago la bebida—. Acabo de salir del hospital. Me dio un fuerte ataque de apendicitis...

—Mala cosa —le dije.

—Cierto. —Asintió con la cabeza y sonrió, mostrando los dientes, muy blancos, en contraste con el negro de su piel—. El capitán me hizo desembarcar en Nueva Orleans, entre Galveston y Miami. Un fastidio.

—¿Qué barco era? —le pregunté, distraídamente.

—El Dirmuid —respondió, pronunciándolo Dermor—. De Sydney. Larsen es su capitán. —Jugueteó con su vaso—. Ahora debo encontrar trabajo en otro barco.

—No le será difícil encontrarlo —le dije.

—No. Pero lamento haber perdido aquel. Se dirigía a Galway y Dublín. Nunca he estado allí, ¿sabe?

—Tampoco yo —le dije. Dejé mi vaso sobre la barra y encendí otro cigarrillo. Entonces me di cuenta, de pronto, de lo que había dicho él. Me volví rápidamente—. ¿Ha dicho que el Dirmuid zarpaba hacia Irlanda?

—Sí. El primer puerto de arribada será Galway. Pude sentir la antigua y familiar excitación subiendo por mis brazos, y haciéndome cosquillas en los músculos.

—¿Cuándo zarpó?

Me lo dijo y conté los días en un calendario mental. El barco había zarpado después de llegar yo a Nueva Orleans.

—¿Cuánto tarda en llegar a Galway? —le pregunté, procurando disimular la excitación en mi voz.

—Probablemente, dos semanas. Es una vieja bañera, ¿sabe? No muy veloz.

Dos semanas..., ¡dos semanas! Habían pasado cuatro desde que el Dirmuid había zarpado de Nueva Orleans.

—¿Alguna escala? —le pregunté.

—Solo un día..., en Miami.

¡Claro! Ahora lo veía. Irlanda..., era evidente..., era ideal. Mientras yo observaba las puertas de delante y de atrás, se había producido la fuga por la ventana. En mi segunda semana de estancia en Nueva Orleans, el Dirmuid había hecho escala..., sin amarrar..., el tiempo suficiente para desembarcar al marinero enfermo. No había sido una escala prevista desde el principio, y no había constado en el boletín del puerto. Y yo no me había enterado.

Invité a otra copa al marinero y le pregunté:

—¿Quiénes son los propietarios?

—Benson y Swift, de Sydney.

—¿Tienen un agente aquí?

—Supongo que deben de tenerlo.

Esperé con impaciencia a que apurase su copa; después, corrí a un teléfono. Me llené el bolsillo de monedas sueltas y llamé a Skors. Cuando me respondió, le dije:

—Creo que lo tengo. Mira si puedes localizar al agente de una compañía naviera denominada «Benson and Swift», de Sydney, Australia. —Le di el nombre del barco y la fecha en la que había hecho escala en Nueva Orleans, así como la fecha prevista de llegada a Galway—. Habla también con los agentes de Inmigración, y mira si puedes averiguar los nombres que emplean en los pasaportes.

—¿Por qué estás tan seguro de que salieron en el Dirmuid?

—Es la única solución posible.

—¿Dónde puedo llamarte? —me preguntó.

Mi habitación no tenía teléfono, y no había ningún sitio al que pudiese llamarme.

—Volveré a llamarte esta noche —le dije.

Regresé al puerto y me senté en uno de los muelles de hormigón. Cerca de mí, una máquina del «Public Belt Railway» resoplaba y ponía a los vagones en posición de carga. El agua espesa del gran río resplandecía con colores opalescentes al pasar flotando las manchas de petróleo, diluidas en películas finas como telarañas. Me bajé el sombrero sobre los ojos y apoyé la espalda en una columna. Inquieto, encendí un cigarrillo, pero no me supo bien. Procuré calmarme, para la espera. La caza empezaba de nuevo.

Aquella noche recibí noticias de Skors. Era más o menos lo que había esperado, a excepción de los detalles.

—El agente de «Benson and Swift» en Nueva Orleans es «H. H. Jamison and Son». No saben nada de la escala. En Miami, el agente es «John T. Thorndyke

Company». Thorndyke no supo, hasta que el Dirmuid hubo zarpado de Miami, que el capitán había embarcado a Thomas Hart, de Nueva Orleans a Galway, y a Jane Sterns, de Miami a Dublín.

—¡Eso es! —le dije—. No puede ser de otra manera. Rohan embarcó en Nueva Orleans y Mercedes Turner cogió el barco en Miami. Se separaron..., ¡muy ingenioso!

—Según Thorndyke —dijo Skors—, el capitán Largen envió por correo el dinero de los pasajes desde Miami. Llevaba dos días en el Atlántico cuando fue recibida su carta. Naturalmente, la cosa no le importaba a Thorndyke ni a «Benson and Swift», con tal de recibir el dinero y de que se llevasen en regla los libros.

—¿Qué dicen las autoridades de Inmigración?

Skors se echó a reír con acritud.

—¿Qué pueden decir? No mucho. Los fugitivos no pasaron por la Aduana al hacerse a la mar... Por lo visto, pasaron directamente a bordo.

—¿Y el capitán?

—Estaba confabulado, desde luego. Alguien debió pagarle bien. Y lo peor es que Inmigración no podrá echarle el guante cuando vuelva, pues lo único que tendrá que hacer será decir que fue un descuido, un lamentable error, pues creía que todo estaba en regla.

Estuve de acuerdo con Skors.

—¿Cuándo llegó el Dirmuid a Galway? —le pregunté.

—Hace unas dos semanas.

—Bien —le dije—. Probablemente te veré mañana. Voy a volver a casa.

—Overton se pondrá en contacto con la Embajada de Irlanda aquí, en Nueva York, y ha telegrafiado a las autoridades de Dublín. ¿Te parece bien?

—Desde luego.

Colgué el teléfono. Me sentía cansado, y no estaba satisfecho. Era eso. Hugh Rohan y Mercedes Turner habían cambiado un gran continente y millones de personas por una pequeña isla. Había llegado el momento de que los ojeadores pusiesen manos a la obra, y la caza terminaría pronto.

La Policía de Irlanda recibe el nombre de Guardia Cívica. Es una organización nacional y tiene su Jefatura en Dublín. El país está dividido en distritos, y un distrito está compuesto de uno o más Condados, a cargo de un superintendente. A través del superintendente, la autoridad pasa a las villas, pueblos y pequeños caseríos.

El Dirmuid había hecho escala en la ciudad de Galway, un puerto del extremo de la costa occidental de Irlanda, antes de continuar hacia Dublín. Las autoridades irlandesas creían que los dos fugitivos habían desembarcado en Galway. El superintendente O'Hara, encargado del distrito de Galway, estaba intensificando su búsqueda en todo el Condado de Galway, y en particular en el sector de Connemara, Murrisk y el campo de Joyce.

De vuelta en Nueva York, la espera no era fácil. Transcurrieron diez días antes de

que recibiésemos información sustancial de Irlanda. Durante aquellos días yo dormía muy poco. Mis pensamientos giraban constantemente alrededor de Rohan. Mercedes Turner era incidental en estos pero, desde luego, no en el cuadro. La terrible cadena que les había unido en el asesinato, les había mantenido juntos en la escapada. No podía librarme de la simpatía que sentía por el pelirrojo y por su amor, de mi compasión por los dos, que huían, huían, huían. Reflejada en el espejo de mis pensamientos, podía ver la cara de Rohan, la roja mata de sus cabellos. Sabía que ahora se los había teñido de castaño, pero en mi mente seguía viéndolos rojos y sospechaba que Mercedes seguía también viéndolos así.

«¿Qué es —pensaba— lo que en esta vida convierte a un hombre en cazador y a otro en cazado? ¿Acaso nacen todos los hombres con el instinto de matar? Yo, con mi insignia. Rohan, con su amor». Estas ideas me inquietaban..., como no me habían inquietado nunca.

Y no es que yo dudase de la ley, ni del respeto que esta debe merecer; ni de que, en una sociedad donde no hubiese ley, los depravados prevalecerían sobre los honrados, y los fuertes sobre los débiles. No, nunca había dudado de esto.

Pero descubrí que estaba dudando... de mí mismo.

Mi vida, mis pensamientos, se habían entrelazado de tal suerte con los del pelirrojo, que ya no podía pensar simplemente en él como en un criminal al que había que dar caza. Sabía que, con independencia de su pistola y de la mía, de sus cabellos rojos y los míos negros, éramos hermanos. Y sabía que, en definitiva, teníamos que enfrentarnos y matarnos.

Cuando llegó el telegrama, nada podía yo hacer; era parte del fin del pelirrojo. El superintendente O'Hara había localizado a los dos fugitivos, que vivían en un pueblo llamado Letterfrack, en Connemara. Enviaba sus descripciones, y ya no cabía duda sobre su identidad. No sabían que eran vigilados por las autoridades irlandesas. Nosotros no habíamos cursado todavía peticiones de extradición, y por esto no los había detenido O'Hara, porque primero teníamos que comprobar su identidad. Ahora que la pareja había sido localizada, había pocas posibilidades de que pudiesen escapar.

Telegrafí a O'Hara, diciéndole que no los perdiese de vista..., pero sin denunciarles ni detenerles, y que seguidamente le enviaría información adicional por cable.

Cuando se lo dije al jefe de detectives, este sonrió satisfecho.

—Es una buena noticia —dijo—. Me alegraré de quitarme a Albany de encima. ¿Va a ir usted en su busca?

—Si usted cree que debo hacerlo, señor. Pero también podrían ir Skors u Overton, si lo prefiere.

—No. Usted ha llevado este caso desde el principio. Termínelo. —Cogió un cigarro y mordió cuidadosamente la punta—. ¿Ha estado alguna vez en Irlanda?

—No, señor.

—¿No vino de allí su familia? —Sonrió y añadió—: La opinión general es que todos los policías tienen familias procedentes de Irlanda.

—Yo no, señor.

—Muy bien. Tiene bien ganado el viaje. —Encendió el cigarro—. Además, lo va a pagar la oficina del fiscal del Distrito..., no yo.

Rio entre dientes. Y era que, en cuanto la oficina del fiscal del Distrito ordenaba la detención de un fugitivo, todos los gastos del oficial que se hacía cargo de los presos y los traía, eran pagados por la oficina del fiscal y no por el Departamento de Policía.

—Haré que Overton curse los mandamientos y arregle los papeles para la extradición —dije.

—Suerte.

Salió de detrás de la mesa y me estrechó la mano. Overton se encargó de todo el papeleo. Al principio, iba a ir conmigo; pero después, para ahorrar gastos, la oficina del fiscal del Distrito decidió que fuese yo solo. Contaría con la ayuda de las autoridades irlandesas para meter a los fugitivos en el avión y, cuando estuviesen a bordo, volaríamos directamente hasta Nueva York, donde Skors y Overton me estarían esperando en Idlewild.

Telegrafí a O'Hara anunciándole mi llegada, y que me reuniría con él en Galway. Pero antes de enviar el mensaje pensé en qué otras instrucciones debía cursarle. Podía pedirle que practicase inmediatamente la detención, y él lo haría; en tal caso, lo único que tendría que hacer yo sería ir a recoger a los detenidos en Galway. Por otra parte, les había seguido durante tanto tiempo, corriendo con la liebre y los lebreles, que pensaba que tenía que estar allí cuando el pelirrojo fuese aprehendido; que se lo debía como una obligación. Me parecía injusto que fuese detenido de manera impersonal, con indiferencia, por un simple intercambio de papeles. Tomé el telegrama y añadí estas frases: «Aplase las detenciones hasta mi llegada. Acompañaré a sus hombres».

Mi avión salió a última hora de la tarde. La mañana siguiente, temprano, llegamos al aeropuerto de Shannon. Con mis documentos oficiales pasé rápidamente por la Aduana, y me dirigí al comedor del aeropuerto, donde consumí un copioso desayuno a base de huevos y tocino irlandés. Después tomé un desvencijado y viejo autobús hasta la ciudad de Limerick. El autobús se detuvo muchas veces, chirriando en las estrechas y serpenteantes carreteras, para recoger o descargar pasajeros en las encrucijadas, caseríos o campos. Los pasajeros, amigos o desconocidos por igual, entablaban conversaciones fáciles e informales a lo largo y a lo ancho del crujiente vehículo. Sentado en la parte de atrás del autobús, junto a la pequeña plataforma abierta, me arrebujé en mi abrigo para protegerme de la humedad. Estábamos en invierno y el aire era relativamente crudo, pero no hacía realmente frío; lo malo era la humedad.

El autobús entró despacio en la ciudad. Limerick es una ciudad antigua, supongo

que como todas las de Irlanda, y está emplazada a orillas del Shannon. En Irlanda solo hay un ferrocarril, propiedad de la Autoridad de Tráfico, y mientras esperaba el tren que habría de llevarme a Galway, paseé por las empedradas y torcidas calles de Limerick. Aquí se habían librado grandes batallas en la antigüedad, y se habían enterrado héroes legendarios; entré en una pequeña tienda con tejado de dos aguas, para comprar una corbata de lana irlandesa.

Subiendo a un tren que parecía de juguete, me acomodé en un compartimiento tapizado con una tela desteñida que me hizo pensar en las antiguas bolsas de viaje, aunque en realidad yo nunca había visto ninguna. El tren parecía marchar gracias a la ayuda de un débil pero estridente silbato. Al otro lado de las ventanillas, los taludes y mesetas se alzaban a más altura que los ojos, por lo que había que mirar por encima de ellos, y entonces solo se veía el cielo y unas montañas purpúreas a lo lejos.

Un sacerdote irlandés entró en el compartimiento y se sentó delante de mí. Me miró amigablemente, sacó una pipa grande y empezó a llenarla. Cuando hubo terminado, me ofreció la bolsa de tabaco. Le di las gracias y encendí un cigarrillo. El olor del tabaco era agradable y aromático en el compartimiento.

—¿Va usted lejos? —me preguntó el cura.

—A Galway.

—¿Es este su primer viaje allí?

Le dije que sí.

—Oh..., es una bella ciudad. Hay una leyenda referente a Galway. Desde luego, los españoles y los italianos la rechazan, pero esta se mantiene. Y, si una leyenda se conserva a lo largo de quinientos años, no hay que tomarla a la ligera, ¿verdad?

—No —le dije—. No hay que tomarla a la ligera.

—Bueno, esta es la leyenda. —Chupó su pipa con fuerza y me observó fijamente—. Después de zarpar Cristóbal Colón de España, hizo escala en el puerto de Galway, antes de adentrarse en el Atlántico. Hizo escala y se abasteció de agua dulce y comestibles, y rezó en las iglesias irlandesas. —Se interrumpió para chupar su pipa y reavivar el fuego—. Galway es el puerto más occidental de Europa, por lo que aquella decisión habría sido lógica.

—Sé muy poco acerca de Galway —le dije.

—Nadie sabe mucho —declaró—. Se dice que el puerto de Galway existió desde el principio de los tiempos, que los antiguos fenicios iban allí para trocar estaño por oro y plata gaélicos. Y antes de los fenicios..., estoy seguro de que vinieron otros. —Sacudió la cabeza y me miró tristemente—. ¡Oh, le estoy dando una sinopsis de la historia de Irlanda, tal vez inconscientemente; pero parece que Irlanda ha estado siempre trocando su oro y su plata por estaño..., pobrecita! —Miró por la ventanilla. Se levantó y sacudió la pipa contra el borde de aquella—. Tengo que apearme pronto —dijo—. Le deseo un buen viaje.

Le di las gracias con un movimiento de cabeza, pero no le respondí. No podía decirle que había venido a Irlanda para trocar plomo y muerte por la vida y libertad

de un pelirrojo. El cura sabía que el plomo valía todavía menos que el estaño.

Era tarde cuando llegué a Galway City. Un inspector me estaba esperando en la estación. Se llamaba Greene. Me dijo:

—Le he reservado habitación en el hotel. Deme los papeles y haré que los aprueben esta noche.

Le tendí los mandamientos judiciales y los documentos de extradición.

—No pensarán detenerles esta noche, ¿verdad?

—No. Letterfrack está bastante lejos y llegaríamos muy tarde allí. Después tendríamos que volver aquí. Por la mañana habrá tiempo suficiente para hacer la detención.

Subimos al pequeño «Austin» del inspector y, mientras nos dirigíamos al hotel, él me preguntó:

—¿Lleva usted un arma?

Me sorprendió la pregunta.

—Naturalmente —dije—. ¿Por qué?

—Bueno —dijo, casi en tono de disculpa—, aquí no las llevamos, ¿sabe?

—¡Oh! —Le miré y él asintió con la cabeza—. Creo que sería mejor que mañana las llevarsen.

—No será necesario.

—Temo que sí. El hombre va armado y creo que es capaz de disparar. —Greene no replicó—. ¿Podré llevar la mía?

—Si insiste, tal vez pueda arreglarlo. Pero es algo desacostumbrado, ¿sabe? —Se volvió para mirarme a la cara—. Por la mañana se lo preguntaré al súper.

Aquella noche yací despierto en mi cama. No había dormido mucho la anterior en el avión, y estaba cansado y soñoliento. Pero no podía dormir a causa del pelirrojo.

Seguía preguntándome qué estaría haciendo él. Cómo iba a pasar su última noche de libertad..., o de vida. ¿Estaría abrazando a Mercedes Turner? ¿Estaría riendo, en el calor de su amor? ¿Sería feliz?

Retorcer la almohada en un fuerte nudo no me produjo alivio. Ni dio respuesta a mis preguntas. Me levanté, puse una silla delante de la ventana y me senté..., contemplando la calle desierta allá abajo. A lo lejos, sonó una campana tocando la hora, y las olas susurraron en el puerto. Permanecí sentado, montando la guardia por mí mismo o por el pelirrojo, hasta que quedé agotado y se entumeció mi mente.

Así estuve hasta la aurora, sin dormir.

El inspector Greene me recogió en el hotel a las ocho de la mañana. Hacía frío, había un poco de niebla y una llovizna flotaba en el aire. Dos agentes acompañaban a Greene; ambos vestían uniformes de color azul oscuro, y cuello duro y alto; Me senté al lado del inspector y partimos, dejando Galway atrás y dirigiéndonos hacia el Norte y el Oeste.

Hay una buena carretera a través de Connaught y Connemara, y pasamos por aldeas con nombres que eran como notas musicales: Moycullen, Shindilli, Derryneen,

Ballynahinch. Había páramos y colinas onduladas, y las montañas lucían colores castaños, azules y violetas de invierno, siempre con verdes en pequeños lugares ocultos; las rocas grises de las calas eran rociadas por las aguas de color de plomo del Atlántico..., y, envolviéndolo todo, estaba la suave e indefinida lluvia que parecía nieve. Corderos negros recorrían el campo, y pequeños asnos que parecían haber surgido de libros infantiles, cubiertos con sus abrigo de invierno de piel de pelo largo, nos miraban con curiosidad desde la orilla de la carretera, al pasar nosotros en el coche. Era una tierra dura, sencilla y solitaria, pero orgullosa de su violenta belleza.

Nos detuvimos en Clifden, junto a la bahía de Ardbear, y el inspector Greene se apeó del coche.

—Iré a ver al policía de aquí —dijo—, y volveré enseguida.

A los pocos minutos, volvió a sentarse detrás del volante.

—Ha sido una noche tranquila, y ellos no sospechan nada —explicó—. Así acaba de comunicarlo un agente local apostado en Letterfrack.

—¿A qué distancia estamos de Letterfrack?

—No muy lejos. A unos catorce o quince kilómetros.

Asentí con la cabeza, y permanecí sentado en silencio, a su lado. Desde Clifden, la carretera tuerce hacia fuera y después traza un semicírculo hacia Letterfrack, al Norte. No hablábamos; no había nada que decir; Greene cubrió la distancia sumido en profunda reflexión.

Letterfrack era una aldea situada en un cruce de la carretera, y compuesta de varios pequeños edificios: una diminuta oficina de Correos, una tienda de comestibles, un garaje con un surtidor de gasolina, y varias casas de campo. Un policía, vestido con su arcaico uniforme azul, salió de la oficina de Correos a la carretera, y nos hizo una señal para que nos detuviésemos. Saludó al inspector Greene.

—El hombre y la mujer están todavía en la casita —informó.

## CAPÍTULO XXIII

Era una casa de campo de tres habitaciones. Estaba enjalbegada, y las tejas lavadas por la lluvia y blanqueadas por el sol, habían adquirido un color de madera oscura. Un sendero enlosado conducía de la carretera de tierra a la casa y, en verano, tenía las orillas cubiertas de flores. A cada lado de la puerta, cuya parte superior podía abrirse, había una estropeada figura de terracota, una esfinge en miniatura agazapada junto a los dos peldaños bajos.

Detrás de la casita había un huerto grande, sin cultivar en invierno, y en cuya parte de atrás crecía un seto de la altura de un hombre de elevada estatura, y había un pequeño gallinero, ahora vacío. No había árboles cerca de la casa, ni siquiera a la vista de esta, pero aquello no era raro, ya que hay muy pocos árboles en esta parte de Irlanda. Carretera arriba, en dirección oeste, estaba la encrucijada de la aldea de Letterfrack, y, carretera abajo, hacia el Este y descendiendo por una empinada cuesta, la tierra terminaba en el puerto de Barrynakill, empleado únicamente en ocasiones, por pequeñas barcas de pesca. En los días claros, Rohan podía, de pie en la entrada de la casa, ver a lo lejos, en el puerto, las islas de Inishbofin e Inishark, irreales, débilmente azules en el horizonte. Pero, en invierno, los días solían ser nublados, grises, lluviosos, pero con una lluvia tan fina que era como niebla. Y apenas percibida por la piel.

Cuando encontraron esta casita de campo, la alquilaron inmediatamente, creyendo que su aislamiento les daría la seguridad que buscaban. Rohan iba todos los días a la pequeña tienda a comprar comida pero, aparte de esto, no se relacionaban con nadie, amparándose en su soledad. Sin embargo, esta empezaba a pesarles.

En el pequeño salón, quemaban turba sobre la gruesa placa de hierro de la chimenea. De noche, la turba ardía sin llama, dando poco calor, pero llenando la habitación de un humo aromático, limpio y agradable. Contra la pared había una alta cómoda, con su parte alta cubierta de recuerdos reunidos por el hijo del dueño de la casa: conchas marinas de delicados labios rosados, huevos descoloridos de aves, un trozo de piedra de un montículo druida próximo a Dowth, y un pequeño frasco de metal de propaganda de «Guinness», de Dublín.

Una mesa redonda y pesada ocupaba el centro de la estancia, debajo de una luz eléctrica que pendía de un cordón en el techo. Una pantalla de seda cubría la bombilla, y la combinación de luz y sombra producía un resplandor débil y amarillo que, por la noche, bañaba la habitación con un fulgor ambarino. Fuera, los vientos del Oeste sacudían los cimientos de la casa, haciendo que esta temblase y gimiese durante las noches.

La mesa circular se convirtió en el centro de su vida social; en ella comían, cenaban y leían los delgados y extraños periódicos irlandeses. Con frecuencia se sentaban los dos allí, sin decir nada, apoyados los codos sobre la mesa, sumido cada cual en sus propios pensamientos. Parecía que habían encontrado la paz que habían

estado buscando, pero Rohan empezó a ponerse nuevamente nervioso.

Comenzó con una ligera inquietud que hurgaba en su cerebro y tiraba de sus nervios con pequeños dedos invisibles. Una especie de presentimiento le iba preocupando cada día más, y sus ideas se debatían entre la realidad y la superstición. Buscaba desesperadamente una explicación dentro de sí mismo, no la encontraba y volvía a sus extravagantes fantasías. Hasta que, una noche, no pudo reprimir más tiempo sus pensamientos y estos estallaron.

—¡Mercy! —gritó, con voz turbada—, ¿no les oyes? Hay algo rondando en la noche.

—Es tu imaginación —replicó ligeramente ella. Pero él se negó a aceptar su ligereza.

—¡No!

Se levantó de la mesa, caminó hacia la puerta, abrió la mitad superior de esta y apoyó los antebrazos en la parte inferior. Con la luz de la estancia detrás de él, solo pudo ver la oscuridad, y el viento silbó alrededor de la puerta, levantándole los cabellos y apartándolos de su cara. Sacudió la cabeza y cerró la puerta, permaneció de pie al lado de la mujer y la miró en silencio, contraída la cara por la tensión.

—Está allí —dijo con voz desalentada—. El pasado..., está allá fuera, en la noche.

Mercedes se levantó apresuradamente y corrió a la cocina. El miedo de Rohan se le había contagiado, y quería disimularlo, que él no lo viese. Arrastró rápidamente una pequeña bañera de metal, alta al nivel de los hombros, baja al de los pies.

—He calentado agua —gritó— y voy a tomar un baño. ¿Quieres que también caliente agua para ti?

—No.

Mercedes llenó la bañera con un gran cubo de agua que hervía sobre la plancha de hierro, y añadió agua fría de un cubo de madera de la cocina. Acercando la bañera al fuego para tener más calor, se desnudó y se introdujo en ella. Había recogido sus cabellos de color miel sobre la cabeza, sujetándolos con una estrecha cinta, y se sentó, temblando, en la bañera, insensible al calor. Tenía frío, tanto frío, que el agua no podía calentarla, y ella temblaba.

—Querido —llamó, con voz perdida—, ven a la puerta..., ¡ven y háblame!

—Ahora estoy ocupado —respondió él, oyéndola apenas, sin percibir la soledad en su voz.

Rohan estaba sentado a la mesa, con una hoja de papel delante de él, y una pluma en la mano. Empezó a escribir, despacio al principio, al poner la fecha, y más rápidamente después, hasta que pareció que su pluma apenas tocaba el papel.

*A la Policía de la ciudad de Nueva York, N. Y., EE. UU.:*

*Esta es mi confesión fiel y completa. Hecha libremente y sin coacción. Yo*

*disparé contra Albert Turner y le maté, en su apartamento de Nueva York, en un ataque de ira y de celos, con un arma que llevaba yo. Su esposa, entonces Mercedes Turner, ahora Mercedes Turner Rohan, no fue en modo alguno responsable. En aquel momento no pudo hacer nada para impedir que yo disparase, y acepto la plena responsabilidad del asesinato.*

*HUGH ROHAN.*

La leyó cuidadosamente dejando la pluma a un lado, cansada y pesada la mano. Hubiese debido incluirlo todo, pensó: «Lugares..., fechas..., nombres..., direcciones. Había tanto que contar, que nadie, salvo Mercedes, lo comprendería nunca. Yo no odiaba ni quería odiar a Albert Turner, pero lo maté, porque ya no había tiempo para nada, salvo para la muerte. No había vida para mí, salvo la poca que pudiese robar a Turner. ¡Pero está aquí! ¡Les digo que yo lo hice!». Súbitamente, tomó de nuevo la pluma y añadió una posdata:

*P. D.: Creo firmemente que moriré dentro de poco, y no quiero que este asesinato pese sobre mi conciencia.*

Hizo una mueca, torciendo los labios con dolor. «Esto les gustará —pensó—; podrán interpretado como quieran».

Se levantó, dobló la hoja de papel y entró en el dormitorio. Sacó de debajo de la cama la maleta de Mercedes. La abrió, encontró un pequeño bolso negro y guardó el papel en él. Volvió a dejar el bolso en la maleta, cerró esta y la empujó debajo de la cama. Se acercó cansadamente a la cocina, y dijo:

—Si me ocurriese algo, no dejes de mirar en tu bolso negro... Está en una de tus maletas.

Ella le miró, alarmada.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

El agua de la bañera se enfrió de pronto.

—Nada. Pero recuerda..., aquel bolso tuyo. ¿Lo harás?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí —murmuró—, pero...

Él se volvió, dejándola sola en la cocina.

—Voy a dar un paseo —le gritó, poniéndose el abrigo y saliendo a la noche.

En la oscuridad, tanteó el camino con los pies y lo siguió hasta la carretera. Con los ojos cada vez más adaptados a la noche, giró en dirección al puerto. El viento continuaba resoplando desde el Oeste y le azotó la cara, y la fría humedad se filtró a través del abrigo. Volviendo la cabeza atrás, miró hacia el cielo, pero no pudo ver nada, ni estrellas ni luna. Siguió andando inseguro, tropezando en ocasiones, hasta que oyó romper las olas contra las rocas de Ballynakill. Entonces distinguió los

colores más claros de la rompiente, y la espuma que coronaba las crestas de las olas, y aceleró el paso hasta que empezó a correr, tropezando y cayendo sobre el suelo rocoso y desigual, contusas las manos y rasgadas las rodilleras del pantalón. Llegó a un pequeño promontorio donde rugía el agua furiosamente bajo sus pies, contra las rocas salientes. De pie allí, observó el océano visible solamente en sus bordes espumosos, pero no sintió nada..., ningún valor, solo un vacío sin fondo. Desesperado, volvió los oídos al viento, escuchando la voz de la noche; pero el viento no tenía nada que decirle y, como tratando de calmar su miedo, lanzó la espuma de la rompiente contra su cara, besándola con mil labios fríos como el hielo.

Pero el momento de su libre decisión había pasado. No volvería. Poco a poco se apartó del borde del acantilado y volvió atrás, buscando la carretera para volver a casa. Cuando llegó, Mercedes se había acostado y lo llamó. Él no respondió, pero se desnudó y se tumbó a su lado.

—Abrázame —le suplicó—. Tengo frío.

Por la mañana, Rohan se levantó temprano, vistiéndose y afeitándose con cuidado. La mujer preparó el desayuno y los dos se sentaron a la mesa para tomar su café.

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió él, con indiferencia, abatida la voz.

—Tengo entendido que hay una abadía muy hermosa en Kylemore... ¿Por qué no vas a verla?

—Tal vez...

—Si quieres, me vestiré e iré contigo.

—Tal vez —replicó él, con voz monótona—, tal vez después de almorzar.

Fuera, el día volvía a estar pesado; llovía y la luz tenía un color gris difuso. Rohan permaneció sentado, sumido en sus pensamientos, delante de la mesa, durante toda la mañana, hasta que llegó y se detuvo el automóvil.

Fue la mujer quien les vio primero y, por un momento, miró sin comprender. Cuatro hombres se apearon del coche que iba delante, y uno solo del de atrás. Advirtió que tres de ellos llevaban el uniforme azul de la Policía; los otros dos iban de paisano. Desde aquella distancia no pudo distinguir las caras, ya que, momentáneamente, se agruparon sólidamente. El jefe dio las órdenes, y dos de los policías uniformados corrieron a la parte de atrás de la casa y entraron en el huerto.

—¡Hugh! —gritó Mercedes—. ¡Han venido!

—Sí —dijo él. Su voz no reveló sorpresa—. Les estaba esperando.

Ella corrió a la mesa, se arrodilló al lado de él, tomando sus manos en las suyas.

—Querido..., —gimió—, querido, querido, ¡querido! —Él siguió sentado, inmóvil, como sordo, fijos los ojos en la mesa—. ¿Recuerdas lo mucho que te amo? —dijo ella, sollozando—. ¿Y recuerdas que siempre dijimos que, cuando llegase este momento..., ganaríamos todo el tiempo posible?

Él asintió despacio con la cabeza.

—Sí —dijo, sin mover los labios—, pero es inútil.

—¡No! —replicó vivamente ella, con voz firme y resuelta—. ¡No es inútil!

Oyeron ruido en el jardín de delante.

—Somos agentes de la ley —gritó una voz irlandesa—, ¡y traemos órdenes de detención!

—Escucha, querido —dijo Mercedes, en tono apremiante—. Tienen dos coches ahí fuera. Dos de los policías están en el huerto de atrás. Si puedes salir por la parte de delante..., dispara. Tomaremos uno de los automóviles..., y podrás inutilizar el otro.

—Es inútil —dijo él.

Tenía contraído y pálido el semblante.

Ella le agarró la cara y le besó, húmedos y cálidos sus labios en los de él, secos y ardientes los ojos en su mejilla.

—Querido..., hazlo por mí..., ¡por mí! ¡Tienes que hacerlo! ¡Es nuestra única esperanza!

Otra voz llamó desde fuera, una voz norteamericana.

—Hugh Rohan y Mercedes Turner, he venido de Nueva York con una orden de detención contra los dos. ¡Salgan! Salgan pacíficamente, ¡o entraremos!

—¡Escucha eso, querido! —gritó ella—. ¡Van a entrar! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Hazlo por mí!

Rohan se apartó de la mesa, turbios los ojos con un miedo terrible. Durante un instante permaneció de pie al lado de ella; después la puso en pie y la estrechó con fuerza.

—Tengo miedo, Mercy —dijo, y su voz era un murmullo—, pero siempre lo he tenido... por ti.

Sacó la corta pistola del bolsillo de atrás. Sosteniéndola en la mano, se dirigió a la puerta.

El norteamericano gritó de nuevo:

—¡Rohan! ¡Salga!

Él abrió la puerta y quedó inmóvil entre las dos esfinges. Deliberadamente, levantó la pistola y disparó contra la cara del hombre que tenía delante.

## CAPÍTULO XXIV

Partimos de la oficina de Correos de Letterfrack y, al llegar al cruce, giramos a la izquierda. Había una estrecha carretera sin pavimentar que giraba en ángulo recto en dirección a la costa. El policía local nos siguió en el segundo automóvil. A eso de medio kilómetro de la tienda, había una casita blanca solitaria, con unas figuras de cerámica a los lados de la puerta.

—Esta es la casa —dijo Greene.

Detuvo el coche y nos apeamos. Ahora llovía con fuerza y tuve la impresión de que la lluvia era para mí. Eran lágrimas que se deslizaban por mi cara, ya que no podía verter las mías por mí mismo o por el pelirrojo.

Greene ordenó a los dos hombres uniformados que nos acompañaban que diesen la vuelta a la casa para cubrir la puerta de atrás. Detrás de la casa, pude ver que había un alto seto verde, pero más allá de este no había nada; solamente una tierra ondulada, y piedras medio ocultas en la falda del monte. Ningún lugar donde pudiese esconderse Rohan, me dije, ningún otro lugar al que correr. Greene y yo nos acercamos a la entrada de la casa, y el policía local nos siguió, aunque haciéndose a un lado. Greene miró con aprobación a su alrededor. Después, gritó:

—¡Somos agentes de la ley, y traemos órdenes de detención!

No hubo respuesta desde la casa y poco a poco, nos acercamos a la puerta.

—No demasiado —advertí a Greene—. Estoy seguro de que Rohan tiene una pistola.

—No la usará —dijo, impávido, Greene.

Yo sacudí la cabeza.

—Cuando salga, lo hará disparando —dije.

La lluvia seguía cayendo y goteaba del ala de mi sombrero, salpicándome el cuello de la camisa y filtrándose por debajo de él. Me adelanté a Greene, marchando por el sendero; la puerta estaba directamente delante de mí, y tan cerca que casi podía tocarla. Vi que las figuras que la flanqueaban eran esfinges en miniatura; sus caras miraban sin verme, sin ver nada..., pero esperando, solo esperando.

—Sí —les dije—, pronto lo sabremos.

Los segundos estaban llenos de una tensión insoportable, y yo no pude aguantar más.

—Hugh Rohan y Mercedes Turner —grité—, he venido de Nueva York con una orden de detención contra los dos.

La lluvia salpicaba las cabezas de los pequeños animales de piedra, y parecía brotar de sus ojos. De pronto, cesó el viento, y la casa estaba escuchando. En aquel silencio, pude sentir movimiento..., movimiento en la casa, y supe que mi espera casi había terminado.

Grité una vez más:

—¡Rohan! ¡Salga!

Se abrió la puerta y él salió y quedó de pie sobre el último peldaño.

Tenía la pistola levantada, y el negro y mortal agujero me apuntaba directamente a la cara. Disparó y sentí ardor y dolor en la mejilla. Echándome a un lado, me arrojé al suelo y disparé mientras la pistola de Rohan lo hacía por segunda vez.

Rohan cayó hacia delante y su cabeza quedó cerca de las patas de la esfinge. Su sangre se extendió lentamente entre los cabellos, tiñéndolos nuevamente de un rojo brillante. La esfinge siguió mirando fijamente al frente. La espera había terminado.

—¿Está herido? —Era la voz de Greene. Inclinandose sobre mí, alargó una mano para ayudarme a ponerme en pie—. Su mejilla está sangrando —dijo—, pero la herida no parece grave. Fue una suerte que él fallara.

No dije nada. La pistola de Rohan yacía junto a su mano. La tomé y vi que era una «Astra» española. Le quité el cargador y lo sostuve en la mano, ocultándolo a la mirada de Greene.

Estaba cargado con proyectiles de fogeo.

—Si no le importa —dije a Greene, metiéndome el cargador en el bolsillo—, iré yo solo a detener a la mujer.

El inspector asintió con la cabeza.

Crucé la puerta y vi que ella estaba en pie junto a la mesa. Sus cabellos eran rubios como el oro y brillaban, incluso en la oscuridad de la habitación. Estaba con la cabeza baja, esperando y llorando.

—¿Es usted Mercedes Turner? —le pregunté.

—Soy Mercedes Rohan —me respondió.

Levantó la cabeza y miró más allá de mí; solo el dolor se pintaba en su semblante. Saqué el cargador con las balas de fogeo del bolsillo y se lo mostré.

—¿Sabía él que solo había balas de fogeo en la pistola? —le pregunté en voz baja.

—No —respondió ella—, no lo sabía. Las puse yo.

—¿Por qué?

—Porque —dijo ella, y de pronto hubo orgullo en su semblante y sus ojos ya no estuvieron vacíos— era todo lo que podía hacer por él.

## CAPÍTULO XXV

Las pistas de aterrizaje de hormigón tendían una red en los campos llanos. Vagamente, a lo lejos, los montes purpúreos mostraban sus jorobas contra el cielo gris, y la llovizna irlandesa centelleaba sobre el gran clíper transatlántico. El avión estaba parado, cobrando fuerzas y repostando para el vuelo, atendido y mimado por un enjambre de cuidadores. El altavoz del bajo y plano edificio del aeropuerto anunció: «Vuelo 417..., directo a Nueva York... Señores pasajeros, dispónganse a embarcar».

Mercedes Rohan se volvió despacio y, escoltada por una mujer policía, se dirigió hacia el avión plateado.

Greene estrechó la mano del norteamericano que iba a su lado.

—Adiós —le dijo—, y suerte.

Un niño estaba junto a la puerta. Ojos azules en una cara fina y sensible, salpicada de pecas. Miró a los dos hombres, con respeto y fascinación. Poco a poco, se deslizó junto a Greene y, haciendo acopio de valor, tiró de la chaqueta al hombre que estaba al lado de aquel.

—Señor —preguntó—, ¿es usted un detective norteamericano?

El detective se volvió y le sonrió.

—Sí —dijo—, lo soy.

—¿Y es usted indio? —preguntó el chiquillo, observando atentamente la cara del detective.

—No, hijito —respondió suavemente el hombre—. Soy negro.

Después dio media vuelta y se dirigió al avión.

## Documentos BLACK

### *Anotaciones en torno a la corriente lírica culminada con Bill S. Ballinger*

Por JAVIER COMA

De 1950 a 1957 (año de publicación de *La mujer del pelirrojo*) Bill S. Ballinger hizo patente, con media docena de novelas, su adhesión a un determinado enfoque de la narrativa negra, un enfoque lírico que había asomado ya en los años treinta y que dio pie a una corriente singular conforme avanzaban los cuarenta. Características de las correspondientes novelas de Ballinger fueron, en lo que respecta a esta inclinación poética, la fascinación por el tiempo como red estructural del relato, la alternancia de perspectivas en la narración mediante el empleo de los puntos de vista de diversos personajes así como de la plasmación objetiva de los acontecimientos, la estética de una multiplicación de los hechos a modo de piezas de un puzle, la tendencia poética hacía que la realidad adquiriese apariencias fantásticas que incrementaban la misteriosa ambigüedad de los comportamientos humanos. Las presentes anotaciones proponen a su vez diferentes y complementarios ángulos de visión, junto con distintas y suplementarias informaciones, en torno a la culminación en Ballinger de aquella corriente lírica que surgió en el período clásico de la novela negra.

## 1. La aportación de Ballinger

Bill Sanborn Ballinger tenía treinta y ocho años cuando la editorial neoyorquina Harper publicó su novela inaugural del propio ciclo lírico, *Portrait in Smoke* (1950, *Retrato de humo*). En ella se oponía el relato, en primera persona, de cómo un individuo investigaba sobre una bella mujer a la narración objetiva de la verdadera existencia de esta; se trataba, en definitiva, de un nuevo tratamiento del choque entre lo imaginativo y lo real, con hegemonía paulatina del peligroso sueño al que se arrojaba el protagonista. Tras esta novela, Harper editó cinco más de Ballinger en una línea similar, materializada según el entonces constante espíritu de experimentación del autor.

Cinco personajes, vistos narrativamente en tercera persona, obtenían

protagonismo sucesivo e interconexiones dramáticas en *The Darkening Door* (1952). Volvió el relato en primera persona con *Rafferty* (1953, *Rafferty, teniente de Homicidios*), a cargo ahora de un escritor, antiguo amigo del personaje que daba título a la obra. Las indagaciones del narrador motivaban que otros figurantes dieran sus versiones sobre los hechos del pasado y que se reprodujeran documentos sobre el caso. Con *The Tooth and the Nail* (1955, *El diente y la uña*) Ballinger usó por segunda vez la alternancia entre la tercera persona (en los capítulos impares, crónica de un juicio) y la primera (en los capítulos pares, integrados por los recuerdos del narrador en torno a cuanto había conducido al proceso). La fantasía lírica, aderezada de un rotundo maquiavelismo, se acrecentó en esta novela para incrementarse aún más en la siguiente, *The Longest Second* (1957, *El segundo más largo*), dotada de una análoga alternancia de relato subjetivo y objetivo. Palabras de T. S. Eliot —tiempo pasado, tiempo presente, tiempo futuro— en uno de sus poemas sustentaron esta obra de laboratorio, tal vez la más representativa de la inserción ballingeriana en la corriente lírica de la novela negra. Pero el novelista halló inmediatamente sus mejores acordes poéticos en *The Wife of the Red-Haired Man* (1957, *La mujer del pelirrojo*), donde los capítulos en primera persona, referidos a un detective, eran los auténticamente realistas, y los en tercera persona, sobre la pareja perseguida por el policía, rebosaban un onírico neorromanticismo. El ciclo lírico de Bill S. Ballinger constituyó la última fase de la corriente citada, aunque aún se atisbara rastros de esta en obras aisladas de autores que habían llegado con anterioridad a ella, especialmente Fredric Brown. Remontémonos, seguidamente, a unos lejanos orígenes.

## 2. Precedentes en la escuela «dura» de los años treinta

Quizá sorprenda remitir a los escritores llamados «duros» (*tough writers*, en la solidificada expresión norteamericana) los precedentes de la corriente lírica de la novela negra. Pero conviene recordar que el más popular y reconocido *tough writer*, James M. Cain, introdujo ya en su primera novela, *The Postman Always Rings Twice* (1934, *El cartero siempre llama dos veces*), dosis de inconfundible neorromanticismo, manifiestas sobre todo en las reflexiones finales del protagonista: este, narrador en primera persona, llega entonces a lucubrar en torno a la muerta Cora de una forma semifantástica y plena de lirismo, más allá de cualquier contacto con la realidad. Hallamos así en el Cain inicial la siembra de buen número de actitudes literarias de Ballinger. Y el propio Cain exacerbó los componentes neorrománticos en sus siguientes novelas, *Double Indemnity* (1936, *Pacto de sangre*) y *Serenade* (1937, *Serenata*), con la particularidad de que *Double Indemnity*, aparecida en una revista, no se publicó en libro hasta 1943, precisamente cuando comenzaba a brotar la tratada tendencia hacia el lirismo. Si Cain fue la base de un dilatado desarrollo de la novela

«dura» (con Jim Thompson en el vértice) durante las décadas inmediatas a la edición de *The Postman Always Rings Twice*, no es menos cierto que su influencia, en el ámbito de las concepciones poéticas, se extendió a la escuela culminada en Bill S. Ballinger.

También resulta oportuno recordar cómo la estructura de *They Shoot Horses, Don't They?* (1935, *¿Acaso no matan a los caballos?*), de Horace McCoy —otro *tough writer* clásico—, se cimenta sobre las consecutivas frases de una sentencia a muerte que presiden el arranque de cada capítulo. Y una novela del mismo año injustamente olvidada, *Thirteen Steps*, de Whitman Chambers, abría paralelamente los sucesivos capítulos con una breve descripción de los pasos del condenado a la pena capital en el curso de su ascenso al patíbulo: los trece escalones del título eran los que conducían al cadalso y los que denominaban, una a una, las partes del relato. Ambas novelas, pese a su hincapié (al igual que las dos primeras de Cain) en el realismo social, tendían a la vehemencia poética con apoyo en las visiones retrospectivas, y Chambers se acercaba, mediante los tramos de cierto delirio expresivo, a la devoción hacia la fantasía que caracterizaría importantes obras de la corriente lírica. Por otra parte, el tema del tiempo, ominoso en las mencionadas estructuraciones de las dos novelas, recibía tratamientos que preludiaban el enfoque de William Irish, padre fundador de aquella corriente y cultor ya de la carrera contra el reloj bajo circunstancias dramáticas en una narración corta, *Death Sits in the Dentist's Chair* (*La muerte en el sillón del dentista*), publicada por el *Detective Fiction Weekly* el 4 de agosto de 1934.

### 3. El Tiempo y William Irish

Con *Manhattan Love Song* (1932, en catalán *Cançó d'amor a Manhattan*) William Irish había proporcionado a la historia de la novela negra una primera obra maestra de carácter poético. Luego interrumpió su rumbo en la novela larga (emprendido con su nombre y apellido reales, Cornell Woolrich) y escribió múltiples relatos para revistas de narrativa, donde asomaba de vez en cuando la temática del tiempo como trágico factor contra el que debían luchar los personajes. Regresado, en 1940, a la narración extensa, firmó precisamente con el seudónimo William Irish dos novelas donde dicho combate quedaba explícito en las propias denominaciones de los capítulos. En *Phantom Lady* (1942, *La mujer fantasma*) el título del primer capítulo era *The Hundred and Fiftieth Day Before the Execution – Six p. m.* (*El centésimo quincuagésimo día antes de la ejecución – Seis de la tarde*) y los siguientes marcaban paulatinamente el acercamiento hacia el instante fatídico. Mucho más concentrada en el tiempo, *Deadline at Dawn* (1944, *El plazo expira al amanecer*) entronizaba cada capítulo con la imagen de un reloj cuyas saetas, desde la una menos diez de la

madrugada, anunciaban las graduales proximidades a un alba que se presagiaba fatídica para el protagonista. El enorme reloj que centelleaba en la cumbre de la torre Paramount constituía, en *Deadline at Dawn*, un dramático símbolo de alcance metafísico.

## 4. El gran reloj y el puzle de la vida

Un reconocido poeta, Kenneth Fearing, asumió las propuestas de Irish sobre el Tiempo y llevó a cabo una novela, *The Big Clock* (1946, *El gran reloj*), que es una de las obras maestras de la narrativa negra y una pieza sustancial de la corriente lírica llegada al cénit con Ballinger. Interesa citar unas líneas, tomadas de la traducción de Antonio Prometeo Moya:

*En pocas palabras: el gran reloj funcionaba como de costumbre y era hora de irse a casa. A veces, las manecillas del reloj se aceleraban de veras; en otras ocasiones se movían a duras penas. Pero aquello tenía poca importancia para el gran reloj. Las manecillas podían seguir el curso contrario, ya que la hora que marcase sería justamente la misma. Seguiría funcionando como de costumbre porque todos los demás relojes habrían de ajustarse según el mayor de todos, más poderoso incluso que el calendario, y al cual acoplaba uno automáticamente su vida entera.*

Aparte la aplicación del «gran reloj» como signo de los mecanismos del Destino, Fearing entrecruzó en la novela los relatos en primera persona emitidos por diferentes personajes alrededor de unos mismos hechos y produjo, en consecuencia, un tipo de puzle similar a los ballingerianos. Por otro lado, no dejaba de aflorar en *The Big Clock* el temperamento del poeta, la primordial caracterización de Fearing en el universo de la escritura. Con esta obra emergió hasta la cúspide la corriente lírica que preconizara James M. Cain y propusiera William Irish.

A tal tendencia se había adherido, parcialmente, un movimiento de novelistas femeninas en el que influyeron el lirismo sentimental de Cain y las abstracciones poéticas de Irish. Dorothy B. Hughes autora de *The Fallen Sparrow* (1942), *Ride the Pink Horse* (1946) e *In a Lonely Place* (1947), fue su miembro sobresaliente. Sin embargo, los escritores más identificados con la tendencia comentada quedaron representados por Fearing, Fredric Brown, Stanley Ellin y Bill S. Ballinger, sin olvidar algunos puntos de contacto de David Goodis (en 1946-1947) con ellos. También hay que recordar ciertas analogías entre la producción literaria de William Irish y un cine negro que a su vez ejercería influjo en unos novelistas habitualmente

interesados por el acceso a Hollywood, en persona o mediante adaptaciones de su obra.

## 5. Lirismo en el cine negro

De Irish provinieron, o a Irish se aproximaron, en el marco del cine negro atmósferas nocturnas y angustiantes, calles bajo la niebla y la lluvia, personajes perseguidos y sobrepasados por las circunstancias, ráfagas de romanticismo en medio del pánico, identidades ambiguas y misteriosas, el acecho de un Mal abstracto y metafísico. Cabe considerar, con respecto a dos directores de fotografía con muy creativo rol en el género, que el clima inquietante de las obras de aquel novelista obtuvo de algún modo traducción fílmica en el turbador onirismo de Nicholas Musuraca y en las opresivas nocturnidades de John Alton.

Más que el hecho de las versiones fílmicas de novelas negras con enfoque lírico, resulta particularmente significativo el fenómeno de que cuando el correspondiente género cinematográfico cobró nuevos vuelos (a finales de la Segunda Guerra Mundial) una poética semifantástica encajara en determinados filmes con trascendencia expresiva e histórica: en 1944, *Phantom Lady (La dama desconocida)*, de Robert Siodmak, sobre la novela homónima de Irish, *Laura*, de Otto Preminger a partir de la obra con el mismo título de Vera Caspary, una integrante del movimiento femenino antes citado, y *Murder, My Sweet (Historia de un detective)*, de Edward Dmytryk, en el que la secuencia de la pesadilla del protagonista, tras haber sido drogado, sintetizaba de modo surrealista, con su laberinto de imágenes, el sombrío y alucinante camino de ese detective, zarandeado por las contradicciones de un mundo que parecía irreal; y en 1945 *The Woman in the Window (La mujer del cuadro)*, donde Fritz Lang utilizaba la estrategia del sueño para dejar bien patente una alarmante realidad.

Al año siguiente llegaba a la pantalla el filme de Orson Welles *The Stranger*, con metáfora en torno a un antiguo reloj de campanario que aludía (en una línea opuesta al símbolo de la novela *The Big Clock*) a la definitiva imposibilidad de resucitar un Tiempo ya periclitado. El propio Wells firmaría seguidamente *The Lady from Shanghai (1948, La dama de Shanghai)*, obra puzle que en muchos aspectos era vecina de la tendencia literaria objeto de la presente documentación.

## 6. Una multiplicación de la realidad

Orson Welles había sido protagonista decisivo en el triunfo de un enfoque, que

enfrentaba lo real a lo imaginario, surgido en contraposición al realismo social de la Depresión. El puzle narrativo, con abundante uso de *flashbacks* y de diversos puntos de vista, y la acumulación de diferentes angulaciones en el welliesiano *Citizen Kane* (1941, *Ciudadano Kane*), comportaron la adopción de un elemento estético en progresivo auge, el de la multiplicación. Lo hallamos, a través de distintas plasmaciones, en los inventos coreográficos de Busby Berkeley para filmes musicales, en las innovaciones de Charlie Parker (melódicas, armónicas, rítmicas) para romper con el *jazz* hasta entonces tradicional, en la estructura dramática de las primeras obras de William Saroyan para la escena teatral; en los relatos de cómics de Will Eisner para la serie *The Spirit...*

Fue este un marco general de la creatividad norteamericana donde brotaron las tendencias poéticas del género negro, literarias y cinematográficas, y donde obtuvieron base las aportaciones de Bill S. Ballinger en los años cincuenta. Hay que añadir, por tanto, a la evolución propia de la novela negra el contexto histórico de la cultura y el arte norteamericanos. Y a este respecto conviene clarificar la ruta de la corriente lírica en la novela negra mediante una cronología que arranque de los precedentes y los precursores.

## 7. Cronología de la corriente lírica

Se especifica en esta cronología novelas representativas de la tendencia literaria que condujo a la producción de Bill S. Ballinger en la década de los cincuenta.

- 1932. *Manhattan Love Song* (en catalán, *Cançó d'amor a Manhattan*), de William Irish.
- 1934. *The Postman Always Rings Twice* (*El cartero siempre llama dos veces*), de James M. Cain.
- 1935. *They Shoot Horses, Don't They?* (*¿Acaso no matan a los caballos?*), de Horace McCoy.
- 1935. *Thirteen Steps*, de Whitman Chambers.
- 1936. *Double Indemnity* (*Pacto de sangre*), de James M. Cain.
- 1937. *Serenade* (*Serenata*), de James M. Cain.
- 1940. *The Bride Wore Black* (*La novia vestía de negro*), de William Irish.
- 1942. *Love's Lovely Counterfeit* (*Ligeramente escarlata*), de James M. Cain.
- 1942. *Phantom Lady* (*La mujer fantasma*), de William Irish.
- 1942. *The Fallen Sparrow*, de Dorothy B. Hughes.
- 1943. *The Black Angel* (*Ángel negro*), de William Irish.
- 1944. *Deadline at Dawn* (*El plazo expira al amanecer*), de William Irish.
- 1946. *Dark Passage* (*Senda tenebrosa*), de David Goodis.

1946. *Ride the Pink Horse*, de Dorothy B. Hughes.
1946. *The Big Clock (El gran reloj)*, de Kenneth Fearing.
1947. *Nightfall (Al anochecer)*, de David Goodis.
1947. *The Fabulous Clipjoint (La trampa fabulosa)*, de Fredric Brown.
1948. *Dreadful Summit (La gran noche)*, de Stanley Ellin.
1948. *The Dead Ringer (La viva imagen)*, de Fredric Brown.
1949. *The Screaming Mimi (La caza del asesino)*, de Fredric Brown.
1950. *Portrait in Smoke (Retrato de humo)*, de Bill S. Ballinger.
1950. *Night of the Labberwock (La noche a través del espejo)*, de Fredric Brown.
1951. *The Far Cry*, de Fredric Brown.
1951. *The Loneliest Girl in the World (La muchacha más solitaria del mundo)*, de Kenneth Fearing.
1952. *The Key to Nicholas Street (El crimen de la calle Nicholas)*, de Stanley Ellin.
1952. *The Darkening Door*, de Bill S. Ballinger.

Por supuesto, tal esquema cronológico continuaría en función de obras de Bill S. Ballinger, Fredric Brown, Stanley Ellin y Kenneth Fearing. Y se ha limitado al «período de fundación» en lo que atañe a la producción de William Irish.

## 8. Breves notas biográficas

### William Irish

Seudónimo de Cornell Woolrich. Nació en Nueva York el 4 de diciembre de 1903 y falleció en la misma ciudad el 25 de septiembre de 1968. Publicó su primera novela en 1926, e interrumpió su producción de narraciones extensas en 1952, aunque después de su muerte todavía se halló un manuscrito inédito.

### Kenneth Fearing

Nació en Oak Park, Illinois, el 28 de julio de 1902 y falleció en Nueva York el 26 de junio de 1961. *Dagger of the Mind*, muy alabada por Raymond Chandler, abrió su ciclo de novelas negras, culminando con *The Generous Heart* (1954) y *The Crozart Story* (1960).

### Fredric Brown

Nació en Cincinnati, Ohio, el 29 de octubre de 1906, y murió en Tucson, Arizona, el 12 de marzo de 1972. Su primera novela larga fue publicada en 1947 e inauguró la serie de los Hunter (tío y sobrino), clausurada en 1963, a la vez que la producción de narraciones extensas por el autor.

### Stanley Ellin

Nació en Brooklyn, Nueva York, el 6 de octubre de 1916, y murió en la misma zona el 31 de julio de 1986. Estuvo activo en el campo de la novela larga desde 1948 hasta su muerte. Escribió una poética novela al margen del género negro, *The Winter after this Summer* (*El invierno que seguirá a este verano*).

Bill S. Ballinger

Nació en Oskaloosa, Iowa, el 13 de marzo de 1912, y murió en Tarzana, California, el 23 de marzo de 1980. Publicó la primera novela larga en 1948. Tras su brillante fase inicial colaboró abundantemente con la televisión, sin dejar por ello el campo de la novela, donde se dedicó, en parte, a la temática del espionaje.